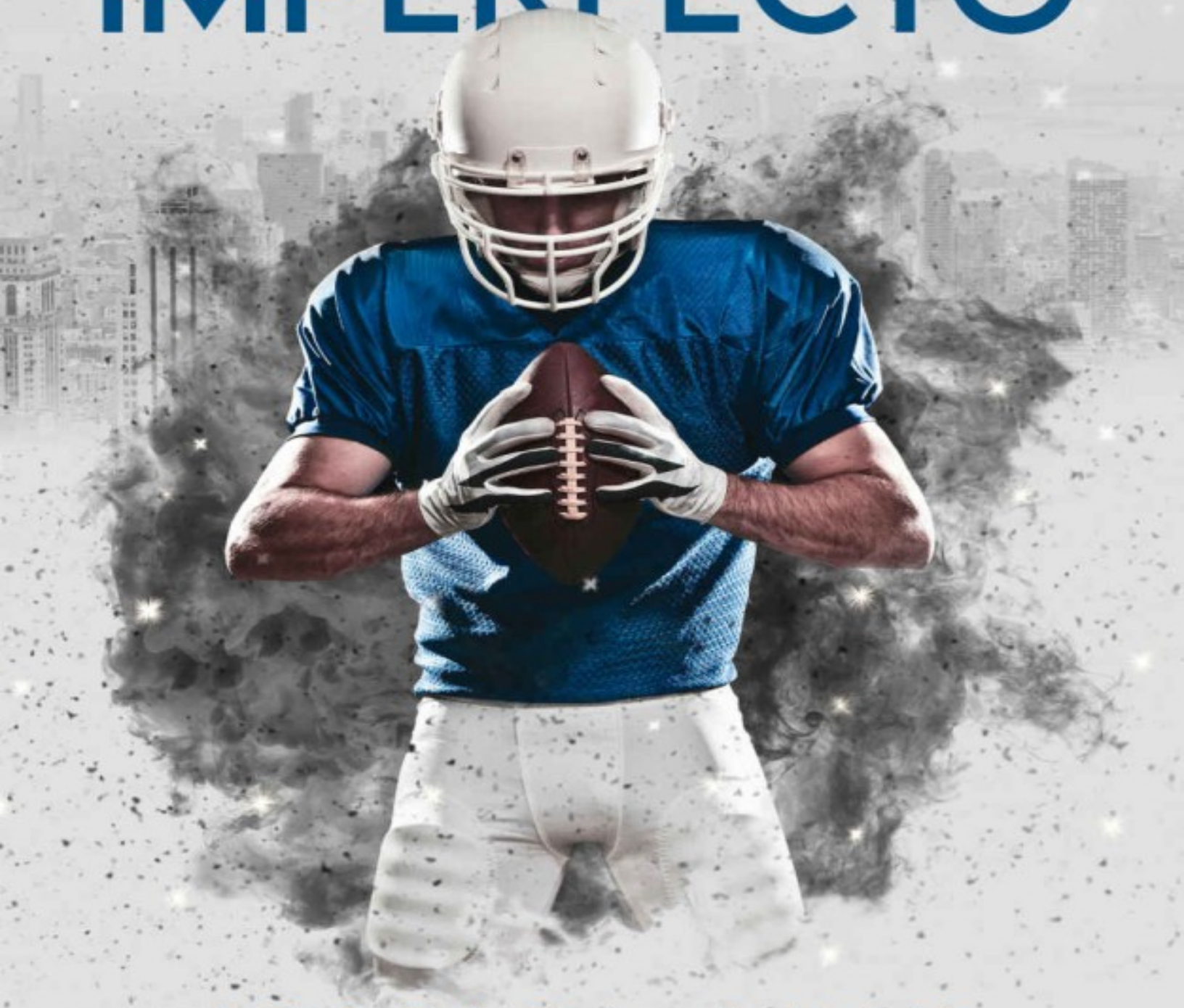
Un plan IMPERFECTO



JESSICA LUIZ

Un plan IMPERFECTO

JESSICA LUIZ

Derechos de autor © 2025 Jessica Luiz
Plan ~~Im~~Perfecto
JESSICA LUIZ
2.ª edición — 2025

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte del contenido de este libro podrá utilizarse ni reproducirse en ningún medio ni formato, ya sea impreso, digital, sonoro o visual, sin la autorización expresa de la autora, bajo pena de sanciones penales y civiles. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la ley n.º 9.610/98 y sancionado por el artículo 184 del Código Penal.

Portada: Editorial Horus.
Reseña: Halice FRS, Evelyn Fernandes.
Maquetación: Jéssica Luiz.
Ilustraciones: @olhosdtinta y @_mes_designer.
Traducción: Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción y contiene contenido para adultos mayores de 18 años, con escenas de sexo y violencia. Cualquier similitud con nombres y eventos reales es pura coincidencia.

Esta obra contiene lenguaje informal y algunas palabras se consideran vulgares, como jerga, memes y expresiones cotidianas. Por favor, ten esto en cuenta al leer.

Sumário

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo

SINOPSIS

—Ni siquiera me gustan los hombres mayores.

—¿Y tú crees que a mí me gustan las niñitas? ¡Todavía hueles a pañal cagado!

Él tiene treinta y un años y es una estrella del fútbol americano.

Ella tiene diecinueve y es una universitaria con beca.

Él juega profesionalmente en la NFL.

Ella sueña con ser influencer digital.

Él está acostumbrado a que todos lo adulen.

Ella no nació para ser una lamebotas.

Él es todo lo contrario a lo que ella siempre soñó.

Ella representa todo lo que él no quería recordar.

"Nuestra historia ni siquiera había empezado, y aun así, lo único seguro era que ella iba a salir hecha pedazos. Porque uno solo puede dar lo que tiene, y en mí no hay nada entero desde hace mucho tiempo".

NOTA DE LA AUTORA

Hola a quienes me acompañan desde hace tiempo. Y bienvenidos a quienes aún no han leído ninguno de mis libros.

¡Sean todos bienvenidos al universo de esta pareja que me conquistó! Esta historia nació mientras escribía los últimos capítulos de Outside.

De repente, tuve una historia para Jamie completamente diferente a la que esperaba. Al principio no la entendí, e incluso me resistí a escribirla, poniendo otros dos libros delante. Pero cuando me senté y "escuché" a Hanna, supe por qué había sido ella.

Es surrealista, pero de alguna manera, los dos estaban destinados a estar juntos.

Esperen protagonistas auténticos, con cualidades y defectos, tan reales como ustedes y como yo. De nuevo, como siempre advierto, no esperen tramas inverosímiles. Esperen una trama con los problemas cotidianos que nos rodean. Una historia que atraviesa diversos matices, incluso el amor más genuino.

Espero que puedan sonreír y emocionarse, tal como lo hice yo.

Dejo aquí una advertencia sobre: trauma psicológico, abandono parental y duelo.

Con amor, Jess.

Para ti que necesitas superar algo en tu vida.
El dolor solo desaparece cuando lo superamos.



Prólogo

Jamie Donovan

—¡Jamie! —Escucho que me llaman. Algo lejano. Muy lejano.

—¡Jamie! —gritan más fuerte, haciendo que sienta una punzada en la cabeza.

Abro los ojos, intentando acostumbrarme poco a poco a la escasa luz y... ¡Mierda! Siento el impacto de la claridad cuando corren la cortina de la ventana de vidrio, dejando entrar el sol que brilla afuera.

—¡Ya no sé qué hacer contigo, hermano! —Se queja Liam, mi asistente.

Me cubro los ojos con el brazo y respiro hondo, sintiendo un sabor amargo a alcohol en la boca. Ah. Con razón. Tal vez ese sea el motivo por el que estoy tan hecho mierda.

—Tienes treinta minutos para recuperarte. Te espero abajo.

Escucho sus pasos y, enseguida, la puerta cerrándose. Vuelvo a intentar acostumbrarme a la luz, incorporándome poco a poco. Gimo de dolor al sentir el punzante latido en la cabeza. Todo empeora cuando saco las piernas de la cama. La náusea me invade con tanta fuerza que tengo que respirar profundo y controlarme para no devolver la bilis.

Quizás ayer me pasé un poco de la raya.

Sigo respirando hondo hasta sentirme con suficiente confianza para levantarme. Camino tambaleando hasta el baño, yendo directo al inodoro porque siento que la vejiga me va a explotar. Apenas tengo tiempo de terminar de orinar cuando otra

oleada de náusea me golpea. Un sabor ácido me sube por la garganta cuando me inclino y vomito.

—¡Maldita sea! —Me llevo la mano al estómago y escupo una última vez.

Abro la puerta del estante del baño y agarro un enjuague bucal, llevándolo conmigo a la ducha. Abro la llave del agua y me meto debajo de inmediato, sintiendo el agua caer sobre mi cuerpo y aliviar parte del malestar y la tensión.

Me hago buches. Repito el proceso tres veces solo para asegurarme de que el mal sabor se vaya por completo. Me doy una ducha larga, queriendo que el agua no solo me reviva el cuerpo, sino también que me prepare mentalmente para todo lo que Liam probablemente tenga que decirme.

Cuando cierro la ducha, me siento un poco mejor. Me seco y voy hasta el lavabo a buscar la pasta dental, pero me detengo al verme en el espejo, realmente asustado por mi... estado.

Tal vez sí me pasé de la raya anoche, considerando lo horrible que me veo.

Suelto un suspiro resignado. Entonces agarro el cepillo, le pongo pasta y empiezo a cepillarme sin volver a mirarme en el espejo.

*

Cuando llego a la cocina, veo a Liam sentado frente a la laptop sobre la mesa, que parece tener toda su atención. Pero, después de años trabajando juntos, sé que no es del todo así.

Aunque estoy descalzo y no hice el más mínimo ruido al entrar, sé que ya está consciente de mi presencia.

Sobre la mesa hay un vaso con leche y otro con jugo, que parece de naranja, y al lado, plátano picado y una tortilla. Siento el estómago contraerse solo de ver la comida y, como si supiera lo que estoy pensando, los ojos de mi asistente y amigo se encuentran con los míos.

—Te vas a sentar en esa silla y vas a comerte todo, Jamie.

—No tengo diez años para que me hables en ese tono —respondo con sarcasmo, con ganas de mandarlo a la mierda.

—No los tienes, pero pareces tenerlos —dice y, serio, me indica la silla.

Me siento y vuelvo a mirar la comida que tengo delante. Tomo el vaso de jugo, confirmando por el olor que es de naranja. Me lo bebo de un solo trago, sintiendo la garganta seca. Pero cuando miro la leche y el resto de la comida, simplemente...

—Jugo de naranja —dice, captando de nuevo mi atención—. Ayuda al hígado a metabolizar el alcohol. La leche es rica en calcio y suele aliviar la gastritis causada por el alcohol. El plátano repone el potasio que perdiste por el alcohol. —Veo cómo recalca la palabra alcohol, pero finjo que no lo noto—. Huevo, lleno de vitaminas, en especial la B6, que ayuda a recuperarte después de haberte pasado de copas. ¿Sabes por qué lo sé? Porque me toca sacarte del agujero cada vez que amaneces con una resaca.

Resoplo, pero doy un trago de leche y me obligo a empezar a comer.

—Mira qué interesante esta nota: *Jamie Donovan, uno de los solteros más codiciados por cuarto año consecutivo según la Lux*

Today, tiene una noche agitada en una discoteca de Montgomery. Acompañado por dos modelos, el mariscal de campo de los Kings of the Ball armó la fiesta y alegró a todos los presentes en el palco VIP, liberando el consumo a su cuenta.

¡Puta madre! Es lo único que pienso cuando él hace una pausa para respirar hondo.

—El rubio fue captado en varios videos disfrutando de la noche sin importarle el efecto que eso podría tener en la temporada que se avecina. Se especula que el jugador consumió drogas y...

—¡Yo no me drogué con nada! —Me defiendo, pero Liam me ignora.

—No se conformó con sus dos acompañantes y terminó saliendo con otras dos chicas y un hombre. Fuentes afirman que el jugador y los demás llevaron la fiesta a un lugar privado.

—Liam —lo llamo. Él sigue leyendo, así que insisto—. ¡Liam! —Esta vez me mira—. ¡Basta! —Le pido y suspiro.

—¿Seguro? Justo ahora venía la mejor parte. Esa en la que, sutilmente, te acusan de ser un ricachón de mierda que no le importa un carajo su carrera y después ironizan sobre cómo alguien con tu potencial puede ser tan vacío y superficial. O incluso un narcisista egocéntrico, que solo piensa en sí mismo y no le importa su equipo.

Respiro hondo y me obligo a dar otro trago de leche.

—No soy egoísta. Y soy un gran capitán.

—Eres un gran capitán. Sobre lo de egoísta, lo podemos debatir... —Alzo una ceja, pero él ni se inmuta—. Eres una figura pública, Jamie. Hermano, ¿cuándo vas a entender eso?

—Lo que hago fuera del campo no le incumbe a nadie.

—Tú no eres una persona común y necesitas, de una vez por todas, entenderlo.

Suspiro, apoyo los codos sobre la mesa y me masajeo la frente.

—¿De verdad crees que alguien con casi seis millones de seguidores en redes puede hacer lo que se le da la gana? Jamie, cada acción tuya va a tener una consecuencia.

—No consumí drogas.

—¿Estás seguro?

—¿Cómo que si estoy seguro, Liam? —pregunto, indignado—. Nunca he consumido drogas.

Recuerdo que aprendí desde muy joven el impacto que las drogas pueden tener en la vida de alguien cuando vi de cerca a Justin caer. Justin estaba azul. Fue horrible. Tuvo una sobredosis y por poco no se muere.

—Con lo que bebiste, en el estado en que estabas... no me sorprendería si lo hubieras hecho.

—No —afirmo, y suelto una risa nerviosa—. Estaba bien... —digo sin mucha certeza, con la memoria borrosa sobre todo lo que pasó ayer.

—Bueno, ya lo sabremos.

—¿Cómo que ya lo sabremos?

—¿De verdad crees que, después de esos videos y esa acusación tan clara, no van a pedirte un antidoping?

—Yo...

—Jamie... —Empuja la laptop a un lado y apoya las manos sobre la mesa—. Sé que estás en esto por amor al deporte, pero con ese amor también vino la fama. Eres una estrella, hermano. Tus

actos van a amplificarse y van a ser distorsionados cada vez que se pueda. Además... —respira hondo— ya es hora de que toda esta mierda se detenga. Necesitas equilibrio.

Equilibrio.

—Perdí mi equilibrio hace mucho.

—¡Basta, Jamie! Estoy harto de tener que estar limpiando tus cagadas. Que no son pocas, porque no dejas pasar una oportunidad de hacerlas. ¡Come! —Ordena, señalando con la cabeza el plato con tortilla y plátano—. Después de dos días de fiesta, tu cuerpo necesita energía.

¿Dos días?

—¿Qué día es hoy?

—Lunes.

¿Lunes? ¿En serio estuve todo el fin de semana...?

—¡Maldita sea! —exclama Liam, y vuelvo a mirarlo. Está tan pálido como un cadáver.

—¿Qué pasó? —le pregunto. Tiene los ojos fijos en el celular.

—Una foto tuya con una porrista de los London Academics.

—No...

—Sí.

—¡No! —repito, negándome a creerlo. ¿Una universitaria? Y peor, *¿una porrista?*

—Quiero un aumento, ¿entendiste? —Deja el celular sobre la mesa y lo empuja hacia mí—. Me lo merezco.

Sí. Tal vez se lo merezca.

Miro la foto en la que casi le estoy comiendo la boca a la chica. Me incomoda ver que es pelirroja. No suelo estar con pelirrojas. Paso la imagen y, por suerte, estoy sentado, porque es

como si volviera a la época de la universidad y viera a Paige en esa foto.

Pero obviamente no es ella. Nunca más sería ella.

Es otra pelirroja, con unos ojos ridículamente verdes, pecas y cejas tan rojas como el fuego. El cabello largo solo hace que se vea aún más joven.

Hanna Watson.

—Debía estar muy borracho —afirmo.

Hanna Watson.

En ese momento, supe que estaba en problemas. La NFL, Liga de Fútbol Americano, prohíbe cualquier tipo de relación entre jugadores y porristas. Está bien, ella no es parte de la liga profesional, pero aun así, esto sería un desastre.

Aunque no tenía ni idea de cuánto lío se me iba a armar.

Ni imaginaba que esa chica iba a entrar en mi vida y desordenarlo todo.

Ella no merecía la desgracia de cruzarse conmigo.

Nuestra historia ni siquiera había empezado, y aun así, lo único seguro era que ella iba a salir hecha pedazos. Porque uno solo puede dar lo que tiene, y en mí no hay nada entero desde hace mucho tiempo.

Capítulo 1

Hanna Watson

—Amiga, creo que todo el mundo ya se enteró —dice Ale mientras seguimos caminando de regreso al alojamiento.

—Haz como yo, finge que nadie nos está mirando —respondo, actuando como si nada.

—No están mirándonos a las dos, te están mirando a ti. —Aclara.

—¡Gracias por el apoyo moral! —digo con ironía, y ella se ríe.

Está bien, llevo tiempo buscando visibilidad, pero no era de esta forma que quería conseguirla. En este momento, lo único que deseo es llegar al alojamiento y encerrarme en mi cuarto. Entonces podré gritar, enojarme y, tal vez, llorar.

Nunca fui de llorar. Siempre me tragué el llanto y me hice fuerte, porque la vida es injusta y aprendí eso desde muy temprano. Desde que fui adoptada a los dieciséis años, decidí que no derramaría ni una lágrima más. Logré lo que muchos en el orfanato deseaban: una familia, amor. Pero hoy, tal vez tenga suficientes motivos para llorar.

Las cosas han estado raras desde ayer por la mañana, pero hoy... hoy todo empezó a venirse abajo. Me acababan de sacar del equipo de porristas de los London Academics. Pasé mi primer año en la universidad trabajando como barista, y este año, cuando logré entrar al equipo, renuncié a la cafetería. La ayuda económica que recibiría por ser porrista era mayor que lo que ganaba sirviendo café.

Y ahora no tenía ni lo uno ni lo otro. ¡Todo es una enorme mierda!

Además, seguramente me verían como la novata que se acostó con un famoso buscando embarazarse o queriendo sus cinco minutos de fama. Por supuesto que ya estaban diciendo eso. Al final, soy mujer y pobre. ¿Qué sorpresa tiene que la cuerda se rompa por el lado más débil? Ninguna.

—Hanna, amiga, creo que...

—¿Hanna Watson? —Levanto la vista al escuchar mi nombre, viendo un pequeño alboroto frente a nuestro alojamiento—. ¿Qué puedes decirnos sobre tu relación con Jamie Donovan?

Y luego otra pregunta. Y otra. Y otra.

Me siento mareada en medio de toda la gente a mi alrededor. Respiro hondo, intentando controlar las ganas de mandar a la mierda al idiota que acaba de referirse a mí como "la chica del mariscal de campo".

—¡Oye! —grito cuando uno de los tipos me agarra del brazo —. ¡Suéltame!

Saco mi bolso del hombro y le doy un bolsazo, y cuando otro se mete entre nosotros, no pierdo tiempo y también le doy un golpe con el bolso.

—¡Tranquila! —Levanta las manos en señal de rendición—. Yo soy...

Ni siquiera lo dejo terminar.

—¡Lárguense de aquí! —grito.

A mi lado, Ale me ayuda usando su mochila como arma igual que yo.

—¡Ay, carajo! —Se queja el tipo cuando pongo toda mi fuerza al golpearlo—. ¡Estoy de tu lado, maldita sea!

Lo ignoro. Estoy más preocupada por librarme de estos imbéciles y entrar al alojamiento. Entonces aparecen unos guardias de seguridad que me aíslan de los reporteros; le piso el pie a uno y tiro de Ale para ponerla también a salvo.

—Ella no tiene nada que declarar —dice un tipo moreno con pinta de ejecutivo—. Jamie dará un comunicado en cuanto sea posible.

Miro a Ale, que se encoge de hombros igual que yo, sin entender nada. Luego, el ejecutivo ignora todas las preguntas y se acerca a nosotras.

—Soy Liam Parker, asistente de Jamie. Necesito que vengas conmigo.

—No voy a ir a ningún lado contigo —respondo. ¿Y si este tipo es un mafioso? No pienso ir.

—Tienes dos opciones, Hanna. O te quedas aquí y enfrentas esto sola, o vienes conmigo para que podamos resolver la situación —dice con calma.

Le doy un leve codazo a mi amiga.

—Ella solo va si yo también voy —dice Ale, levantando el mentón.

El hombre la observa con atención y luego me mira a mí. Entorno los ojos cuando veo cierta diversión en su expresión.

—¿Qué es lo que te da risa? —pregunto.

—Ustedes dos —responde, y señala hacia el auto—. ¿Pueden venir conmigo, por favor?

Por un momento, sigo dudando, empezando a hacer una lista mental de pros y contras en una situación que, sinceramente, solo tiene contras.

—Amiga —dice Ale en mi oído—, creo que de verdad es el asistente del tipo ese. No paran de hacerle preguntas sobre el jugador.

—¿Crees que deberíamos ir? —pregunto.

—No tenemos muchas opciones, ¿o sí?

Suspiro.

—No tienes que venir conmigo y...

—Han, no empieces —me interrumpe Ale, mirando directo al ejecutivo—. Vamos contigo.

—Acompañen a las dos hasta el auto —ordena a los guardias de seguridad, que nos escoltan.

Nos conducen hasta un auto negro, grande. Nunca he sido buena reconociendo modelos, así que solo puedo decir que es largo. Subo primero y Ale lo hace después. Los dos guardias se sientan en los asientos delanteros, y el que está al volante arranca.

—Oye, amigo —le digo, dándole un golpecito en el hombro—. ¿Y el ejecutivo ese?

—¿Liam? —pregunta. Hago un gesto con el pulgar, aunque ni me acordaba de su nombre—. Ya nos va a alcanzar. Viene detrás.

—¿Detrás de dónde? —pregunta Ale.

Sí. Este es un buen momento para revisar cuán ingenuas fuimos.

—Solo tenemos la orden de escoltarlas con seguridad.

—¿Escoltarnos? —repite Ale, y se ríe fuerte. Yo también.

Los dos guardias, a diferencia de nosotras, siguen serios. Como no tenemos mucho más que hacer, simplemente guardamos silencio, esperando a llegar a donde sea que vayamos.

*

—¡Maldita sea! —dice Ale a mi lado.

—Pues sí... —Es lo único que consigo responder.

Estamos en Egerton Crescent, que es simplemente el barrio más caro de toda la zona.

—¿Tú crees que nos cobren por pisar la acera? —susurra mi amiga.

La miro con una ceja alzada. Aunque quisieran cobrarnos, no tendríamos cómo pagar. Y menos ahora que estoy completamente desempleada.

—Chicas, vengan conmigo, por favor —dice Liam, el ejecutivo, apenas baja del auto que venía detrás del nuestro.

Del mismo auto también bajan otros hombres que, por la forma en que están vestidos, parecen ser también guardias de seguridad, igual que los dos que nos trajeron.

Caminamos detrás del ejecutivo, que entra a una mansión blanca. Toda blanca. Inmediatamente pienso en la Casa Blanca, la del presidente de los Estados Unidos, y cuando volteo a ver a Ale para decirle eso, la veo reír. Seguro pensó lo mismo que yo.

Pasamos por un recibidor lujosísimo. El lugar está decorado con muebles blancos, algunos detalles en tonos grises y negros. Todo es hermoso, moderno, pero frío. No parece que alguien viva aquí. Nada en este lugar se siente acogedor.

Atravesamos una sala enorme y salimos a un patio con una piscina absurdamente grande. Ale y yo nos miramos, probablemente envidiando al dueño de esta casa.

—¡Ey! —llamo a Liam cuando está por abrir otra puerta, de lo que parece ser otra mansión más pequeña, acoplada a la anterior—. Muy lindo todo este tour, pero... ¿podemos resolver de una vez el tema por el que vinimos?

—Para eso estamos aquí —responde, abriendo la puerta y haciéndonos un gesto para que entremos.

Respiro hondo y camino hacia la entrada con la certeza de que Ale viene detrás. Al entrar, sí que parece una casa de verdad. Aún elegante y moderna, pero con un toque cálido. Una sala amplia, con sofás y un televisor grande. Una escalera en la esquina y...

—¡Ay, Dios mío! —Me tapo la boca y me quedo paralizada al ver que un perro enorme baja las escaleras.

No es negro, pero tampoco es gris. Si tuviera que ponerle un nombre a su color, diría que es como plomo o grafito. Ladra, y la forma en que viene corriendo hacia mí hace que sus mejillas caídas se movieran de una manera aterradora.

Un silbido fuerte hace que el perro se detenga y gire la cabeza. Y claro, yo también sigo su mirada.

—¡Kratos, siéntate! —ordena el jugador, señalando el sofá.

El perro camina hacia el sofá, pero yo no lo sigo con la vista, porque mis ojos se centran en Jamie.

Wow... de verdad me di unos besos con este tipo.

Y está más guapo que el sábado.

Así como yo lo miro, él también me mira, pero a diferencia de mí, que hago todo lo posible por mantener mis ojos en su cara, él

baja los suyos por mi cuerpo. Me observa lento, con tanto detenimiento, que me incomoda. Cuando vuelve a encontrar mi mirada, solo asiente con la cabeza a modo de saludo (eso creo) y se dirige a sentar junto al perro en el sofá.

Bien.

Disimuladamente, respiro profundo. No necesito pensar en qué viene ahora, porque el ejecutivo pasa junto a mí y nos indica a Ale y a mí que tomemos asiento, señalando el sofá frente a donde están Jamie y su monstruo gris.

Debí imaginar que esta mansión era suya. ¿Por qué otra razón habríamos hecho un trayecto de cuarenta minutos desde la universidad hasta el barrio más exclusivo de Montgomery, si no era para ver al mariscal de campo?

Esto es... Increíble. Todo esto.

—Creo que ya se conocen —dice Liam—. Hanna, tenemos una propuesta para ti.

Jamie se recuesta en el sofá, viéndose completamente cómodo con la situación. Claro que sí. Esta es su casa. Soy yo la que está en un lugar totalmente ajeno, sentada frente a un hombre que emana poder y dinero. Levanto la mentón, negándome a mostrarme vulnerable.

—Dijiste que ibas a resolver esta... —me detengo, sin saber cómo llamar a todo esto— esta situación.

El rubio engreído se ríe por lo bajo y agacha la cabeza para acariciar el hocico del perro. Lo miro con intención de preguntarle de qué se ríe, pero su asistente vuelve a intervenir:

—Hanna, como debes saber, Jamie es mariscal de campo profesional y la NFL prohíbe cualquier tipo de relación con porristas.

—¡Vaya! —Esta vez la que se ríe soy yo—. Perdón, lamebotas, pero yo no estoy pidiendo salir con tu protegido.

—En realidad... —empieza a decir Liam, pero lo interrumpen.

—¿Protegido? —replica el rubio.

—Sí. Cualquiera que sepa un poco de fútbol americano sabe que, cuando no estás en el campo, estás por ahí haciendo estupideces. Tu asistente incluso es conocido como tu niñera.

—¿Eres algún tipo de acosadora? —responde él.

—No. Pero me gusta el deporte y soy simpatizante del equipo, así que es difícil no saber de tu vida... agitada.

Él arquea una ceja.

—Como iba diciendo...

—Qué graciosa eres. No lo pensaste dos veces antes de meterme la lengua y aprovecharte de mi vida agitada —ironiza, y puedo sentir cómo me arden las mejillas.

Pero no de vergüenza. De rabia.

—Fuiste tú quien me besó. Aunque claro, probablemente no lo recuerdas, estabas tan borracho y drogado que apenas podías mantenerte en pie.

—¡Cuidado con lo que dices, niña! ¡Yo no me drogo!

—¿Niña? —Suelto una risa amarga.

—¿Qué tiene? ¿Eres un niño acaso?

Esta vez soy yo la que arquea las cejas.

—Me llamaste niña, intentando hacerme ver como una chiquilina.

—Bueno, adulta no eres, ¿cierto?

—¿Estás burlándote de mí? —pregunto, sintiendo cómo se eleva mi tono de voz.

Él sonríe, y eso me enfurece aún más.

—Eso lo estás diciendo tú.

—¿De verdad? —Me levanto, demasiado alterada como para seguir sentada—. He tenido un día de mierda por tu culpa. —Lo señalo—. Me costó un año entrar al equipo de porristas, y cuando por fin lo logro, me expulsan porque hay una foto mía agarrándome con un jugador de fútbol imbécil, ¡y está por todos los medios! ¡Y la foto es horrible! ¡Pareces a punto de devorarme! Y lo peor es que el beso fue una mierda. ¡Babas por todos lados y...!

—¿Qué? —Se endereza en el sofá—. ¡Yo beso muy bien! El problema lo tienes tú. Nadie se ha quejado jamás.

—Acabo de decir que me despidieron. ¡Me despidieron! —Repito en voz alta para que quede claro—. ¿Y tú solo reaccionas a la parte del beso malo?

Cuando va a responderme, Liam carraspea con fuerza.

—¡Basta, por favor! Discutiendo no vamos a llegar a nada.

Siento la mano de Ale tomar la mía y tirar suavemente, animándome a volver a sentarme.

—¿Cómo vamos a resolver esto? ¿Puedes quitarme de encima a los reporteros? No voy a recuperar mi lugar en el equipo, pero sería bueno que la gente dejara de mirarme como si fuera una aprovechada cualquiera. Además, necesito que todo se calme, porque necesito buscar trabajo. —Pido en voz baja, mirando mis uñas.

—Lamentamos mucho que te hayan sacado del equipo de animadoras, Hanna. Ayer mismo ya sabíamos que pasaría. Cuando ese blog filtró la foto, tuve que buscar... información sobre tu vida personal.

—¿Cómo dices? —pregunto, confundida.

—Necesitábamos saber con quién estábamos a punto de tratar.

Sigo sin entender.

—Un poco más de veinte minutos después de que el blog hiciera esa publicación, fuimos notificados por la organización y Jamie fue multado, además de que lo obligaron a hacerse un control antidoping y enfrentó sanciones contractuales.

Sigo en silencio, no es que me sienta mal. Bueno, quizás sí me moleste un poco por la situación, porque realmente sigo el deporte y sé lo dedicado que es como jugador, pero a mí me expulsaron del equipo. Así que perdón si me alegra no ser la única que está pagando por ese beso desastroso.

—El hecho es que la imagen de Jamie está manchada.

—Quieres decir que está completamente desprestigiado, ¿no? —digo lo que es.

—¿Ya te han dicho lo irritante que eres? —pregunta el jugador.

—Viniendo de ti, ¡eso es un halago! —Le guiño un ojo al rubio, que entrecierra los ojos.

—Hanna —Liam vuelve a llamarme, intentando captar mi atención—, la cuestión es que necesitamos limpiar la imagen de Jamie.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Eres una chica de origen humilde. Viviste hasta los dieciséis en un orfanato y fuiste adoptada por la cocinera del lugar. Tu madre adoptiva sigue trabajando ahí y tu padre es mecánico. —Me recuesto contra el sofá, aturdida—. Tienes un canal en YouTube con seis mil

suscriptores donde hablas de cosméticos y maquillaje. Estudias Administración con una beca y tienes calificaciones promedio. Tomaste clases de baile en el orfanato desde pequeña, por eso entraste al equipo de porristas. Pero al final, si analizamos tu perfil, tu sueño es ser influencer.

—¿Quién te dio permiso para invadir mi privacidad así?

—Perdón, Hanna, pero es parte de mi trabajo. También supe que tu amiga ganó dos entradas VIP para la discoteca a la que fueron el sábado. Lo que me lleva a creer que no fuiste con la intención de encontrarte con Jamie.

—Mira... —Me acomodo en el sofá—. No sé qué problema tienen ustedes dos —los miro a ambos, Liam y Jamie, que me observa serio—, pero él no es la última Coca-Cola del desierto. Ni siquiera me gustan los hombres mayores.

—¡Lo que me faltaba! —Ironiza el rubio—. ¿Y tú crees que a mí me gustan las niñitas? ¡Todavía hueles a pañal cagado!

—Qué raro, el sábado, cuando metiste la cara en mi cuello, dijiste que olía a fresas y que mi apodo sería fresita.

Él suelta una risa incrédula, pero se pone serio enseguida.

—Como tú misma dijiste, estaba muy borracho.

—Y posiblemente drogado —respondo.

—Mira, niña...

—Como iba diciendo... —Interrumpe Liam, cortando al rubio, que lo mira con seriedad—. Jamie necesita limpiar su imagen, y tú necesitas un empleo.

—Esto no va a funcionar. —Interrumpe el mariscal de campo.

—Hemos hablado varias veces del tema desde ayer y estuviste de acuerdo, Jamie.

—No sabía que esta niña era... —Respira hondo.

—¿Era qué? —Lo animo a terminar.

—Irritante e insoportable.

Sonrío, llevándome una mano al pecho.

—El sentimiento es mutuo.

Liam vuelve a carraspear.

—Tenemos una propuesta para ti —dice el asistente, ignorando la tensión.

—¿Cuál?

—Que seas la novia de Jamie.

Abro la boca, lista para replicar, pero me doy cuenta de lo que acaba de decir.

Novia.

—Una relación falsa, con contrato y reglas que deberán seguirse al pie de la letra.

—No —respondo sin pensarlo.

—Podríamos ver esta relación como un empleo —insiste.

—No.

—Estar con Jamie te daría visibilidad.

—No.

—Haríamos una campaña de marketing fuerte sobre la relación y, por fin, serías vista.

—No.

—Recomendaríamos tu canal de manera sutil, eso llamaría la atención de muchas marcas.

—No —respondo, aunque empiezo a sentirme tentada.

—Y, por supuesto, recibirías una compensación justa.

—No...

—Doscientos cincuenta mil dólares.

Abro la boca, pero la cierro enseguida. Miro a Liam por unos segundos, buscando alguna señal de mentira en lo que acaba de decir, pero no encuentro ninguna. Al contrario, su expresión confiada muestra que habla completamente en serio.

—Yo... —Respiro hondo. *¡Trágate el orgullo, Hanna!* Me muerdo el labio—. Trescientos mil dólares.

—Doscientos ochenta —responde Jamie. Lo miro fijo.

—Trescientos veinte.

—Trescientos.

—Trescientos cincuenta —respondo de inmediato, levantando el mentón.

—Hecho —responde Liam, entusiasmado—. ¿Podemos reunirnos el jueves? Hasta entonces te enviaré un contrato, lo revisas y...

—Y ella analiza lo que quiere añadir o quitar. Que ustedes tengan dinero no significa que sean los dueños del mundo ni que nosotras seamos ignorantes —dice Ale a mi lado.

—Ni siquiera me dejaste terminar —responde Liam con paciencia. Ale se encoge de hombros—. Hasta entonces, solo te pedimos que rechaces de manera educada cualquier intento de contacto por parte de los medios. Publicaremos un comunicado en una red social de Jamie pidiendo respeto a su privacidad y dejando claro que, cuando ambos se sientan cómodos, hablarán del tema.

—¿Y eso va a funcionar?

—No —responde el mariscal de campo—. Eso solo va a generar rumores sobre un posible romance.

Extiende los brazos sobre el respaldo del sofá, mostrando los músculos. Desvío la mirada.

—Entonces, eso es... Voy a salir con el *viejo de lancha*[1].

Ale se ríe fuerte a mi lado mientras los dos parecen confundidos. Diría que Jamie está un poco molesto.

—"Viejo de la lancha" es una expresión brasileña, olvídenlo. —Hago un gesto de desdén con la mano.

—Tú no eres brasileña —afirma Liam, mirándome.

—Yo sí —dice mi amiga, ya poniéndose de pie—. Espero que mandes a alguien a llevarnos. Un transporte al campus cuesta un dineral.

Me levanto también, sintiéndome agotada emocionalmente, sin energía alguna. Aun así, antes de salir, me giro hacia el rubio arrogante que sigue sentado.

—Habría aceptado los doscientos cincuenta mil dólares —le lanzo, sonriendo.

El idiota, a su vez, también sonríe.

—Y yo habría pagado quinientos mil.

Mi sonrisa desaparece, la suya se ensancha. Respiro hondo, conteniéndome para no levantarle el dedo del medio. Me doy la vuelta y salgo de la mansión escuchando al mariscal de campo ricachón reírse en mi cara.

Está bien, este partido lo ganó él. Pero el juego de verdad... acaba de comenzar.

Capítulo 2

Jamie Donovan

—¡Esto no puede estar pasando!

Paso la mano por mi cabello, caminando de un lado a otro, impaciente e indignado con la maldita mierda de los resultados del examen.

—Jay, ponerte nervioso no va a cambiar la situación.

—Estoy fuera de los primeros seis partidos de la temporada, Liam. ¡Seis partidos!

—Bueno, al menos no son ocho —dice mi asistente, soltando un suspiro.

La NFL es conocida por ser indulgente con sus atletas. Los que dan positivo por estimulantes o diuréticos reciben dos partidos de suspensión. Los esteroides anabólicos se castigan con seis partidos, y los que intentan alterar sus pruebas reciben la sanción más dura: ocho partidos.

El problema es que yo nunca consumí drogas.

Me drogaron. Algún hijo de puta me drogó, pero por supuesto que a la liga no le importa si eso es cierto o no. Tampoco es que tengan razones para creerme. Mi reputación fuera del campo no es precisamente buena.

—Esos seis partidos equivalen a tres semanas y media. Durante ese tiempo, vas a seguir con el entrenamiento intenso para no perder condición física. En cuanto a tu vida privada, te vas a mantener recluido. Algunos posts con tu novia y...

Me dejo caer en la silla frente a mi asistente. *Novia*. Mierda, esto solo empeora. Voy a tener que aguantar a esa chispita. Niego

con la cabeza, completamente inconforme con toda esta situación.

—Mi imagen pública está en manos de una niña de diecinueve años —digo, interrumpiéndolo.

—Tú tienes treinta y un años y no lograste mantener tu imagen limpia. ¿Con qué cara la vas a juzgar?

Lo miro por un minuto sin saber qué responder.

—Estás bastante insoportable últimamente, Liam.

—¿Por qué será, eh? —Resopla—. Mi representado parece más un adolescente en plena pubertad que un hombre hecho y derecho.

—No es para tanto. —Me defiendo.

—Sí que lo es. Voy a mandar un auto a buscar a Hanna hoy. Necesitan hablar.

—¿Sobre qué?

—Sobre los términos que ella está... sugiriendo.

—¿Qué términos, hermano?

—Jamie, hay cosas que tendrán que definir entre ustedes.

—¿La niñita está con delicadezas por tener que darme unos besos? Sabía que esto no iba a funcionar.

—Parece que aceptó la idea después de que le expliqué el contexto.

—¿Qué contexto? ¿Ahora resulta que besarse también tiene contexto?

Liam se ríe.

—No seas terco, Jay.

—Estoy siendo realista. Me paso la vida saliendo en fotos con mujeres, y de repente aparezco con mi "novia" y ni la toco. ¿De verdad crees que la gente se lo va a tragar?

—Ella sabe que va a tener que tener contacto físico contigo, Jamie.

—¿Le especificaste que "contacto físico" significa beso en la boca y manoseo? —Liam echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada fuerte.

—Te noto bastante entusiasmado con lo del manoseo.

—Tengo treinta y un años, hermano. Me gusta el sexo, no andar con jueguitos. —Suelto un suspiro.

—No hay ninguna cláusula que prohíba el sexo en el contrato. Sin embargo, debo advertirte que no parece ni un poco interesada en acostarse contigo.

—¡Ah, claro, porque mi sueño es llevarme a la niñita a la cama! Seguro es de las que solo tiene sexo con la luz apagada, muerde al chuparla y solo hace la posición del misionero.

Liam niega con la cabeza mientras sigue escribiendo en la laptop. Entonces me llega un pensamiento.

—Está en el contrato que tenemos que ser discretos si vemos a otras personas, ¿cierto, Liam?

Mi asistente y amigo levanta la vista y me observa con cautela.

—Ese es uno de los puntos que deben discutir.

—Eso no se discute, hermano. Solo me faltaría, después de años de soltería, salir con una ninfita y encima quedar como un cornudo. —Él empieza a reírse. El cabrón se está riendo en mi cara —. ¡Esto es en serio, hermano! Le llevo doce años. ¿Te imaginas la cantidad de memes diciendo que no cumplí en la cama y por eso me pusieron los cuernos?

No. Ni loco.

Ya me estoy imaginando a la prensa sensacionalista inventando cualquier mierda, incluso que soy impotente. No. Ni en broma.

—Puedes aclarar todos esos puntos con ella.

Cierra la laptop y empieza a guardarla en su bolso. Frunzo el ceño.

—¿No dijiste que venía hoy?

—Sí, va a estar aquí antes de las 20:00.

—¿Y tú te vas? —Miro el reloj de pulsera. Veo que son más de las 18:00.

—Sí, tengo un compromiso. Jamie, sé sabio. Al final de cuentas, tú eres el maduro en esta relación.

—Si vuelves a insinuar que soy viejo, te saco a patadas de aquí, Liam.

—No lo harás. Dudo que encuentres otro representante como yo.

Tiene razón, pero jamás lo admitiría.

—Por favor, compórtate. No olvides que lo que está en juego es tu imagen.

—Hmm... —Es lo único que respondo, porque tampoco quiero admitir que estoy jodido—. Así que eso es. ¿Vas a dejarme lidiar con la niñita sola?

—Te entiendo, hermano. Es normal que un tipo de tu edad no sepa cómo manejar a una mujer de diecinueve.

Resoplo.

—Deja de insinuar cosas raras. Además, eso no me afecta ni me ofende. En lo sexual, ella no podría seguirme el ritmo.

Liam vuelve a negar con la cabeza.

—Tu humildad es encantadora.

—Ser realista solo me engrandece, hermano.

Él se pone de pie, cargando su bolso con la laptop.

—Solo te lo voy a pedir una vez... No la cagues. Esa chica es nuestra luz al final del túnel. Son nueve meses, hermano. Solo nueve meses. No lo olvides.

Me da dos palmadas en el hombro y camina hacia la salida.

Nueve meses.

Puedo con eso.

*

Ya son más de las 20:30 cuando golpean la puerta de la sala y enseguida la abren. Carl, uno de mis guardias, me hace un discreto gesto con la cabeza y deja pasar a la chica que entra por la puerta. Respiro hondo, disimuladamente. Intento no demostrar cuánto me afecta su apariencia. El tono de su cabello y de su piel es muy parecido al de Paige. Ella irradia juventud, pero las similitudes entre ellas terminan ahí.

La forma de vestirse y comportarse es diferente, y aunque conozco muy poco a Hanna, ya sé que en cuanto a personalidad son completamente opuestas. Aun así, el hecho de que se parezca tanto físicamente a la mujer que fue el amor de mi vida me molesta. Ella arquea una ceja ante mi silencio y tal vez también se haya dado cuenta de que la estaba analizando.

—¡Hola! —dice, sentándose en el sofá. Deja el bolso a un lado y, sin el menor reparo, se quita las zapatillas y se cruza de piernas a

lo Buda. Luego suspira y se masajea las sienes—. Perdón por el retraso. Estaba tratando de adelantar un trabajo de Cálculo.

—Está bien. Casi olvido que todavía usas pañales.

—Tranquilo. Yo también casi olvido que ya entraste a la tercera edad —responde, y me muerdo el labio para no reír.

—¿Qué raza es? —pregunta, refiriéndose a mi perro.

—Mastín Napolitano.

—Y le pusiste el nombre del *Fantasma de Esparta*.

—¿Lo conoces? —pregunto con cautela.

—Me gusta la mitología griega. Kratos le queda bien. —Hace una pausa—. Entonces, ¿Liam te habló de mis condiciones?

—Dijo que tus sugerencias debían discutirse directamente contigo.

—Entonces no te dijo mis condiciones. —Concluye. Y aunque no fue una pregunta, asiento—. Bien. —Respira hondo y me mira, levantando la nariz llena de pecas de una forma curiosa—. Tengo tres condiciones.

—Hmm... —respondo, estirando los brazos y apoyándolos en el respaldo del sofá. Como no dice nada más, suspiro y la animo—. Continúa.

—Primera —muestra un dedo—, siempre me vas a tratar bien en público. Nunca vas a ser grosero ni me vas a faltar el respeto, y si alguien lo hace, vas a estar ahí para defenderme. Sé que en tu mundo manda quien tiene dinero, y yo no voy a ser humillada. En resumen, exijo que me respetes. Siempre. Ya pasé por muchas cosas en la vida, y hoy exijo y merezco respeto.

—¿Qué clase de hombre crees que soy, niña?

—El tipo de hombre que le paga a una universitaria para limpiar su imagen. —Su frase es como una cachetada—. No te conozco, Jamie. Así que necesito garantías.

—Está bien —respondo a regañadientes, sintiéndome un imbécil por saber que tiene esa imagen de mí. No es que sea el tipo más simpático del mundo, pero tampoco soy lo peor. ¿O sí? ¿Así es como me ve la gente?—. No va a ser ningún sacrificio para mí cumplir con tu primera condición.

—Ok, pasemos a la última.

—¿No eran tres? —pregunto, confundido.

—Ahora son dos. —Esquiva el tema y, sinceramente, no quiero pensar cuál era la que acaba de descartar—. No puedes coquetear, besar ni tener sexo con otra persona.

La miro durante tres segundos enteros, hasta que empiezo a reír. *¡Liam, hijo de puta!*

—¡Esa estuvo buena, niña! Pero dile a mi amigo que no caeré —digo riendo. Ella sigue seria. Poco a poco, mi sonrisa desaparece —. ¿Estás hablando en serio?

—Sí.

Me enderezo en el sofá, mirándola.

—Esa condición es absurda.

—No, no lo es.

—Son nueve meses, niña. Nueve meses.

—Entonces deja de llamarme niña, porque eso me...

—¿Irrita? Sí, ya noté que eres bastante chispita. Pero esto es una relación falsa, así que no te hagas la loca ni intentes darme órdenes.

—Está bien, viejo de lancha —dice con esa expresión ridícula otra vez, y hago una nota mental para buscar qué mierda significa eso—. Tú me llamas niña, y yo te llamo viejo. ¿Perfecto, no?

Molesta, abre el bolso, saca un chupetín, lo desenvuelve, tira el envoltorio dentro del bolso otra vez y se lo mete a la boca. Cuando lo saca, pasa la lengua por los labios y yo me obligo a mirar hacia otro lado.

—Tú... —Empiezo, pero recuerdo lo que me dijo mi asistente, respiro hondo y trato de calmarme—. ¿Vas a tener sexo conmigo?

Intento exponer mi punto, pero, contrario a lo que imaginé, no parece escandalizarse con la pregunta.

—Si tuviera ganas, no sería un problema. Pero no voy a acostarme solo para que no te quedes sin sexo. Y cuando te dije que besas mal, no estaba mintiendo.

Abro la boca para responder, pero no sale nada. *¿En serio dijo eso?*

—No te ofendas, ni siquiera es por tu edad. —Alzo las cejas. *¿De verdad me considera viejo? Diablos, ¡soy guapísimo!*—. Es solo que no hubo química.

—¡Está bien! —Carraspeo la garganta, porque mi voz salió más áspera de lo que quería—. ¿De verdad esperas que pase nueve meses sin sexo?

—No lo espero, lo exijo. Usa tu mano, compra una muñeca inflable, juguetes sexuales, no sé. Eso es problema tuyo. Pero yo exijo respeto, aunque sea una relación falsa.

—Tengo treinta y un años, Hanna.

—¿Y qué? ¿Te vas a morir por no tener sexo? No.

—Niñ... Hanna. —Me corrijo—. Soy atleta. Trabajo con un deporte agresivo, el sexo me ayuda. Me relaja.

—No dije que dejes de masturbarte, Jamie —responde, volviendo a meterse el maldito chupetín en la boca.

—Como si la paja fuera lo mismo que una vagina. ¿En serio? —pregunto ya sin importarme si la espanto o no—. Esto va a afectar mi rendimiento. Me voy a poner ansioso.

—Entonces ve a terapia.

—¿Cómo?

—Pues sí, ustedes los ricos viven en terapia. De hecho, lo considero elegante. Si pudiera, yo también iría.

—Esto no va a funcionar —digo más para mí que para ella—. ¿Tu preocupación es que alguien se entere? Puedo garantizar que sería cuidadoso y discreto. Lo haría aquí, nadie lo sabría.

—Lo harías aquí —repite, y otra vez no es una pregunta—. En el contrato dice que tengo que estar aquí de viernes a domingo, porque es normal que una pareja pase el fin de semana junta y socialice. ¿Entonces traerías a alguien a tener sexo sin importar que yo esté? No me sentiría cómoda. Le metes la verga a alguien y al día siguiente salimos tomados de la mano, me tocas, me besas. Me estarías pasando la saliva de quien sabe quién. No, no puedo. Siendo sincera, todo esto ya es una locura. Aunque seas un creído y egocéntrico, quiero que podamos convivir bien. Si voy a pasar un buen tiempo aquí, quiero sentirme bien aquí.

—No va a funcionar.

—¿Acaso eres adicto al sexo? Porque estás actuando como uno.

—No. Pero suelo... —Carraspeo la garganta—. Mi vida sexual es bastante activa.

—Entonces, ¿está bien para ti si yo tengo sexo con otros tipos?

Vuelve a sorprenderme, y por segunda vez en la noche abro la boca y la cierro sin saber qué decir.

—Lo imaginé.

—¿Tú ya tienes sexo?

—¿Qué tiene? ¿Acaso tú a mi edad no lo hacías?

Ok. Por tercera vez no sé qué responder. Suspiro.

—¿No hay forma de... negociar esa condición tuya?

—No.

—Maldita sea —murmuro.

Ella se ríe, y su risa me obliga a mirarla de nuevo.

—¿Quién está actuando como un niñito ahora?

—Estás burlándote, niña. —Ella se ríe aún más, sin una pizca de vergüenza—. Además, me humillaste diciendo que beso mal.

—Besas mal. —Vuelve a afirmar.

—No beso mal.

—¡Iluso!

—Estaba borracho y drogado —digo, y ella deja de reír—. Tuviste la mala suerte de probar este cuerpo cuando no estaba en mis plenas facultades.

—Cuerpo no, boca. —Me corrige—. Vi lo del antidoping, lo siento.

—¡Claro que lo viste! —Respiro hondo—. No se habla de otra cosa.

Nos quedamos en silencio por un momento, hasta que ella vuelve a hablar.

—¿Vas a aceptar las dos condiciones?

—Sabes que con el momento que estoy viviendo no tengo muchas opciones. Quiero dejar claro que no estoy de acuerdo, pero necesito aceptar.

—El contrato se anula en el instante en que rompas una de las reglas. Me aseguraré de que haya una cláusula sobre eso.

—Está bien. Puedes escribirle a Liam y decirle que ganaste —digo, derrotado.

—Lo haré.

Nos quedamos en silencio un rato. Hanna parece cansada. En otra ocasión le ofrecería algo para comer o beber, pero no ahora. Estoy terriblemente molesto con todo esto, tratando de digerir el caos en el que se ha convertido mi vida en los últimos días.

—Realmente tienes razón, todos hablan solo de que consumes drogas.

—Lo sé. Creo que ya terminamos por hoy, ¿no? —respondo, sin importarme si soy grosero.

—Todavía no —dice, levantándose y viniendo hacia mí—. Dame tu celular. —La miro con desconfianza. Ella resopla, impaciente—. Vamos a darles otro motivo para hablar de ti.

Aún desconfiado, tomo el celular que está entre Kratos y yo, lo desbloqueo y se lo paso. Hanna hace algo y pronto se coloca de pie frente a mí con el celular en modo selfie, usando la cámara de mi Instagram.

—¿En serio? —Me quito la camiseta y se la entrego.

—¿Qué? —Veo que sus ojos se deslizan por mi abdomen, pero aparta la mirada rápido.

—Ponte mi camiseta encima de la tuya.

Me devuelve el teléfono y hace lo que le pedí. No es baja, pero aun así mi camiseta le queda grande, como un vestido que le cubre hasta la mitad de los muslos. La pelirroja se gira de nuevo, intentando tomar el celular, pero en vez de eso, la sorprendo sentándola en mi regazo.

—¿Qué...? —Su voz se apaga en cuanto cae sentada sobre mí.

Me dan ganas de reír al notar lo incómoda que está. ¿Cómo va a funcionar esto si la chica apenas puede tocarme?

—Pasa los brazos por encima de mis hombros, Hanna. Solo abrázame como lo haría cualquier novia.

Duda, pero vuelve a hacer lo que le pido.

—Tienes que relajarte o esto no va a funcionar.

—¿Tienes idea de lo insoportable que eres? —grita—. ¡Es la segunda vez que hablo contigo! No somos amigos.

—Entonces acostúmbrate.

—Tal vez logre sentirme cómoda si dejas de actuar como un idiota.

—Dios —murmuro, rogando por paciencia.

Me quito la gorra y paso los dedos por mi cabello, acomodándolo. Luego llevo la mano a su melena rojiza, desordenándola.

—¡Jamie! —Protesta.

—Estoy mejorando esa carita de niñita. El pelo despeinado te da más pinta de ninfita traviesa.

—Eres taaan asqueroso, ¡maldito idiota!

—Nadie se ha quejado nunca, cabrona.

Ella respira hondo.

Creo que respirar hondo y pedirle paciencia al universo va a ser la marca registrada de este... *arreglo*. Vuelvo a desbloquear el celular y posiciono la cámara.

—¡Va a salir horrible! Pareces tensa e incómoda en mi regazo.

—¡Parezco eso porque lo estoy!

Entonces la chica empieza a respirar profundamente. Respiraciones largas.

—¿Qué carajo es eso? —pregunto.

—Cállate, Jamie. Estoy tratando de relajarme.

Sujeto su cintura, acomodándola. Su pelo huele a fresas y trato de ignorar lo suave que me pareció al tocarlo hace poco. Ella se obliga a relajarse, sonriendo sin mostrar los dientes. Yo pongo mi cara de siempre; no suelo sonreír mucho.

Ambos miramos la foto y... creo que parece convincente.

—¿Cuál es tu @? —pregunto y me lo dice. Posteo la foto y enseguida voy a su perfil y la empiezo a seguir. Ella ya me seguía.

Saca el celular del bolsillo y comparte la foto. Ninguno de los dos escribe nada y hasta me parece mejor así. Hará que las especulaciones se disparen. Hanna se da cuenta de que aún está sentada sobre mí y se levanta de un salto, como si yo tuviera alguna enfermedad.

—Entonces eso es todo —dice ya de pie. Al notar que lleva puesta mi camiseta, se la quita y me la lanza—. Voy a hablar con Liam.

Se pone las zapatillas y enseguida toma su bolso.

—Perfecto.

—¡Nos vemos! —dice, y yo solo le hago un gesto afirmativo.

Y así se va, sin decir nada más, dejando el ambiente aún más extraño.

Cuando ella cierra la puerta, cierro los ojos. Recuesto la cabeza en el sofá y la muevo en un gesto de negación, más seguro que nunca de que esta mierda no va a funcionar.

Capítulo 3

Hanna Watson

—Mamá —llamo en cuanto entro a casa, el domingo por la mañana—. ¿Papá?

Veo a mi padre salir del baño, secándose el rostro. Sonríe al verme, se acerca y me abraza con la toalla aún en las manos.

—¡Hanna, qué alegría verte, querida! —dice, haciéndome reír, aunque hace apenas una semana que no venía a casa.

Mis padres viven a una hora y media de la universidad y suelo venir, como mínimo, una vez al mes para verlos. Cuando Scar, mi madre, empezó a trabajar en la cocina del orfanato, yo tenía quince años. Nuestra afinidad fue inmediata y en poco tiempo éramos como madre e hija.

Ella empezó a traerme los fines de semana a su casa y su esposo, Henry, también terminó convirtiéndose en mi padre. Un tiempo después, ya llevaba su apellido. No puedo poner en palabras lo que sentí. El día en que me mudé, no podía dejar de llorar de felicidad.

Por fin tenía todo lo que siempre quise: una familia.

Solo quien ha crecido en un orfanato sabe lo que significa encontrar un hogar. La verdad es que cuando cumplí diez años, perdí la esperanza de ser adoptada, y desde entonces me programé mentalmente para no sufrir más.

Las personas que se interesaban por mí desistían en cuanto descubrían que tengo asma grave y episodios recurrentes de bronquitis y neumonía... Scar y Henry no se preocuparon por eso. Lo que solo me hace estar aún más agradecida.

—¿Mamá está dormida? —pregunto.

—Estoy aquí, hija —responde ella, bajando las escaleras, aún en bata.

Mi padre se aparta y yo la abrazo. Ella pone la mano en mi cabello y me acaricia con ternura, haciéndome sonreír. ¡Cuánto los quiero! Se aleja un poco y me observa de pies a cabeza como siempre hace.

—Has adelgazado. Además, no sueles venir tan seguido —comenta, preocupada.

—Estoy bien, mamá... Solo necesito hablar con ustedes.

—¿Tiene que ver con tu relación con ese jugador, Hanna? —pregunta mi padre.

¡Claro que ya lo sabía! Es fanático de los *Kings of the Ball*.

—Sí... Yo... Perdón por esa foto, que seguro ya vieron.

—Tienes diecinueve años, querida.

—No exageres, ¿sí, amor? —Interviene Henry.

—Además de ser tus padres, somos tus mejores amigos, Han —dice ella, ignorando el comentario de su esposo. Él la mira con el ceño fruncido y yo intento no reír—. Además, ese chico es muy guapo.

—¿Chico? Querrás decir "hombre". Debe tener más de treinta.

—Tiene treinta y uno —respondo.

—No es viejo —defiende mi madre.

—Claro, solo es doce años mayor que nuestra niña.

—Papá...

—Querida, solo cuídate, ¿sí? Esos tipos con mucha plata quieren a las chicas jóvenes para usarlas como trofeos.

—¡Henry, deja de hablar como si el muchacho tuviera sesenta años!

Mi padre cruza los brazos, indignado.

—Ya sabíamos de esta historia, Han. Solo esperábamos hablarlo contigo en persona.

—Estamos saliendo —confieso, sintiéndome culpable por la mentira.

Pero no es del todo una mentira. Bueno, es una relación por contrato. Aun así, ninguno de los dos tendrá relaciones con otras personas y necesitaremos tener contacto físico, así que, de alguna forma, sí, es un noviazgo.

O tal vez estoy buscando excusas para justificar mis propias mentiras.

—Bueno, en realidad, nos estamos conociendo. Lo que quiero que sepan es que, de algún modo, estamos juntos. Les prometo que me voy a cuidar y si noto que puedo salir lastimada, me alejaré de él.

—Ten cuidado también con esas fiestas, hija. Bebidas, cigarros, drogas... —advierte mi padre.

—Papá, Jamie fue drogado. —Quien me escuche hablar así de él pensaría que lo conozco de toda la vida—. No sabemos por quién, pero de algo puedes estar seguro: él no consumió ninguna droga.

—¿De verdad crees en eso?

—Sí —respondo sin dudar.

La forma en que se mostró afectado por el resultado y por mis insinuaciones fue sincera. Tanto que ni siquiera mencioné una de mis condiciones: nada de drogas. Se le notaba en la cara la

incomodidad con la situación y lo molesto que estaba por haber sido suspendido de los primeros partidos de la temporada.

—Si tú lo crees, nosotros también lo creemos, hija. ¡Confiamos en ti! —dice Scar, mientras prepara café.

—Gracias, mamá.

—Trae a Jamie para que lo conozcamos, Hanna —dice Henry, y sé que no es una sugerencia, es una exigencia.

—Lo traeré —respondo, dando un suspiro discreto.

—Y, dejando de lado a tu noviecito —dice mi madre, haciéndome reír—, ¿cómo van las clases, querida? ¿Y tu canal?

—Las clases van bien —respondo de forma vaga, intentando no hablar de lo mal que voy en Cálculo—. Y mi canal está empezando a crecer, mamá.

Desde el jueves, cuando Jamie subió esa historia, gané más de diez mil seguidores en Instagram y muchos otros en YouTube. Las visualizaciones de mis últimos videos han aumentado muchísimo.

Jamie realmente es una persona con influencia.

Esta misma noche, cuando regrese al campus, planeo grabar otro video sobre un jabón concentrado que empecé a usar hace poco. Es barato y ha dado buenos resultados en mi piel grasa.

La simple mención del canal me entusiasma, así que empiezo a contarles sobre el último que grabé y que ya superó las treinta mil visualizaciones. Mis padres me escuchan con atención, sin perderse ni un detalle, y eso me llena el pecho de amor por la dedicación que me dan. Pasar el día con ellos es como recibir una inyección de energía. Siempre que salgo de aquí, vuelvo al alojamiento renovada.

*

—Esto es una completa locura —dice Steven.

—Sí… Fue algo repentino. Nos estamos conociendo.

—Se besaron en la discoteca y él quería más que eso. —Parece decirlo más para sí mismo que para mí.

—¡Vaya! Diciéndolo así, parece que lo puse en una horca —respondo, y él se ríe.

—No es lo que quise decir, Han. Es solo que… el tipo es multimillonario. Ese tipo de gente…

—¿No sale con personas pobres?

—No —suspira—, creo que no me estoy explicando bien.

—Entiendo lo que quieres decir, Stev.

—Eres hermosa, puede que realmente esté interesado en ti. Solo que no sé si él te merece.

—No tienes que preocuparte por mí.

Steven estaciona frente a mi residencia. Bajo del auto y él también lo hace. Se apoya en el coche y me observa, probablemente pensando qué decir.

Lo conocí cuando me mudé a casa de mis padres. Nos enamoramos y estuvimos juntos ocho meses. Con él di mi primer beso, y también fue el primer chico con el que tuve sexo. Por desgracia, la pasión se apagó rápido y preferí ser honesta y terminar antes de que él se involucrara más.

Durante tres meses nuestra relación fue tensa, pero después volvimos a ser amigos. Tenemos la misma edad y también estudia en la universidad. A veces salimos a tomar café, pero es solo una

amistad. Me tranquiliza que no muestre interés, porque de verdad, ya no funcionaría entre nosotros.

—No quise molestarte, Hanna.

—No lo hiciste, Stev. ¡Tranquilo! Entendí lo que quisiste decir, pero, por más improbable que parezca… estamos juntos.

—Seguiremos siendo amigos, ¿no?

—¡Claro! —Frunzo el ceño—. ¿Por qué no lo seríamos?

—Porque soy tu ex novio. —Me río—. Probablemente a él no le va a gustar que seas amiga de tu ex.

—No es mi dueño —afirmo, encontrando la conversación un tanto rara.

Steven solo suspira y se acerca a mí para abrazarme. Yo le devuelvo el abrazo.

—No quiero perderte, fresita.

—Eres mi amigo, eso no va a cambiar. —Le doy una palmada en la espalda y me alejo—. ¡Gracias por traerme, Stev!

—Nos vemos, Han —dice, guiñando un ojo antes de subir al auto.

Me doy la vuelta y camino hacia el edificio. Abro la puerta con mi tarjeta y subo las escaleras despacio. Estoy fuera de forma, así que si me esfuerzo demasiado en subir dos pisos, termino sin aire. Evito lo más posible usar el inhalador o el nebulizador, pero a veces no tengo opción.

Cuando llego al pasillo, camino hacia la puerta del cuarto que comparto con Ale. Apenas meto la llave en la cerradura, escucho gemidos fuertes provenientes del cuarto de al lado. La chica es bastante… escandalosa. Me echo a reír en voz baja mientras entro al cuarto.

—¿Estás escuchando eso? —pregunta Alessandra apenas pongo un pie dentro—. El exorcismo empezó temprano.

Suelto una carcajada mientras cierro la puerta.

—Es en serio, Han. ¿No deberíamos tocar la puerta y ofrecer ayuda?

—¡Basta, Ale! —Le pido entre risas, tirando mi bolso sobre la cama.

—*¡Auuunnn!* —gime la chica del otro cuarto.

Vuelvo a reírme a carcajadas mientras mi compañera de cuarto mira la pared con expresión horrorizada.

—Creo que el novio de esa chica tiene una anaconda entre las piernas.

Respiro hondo, tratando de controlar el ataque de risa.

—Seguro que le está golpeando el útero, y esos gritos son de desesperación, no de placer.

—Amiga, deja de vigilar el sexo ajeno.

—¿¡Cómo!? Dime, ¿cómo quieres que lo ignore si ella se esfuerza por gritar lo suficiente para que la escuchen a kilómetros? En fin, creo que ya acabó. Los gritos pararon.

—¡Ale, no tienes cura!

—Tal vez —responde, encogiéndose de hombros—. ¿Viniste con Steven?

—Sí.

—Hanna…

—No tiene nada que ver, en serio. Él sabe que solo somos amigos. Además, ahora tengo "novio".

—Eso no cambia el hecho de que él sigue arrastrándose por ti.

—No es así. Eso está en tu cabeza.

—Aja, sigue creyéndolo.

—No lo soportas por lo que pasó aquella vez.

—Hanna, ¿cómo se le ocurre intentar algo con la mejor amiga de su ex? ¡Besé a ese imbécil!

—Tú no lo sabías.

—¡Claro que no lo sabía! Jamás estaría con un ex tuyo. Es una regla sagrada entre chicas.

Me encojo de hombros. Pero no es que me importe.

—Y para colmo, ¡qué beso tan malo! —Finge arcadas.

—No me hables de besos malos, por favor —suplico, quitándome las zapatillas y acostándome de lado en la cama mirando a Ale.

—¿Estás hablando de tu novio? —pregunta, riéndose, mientras se sienta en posición de Buda.

—Voy a tener que besarlo otra vez —respondo con una risa nerviosa.

—¿Y si fue solo porque estaba borracho o algo así?

—No creo que tengamos química.

—Qué cagada, amiga —murmura—. Podrías sacarle algún provecho a ese noviazgo falso. Porque tú sabes, ¿no? En algún momento solo habrá una cama. Ese *plot twist* va a suceder.

—No estamos en una película, amiga.

—Pero lo parece, ¿no?

—Sí —admito—. Es muy guapo, pero el beso fue… —Niego con la cabeza, recordando lo raro, baboso y… *argh*.

—Puedes decirle que controle la cantidad de saliva —comenta, haciéndome reír.

—Sí, quizás le diga algo así.

—Y dile que afloje la mandíbula porque parecía que quería devorarte en esa foto.

Me río fuerte, porque es verdad.

—En serio, parecía que te estaba atacando con la boca. Un poco más y terminabas con lesión cervical.

—¡Qué horror, Alessandra! —La reprendo sin poder dejar de reír.

—Son los hechos, amiga —dice, mientras se estira—. ¿Qué te parece si bajamos a la cocina comunitaria y cocinamos algo rico?

—¿Tú vas a cocinar? —pregunto.

—¡Claro! Ustedes los ingleses no cocinan tan bien como los brasileños.

—Entonces yo lavo los platos.

—¡Perfecto! Voy al baño un momentito.

Mientras ella va al baño, me levanto y voy hasta el pequeño armario improvisado donde guardamos comida. Nuestro cuarto es del modelo estándar del alojamiento: dos camas, dos cajoneras y un baño con ducha. Adaptamos un armario pequeño para guardar comida. Mi papá consiguió un frigobar usado que pusimos debajo del escritorio que compartimos, así que ahora solo tenemos espacio para las camas. Es pequeño, apretado, pero sigue siendo nuestro refugio, nuestro rinconcito.

—¿Llevamos ese pollito que congelamos? —pregunto en voz alta para que me escuche.

—¡Está bien! Pero voy a tardar un poco aquí —avisa—. ¡Creo que esa leche sin lactosa tuya no me hace bien!

Contengo la risa.

—Lo que te hace mal es la lactosa, Ale —respondo, mientras abro el frigobar para sacar el recipiente con el pollo.

*

Mi día empezó como una completa mierda.

Despertarme casi cuarenta minutos más tarde de lo habitual y llegar tarde a la clase de Cálculo, la que más me cuesta, ya fue suficiente para arruinarme el día desde temprano. Si a eso le sumamos el hecho de que ahora la gente sabe quién soy, solo empeora mi situación.

Las cosas son contradictorias.

Siempre quise visibilidad. Mi sueño es que mi canal llegue a las grandes marcas, que pueda promocionarlas. Me encantan las redes sociales, probar productos nuevos, ver cómo se adaptan a mi piel. Pero el hecho es que no están conociéndome por lo que soy, sino por *con quién* estoy.

Mi celular suena otra vez y respiro hondo, tratando de contener la rabia. Liam ya me llamó tres veces, y después mandó un mensaje diciendo que necesitaba hablar conmigo. Jamie llamó ocho veces. ¡Ocho veces! Aunque le dije que estaba ocupada después de no responder las dos primeras llamadas. Eso fue hace diez minutos, cuando por fin miré el celular.

El sábado, antes de irse a Boston a visitar a su familia, me mandó un mensaje seco avisando que ese era su número y que no volvería hasta el jueves siguiente. Le respondí solo con un "ok", porque no estoy obligada a ser simpática mientras él insiste en actuar como un ogro. Liam me pidió que evitara responder cualquier

pregunta de los medios, y eso es lo que vengo haciendo. Abro la app de mensajes.

Jamie ogro: ¿Qué carajos es esto, Hanna?

Clickeo en el enlace que me mandó y veo una foto mía con Stev, de ayer, cuando nos abrazamos frente a la residencia. Abro los ojos al ver el pie de foto. Insinúan que aproveché el viaje de Jamie para tener un encuentro con un antiguo amor. ¡¿Cómo diablos supieron que Steven y yo fuimos novios?! El celular vuelve a vibrar.

Jamie ogro: ??????

Respiro profundo.

Hanna: Fui a ver a mis padres y volví al campus con él. Fue solo un abrazo entre amigos.

Él tiene el chat abierto, porque aparece como leído al instante.

Jamie ogro: ¿Volviste al campus en el auto de tu ex? ¿Te parece normal para alguien que está saliendo con un tipo que no puede ni mear fuera del inodoro sin que los medios estén listos para hacer escándalo?

Hanna: ¿Y ahora tengo yo la culpa de que los medios sean unos imbéciles?

Jamie ogro: ¡Diste todo un sermón con condiciones y me hiciste firmar una cláusula que me prohíbe tener sexo!

Jamie ogro: ¿Pero tú sí puedes aceptar viajes de tu ex? ¿En serio, Hanna?

Hanna: ¡Él es mi amigo!

Jamie ogro: Perfecto, *chispita*. Yo voy a darle un "aventón" a una de mis amigas. Pero tranquila, si sale alguna foto mía abrazando a alguien, será solo una imagen fuera de contexto.

Me quedo mirando su mensaje sin saber qué contestar. Él también se da cuenta, porque enseguida empieza a escribir.

Jamie ogro: ¿Leíste los comentarios?

Jamie ogro: "¿El mariscal de campo no pudo con ella?", "Tal vez ya sea hora de que se retire", "Esto pasa cuando sales con una niña más de diez años menor", "Si le pusieron los cuernos, fue merecido", "¿Podrán diseñar un casco que aguante esos cuernos?"

Jamie ogro: ¡Hay memes llamándome cornudo por toda la puta internet!

Jamie ogro: ¡Y esa mierda de llamarme viejo! ¡Tengo 31 años, carajo!

Me muerdo el labio, tratando de no reírme. Los apodos… Dios mío. La gente no tiene límites. Fue solo un abrazo. Un simple abrazo.

Hanna: Acepté que me llevaran, porque siempre que voy a ver a mis padres, acepto el aventón. No sé si lo sabías, pero Montgomery tiene uno de los transportes más caros del mundo y yo soy una universitaria pobre.

Hanna: El abrazo fue solo una despedida entre amigos. Salí con Jamie hasta poco antes de cumplir 17. Terminamos hace dos años.

Hanna: *Steven

Jamie ogro: El dinero ya no es un problema. A partir de hoy, uno de mis guardias te llevará y te traerá cuando vayas a ver a tus padres.

Jamie ogro: Ten presente que siempre habrá alguien, en algún lugar, buscando el próximo escándalo.

Jamie ogro: Una foto comprometedora tuya ahora vale dinero.

Empieza a mandarme un audio, y me saca de quicio. ¿No sabe que estoy en clase?

Jamie ogro: No andes besando a esos amiguitos tuyos ni siquiera en la mejilla, porque según el ángulo va a parecer que fue en la boca. Mejor, nada de contacto físico. No quiero

tener que seguir quedando como el cornudo, y eso no está a discusión.

Ni bien termino de escuchar el audio me manda otro.

Jamie ogro: Regreso el viernes, así que el sábado por la mañana prepárate porque alguien te recogerá. Vamos a pasar el fin de semana juntos y a aparecer en público. Hasta entonces, hazme un favor y deja de hacerte la inocente, o esta mierda no va a funcionar.

Hanna: ¡Eres insoportable!

Jamie ogro: Nunca dije lo contrario.

Bloqueo el celular y lo meto en la bolsa. Respiro hondo e intento volver a los cálculos, donde me había quedado.

Ya sabía que esto del noviazgo falso no sería fácil.

Lo que no imaginaba era que sería tan jodidamente difícil.

Capítulo 4

Jamie Donovan

Miro otra vez la foto que Hanna acaba de subir. No es que la esté stalkeando, pero solo sigo a 122 personas, así que es natural que vea todo lo que publican mis amigos. Es un carrusel con tres fotos sencillas en las que solo aparece su rostro. La foto fue tomada desde muy cerca, casi no se ve el fondo. En la primera está mordiendo una fresa, en la segunda guiña un ojo y saca la lengua, y en la tercera sonríe. Y es esa tercera la que me quedo mirando. Parece que no lleva nada de maquillaje, porque sus pecas están completamente a la vista. Las cejas y las pestañas tienen el mismo tono que su cabello. Labios rojitos, ojos verdes… Una belleza natural, del tipo que no veía hace años. Respiro hondo, inundado por recuerdos de Paige, de lo felices que fuimos juntos. Niego con la cabeza, negándome a caer en ese agujero. Le doy like a la foto y decido comentar. Escribo algo en tono de broma, esperando que ella siga el juego.

—Jamie —me llama Carl—, llegamos.

Miro por la ventana y me doy cuenta de que ya estamos estacionados frente a la casa de mi amigo. Abro la puerta sin esperar a los de seguridad, porque el condominio donde vive Brandon es bastante tranquilo. Camino por el sendero que lleva a la entrada.

Toco el timbre, y al rato la empleada doméstica abre la puerta. Entro, dejando mi abrigo en el hall. Cuando llego a la sala,

veo a Bran bajando las escaleras descalzo, con pantalón de buzo y una camiseta blanca.

—Llegas tarde —dice, acercándose a abrazarme y dándome un par de palmadas en los hombros—. ¡Me alegra verte, hermano!

Brandon siempre ha sido uno de mis mejores amigos, y eso no cambió después de graduarnos. Al contrario, nuestra amistad se hizo aún más fuerte.

—¿La paternidad te puso sentimental, broder?

—¡Ah, vete a la mierda! —Se aleja riéndose.

—¿Estás metiéndote esteroides, cabrón? —pregunto, señalando sus brazos con la cabeza.

—La única que se mete cosas aquí es Taylor —responde, y los dos estallamos a carcajadas.

—¡Te escuché, Brandon! —grita Taylor desde la cocina, con Louisie en brazos—. Mira, hija, qué guapo está el tío Jamie.

—Taylor, Taylor —dice Bran, chasqueando la lengua—. Vas a pagar por eso más tarde.

—¿Ah, sí? ¿Y quién va a cobrarme? —responde ella, riéndose.

Niego con la cabeza. Estos dos no cambian nunca.

Taylor me da un beso en la mejilla y Louisie se lanza a mis brazos.

—¡Hola, princesa! —Le doy un beso en la frente.

—¿Soy una princesa?

—Eres la princesa más linda que he visto.

—Pero ya tengo un príncipe —responde con su vocecita dulce.

—¿Y quién es? —pregunto, aunque ya sé la respuesta. Es satisfactorio ver la desesperación en la cara de mi amigo.

—Dylan.

—¡No me merezco esto! —Se queja Brandon—. ¿Cómo se acuerda de ese niño, amor? Solo se ven en vacaciones.

—Déjala, Bran —dice su esposa—. Es una niña.

—Una niña que va a crecer creyendo que el hijo de Nickolas es un príncipe azul.

—Porque lo es —lo contradigo—. Mi ahijado es un sol.

—Solo espero que no salga tan imbécil como lo era Nick. —Concluye Bran.

—Ah, ¿y tú eras un santo, no? ¡Por favor! —Lo reprende Taylor—. Vamos, Jamie. Vamos a sentarnos mientras se termina de preparar la cena.

Caminamos hasta la sala y nos sentamos en el sofá. Louisie sigue en mi regazo, ahora mirando la tele.

—¿Justin y Pri siguen en Brasil? —pregunto—. Hace como dos semanas que no hablo con él.

—Volvieron ayer a Miami. El centro de eventos que montaron está a reventar —responde Bran—. Tienen DJs de todo el mundo.

—Me alegra mucho. Se lo merece, superó muchas cosas.

—Sí, es un ejemplo de que se puede salir adelante —dice Taylor, y sé que me está tirando una indirecta. Le sonrío.

—Estoy bien, rubiecita —respondo.

—No entiendo en qué momento todos empezaron a llamarla rubiecita. Ese era mi apodo exclusivo para ella. —Se queja Brandon.

—Bueno, ya no lo es —digo, riendo, mientras él bufa.

—Voy a hablar del tema, amor —dice Bran a su esposa.

—¿Qué habíamos acordado? —le pregunta ella.

—Que íbamos a esperar a que él sacara el tema, pero no puedo más —contesta, y yo ya me estoy riendo, sabiendo

perfectamente a qué se refiere.

—¿Hanna? —digo, y él asiente. Taylor revuelve los ojos—. Estamos saliendo. —Louisie se acurruca contra mi pecho, luchando por mantener los ojos abiertos. Le acaricio el cabello rubio—. Es una historia complicada.

Sigo mirando a la nena, que en realidad ya tiene cinco años.

—Podemos hablar de eso después —sugiere Taylor, notando que me incomoda hablar de eso delante de su hija, aunque sea muy pequeña y no entienda nada del tema. Al verla luchando contra el sueño, concluye—. Menos mal que le di de comer más temprano.

—Los martes siempre llega más cansada, va a clases de ballet por la tarde —cuenta Brandon, y con orgullo agrega—: va a presentarse a fin de mes.

—Le encanta bailar —dice Tay, dándole un beso en la mejilla a su esposo, que la rodea con un brazo y la acerca más.

—Y es tan coqueta como el padre.

—Y tan linda como la madre. —Él le guiña un ojo, ella se ríe.

—Señora Davis, la cena está lista —anuncia la empleada. Taylor responde que ya vamos.

—¿Crees que algún día dejará de llamarme señora? —le pregunta a su esposo, cargando a la niña dormida para llevarla a su cuarto.

—Probablemente no. A mí me gusta cómo suena "señora Davis".

—¡Pervertido! —responde ella, antes de salir de la sala—. ¡Ya vuelvo!

—Hoy vas a romper la dieta, hermano. Mi rubiecita pidió algo especial para la cena.

—Nada que un detox no arregle —respondo, y él ríe mientras caminamos hacia el comedor.

*

—Es un noviazgo falso entonces —concluye Taylor.

—Y yo ilusionándome de que por fin estuvieras superando todo —dice Brandon.

—Estoy superando, hermano. No es que mi vida se haya detenido.

—Ya vuelvo —dice Tay, levantándose del área de descanso de la casa donde estamos sentados.

Brandon y yo sabemos que no volverá. Siempre que la conversación se dirige a un tema complicado para mí, se levanta con cualquier excusa para dejarnos a solas.

—Eres un profesional increíble, Jay. Pero tienes una vida emocional inestable.

—¿Solo porque no me casé?

—Porque te cerraste. Alejas a cualquier mujer que muestra interés por algo más que sexo.

—Hermano, si algún día me vuelvo a enamorar, voy a dejar que fluya…

—Oh, Jamie, a mí no me vengas con ese cuento. No me lo trago.

Suspiro.

—El amor de mi vida murió, broder.

—El primer amor de tu vida murió. Pero tú estás vivo.

—Y estoy disfrutando la vida a mi manera.

—Claro que sí.

—Lo tengo todo bajo control.

—Por supuesto.

—Me voy a tomar un descanso de las fiestas.

—Sí, porque estás en un noviazgo falso y tienes que convencer a la prensa. —Suspira—. Me da pena la chica.

—¿Cómo? —pregunto, confundido.

—Esa chica, Hanna. Me da pena.

—¿Por qué? Está ganando buena plata por meterse en esta locura. Además, es bloguera y sueña con ser influencer. Con mi ayuda lo va a lograr.

—Se van a hacer amigos.

—No la soporto, y la sensación es mutua.

—Se van a hacer amigos porque, en el fondo, eres un tipo decente —dice, ignorando lo que acabo de decir—. Y entonces van a empezar a confundir la actuación con la realidad y van a acabar acostándose. Tú te vas a asustar y la vas a alejar. La vas a abandonar.

—No voy a acostarme con ella.

—Sí lo harás. Solo espero que cuando pase, no confundas las similitudes.

—El que se acostaba con una pensando en otra eras tú, Brandon.

—Sí, y era una mierda, hermano. Pero que yo haya sido un cabrón no significa que tú tengas que serlo.

—Ella no es Paige. Nunca lo será.

—Eso no tienes que decírmelo a mí, broder. Dítelo a ti mismo.

Tomo mi cerveza y bebo un gran trago. Mentalmente repito lo que le dije a mi amigo.

Ella no es Paige.

Nunca lo será.

Mi celular suena y veo un mensaje de Hanna.

Chispita: "¿Es normal sentir celos de una fresa?"

Chispita: Jajajajajajaja

Se ríe del comentario que hice más temprano en su foto, y por alguna razón, yo también lo encuentro gracioso. Como sigue escribiendo, espero su mensaje.

Chispita: Eso fue muy cursi. ¿En tu época esas frases funcionaban?

Jamie: Hablas como si tuviera 60 años.

Jamie: Soy un tipo muy centrado, ¿sabes que esas provocaciones no afectan mi ego, verdad?

Chispita: Si tu ego es proporcional a tu arrogancia, me imagino que debe ser bien difícil de afectar.

Jamie: Mi ego es proporcional a otra parte de mi cuerpo, pero tú eres muy niñita para hablar de eso.

Chispita: Y tú un tipo con suerte, según la mayoría de los comentarios en mi foto. Creo que deberías seguir el

consejo de uno y hacerte unos exámenes del corazón. Puede que no resistas mi juventud.

Jamie: Si ese seguidor supiera que me hiciste firmar un contrato que me prohíbe tener sexo, sabrían que tú eres la bruja mala de esta historia.

Jamie: Si me dejas, puedo mostrarte que mi condición física aguanta tu juventud sin problema.

Chispita: Si ese seguidor supiera que besas mal, seguro estaría de acuerdo conmigo. No vale la pena el intento.

—¡Mierda! —dice Brandon riendo—. ¡La chica te acaba de tirar en la cara que besas mal!

—¡Vete a la mierda! ¡Curioso de mierda! —Le empujo el hombro.

—Hermano, no tiene el menor interés en ti —Sigue riendo—. ¡Viví para ver a Jamie Donovan ser rechazado! ¡Y por una chica diez años menor que él!

—Esa niñita no sabe de lo que habla. ¡Yo estaba borracho y drogado!

Empiezo a escribir una respuesta.

Jamie: Si tuviera algún tipo de interés sexual en ti, te haría tragarte cada una de esas mierdas con mi semen.

Jamie: Niña malcriada.

Jamie: Responde el puto comentario y haz tu parte del trato.

Ella lo ve de inmediato y empieza a escribir.

Chispita: Hmmm, ¿se puso sensible!

Chispita: Lo siento, viejo de lancha. Sé que estás acostumbrado a oír siempre lo que quieres, pero yo no te voy a lamer el culo.

Chispita: En cuanto al comentario, ya respondí.

Salgo de la app de mensajes y voy a la red social para ver qué puso.

"Te extraño, gruñón 💔*"*

Ese fue su comentario, con un emoji de corazón.

Oigo una risita y miro al lado. Brandon me está mirando con una sonrisita idiota. Alzo una ceja.

—Esas provocaciones… Ya las he visto antes.

Bufé.

—Que tú y tu esposa estén locos no significa que todos lo estén. Créeme, entre Hanna y yo solo hay hostilidad.

—¡Claro! —Ironiza.

—No me jodas, Bran.

—En un par de meses lo volvemos a hablar. ¿Y cómo te sientes con la suspensión de los partidos? —pregunta, cambiando de

tema.

Entonces me desahogo, contándole exactamente cómo me siento. Brandon, Nickolas y Amber son las personas en las que más confío en este mundo. Probablemente haría cualquier cosa por ellos, porque además de ser mis mejores amigos, los considero mi familia.

Claro que valoro mucho al resto del grupo, pero con estos tres es con quienes puedo abrirme y ser realmente yo. Bran y yo nos quedamos conversando por al menos dos horas. Compartimos recuerdos, risas y confesiones entre una cerveza y otra.

Capítulo 5

Hanna Watson

El teléfono vuelve a vibrar, así que dejo la laptop a un lado y agarro el celular de la mesa. Frunzo el ceño al ver que es Jamie, el trato era que iría a su casa recién mañana.

—¡Hola, viejo de lancha! —le digo, para provocarlo, porque el tipo es un dolor de huevos.

—¡Hola, chispita! Estoy aquí abajo.

—¿Cómo? —pregunto, ya levantándome y yendo a la ventana, donde veo tres de esos autos de película; hasta negros son.

—Estoy aquí abajo, voy a bajarme del auto y tú vas a venir a encontrarme aquí.

—Vaya, qué mandón —Ironizo—. ¿Las mujeres suelen considerar eso sexy?

—Sí, y créeme, siempre piden más.

—No esperes que me arregle, ¿eh? Voy a bajar tal como estoy.

—Mientras estés decente, por mí todo bien —responde, y me lo imagino encogiéndose de hombros.

—No vas a opinar sobre mi forma de vestir, olvídalo.

—¡Mierda! Menos de un minuto hablando contigo y ya me siento mentalmente agotado.

—¿Ah, tienes cerebro? Cometes tantas cagadas que pensé que no. —Lo escucho suspirar.

—Te estoy esperando.

Ni siquiera tengo tiempo de preguntarle en cuál auto está porque me corta. El muy cerdo no tiene educación. Nuestras conversaciones siempre están llenas de humillaciones y puede que yo tenga parte de la culpa, pero... ¡Dios mío! Él no tiene ni una pizca de sentido del humor.

Voy al espejo y me miro. Pantalón de buzo flojo, top corto que muestra la panza y el pelo hecho un desastre. Me da igual, no quiero impresionar a mi "novio". Para completar el look, me pongo las pantuflas con forma de vaca y salgo del cuarto, cerrando la puerta con llave.

Bajo las escaleras sin apuro. *¿Qué hace aquí?* El trato era vernos mañana. Cuando llego al vestíbulo, paso la tarjeta por el lector y salgo del edificio. El viento me pega de frente, haciéndome estremecer de frío y me arrepiento de estar mostrando el abdomen. Mi pelo, que ya estaba desordenado, queda aún peor por la brisa.

Miro los tres autos sin saber muy bien hacia dónde ir. La duda se disipa cuando Jamie baja del segundo vehículo. Veo que dos guardaespaldas bajan del primero y del tercero, pero no les presto atención, porque es imposible no mirar al rubio.

¡Está buenísimo! Así de simple. Sería hipócrita negarlo. Lleva un jean claro, una chaqueta negra sencilla. En los pies, zapatillas que seguro valen una fortuna. Se apoya en el auto y se queda mirándome. No puedo verle los ojos porque lleva gafas de sol, aunque ya casi no hay sol.

Discretamente miro alrededor y, como era de esperarse, tiene toda la atención de la gente de alrededor. Apenas llego a su lado, Jamie me agarra de la cintura, pegando nuestros cuerpos. Me

sorprende, pero intento no demostrarlo y actuar con naturalidad. Su rostro queda tan cerca del mío que nuestras narices se rozan.

Él sonríe sin mostrar los dientes y desliza su nariz por mi piel hasta llegar al cuello. Ignoro por completo el escalofrío que me recorre la espalda. Ese tipo de contacto en el cuello ya es demasiado, ¿no? Obvio que me iba a estremecer, es una zona muy sensible.

—A tu izquierda hay un paparazzi. Se filtró información de que vendría aquí.

—¿Cómo sabes eso? —pregunto.

—El tipo tiene una cámara —responde ya irritado.

—No lo digo por la cámara, lo digo por la información filtrada.

—Fue Liam.

—Entonces fue intencional —afirmo—. ¿Te costaba avisarme que vendrías? Podría haberme vestido mejor.

—Sabía que si sabías que te iban a fotografiar, te arreglarías. Esto tiene que parecer real, Hanna. La autenticidad es clave.

—¡Qué inteligente! —No puedo controlar mi lengua.

Se cree la última Coca-Cola del desierto.

—Demasiado —dice, apartando su cara de mi cuello y volviendo a mirarme. Su rostro está tan cerca que puedo sentir su aliento cálido—. Pero tú eres joven. —Me guiña un ojo y yo entrecierro los míos—. Tienes tiempo para aprender.

—A cada oportunidad que tienes, me llamas niñita. —Pongo mis brazos alrededor de su cuello y me apoyo en él, quedando casi en puntas de pie—. Pero soy yo la que está salvando tu imagen.

—Los sacrificios deben hacerse por el bien común.

—¡Vaya! Ahora suenas como mi papá —replico, y en respuesta me da una palmada en el culo.

El sonido fue tan fuerte que siento las mejillas arder de vergüenza. Todos alrededor deben haberlo visto o escuchado. Jamie sonríe satisfecho. Yo también sonrío, pero forzado. Una sonrisa casi diabólica.

—Hijo de... —Me trago el insulto, él sonríe aún más—. Me arde el culo, y si me dejas una marca... —Lo amenazo—. Te va a salir caro.

—¿Qué vas a hacer, niñita? ¿Contárselo a tu mami? —pregunta divertido.

—¡No metas a mi mamá en esto!

—Tú empezaste, cuando me comparaste con tu padre.

—Pareces un adolescente engreído.

—Tengo que adaptarme, ya que estoy saliendo con una.

Ignoro su indirecta clarísima.

—Sí, engreído es un buen apodo para ti.

—Va bien con "chispita".

—Quien nos ve, no imagina que tengo ganas de patearte las bolas en este mismo momento —digo mientras acaricio su nuca, satisfecha al ver que se le eriza la piel y cambia de postura.

—¡Hablas demasiado! —dice enderezándose, apartándome y agarrándome de la mano—. Vamos arriba a buscar tus cosas.

—¿Cómo?

—¡No te hagas la tonta, Hanna! Porque tonta no eres —dice mirando a uno de los guardias, que le hace una señal afirmativa.

Jamie me jala hacia el edificio y entiendo que realmente vamos a mi cuarto a empacar mis cosas. Tengo ganas de gritarle y

restregarle en la cara que ese no fue el trato.

Ok. En el contrato decía que todos los viernes debía ir a su casa, pero este fin de semana era una excepción, ya que él llegaba cansado del viaje y no íbamos a salir hoy.

Odio que me tomen por sorpresa. ¡Y demonios! Los acuerdos están para cumplirse. ¿Qué le costaba mandar un mensaje? ¿Se le habrían caído los dedos al señor mariscal de campo? ¡Por el amor de Dios! Esta gente con dinero cree que es dueña del mundo.

Conmigo no. ¡Pobrecito! No sabe en lo que se metió.

La vida me enseñó a ser paciente y no actuar por impulso, y eso es exactamente lo que voy a hacer. Esperaré el momento perfecto y le voy a mostrar que, aunque esté pagando por toda esta mierda de noviazgo falso, la que va a poner las reglas soy yo.

Que se prepare. Perdí la batalla, no la guerra.

Subimos las escaleras de la mano, y para seguirle el ritmo, termino sobrepasando mi límite. Cuando llegamos a la puerta estoy hiperventilando y jadeando. Entramos, y el guardaespaldas que subió con nosotros se queda al final del pasillo.

—Eres bastante sedentaria y... —Deja de molestarme en el momento en que agarro el inhalador y aspiro dos veces. Se quita las gafas de sol y me observa—. Eh... perdón.

—Tranquilo —respondo, carraspeando la garganta.

—¿Tienes asma?

—Sí.

—Carajo...

—¿Qué?

—Nada. Agarra pocas cosas, mañana vamos a salir a comprarte ropa.

—¿Comprar ropa?

—¿Por qué siempre repites lo que digo? ¿Tienes algún problema de razonamiento?

—¿Por qué eres siempre tan grosero? —Le rebato—. ¿Tienes algún trauma que no puedes superar y por eso te empeñas en ser un ogro cada minuto? —Él desvía la mirada y no responde. Mierda—. No quise...

—Como dije, vamos a comprar ropa nueva para ti. Siempre asisto a eventos, voy a lugares elegantes. No quiero que te sientas fuera de lugar.

Ok. Tal vez no sea tan horrible después de todo.

Jamie mira alrededor, analizando todo, parece nostálgico.

—¿Viviste en una residencia universitaria en tu época de facultad? —pregunto, con la esperanza de saber más que lo que dice la prensa.

—No.

—¿Viviste en una casa de fraternidad? —Asiente—. ¡Déjame adivinar! ¿Eras el líder de todo el asunto? ¿Se dice así? ¿Líder? —Él se ríe, con una sonrisa rápida—. ¡Claro que lo eras!

—¿Perteneces a alguna fraternidad? Al fin y al cabo, eras porrista.

—Durante veintiocho días. —Revuelvo los ojos—. Luego vino ese beso desastroso y el equipo técnico me echó.

—Tienes que dejar de llamar a ese beso con términos peyorativos.

—¿Recuerdas el beso? —Me detengo y lo encaro con la bolsa en la mano.

—No.

—Entonces no tienes autoridad para opinar. El beso fue desastroso.

—Imposible que yo bese mal.

Solo resoplo y me pongo a guardar ropa en la bolsa frente a la cómoda.

—Sabes que en algún momento vamos a tener que besarnos, ¿no?

—Sí —respondo suspirando—, ya acepté esa tragedia.

—Es imposible tener una conversación civilizada contigo.

—Ya te dije que no voy a lamerte el culo como estás acostumbrado, presumidito.

—¿Presumidito? Nada de usar diminutivos conmigo.

—¡Wow! ¿Tu complejo con los "-ito" es tan grande que cualquier palabra en diminutivo te hace pensar en tu pene?

Me mira con una cara de pocos amigos.

—Tienes suerte de que nunca vamos a tener sexo, Hanna. Porque si eso pasara, te metería la verga tan profundo en la garganta que te atragantarías y te saltarían las lágrimas. Y no pararía hasta que te retractaras de cada palabra que acabas de decir.

Empiezo a reír. De nervios, lo admito. Pero enseguida se convierte en risa genuina. ¡Wow! Buena respuesta. Y, honestamente, no esperaba que fuera tan directo. Pero, la verdad, no sabe con quién está hablando.

—¿Y qué te hace pensar que me quejaría? —respondo, cuando me calmo—. Estoy en la universidad, Jay —lo llamo por su apodo—. ¿De verdad crees que nunca he hecho una garganta

profunda o que no me ha gustado? —Le guiño un ojo y por un momento parece no saber qué decir.

La verdad, nunca lo he hecho. Pero no tiene por qué saberlo.

—No cierras la boca ni un minuto, ¿eh? Termina de empacar de una vez.

—Ocho meses y dos semanas —murmuro para mí.

—¿Qué?

—Nada —respondo y él empieza a reír.

—¿Estás contando cuánto falta para terminar el contrato? —pregunta.

Cuando voy a responder, la manija de la puerta gira de golpe.

—¿Otra vez te olvidaste de cerrar con llave? Si entra un loco acá, te vas a enterar. Pero no vine a hablar de eso —Ale entra sin respirar, pasando de un tema a otro—. ¿Conoces a Kurt? ¡Vino a hablar conmigo! ¡Huele tan rico! Ya quiero darle unos besos. Hablando de eso, nos invitó a una fiesta en su fraternidad y me dijo que Oliver quiere conocerte.

Jamie carraspea, mi amiga se gira y murmura un "mierda".

—Imagino que le dijiste al tal Kurt que le avise al tal Oliver que Hanna no está disponible.

—Sí... claro que le dije. —Miente Alessandra. Muy mal, por cierto.

—Qué bueno que vine directo del aeropuerto. Ahora sé que bajo ninguna circunstancia puedes quedarte aquí los viernes.

—¿Sabes que las fiestas empiezan los miércoles, no? —le digo lo obvio.

—¡Mierda! —Se frota las sienes—. Quiero irme a casa, así que apúrate.

—Vaya, qué hombre tan viejo. Tiene una onda medio sugar daddy —dice Ale, y yo me río tanto que termino tosiendo—. Te está dando un ataque de asma.

—Estoy bien.

Alessandra ignora a Jamie, saca el nebulizador del cajón y lo mete en mi bolso. No digo nada. Termino de empacar mi ropa, agarro mis cosas de higiene y guardo los artículos que estaban tirados en la cama. Me pongo las zapatillas y una campera encima de lo que tengo puesto.

Me despido de Ale y salgo del cuarto con Jamie. Esta vez baja las escaleras despacio, lo que lo hace un poco más soportable. Al salir del edificio, caminando hacia el auto, vuelvo a notar todas las miradas sobre nosotros. Jamie toma mi bolso y se lo da a uno de sus tipos, que lo guarda en el maletero.

Como si fuera una valija de verdad, y no una mochilita.

—¿Crees que piensan que soy tu sugar baby? —pregunto ya dentro del auto.

El conductor, que también es guardaespaldas, se ríe pero enseguida tose. Jamie se detiene a ponerse el cinturón de seguridad y me mira un rato, sin decir nada.

—¿Qué? No dije ninguna locura.

—Tengo treinta y un años, Hanna. Deja de tratarme como si tuviera sesenta y estuviera acostándome con una jovencita. —Se pone el cinturón y vuelve a frotarse las sienes—. Vámonos a casa, Carl.

Carl arranca el auto.

Me acomodo en el asiento y termino quedándome dormida durante el trayecto. Cuando llegamos, Jamie me despierta y

caminamos desde la primera mansión hasta la tercera. Dice que necesita resolver unos asuntos. Cree que no me doy cuenta de que se inventa una excusa para no estar cerca. Está bien, no es como si esperara atención de su parte.

Miro el cuarto que supongo será el mío por los próximos meses, ya que al llegar dijo: "Marjorie te mostrará tu habitación".

Por supuesto, igual que el resto de la casa, el cuarto es hermoso. Todo grita "dinero". Y hasta me emociono un poco, porque podré grabar mis videos aquí.

El baño es todo de mármol traslúcido, tan bonito que da pena usarlo. Marjorie dice que Jamie va a cenar en su habitación y me pregunta si quiero hacerlo también, y le digo que sí. La habitación es casi un loft, no será ningún sacrificio quedarme aquí cuando no tenga que salir con él.

Me siento como una diva cuando trae la cena, casi como en esas películas en las que la gente cena en sus habitaciones de hotel. Cuando termino, dejo la mesa con ruedas en el pasillo y vuelvo a recostarme en la cama. Respiro hondo, pensando en cómo algunas personas tienen tanto y otras, nada.

Yo fui una de esas personas.

Aunque hoy siga siendo pobre, soy feliz. Tengo a mis padres, una familia. Tengo a Ale, mi canal, una beca. Estoy siendo recompensada por los años de soledad y no podría estar más agradecida. Con ese pensamiento, respiro profundo, sonrío, apago las luces y prendo la tele enorme, eligiendo una peli para ver mientras no me vence el sueño.

Capítulo 6

Hanna Watson

—¡Buenos días! —saludo en cuanto llego al comedor.

—¡Buenos días, querida! —responde Liam, amablemente.

Jamie levanta los ojos del celular y se queda mirando al asesor por unos segundos antes de girarse hacia mí, hacer un gesto con la cabeza y regresar su atención al teléfono.

Qué tipo tan raro.

—¡Buenos días, querida! —dice Marjorie al entrar en la sala, poniéndome la mano en el hombro—. ¿Dormiste bien?

—Sí —respondo sonriendo, inclinando la cabeza hacia su mano. Ella se ríe y se agacha para besarme la frente.

Cuando miro al amargado, tiene una ceja levemente levantada, observando nuestra interacción.

—Creo que el viejo de lancha se puso celoso, Marjorie —digo solo para molestarlo. Liam se ríe, Jamie resopla—. Vas a tener que compartir a Marjorie conmigo, guapito.

—Se acostumbrará —dice la señora, guiñándome un ojo y sonriéndole a él, que vuelve a mirar su celular y sacude la cabeza en señal de negación.

Ni una sonrisa. Ni siquiera un gesto leve con los labios. No es una persona risueña, ya me di cuenta de eso. Pero, por lo visto, por la mañana es peor.

Apenas se va Marjorie, entra una mujer con un carrito como el que la señora simpática usó anoche para traerme la cena.

Empieza a poner cosas sobre la mesa y con cada cosa que saca del carrito mira hacia Jamie, que sigue concentrado en su celular.

Como no recibe atención, empieza a rozarle la cadera en su brazo, claramente insinuándose. Sus gestos se vuelven más atrevidos y en cierto momento le acaricia el antebrazo en un gesto evidentemente íntimo.

Me siento incómoda. Me acomodo en la silla, mirando la taza vacía frente a mí.

—¿Quieres tu café como siempre? —pregunta ella.

—No te preocupes. Al igual que ellos, yo me sirvo solo —responde el rubio.

—Está bien. Los huevos con bacon están justo como te gustan.

Levanto los ojos justo para verla con la mano apoyada en su hombro. Apoyo el codo en la mesa, descansando la cabeza sobre la mano mientras fijo la mirada en mi novio de mentira. Él se sirve bacon, ignorando mi mirada. Liam carraspea, apartando su laptop para servirse. El gesto hace que el mariscal de campo levante la mirada y note que lo estoy observando. Desvío rápidamente los ojos hacia el costado, donde la mujer sigue de pie, y aunque está parada, su cuerpo casi roza el de él.

—Ava, ya puedes irte —dice él.

—Pero yo...

—Déjanos a solas —responde con tono autoritario. La chica no dice nada y sale de la habitación.

El rubio se sirve café en su taza, sin decir una sola palabra. El ambiente se vuelve denso y siento como si tuviera algo atorado en la garganta. Liam vuelve a carraspear.

—Hanna, ¡estos panqueques de Nathali están deliciosos! Bueno, todo lo que ella cocina es maravilloso y...

—Jamie —llamo, interrumpiendo el discurso de Liam.

Jamie respira hondo, como si se preparara para una pelea.

No vuelvo a llamarlo, me ha escuchado perfectamente. El rubio traga lo que tiene en la boca, toma un sorbo de su jugo y solo entonces levanta la mirada hacia mí, sin decir nada.

—¿Cuál fue mi primera exigencia?

—Hanna... —intenta intervenir Liam.

—Perdona, Liam. Pero estoy hablando con Jamie. Es un adulto hecho y derecho, que yo sepa no sufre de amnesia. Puede responder él solo.

—¿A dónde quieres llegar con esa pregunta? —pregunta Jay.

—Respeto. Me faltas al respeto cuando dejas que alguien te coquetee delante mío. Me faltas al respeto teniendo a alguien con quien ya te acostaste en tu casa, conviviendo contigo.

—Esto debe ser una broma... —Ríe, tirando la servilleta sobre la mesa—. ¿Recuerdas que esta mierda es falsa, no?

—Que yo sepa solo Liam, Ale y Marjorie lo saben. Firmé una maldita cláusula que exige confidencialidad, ni siquiera a mis padres se los pude contar. ¡Muy bien! —Me levanto, apoyando ambas manos en la mesa e inclinándome hacia adelante—. ¿No vas a cumplir tu palabra? ¡Perfecto! Pero ten en cuenta que tendrás que lidiar con las consecuencias. Con permiso, se me quitó el apetito.

Sin decir más, salgo del comedor, ¡o como quiera que lo llamen! Paso por la sala, subiendo las escaleras hacia mi habitación. Camino hasta el balcón y me siento en el sillón que hay allí. Miro las

otras mansiones y, aunque estoy molesta, no puedo evitar impresionarme con la riqueza de este vecindario.

Cierro los ojos, sintiendo el sol en mi rostro. Respiro hondo, dolida. Durante mucho tiempo tuve que someterme a los demás. A nadie le importaba cómo me sentía. Fui constantemente juzgada, menospreciada. Cuando por fin fui adoptada, cuando pasé a ser amada por dos personas que me eligieron como hija, decidí que nadie más en esta vida me faltaría al respeto.

Nada vale más que mi salud emocional. Ningún dinero en el mundo vale estos desencadenantes de indiferencia y rechazo. Me limpio una lágrima traicionera que escapa de uno de mis ojos, tragándome de una vez por todas las ganas de llorar.

Golpean la puerta y enseguida la abren. Oigo ruedas, entonces me giro y veo a Marjorie con el mismo carrito de ayer.

—Tu día va a ser agotador, querida. Necesitas alimentarte.

Me levanto y me acerco a ella.

—Gracias por preocuparte, y perdón por las molestias. Es solo que... no me sentí cómoda quedándome abajo porque...

—No necesitas explicarte. —Toma mi mano—. Te entiendo, querida.

—No sé si voy a poder seguir con este contrato —le confieso —. Esa indiferencia de Jamie me incomoda. No me hace bien. Pensé que podríamos llegar a ser amigos, pero ya empiezo a pensar que eso no va a pasar.

—Trabajo aquí desde hace cuatro años. Me tomó tiempo ganarme la confianza de Jay. Hoy somos familia, pero no siempre fue así. Solo... ¡Tenle un poco de paciencia, por favor! —pide, pero no deja espacio para que haga más preguntas, porque enseguida

cambia de tema—. Ahora come, querida. Ya vuelvo para recoger todo.

Me guiña un ojo y sale de la habitación.

Agarro una baguette rellena y me sirvo una taza de café negro. Enciendo la tele y como sentada en el sofá en posición de Buda, viendo un programa donde la gente vive en la selva, desnudos, expuestos a todos los peligros.

Yo le tengo pavor a las cucarachas, ni me imagino pasar veinticinco días ahí. No. Eso no es para mí.

Incluso después de terminar de comer, me quedo viendo el programa, observando cómo la pobre mujer prepara infusiones de hierbas para ponerse en las picaduras de mosquitos que parecen murciélagos, a juzgar por las marcas en su piel.

Golpean la puerta. Miro, esperando que entre Marjorie, pero no lo hace, así que suspiro, sabiendo que no es ella.

—Adelante.

La puerta se abre y Jamie entra. Mira a su alrededor, como si estuviera inspeccionando el lugar. ¿Qué se creía? ¿Que cambiaría la habitación en una noche?

—Ava ya no será un problema.

—¿Cómo?

—Liam habló con la supervisora de la empresa donde trabaja, la van a reubicar. Ya se fue.

—No quería causarle problemas —digo, sintiéndome culpable.

—No los tendrá.

—Tenías razón, Jamie. No sé si esto va a funcionar.

—Lo haremos funcionar.

—¿Lo haremos? ¿Yo? —Ironizo—. Tú no cooperas.

—Solo necesito... acostumbrarme a esta situación.

—Ten en cuenta que no eres el único.

—Yo... eh... —Se traba con las palabras y casi revuelvo los ojos—. Lo siento por la situación.

—Parece que la que lo siente, y mucho, soy yo. Eres un imbécil que debe haberse acostado con la mitad de Montgomery. ¿O debería decir con todo Alabama? —Veo una leve sonrisa en su rostro mientras baja la cabeza para disimular—. ¡Genial! —digo con sarcasmo.

Esta vez se ríe y entra al cuarto, viendo lo que estoy mirando en la tele.

—No exageres.

—¿Tendrías el valor? —pregunto.

—¿De qué?

—De participar en un programa como este.

—Ah, no —responde sin pensarlo—. Estar desnudo en la televisión nacional no está en mi lista de prioridades.

—Claro, tú y tu exclusiva lista —murmuro, y él vuelve a reír.

—Se te olvida que formas parte de esa lista.

—¡Nada de eso, guapito! Fue solo un beso.

Entrecierra los ojos y me observa.

—¿Qué?

—Estoy esperando que hables mal de mi beso.

—No fue tu beso, fue nuestro beso. No hubo química.

—Cuando tenga que besarte, sacaré mis propias conclusiones —dice, encogiéndose de hombros, y yo levanto las cejas.

—¿No te parece ofensivo eso de "cuando tenga que"? —respondo.

—Podemos besarnos ahora entonces —dice, con el mayor de los descaros.

—No quiero besarte —afirmo. Él resopla y se acerca, tomándome de la mano.

Me pongo de pie, entonces me jala por la cintura, pegando nuestros cuerpos.

—Jamie...

—Relaja el cuerpo. —Me sacude ligeramente entre sus brazos —. ¡En serio, Hanna! —Toma una de mis manos y la lleva a su cuello —. Te estoy tocando, tú me estás tocando.

Entonces, para mi sorpresa, acerca su rostro al mío. *¡Muy cerca!*

Automáticamente intento apartarme.

—Soy tu novio, Hanna. Tenemos intimidad, nos acariciamos, dormimos juntos. Eso es lo que la gente espera. —Respiro hondo, intentando calmarme—. Ahora bésame. —Pide con su aliento rozando mi boca—. Vamos, Hanna. Aunque sea un simple roce. Necesitas perder el miedo de tocarme, y tiene que ser ahora. Vamos a salir en media hora.

—¡Está bien! —Respiro profundo. Él espera.

Respiro de nuevo. Él se ríe.

—¿Quieres que ponga una canción para crear ambiente? —pregunta, irónico.

—¡Ah, cállate! —respondo, y él me aprieta el culo con una mano. Esta vez soy yo quien alza la ceja.

—Estás muy excitante.

—¡Oh, vamos! —digo riendo, entonces Jamie me sostiene y acerca su boca a la mía.

Un beso torpe y rápido.

—Bésame —pide, con sus labios rozando los míos.

—Ya me besaste —digo, algo perdida.

Él suspira, y empieza a darme una serie de besitos entre cada palabra mientras dice:

—Voy a besarte hasta que tengas el valor de tocarme y besarme.

Entonces lo jalo hacia mí. No aparto mi boca como él hizo, sostengo su rostro, manteniéndolo en su lugar. Abro los ojos, los suyos siguen cerrados. Subo las manos por su cabello, sintiendo la textura suave de sus mechones cortos. Bajo las manos hasta su cuello, acariciándolo, y es en ese momento que él abre los ojos.

Sus brazos se ajustan alrededor de mi cintura, manteniéndome aún más pegada a su cuerpo. Seguimos mirándonos, con las bocas juntas aunque ya no sea un beso. Mis manos bajan a sus brazos, y puedo sentir cada músculo definido bajo sus mangas.

—Tienes un novio muy guapo —dice, con su boca contra la mía, haciéndome reír.

—Y humilde. —Ironizo.

La energía a nuestro alrededor cambia. Un cambio bueno, pero que también me pone nerviosa. Es demasiado fácil dejarme envolver por un hombre guapo, sexy y divertido.

—¿Necesito maquillarme? —Él frunce el ceño—. Vamos a salir en un rato.

—No. Nunca deberías esconder tus pecas. —Cuando dice eso, algo en él mismo lo desconcierta, porque poco a poco suelta mi

cintura y se aparta—. Te espero abajo. —Me echa un último vistazo —. Estás perfecta así.

Luego se da vuelta y sale de la habitación.

Cierro la puerta y me apoyo en ella, respirando agitadamente. Obviamente nerviosa por el momento... inesperado. Jamie parece ser mucho más que un atleta arrogante, y no sé hasta qué punto eso es bueno.

Capítulo 7

Hanna Watson

—¿Pueden dejarnos a solas un momento? —pide Jamie, y no necesita repetirlo: sus guardias de seguridad bajan del coche de inmediato. Como si fuera una prueba, pone la mano sobre mi muslo y pregunta—: Hanna, ¿te sientes cómoda con nuestra cercanía?

—Sí —respondo, sin apartar su mano. Después de tener su cara tan cerca de la mía, creo que puedo lidiar con lo demás.

—Voy a tomarte la mano, abrazarte, besarte. Como haría cualquier novio, ¿ok? —Asiento con la cabeza—. Puedes hacer lo que quieras conmigo.

—Wow, qué fácil eres —bromeo, y él se ríe—. No te preocupes, engreído. Ser cariñosa no es difícil para mí.

—¿Engreído, entonces? —pregunta.

—Si yo soy la "chispita", tú definitivamente eres el engreído.

—Chispita es un buen apodo, pero tal vez lo alterne con *fresita*. —Levanto una ceja—. Sí, eres como una fresa. Te ves dulce y tierna, pero cuando te confrontan, tienes la dosis justa de acidez.

—¡Guau! —exclamo, realmente sorprendida—. Esa es la mejor indirecta disfrazada de piropo que me han lanzado.

—¿Y quién te dijo que era una indirecta? —responde con una sonrisa ladeada.

—Ni se te ocurra —le advierto—. No vas a empezar a coquetear conmigo.

—Sí, lo haré. ¿Olvidas que me tienes con las bolas atadas por nueve meses?

—No es culpa mía que seas tan inconsciente como para necesitar un noviazgo falso.

—Será mejor que bajemos del coche antes de que me hagas enojar de nuevo —dice, abriendo la puerta y bajando.

Jay extiende su mano, yo me deslizo por el asiento y la tomo. Mi mano se pierde entre sus dedos. Su palma no es áspera, pero tampoco suave, seguro por los entrenamientos y los partidos.

—Este es ese centro comercial al que solo vienen los ricachones.

Él se ríe.

—De todas las veces que he estado aquí, rara vez me han pedido una foto.

—Claro, las personas que vienen a este lugar son otras celebridades.

—Yo no soy una celebridad —replica.

—No —digo riendo—, solo eres una estrella del fútbol americano. ¿Qué se siente?

—Y pronto tú serás una influencer famosa. Luego hablamos sobre eso.

Cuando subimos por la escalera eléctrica, Jamie me agarra por la cintura y me da un beso. Me sorprende el gesto, aunque ya sabía que esto pasaría con frecuencia. Lo disimulo. Caminamos por el centro comercial mirando vitrinas y, cuando pasamos frente a *Prada*, se detiene.

—Vamos a entrar a esta.

Agarro su mano con fuerza, haciéndolo detenerse.

—Jamie —susurro, temiendo que alguien nos escuche, aunque sea poco probable—. Esta tienda es carísima.

—Lo sé. —Me toma el rostro—. Vas a entrar, vas a ignorar los precios y vas a elegir ropa con la que te sientas linda y cómoda. Piensa en compromisos elegantes y casuales al escoger. Igual tenemos todo el día y mil opciones. Compra todo lo que te guste.

—Voy a desfalcar tu cuenta bancaria —digo, asustada.

Él sonríe y acaricia mi rostro.

—Eres realmente muy inocente, Hanna.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada —dice riendo, negando con la cabeza mientras me jala hacia dentro de la tienda.

Intento protestar, pero me arrastra sin darme chance de frenarlo.

—¡Buenas tardes! —nos saluda la vendedora. Bueno, a él, porque a mí apenas me mira. Jamie lo nota y me jala por la cintura.

—Ella es Hanna, mi novia. —Me abraza por detrás, apoya la cara en mi hombro y besa mi cuello—. ¿Puedes atenderla con especial atención?

Remarca el "ella" y eso me saca una sonrisa.

—Claro —responde, ahora sí mirándome—. ¿En qué puedo ayudarte?

—En un poco de todo, ¿verdad, chispita? —dice él, y yo ruedo los ojos. La vendedora suspira.

Como castigo por no responder, me muerde el hombro.

—¡Jamie! —protesto, llevándome la mano al lugar. Él deja un beso donde mordió.

—Sharpay —dice, leyendo su nombre en la plaquita—. ¿Podrías empezar por las partes inferiores?

Escucho sus pedidos con atención. “Partes inferiores”, ¿quién elige ropa usando ese término? Al parecer, los ricos. Sharpay empieza a mostrarnos varias piezas explicando detalles de cortes y qué zonas del cuerpo favorecen.

Luego, “partes superiores”... Me siento como Julia Roberts en Pretty Woman, probándome todo. En la película parece divertido, en la vida real es agotador.

Mi novio de mentira es increíblemente exigente y no se guarda comentarios tipo “no resalta tu culo” o “te ves terriblemente buena”.

—Demasiada piel expuesta —dice, levantándose y viniendo hacia mí, ya en la tienda de una diseñadora famosa llamada Elie Saab—. ¿Qué opinas, Hanna?

Me sigo mirando en el espejo. Es revelador, pero he visto peores. El vestido es hermoso, en rojo tomate, y combina con mi cabello.

—Me gusta —digo, finalmente.

—Necesita más opciones —le dice a la vendedora.

—Jay —lo llamo por su apodo, y eso lo hace volver su atención hacia mí—, estoy cansada, amor. ¿Podemos llevar este e irnos?

Me observa por un momento sin decir nada. Luego sonríe sin mostrar los dientes, niega levemente con la cabeza, como hablando consigo mismo. Finalmente, me da un beso en la frente y se gira hacia la vendedora.

—Separe unos seis más en este talle, en colores juveniles que combinen con su tono de piel. Y que hagan juego con sandalias y bolsos.

Me muerdo la lengua, con ganas de decirle que no necesito todo eso o de preguntarle si no le duele gastar tanto. En ocho meses, cuando todo esto acabe, ¿qué va a hacer con esta ropa? Porque si me las deja, las voy a vender sin dudar. Nunca más tendré ocasión de usarlas.

Cuando quedamos solos y lo veo acercarse a un sillón, lo jalo hacia mí y rodeo su cuello con los brazos. Los tacones que uso me ayudan a estar a su altura. Él pone una mano en mi cintura mientras llevo la boca a su oído.

—Todo esto es un exceso. Estoy muerta de cansancio, ya no aguanto probarme más ropa —me quejo.

—Aún tenemos que ir a dos lugares.

—Jamie, ya compramos ropa para todo tipo de ocasión. ¿Qué falta?

—En una de esas tiendas puedo pedir que Liam pase tus medidas y nos envíen algunas piezas, pero a la otra quiero que vayas tú.

—Tengo hambre —vuelvo a decir, y él se ríe.

—A veces pareces el doble de tu edad, y de repente actúas como una niñita de veinte.

—Diecinueve —lo corrijo.

—Sí. —Tose—. Redondear a veinte me hace sentir mejor.

Aparto la cara de su oído y lo miro divertida.

—Cualquiera en tu lugar estaría feliz de estar "con la...", ¿cómo lo dices tú? —Finjo pensar—. Ninfita.

Él entrecierra los ojos con una de sus muchas sonrisas de lado.

—Lo malo es que, tristemente, no estoy con ella. No literalmente.

Levanto las cejas, en shock. *¿Está haciendo lo que creo?*

—¿Estás coqueteando conmigo? —No me aguanto.

—No —responde, sonriendo.

—Anda, siéntate, viejo. —Le quito los brazos de encima y le doy una palmadita en el hombro—. Seguro lo tuyo también es hambre.

—Probablemente —responde, yendo a sentarse, mientras yo entro al probador fingiendo no entender el doble sentido de su respuesta.

*

Por fin logré convencer a Jamie de que me llevara a comer en lugar de ir a la tienda a la que tanto insistía en ir. Estamos en un restaurante refinado del centro comercial, pero en una zona bastante reservada. Me pareció perfecto, ya que estoy con mis All Star, jeans y un crop top blanco sencillo. Jamie también lleva ropa casual, lo que me hace sentir un poco más cómoda.

—Gracias por no intentar cambiar mi estilo. —Le agradezco en cuanto el camarero anota nuestros pedidos y se retira.

—Nunca intentaría cambiarte, Hanna. Quiero decir, si no tuvieras buen gusto... —agrega, haciéndome reír.

—Parece que te gusta la moda —comento. Él frunce el ceño y niega con la cabeza.

—En el mundo en que vivo, si no te adaptas, te pisan. Desde siempre decidí que nadie me aplastaría. Así que aprendí a

comportarme, a imponer mi presencia, sin perder mi identidad.

Apoyo el codo sobre la mesa y recuesto la cabeza en la mano, mirándolo sin importarme si eso rompe alguna regla de etiqueta. A él tampoco parece importarle.

—¿Siempre fuiste rico? —pregunto, y esta vez es él quien ríe.

—¿No buscaste mi vida en Google? —pregunta divertido.

—No de esa forma —respondo sincera, y vuelve a reír.

—Mis padres son de clase media. Desde que tengo memoria tienen una cafetería llamada Coffee Academics, en Boston, cerca de una zona universitaria. De ahí siempre salió nuestro sustento.

—Entiendo. Encajas tan bien en todo esto que pensé que habías nacido en cuna de oro.

—Pues no. Fui un universitario desastroso como la mayoría.

—Pero eras capitán del equipo universitario, ¿no? Creo que leí algo así.

—Sí. Entré al equipo en el primer año, pero fui capitán solo dos años.

—Y mariscal de campo —deduzco.

—No. —Sonríe—. En mi segundo año, otro chico empezó a jugar y noté que era mejor que yo. No en técnica, pero sí en agilidad, y en el ámbito universitario eso era lo que necesitábamos. Brandon Davis. Aún somos amigos.

—¿Él también siguió una carrera profesional?

—No. Bran es presidente de una red de clínicas y de un centro especializado en medicina deportiva. Su esposa está haciendo el doctorado en Fisioterapia Deportiva. —Sonríe—. Están juntos desde la universidad. Tuvieron un comienzo muy turbulento, pero en

el último año se entendieron. Tienen una niña, Louise, de cinco años.

—¡Qué lindo! —Sonrío, imaginando lo bueno que debe ser encontrar a tu persona así, tan temprano.

—¿Conoces a Nickolas Portman?

—Tu Running Back.

—Exacto. También jugaba conmigo y con Brandon. En esa época era un cabrón, es una historia larga. También se casó con su novia de la universidad y siguen juntos hasta hoy.

—¿Está casado con una periodista, verdad?

—Sí, Amber. Ellos y Brandon son... como mi familia. Los vas a conocer a todos.

—Va a ser difícil mentirles, ¿no? —digo, suspirando—. Fingir con mis padres ya está siendo horrible.

Jamie desvía la mirada.

—Sí —responde, toma un sorbo de agua, carraspea y vuelve a mirarme—. ¿Y tú? ¿Cómo fue tu infancia?

—Fue... —Pienso en la palabra adecuada—. Solitaria.

Él me mira. Como no dice nada, continúo:

—Me dejaron siendo un bebé en el hospital. Luego fui al orfanato.

—¿Llegaste a estar en algún hogar temporal?

—Cuatro veces. En todas el proceso de adopción no se concretó porque cuando era pequeña tenía ataques de asma muy fuertes que terminaban en bronquitis o neumonía. —Suspiro—. Los requisitos para adoptar suelen ser muy estrictos, y la salud es uno de ellos. ¿Quién iba a querer adoptar a una niña enferma?

—Debió ser difícil.

—Lo fue. Sufrí mucho, hasta que empecé a ignorar esos sentimientos... Cuando Scar empezó a trabajar allí...

—¿Scar? —pregunta.

—¿No leíste el informe que hizo Liam sobre mí? —Él niega con la cabeza—. Es mi madre adoptiva.

—¿Trabajaba en el hogar de acogida?

Sonrío por la forma en que llama al orfanato.

—Sigue trabajando, es cocinera. Cuando llegó, tuvimos una conexión imposible de explicar. Luego conocí a su esposo y pasó lo mismo. Poco tiempo después, se convirtieron en mis padres. Son maravillosos, ¿sabes? Me sentí amada, recibida. Dejé de existir y empecé a vivir.

—Eso es... fuerte.

—Sí. Algunas personas le tienen miedo a la muerte. Yo le tengo miedo a quedarme sola otra vez. No hay nada peor que no tener a nadie con quien volver.

Él sigue mirándome, sin mostrar expresión alguna. Esa neutralidad suya parece una armadura para esconder quién es en realidad, y a veces eso me molesta un poco. Aparto la mirada, incómoda con su silencio, y él lo nota. Si algo he aprendido en este poco tiempo cerca de Jamie es que es muy perceptivo.

—Lo siento —dice—. Estaba tratando de imaginar cómo fue vivir todo eso. Pero no hay forma de imaginar lo que pasaste ni cómo te sentiste. No sé qué decir... Pero de verdad lo lamento. Ningún niño debería pasar por algo así.

—Está bien —digo.

—No, Hanna, no está bien que alguien viva de esa forma. Es una mierda.

—Fue una mierda —admito por primera vez en voz alta.

—Te merecías más, y está bien que lo admitas. La vida no siempre es justa. —Ríe sin humor—. En la mayoría de las veces, no lo es.

—Pues sí. Y aquí estoy, saliendo con un tipo guapo por contrato... que encima besa mal —digo, intentando aligerar el ambiente.

—En su debido momento descubrirás que estás equivocada, y te arrepentirás de todas las veces que lo dijiste.

—¿Arrepentirme de molestarte? —Chasqueo la lengua—. ¡Jamás!

Él ríe, y cuando va a responder, el camarero llega con nuestros platos.

Huelo la pasta con salsa blanca y se me hace agua la boca. Cuando la pruebo, no puedo evitar soltar un pequeño gemido: la comida realmente parece de otro mundo.

Cenamos en un silencio cómodo y, por primera vez, me siento a gusto a su lado, sin esa tensión que solía ponerme nerviosa.

Capítulo 8

Hanna Watson

Mientras el profesor de oratoria habla sobre desarrollar la habilidad de expresarse bien frente a públicos diversos, mi mente vuelve al sábado pasado. Fue un día atípico, incluso diría que... divertido. Durante el día pude ver varias facetas de Jamie y, al final, durante la cena, llegué a pensar que podríamos ser amigos.

Aparentemente, estaba equivocada.

Cuando llegamos a casa, aún el sábado por la noche, me "presentó" a Kratos, su perro. A pesar de su gran tamaño, el animal parece dócil. Cuando acaricié su hocico y se acostó a mis pies, me enamoré al instante. Pasamos un rato en la sala antes de ir a dormir.

Me duché al llegar al cuarto y me acosté tranquila, sintiéndome, por fin, bien con nuestra... *situación*. Pensé que esos ocho meses que nos esperan no serían tan difíciles. Dormí como un ángel y desperté cerca de las once de la mañana al día siguiente.

Me arreglé, bajé y me llevé una gran decepción cuando Marjorie me avisó que Jamie había salido temprano y no tenía hora de regreso. Me llevó a la enorme sala de comedor, donde desayuné sola. Luego subí a mi habitación y tomé el celular con la esperanza de al menos tener un mensaje suyo, pero no había nada.

No sé nada de él desde el sábado, y hoy ya es jueves.

Bueno, lo único que supe en estos días fue lo mismo que cualquier seguidor. Historias en el gimnasio, en el sofá con Kratos. Una publicación con un bebé llamado Dylan, que descubrí es hijo de Nickolas Portman, su amigo y compañero de equipo.

Publiqué una foto y él comentó: "Tan linda que parece irreal". Su comentario tuvo (y sigue teniendo) tantos likes que ya dejé de contar. Para todos fue un halago; para mí fue... frío e impersonal. Solo le di "me gusta". No supe qué responder, porque no sé cómo lidiar con esto, con él.

Me repito que esta relación es profesional. No tiene que importarle ni ser mi amigo. Pero la verdad es que a mí sí me importa. Suspiro. No es que me guste, ni cerca. Pero convivir así con alguien durante meses será más difícil de lo que pensé.

Juré que podría ser indiferente, pero claramente no lo soy.

—¡Hola! —Una voz me saca de mis pensamientos—. ¿Tú eres Hanna, verdad? —Asiento al chico. Él sonríe y se sienta a mi lado—. Parece que somos pareja.

—¿Pareja? —pregunto, perdida. Miro a mi alrededor y veo a los alumnos cambiándose de sitio—. Yo... —Vuelvo a mirarlo. Él me sonríe—. Estaba distraída.

Admito con cara de culpa. Él ríe.

—No pasa nada. Nos toca la parte de presentar técnicas de exposición oral, como postura y dicción.

—¿Para hoy? —pregunto, ya revisando la hora en mi celular.

—No. —Vuelve a reír—. Tenemos dos semanas.

—¡Uff! —Respiro aliviada—. ¡Qué bien!

—¿Vives por aquí? ¿En alguna fraternidad?

—Vivo en la residencia AB.

—Tuviste suerte.

—Sí. —Sonrío—. Tiene la mejor vista y es la más tranquila.

—Yo estoy en Khapa Gamma —dice, nombrando una de las fraternidades más codiciadas, y sonrío, arqueando una ceja.

—Eres atleta. —No es una pregunta, y él lo sabe.

—¡Culpable! Juego fútbol americano... —confiesa, algo avergonzado. Suspiro.

—Entonces obviamente ya oíste hablar de mí. La chica expulsada del equipo, y tal. —Intento bromear, pero en realidad me da vergüenza.

—La gente habla demasiado —responde encogiéndose de hombros.

—¿Qué posición juegas?

—Mariscal de campo. —Ríe de nuevo.

¡Por supuesto! ¡Por supuesto!

—Incluso participaste en la animación de dos juegos... ¿De verdad no me conocías?

—¿Edward?

—Robert, en realidad —corrige, y no puedo evitar soltar una carcajada.

—Las chicas te llaman Edward por esa peli, *Crepúsculo*, ¿sabes? —Él pone los ojos en blanco—. Eres bastante famoso entre ellas. Yo soy mala recordando caras.

—Bueno, al menos no me lanzaste una de esas frases tipo "¿me dejas ser tu Bella?" —dice con voz aguda, haciéndome reír otra vez—. Escucho eso todo el tiempo.

—No —respondo aún riendo—. Tranquilo, no lo oirás de mí.

—¡Perfecto! —Sonríe y... ¡wow, su sonrisa es hermosa!—. Entonces, Hanna, ¿qué te parece si quedamos el sábado para trabajar?

Mi sonrisa desaparece.

—Creo que no estaré en el campus. ¿Qué tal si intercambiamos números y hablamos?

—¿Y mañana por la noche? —insiste, pero mañana es viernes.

¿Y si Jamie me necesita? Reprimo las ganas de suspirar y cerrar los ojos.

—No sé si tendré tiempo este fin de semana. Pero la próxima semana, alguna noche, podemos quedar.

—Excepto martes y viernes. Juego esos días.

El sonido de los alumnos saliendo del aula indica que la clase terminó, así que empiezo a guardar mis cosas. Me doy cuenta de que no hice nada en toda la clase y me maldigo por haber perdido el tiempo pensando en ese engreído.

—¿Hablamos por mensaje entonces? —pregunta Robert.

—Claro, podemos... —Me siento algo incómoda cuando se inclina y deja un beso en mi mejilla, como si tuviéramos algún tipo de cercanía—. Nos hablamos.

Él sonríe y vuelvo a pensar que su sonrisa es hermosa. Luego me guiña un ojo y el encanto se rompe, porque ese simple gesto me recuerda a Jamie y a la locura en la que me metí.

Me pregunto qué pensarían mis padres si supieran la verdad, y la idea de decepcionarlos me hace agachar aún más la cabeza. Mi celular suena, es un mensaje de Ale diciendo que ya va a la cafetería. Salgo del aula para encontrarme con ella.

*

—Y entonces me besó —Alessandra concluye su historia.

—¿En el baño de mujeres? —pregunto, impactada.

—¡Sí! —Se ríe y suspira—. Amo la universidad, ¡en serio!

—¿Y después de eso aceptaste salir con él?

—Intercambiamos teléfonos. —Muerde el labio—. Quise hacerme la difícil un poquito más.

—¿Un poquito? Amiga, ese tipo lleva intentando contigo desde el año pasado.

—Lo sé —suspira—, pero no sé... Parece de esos que se vuelven intensos, y yo no quiero eso. No con él. Si fuera alguien como el *engreído*... —Sonrío al escucharla referirse a Liam por su apodo—. Con él, hasta haría una excepción. Ese tipo tiene toda la pinta de ser de los que te dejan temblando.

Suelto una carcajada tirando la cabeza hacia atrás.

—¡Es en serio, hermana! A él le entrego hasta la puerta trasera. —Sigo riendo—. ¡Sin miedo alguno!

—Si tú lo dices... Yo no lo haría. Nada de sexo anal para mí.

—¡Claro! —Bufa—. ¡Y fuiste a darle el culo justo a ese ente pegajoso!

—Ale —la reprendo.

—Hablando del diablo...

—¿Qué tal, chicas? —Steven nos saluda, sentándose a mi lado y dándome un beso en la mejilla.

—¿No tienes otra cosa que hacer? ¿Otra alma que perturbar? —le lanza Ale.

—¡Yo también te quiero, Alessandra! —responde él, irónico.

—Ah, pero yo a ti no. Para nada. Dicen que nunca digas "nunca", pero contigo esa palabra aplica perfectamente. —Se gira

hacia mí—. Voy al baño y espero que, cuando vuelva, ya no haya nada desalineando mis *chakras*.

Y dicho eso, se levanta y se va.

—Es demasiado dramática.

—Es leal —respondo—. Tú te le acercaste en una fiesta sabiendo que era mi única amiga. Ella no sabía que tú eras mi ex, y eso entre chicas es casi un código sagrado.

—Ya habíamos terminado nosotros —dice, como si fuera obvio.

—Hacía menos de dos meses, Stev.

—Tú ya no me querías.

—Sí... —Me encojo de hombros—. Ya no te quería.

Su expresión vacila, pero se recompone rápido.

—Vine a preguntarte si quieres que te lleve el domingo a tu casa.

—Creo que no voy este fin de semana.

—¿Tu novio no te deja ver a tus padres o el problema es ir conmigo?

—Ni lo uno ni lo otro —respondo—. Él no es mi dueño. Y con todo respeto, Stev, si ese fuera el caso, no es asunto tuyo.

No me importó sonar grosera. Steven ha sido un fastidio últimamente, y sus actitudes me tienen harta.

—¡Vaya! —exclama, fingiendo estar dolido—. ¡Perdón! Mejor me voy. —Se levanta—. Si me necesitas, sabes dónde encontrarme.

Y se va sin decir nada más.

Respiro hondo, apoyando la cabeza entre las manos. Pero apenas tengo un segundo de paz, porque mi celular vibra dentro de mi bolso. Lo saco y suelto una risa sin humor al ver quién es.

Jamie ogro: Hola, chispita. Necesito hablar contigo.

Yo: Habla.

Jamie ogro: ¿Estás bien?

Yo: No hace falta que finjas que te importa. ¿Qué necesitas?

Jamie ogro: ¿Eres así con todo el mundo o solo conmigo?

Yo: ¿Qué necesitas?

Jamie ogro: Mañana por la noche voy a salir con los chicos del equipo, así que dos de mis guardaespaldas te recogerán como a las 19 hs.

Respiro hondo. ¿En serio este imbécil va a salir de fiesta sin mí? Deslizo para grabar un audio.

Yo (audio): ***Jamie, si crees que voy a hacer el papel de cornuda, estás muy equivocado. Recuerda bien lo que acordamos.***

Él escucha el audio y contesta también con uno:

Jamie ogro (audio): ***No te pongas loca, fresita. A veces salimos solo los chicos, jugamos cartas, tomamos unas cervezas. Eso fortalece al equipo.***

Jamie ogro (audio): ***Por cierto, una marca de maquillaje te mandó unos regalitos, ¿se dice así? Marjorie los dejó en tu cuarto. Nos vemos el sábado, porque seguro cuando llegue mañana ya estarás dormida.***

Yo: ¿Qué marca?

Yo: ¡Jamie, vuelve aquí!

Yo: ¡No me dejes hablando sola!

Yo: ¡Jamie!

No responde. Seguramente se desconectó a propósito o está ahí, riéndose de mi curiosidad como una bruja malvada de Disney.

—¿Qué es esa cara? —pregunta Ale, sentándose del otro lado de la mesa.

—¡Alguna marca me mandó regalitos a casa del engreído! Lo soltó y después no me dijo más nada.

—¿Apareció después de días? —Ironiza, y luego abre los ojos sorprendida—. Espera, ¿una marca te mandó productos?

—Sí —respondo sonriendo, dejando el celular y moviendo las manos, nerviosa.

—¡Amiga! —casi grita—. ¡Eso es increíble!

—Sí... —Sonrío—. No voy a dejar de molestarlo hasta que me diga qué marca fue.

—Debe ser una marca famosa. ¡Hanna, tu esfuerzo está empezando a dar frutos! —Me toma las manos sobre la mesa—. Vas

a soportar la indiferencia de ese tipo y vas a aprovechar cada oportunidad que la vida te dé. ¡Tú más que nadie lo mereces!

Muerdo mi labio.

Soy fuerte y voy a superar todo lo que tenga que superar para alcanzar lo que quiero, porque soy una sobreviviente. No me voy a rendir. Voy a lograrlo.

Capítulo 9

Hanna Watson

—¿Marjorie? —la llamo apenas entro a lo que ya trato como la *mini mansión.*

—¡Aquí estoy, querida! —responde desde la cocina.

Dejo mi mochila sobre el sofá y camino hacia allá, deteniéndome en seco al ver a Kratos sentado en la entrada.

—¡Hola! —le digo al perro—. Somos amigos, ¿te acuerdas? —pregunto con la esperanza de que recuerde que fue mi compañía el domingo pasado—. Yo estaba acostada y tú entraste al cuarto y casi me matas del susto cuando saltaste a la cama. Eres un buen chico.

Creo que lo último lo digo más para mí misma que para él.

Escucho la risita baja de Marjorie. Camino con cuidado hasta Kratos y, cuando me arrodillo frente a él, se pone panza arriba como esperando caricias, incluso hace un sonido parecido a un llanto.

—Eres muy listo, chico. Igualito a tu papá.

Esta vez, la señora dentro de la cocina se ríe más fuerte.

—Kratos —lo llama y silba, golpeando algo que suena a plato.

El traidor gigante se levanta corriendo hacia el interior del cuarto, sin importarle en absoluto mi cariño. Cuando entro a la cocina, veo a la señora dejar el plato y abrir un cajón, de donde saca una bolsita de galletas para perro. La abre y le da una, que él se traga de un solo bocado. Luego, al mirarme y sonreír, me acerco a ella y le doy un beso en la mejilla.

—¿Cómo estás, querida? —pregunta.

—¡Muy bien! ¿Y tú?

—También. Jamie ya salió, y me pidió que te avisara que el motivo de tu curiosidad está sobre la cómoda de tu cuarto.

—¿Cómo lo aguantas? ¡Es insoportable! ¿Le costaba tanto decirme el nombre de la maldita marca? Al parecer, sí.

—Es un buen hombre.

—Tengo mis dudas.

—Tiene un humor peculiar y a veces actitudes contradictorias, pero Jamie siempre comete errores intentando hacer las cosas bien.

—¡Wow! Qué filosófica, señora —comento, y ella se ríe—. Voy a subir a ver ese misterio de una vez.

—Siéntete como en casa, querida. Hay comida hecha: lasaña y pasta congelada. Si quieres pedir algo o necesitas lo que sea, Jamie... —Se aclara la garganta.

—¿Jamie? —la animo a continuar.

—Dejó una tarjeta para ti en la mesa de noche.

—Genial... Ya sé bien dónde decirle que se meta esa tarjeta —respondo, y ella ríe.

—Cualquier cosa, tienes mi número.

—No te voy a molestar, Marjorie. Ve a disfrutar de tu esposa —le digo, y ella sonríe dándome unas palmaditas con la toalla—. Tienes suerte de estar casada con una mujer. Los hombres solo molestan.

La dejo riéndose en la cocina.

Paso otra vez por la enorme sala y recojo mi bolso, subiendo al que parece ser mi cuarto. Escucho los pasos de Kratos siguiéndome y sonrío automáticamente. De verdad le caigo bien.

Apenas abro la puerta, el perro casi me tumba al entrar primero y lanzarse sobre la cama. Saco el celular del bolsillo, le tomo

una foto mientras está cómodamente acostado y se la mando a Jamie.

Yo: Tu perro es un confianzudo.

Cuando me giro hacia la cómoda, veo la bolsa que por un momento ya había olvidado. Arrojo mi mochila sin cuidado sobre la cama y camino hacia ella, dejando también el celular a un lado. Con las manos temblorosas, toco las tres bolsas elegantes.

Estée Lauder.

Llevo una mano a la boca, riendo de los nervios. Luego paso las manos por el cabello, aún más nerviosa.

—¡Dioooos! —murmuro para mí misma.

Tomo la tarjeta que venía dentro del sobre y la leo, poniéndome aún más nerviosa... incluso ansiosa. Básicamente dice que esperan que disfrute los regalos y que me invitan a abrirlos junto a mis seguidores.

¡Bien!

Saco de la mochila mi aro de luz con trípode y el soporte para celular, y lo monto sobre la cómoda. Enciendo la luz del cuarto y toda la iluminación. Cuando tomo el celular para colocarlo en el trípode, veo que Jamie me ha respondido.

Jamie ogro: Me estás robando el perro.

Jamie ogro: ¿Viste los productos?

Yo: No te lo estoy robando, pero entiende quién es más interesante.

Yo: ¡Los vi! ¡Voy a grabar stories abriéndolos! Soy súper fan de esa mujer.

Jamie ogro: ¿Tienes soporte para el celular?

Yo: Sí, ¿por qué?

Jamie ogro: No confirmes el noviazgo, ¿ok?

Yo: ¿Eh?

Pregunto sin entender nada.

Jamie ogro: Vamos a hacer explotar tu perfil. Voy a hacer una transmisión en vivo.

Empiezo a reírme a carcajadas. ¡Qué loco! Ni siquiera está aquí para enseñarme nada. Pero en cuanto se me pasa la risa, empiezo a hiperventilar.

No. Él no haría eso.

Cuando abro Instagram y toco el ícono de "En Vivo", veo la transmisión. Él parece en lo que parece ser una zona gourmet, sonriendo con los chicos del equipo.

—¡Eh! —le grita a uno y se ríe, apartándose cuando intentan abrazarlo—. ¿Pueden comportarse? —reprende, entre risas. Y es

imposible no sonreír al ver su sonrisa—. Voy a alejarme de ellos, porque abrí esta transmisión con un propósito.

Mientras habla, se va apartando. *Dios, ¡voy a matar a Jamie!*

—Vine a agradecer un regalo que Hanna y yo recibimos. Ella está en casa, así que va a mostrarles qué es.

Justo cuando se queda callado, me llega una solicitud para unirme al *en vivo*.

—¡Te voooooy a mataaaaar! —le grito, desesperada, pero claro que el único que me escucha es Kratos.

—Como pueden ver, está tan ocupada dándole atención a mi perro que ya ni se acuerda de mí.

El ícono de reacciones no deja de explotar. La cantidad de personas viendo sube sin parar, y ni me atrevo a mirar los comentarios.

—¡Nickolas! Préstame tu celular, que voy a tener que llamarla para saber en qué se metió esa chica…

Bloqueo su voz, pensando rápido. Dejo el celular sobre el tocador y corro hasta el espejo. Me quito el buzo del Mickey que llevo puesto, quedándome solo con un top negro corto y jeans. También me saco las zapatillas y abro la puerta del vestidor, escondiendo todo ahí. Respiro hondo. Tres veces.

—No eres cobarde —me digo a mí misma.

Me despeino un poco para parecer más casual.

Mi celular empieza a sonar, es un número desconocido. Atiendo.

—¡Ey, chispita! —Es la voz de Jamie.

—¿Hay alguien escuchándonos? —pregunto.

—Abrí un vivo para mostrar los regalos, ¿estabas ocupada?

Esa es su forma de decir que no hay nadie más escuchando.

—Jamie, te voy a pegar tanto, pero tanto... ¡Estás jodido conmigo! ¡Te lo juro!

Él se ríe a carcajadas.

—Entiendo. Kratos sí que es revoltoso. Ahora voy a cortar para que entres al vivo.

Corta la llamada y enseguida manda la solicitud. La acepto sin pensar mucho. Cuando mi imagen aparece en pantalla, él sonríe y yo le devuelvo la sonrisa como una idiota porque (*¡júzguenme!*) su sonrisa es hermosa.

—¿Mi bebé peludo te está dando trabajo, chispita?

—Igual que su papá, ¿no? —Ironizo.

Él se ríe, algunos de los chicos también.

Nickolas lo abraza por los hombros, metiendo la cara frente a la cámara.

—Bro, tu perro está tirado en la cama. Hoy te toca dormir en el sofá —dice Nicky, y los demás jugadores bromean mientras Jamie solo se ríe y entra en el juego.

Aprovecho sus bromas internas y abro una de las bolsas, revisando los productos y sonriendo al pensar cómo voy a vengarme de él.

—¡Sal, carajo! —Jamie empuja a Nicky y a otro que no recuerdo cómo se llama—. Ey, bombón... —dice y yo lo miro entrecerrando los ojos—. Opa, o sea... chispita. ¿Tienes los productos ahí?

Asiento con la cabeza y por un momento me distraigo con la cantidad de personas que empiezan a seguirme.

—No vamos a tomarles mucho tiempo, gente —dice ahora, dirigiéndose a sus seguidores—. Solo queríamos agradecerle a Estée Lauder por los regalos que le enviaron a Hanna. Ella es muy fan de la marca.

Hace una pausa, como esperando que yo diga algo.

—Lo soy —confirmo con un impulso de valentía—. Su misión desde el inicio es hermosa. Yo también creo que toda mujer tiene derecho a sentirse linda. Nuestra autoestima impulsa el empoderamiento femenino, y eso es lo que necesitamos. Jóvenes, esposas, madres y profesionales seguras de sí mismas —digo sonriendo—. ¡Estoy ansiosa por usar los productos!

—¿Es posible que te veas aún más hermosa? —Jamie coquetea.

Sonrío, negando con la cabeza. Él me guiña un ojo.

Rápidamente giro la cámara y muestro superficialmente los productos, prometiendo grabar un video para el canal. Muestro los perfumes y cuando voy a la tercera bolsa, vuelvo a poner la cámara en modo frontal. Él sigue ahí, con expresión de satisfacción.

—¡Hola, bombón! —digo, y él sonríe sin mostrar los dientes—. Me mandaron unos productos anti-edad para mantener mi piel divina. —Le guiño un ojo exageradamente—. Pero estabas equivocado cuando dijiste que los productos eran solo para mí.

Él entrecierra los ojos.

—¿Ah, sí? —responde, desconfiado pero encontrando la situación divertida.

—Sí. —Tomo uno de los productos y lo muestro—. Este es una crema para líneas de expresión y arrugas. Ya sabes cómo es, llegas a cierta edad...

Jamie se ríe fuerte al mismo tiempo que escucho las carcajadas de sus compañeros de equipo. Se burlan mucho de él, pero no parece molestarle. Cuando el alboroto baja, él vuelve a hablar.

—Cuando llegue a casa, vamos a charlar, niña.

Un coro de "Uoooou" se escucha detrás de él.

—Gracias por su tiempo, gente... —Jamie sigue hablando. Lee un comentario y se ríe—. Quién sabe si un día no me animo a hacerme una rutina de skincare en vivo, ¿eh, chispita?

—¿Quién sabe? —lo imito, sonriendo.

—Estaré allí pronto —promete y me guiña un ojo.

Le lanzo un beso y le hago un gesto de despedida con la mano, y él cierra la transmisión.

Dejo el celular sobre la cómoda y respiro profundo, sonriendo.

—Kratos, todavía no decidí si me cae bien o no tu papá. A veces, es un amor, y otras, me pone los pelos de punta de tantos nervios.

Como si no quisiera opinar al respecto, el perro cierra los ojos y me ignora por completo. Me giro de nuevo hacia la cómoda. Tiro de la silla y, con calma, empiezo a revisar cada producto que me enviaron.

*

Suelto un suspiro, sentada en la piscina climatizada. Está bien que no sea verano en Montgomery, pero hoy hace 21 grados, el clima está agradable, el sol brilla hermoso y el agua está calientita.

¿Cuándo en la vida habría yo rechazado un momento como este? ¡Jamás!

Kratos, mi nuevo mejor amigo, está echado en el borde fuera de la piscina, justo a mi lado. Ayer, después de revisar los productos, me duché y puse una serie; no sé en qué momento me dormí. Pero me desperté de madrugada con el mastín napolitano acostado a mi lado y la tele apagada.

Como sé que Marjorie no estaba en la casa, creo que fue Jamie quien apagó la televisión. Bueno, ¿es un tipo engreído? Sí. Pero en el fondo parece ser un hombre mínimamente decente. Cuando me desperté, Marjorie me dijo que él se había levantado, pidió un remedio para el dolor de cabeza y volvió a dormir.

Seguro tomó demasiado anoche y hoy tiene resaca. Kratos se mueve a mi lado y, cuando abro los ojos, veo su cola moviéndose mientras mira hacia la puerta de vidrio. Jamie está allí, con un vaso térmico en una mano. El buen humor de ayer parece haberse evaporado, porque el que veo es el rubio en versión malhumorada. Está apoyado en el vidrio, bebiendo algo y mirando hacia nosotros.

—¡Ey, guapo! —lo llamo—. Ven a tomar un poco de sol.

Él no muestra ninguna reacción emocional, pero empieza a caminar hacia nosotros.

Está sin camiseta y es... una vista espectacular.

Tiene todo marcado, con músculos en el tamaño justo. Su abdomen tiene una fina línea de vellos rubios que desaparecen en su bermuda. Soy realmente una desafortunada. ¿Por qué mi historia no puede ser como la de los libros?

Suelto un suspiro, inconforme por tener a ese hermoso ejemplar de hombre como novio falso y no poder sacar ni un poquito

de provecho.

Tal vez aún haya esperanzas. Tal vez bese bien, tal vez tengamos química, tal vez aquel beso en la discoteca haya sido solo una mala actuación. De todas formas, vamos a tener que besarnos en algún momento.

¡Dios, que no sea tan baboso como aquella vez!

Pero, ¿quién me garantiza que quiera algo físico conmigo, verdad? Y si no quiere, el que pierde es él también. No soy una supermodelo ni una diosa del sexo como las mujeres con experiencia que debe estar acostumbrado a tener, pero soy linda y estoy con todo en su lugar.

—Creo que te tengo un poco de miedo —dice, sentándose al lado de Kratos con las piernas dentro del agua.

—¿Por qué?

—Con esa mirada, cualquiera pensaría que me vas a devorar vivo. —responde, usando la mano libre para acariciar al perro—. Ni lo intentes negar, aunque tengas gafas de sol, fue clarísimo que te estabas mojando por mí.

—"Mojando" es una palabra muy fuerte.

—No estoy hablando de tu vulva, chispita. —La sinceridad es tanta que me hace reír. Espero que no note que fue de nervios—. Pero si necesitas ayuda con eso... —Deja la frase en el aire.

—Eres muy guapo...

—Y excitante... —me interrumpe. Me encojo de hombros.

—Pero para sentir deseo, necesitaría...

—Ni empieces con lo del beso, esa historia ya se está volviendo repetitiva y, como ya te dije, voy a demostrar que fue una situación atípica.

—Ajá.

—¿Te pusiste protector solar?

—Sí, *papá*.

—¡Ah, no! Papá no. En el futuro vamos a besarnos mucho y, quién sabe, tal vez terminemos teniendo sexo, así que ni jugando me llames papá.

—Estás muy confiado, ¿no te parece?

—Son hechos, Hanna. Vamos a terminar dándonos, tú me pareces que estás buenísima, yo te parezco que estoy buenísimo, y los dos vamos a estar con ganas. No hace falta ser muy listo para saber que eso va a pasar.

—Si me das ganas, si tengo ganas, si quiero...

—Si supieras cuánto me irrita que insinúes que soy un mal tipo, no dirías más ese tipo de cosas.

—No estoy insinuando nada...

—Jamie, Hanna —dice Marjorie—, ¿necesitan algo antes de que me vaya?

—Tal vez un té para tu jefe que está nerviosito —respondo, y ella se ríe. Él solo niega con la cabeza.

—Ya ha estado tomando té, querida.

—¿En serio? —le pregunto a él, pero quien responde es ella.

—A Jay le encantan los tés, tenemos de muchos tipos.

—Yo odio el té —confieso, haciendo una mueca.

—No me sorprende —lanza él, pinchándome, y contengo las ganas de mostrarle el dedo del medio.

—Me gusta el café —le digo a Majo—. El de hoy estaba delicioso, por cierto.

—Qué bueno que te gustó. Lo compré en una tienda de especias. Como a Jamie no le gusta, Liam era el único que lo tomaba. ¿Ya estás mejor, querido?

Ella lo mira como si fuera su hijo.

—Estoy perfecto, gracias. Ve a disfrutar tu sábado, Majo. Seguro que Clyra está ansiosa por ver la nueva temporada de esa serie que tanto le gusta.

Marjorie resopla.

—Tal vez me duerma en el primer episodio —dice, haciéndonos reír a ambos.

Ella se acerca a él, le besa la cabeza, pasa por mi lado acariciándome el cabello y se va de regreso a la casa.

—¡Le caes bien de verdad! —pienso en voz alta.

—Soy un tipo encantador.

—Ah, claro. Encantadorísimo. —Ironizo.

—Entonces, ¿te gusta el café? —comenta con una sonrisa engreída.

Desconfiada, solo asiento.

—El que tomaste hoy es Black Ivory Coffee. Se producen solo 150 kilos y la mayoría va a hoteles de lujo que son socios de la empresa tailandesa que lo hace.

—¿Cuánto cuesta eso? —pregunto, curiosa.

—Te sorprenderías.

Abro la boca, impactada incluso sin que me diga el precio. Me quito los lentes para mirarlo a los ojos.

—¿Estás hablando en serio?

—Sí —dice, serio—. Como te dije, la producción es limitada, lo que lo hace muy exclusivo.

—¿Y qué tiene ese café? ¿Oro?

Sonríe. Eso no puede ser bueno.

—Los granos pasan por el sistema digestivo de los elefantes. —Lo miro, dudando—. Adquieren sabores y aromas únicos y después son expulsados.

—¿Expulsados?

—Sí, en la caca.

—¿Caca?

—Sí, Hanna. Los elefantes se lo comen y lo cagan —explica, ya sin paciencia.

Me río. Claro que me río. *Tiene que estar bromeando, ¿no?* Pero cuando vuelvo a mirarlo, lo veo con esa sonrisita de lado que ya aprendí a no soportar. Poco a poco, mi risa se apaga.

—¿Eso es de verdad? —pregunto.

—Sí, bombón. Es verdad.

—No me digas bombón —lo reprendo.

—Pero lo eres —responde, encogiéndose de hombros.

—Deja de coquetear conmigo.

—No te prometo nada.

—¿Tomé mierda líquida de elefante? —pregunto, con cara de asco—. ¿Quieren matarme?

Jamie se ríe a carcajadas.

—Una mierda líquida carísima.

—¡Te odio! —aseguro, levantándome.

—¿Adónde vas? —pregunta.

—A cepillarme los dientes y a tomar algo que me quite este sabor a mierda de la boca.

Lo oigo reír fuerte mientras camino hacia la casa. Lo juro, ahora que lo dijo, siento el sabor a caca en la boca. ¡Lo juro!

—¡Ey, Hanna! —me llama y me giro, viéndolo aún en el mismo lugar—. ¡Tu culo sí que está delicioso!

Levanto el brazo y, en un gesto nada amable, le muestro el dedo del medio, entrando en la casa, todavía oyendo a Jamie reírse.

Capítulo 10

Jamie Donovan

—¿Estás seguro de que no vas a incendiar mi casa? —pregunto.

—"Casa" no sería el adjetivo más adecuado, ¿no crees?

—Ya vas a empezar... —respondo.

No puedo negar que su compañía es agradable, pero esta muchacha sabe cómo ser irritante. Y está buena. Buenísima, en realidad. Definitivamente, no estaba preparado para verla en bikini. ¡Maldita sea! ¡Me calienta mucho esta niña!

Esas pecas, el espacio entre sus pechos...

Me desperté de mal humor y, a diferencia de lo que Hanna y Marjorie creen, no tomé ayer. Mi dolor de cabeza no era por resaca, sino por haberme pasado la noche despierto pensando en que el primer partido del campeonato ya pasó y no salió como esperábamos.

Es mi culpa. Soy el mariscal de campo y el capitán.

Debería estar con ellos, ser el pilar del equipo. Debería estar motivándolos, exigiendo, y volviendo a motivar. Ayer hice lo que pude para romper con el clima de bajón por la derrota y levantarles el ánimo. ¡Ellos pueden lograrlo, carajo! Nickolas es un buen jugador. Puede y debe cubrirme, pero está inseguro.

Todo esto es una mierda enorme y me siento pésimo por haber hecho de mi vida personal un caos sin pensar en las consecuencias. Consecuencias que no solo me afectan a mí, sino también a mi equipo. Volví a casa feliz por haber compartido ese

momento con ellos, pero triste porque sé que mañana no voy a estar en el juego.

Así que, cuando subí por el pasillo y escuché la tele encendida, no me aguanté y fui al cuarto de Hanna, que tenía la puerta abierta. Tuve que apoyarme en el marco de la puerta por el impacto de lo que vi.

Hanna estaba dormida, toda hecha bolita en la cama, probablemente con frío, y Kratos, a su lado, se había adueñado del edredón, babeándolo todo. Fue imposible no pensar en Paige y en cuánto soñé con verla así.

Era nuestro sueño vivir juntos y tener un perro grande. Llevarlo al parque, correr con él. Dejarlo dentro de la casa aunque supiéramos que haría un desastre, pero en ese momento no era Paige la que estaba ahí.

Tenía el mismo tono de cabello, el mismo tono de piel, y las similitudes se detenían ahí. Paige tenía menos pecas que Hanna, era más alta y su cuerpo estaba marcado por músculos en los lugares adecuados gracias al gimnasio, al que iba desde adolescente. Además, era dulce, tierna y elegante, venía de una familia adinerada.

Hanna tiene una belleza salvaje.

No está marcada por el gimnasio, pero tiene curvas hermosas. Es bellísima sin una gota de maquillaje. Es segura, independiente y atrevida. A pesar de ser joven, cuando abre la boca parece tener mi edad, y eso sin duda es por su infancia. Apagué la televisión, fui hasta su clóset y saqué otro edredón, cubriéndola con cuidado.

Kratos se despertó y me miró con ojos soñolientos sin siquiera intentar levantarse. Le sonreí, porque yo habría hecho lo mismo. Entonces solo le acaricié la cabeza y salí del cuarto, dejándolos dormir tranquilos.

Todavía no era ni medianoche, así que bajé y me quedé en la sala hasta como las dos de la mañana. Después subí a mi cuarto, me duché y estuve dando vueltas en la cama, atrapado en mis pensamientos. Obviamente no desperté de buen humor, pero Hanna logró mejorar mi día con algunas indirectas y bromas.

—¡Hay salchichas sazonadas! —La miro mientras se estira para alcanzarlas.

—¿Quieres ayuda? —pregunto

—No —responde de inmediato, tomando la bandeja—. Voy a hacer salchichas con puré. Así es, hoy te sales de la dieta.

Lo que dice me hace reír. En realidad, todo en ella es curioso. No estoy acostumbrado a que me traten de manera tan normal. No acepta mi ayuda, decide qué vamos a comer y encima deja claro que odia los tés.

—No soy quisquilloso con la comida. Lo fui, pero ya no —respondo sin que me lo haya preguntado.

Recuerdo que en la universidad era un fastidio. Los chicos debían odiarme.

—¿Entonces toda esa comida orgánica no es para ti? —responde ella.

—Soy atleta, chispita, así que claro que sigo una dieta. Pero eso no me impide comer otras cosas.

—¡Qué bien! —responde mientras se equilibra con las papas y la cebolla hasta la isla de la cocina—. Porque probablemente voy a

cocinar cada vez que tenga oportunidad. Tu cocina es un sueño y tu refrigerador es el mismísimo paraíso.

—¿Paraíso? —pregunto.

—¡Sí! Tiene de todo.

Responde con total naturalidad, pero yo me quedo sin aire por un momento, aunque disimulo. El corazón se me aprieta al oírla decir eso. Lamentablemente, ella lo nota y me mira con una expresión neutra.

—No quiero que me tengas lástima, ¿de acuerdo? —dice, seria.

—No la tengo. —Aunque no sea del todo cierto—. ¿Cómo eran las comidas? —Apenas pregunto, me arrepiento—. Si no quieres hablar de eso, está bien.

—No tengo problema en contar cómo fue mi infancia, es parte de mi historia —responde como si tuviera cuarenta años—. Compartía cuarto con otras chicas, iban y venían. Conocí a mucha gente. Las comidas tenían horario fijo, al igual que despertarse y acostarse. No fui infeliz, pero decir que fui feliz sería exagerar. No digas que lo sientes —pide, y eso era justo lo que iba a decir—. Todo el mundo dice eso. La mayoría me trata distinto cuando se enteran... No cambies conmigo por eso.

—No lo haré. Pero tampoco voy a fingir que no me parece una mierda.

—¿Cuándo vuelves a jugar? —Cambia de tema sin rodeos.

—En dos semanas. —Tomo un banco alto y me siento al otro lado de la isla, frente a ella—. Nickolas está ocupando mi lugar.

—Lo sé —comenta, mientras pica la cebolla finísima—. No es tan bueno como tú, pero podrá con el reto.

—¿De verdad apoyas a mi equipo?

—Mi papá no se pierde un partido. Aprendí a disfrutar del deporte gracias a él. Es una coincidencia que los dos, por consecuencia, simpaticemos justo por tu equipo.

—Entiendo. ¿Viste que perdieron el primer partido?

—Lo vi y me imagino que te estás culpando, pero no es tu culpa. Entiendo que hagas falta, pero no es tu obligación cargar con todo el equipo. —Solo me encojo de hombros—. Además... —Ríe—. ¿Y cuando te retires? Ya debes estar cerca, ¿no?

Entorno los ojos, negando con la cabeza, pero no puedo evitar sonreír.

—Hablaste de arrugas y líneas de expresión en vivo. Debería estar enojado, o por lo menos molesto.

—Pero no lo estás. Eres extremadamente seguro de tu apariencia, ya lo entendí.

—Lo soy. Entreno desde la secundaria. Además, siempre fui guapo.

—Y modesto.

—No siempre.

—Ya me di cuenta.

Ella sonríe. Yo también. Después de un momento, aparta la mirada y va por un bol para dejar la cebolla picada, y yo carraspeo, intentando disipar ese clima... diferente.

—Siempre quise ser jugador. ¿Y tú?

—¿Estás preguntando cuál es mi sueño? —Me encojo de hombros y asiento—. Quiero que me vaya bien como *influencer*. Me gusta el maquillaje, los cosméticos... De verdad me encanta todo ese mundo.

—Lo vas a lograr.

—Lo sé —responde, aunque por primera vez noto que no está tan segura. Comienza a pelar papas con mucho cuidado, quitando solo la cáscara.

—Te gusta cocinar de verdad.

—Lo que para algunos es algo simple, no siempre lo es para todos —responde y vuelve a cambiar de tema—. ¿No vamos a salir mañana?

—Podemos ir a almorzar afuera. —Me encojo de hombros.

—Avísame a dónde, así me visto acorde.

Cuando dice eso, recuerdo que lo que nos une es un contrato. Es fácil olvidarlo cuando estamos conversando.

—Claro.

Kratos entra a la cocina y, en vez de venir hacia mí, el descarado va directo a Hanna, echándose con la cabeza sobre su pie.

—¡Traidor! —exclamo, haciendo que la pelirroja suelte una carcajada.

—Parece que perdiste, guapo. —Me guiña un ojo y vuelve a concentrarse en las papas.

Me quedo ahí, mirándola. Camiseta blanca simple, un moño despeinado con mechones sueltos. Contengo un suspiro, y hasta la forma en que mi corazón late ahora parece distinta.

*

Abrazo su cintura, metiendo la cabeza en el hueco de su cuello, respirando el aroma de su perfume.

—¿Eres feliz, amor? —pregunta Paige.

—Siempre. Es imposible no ser feliz contigo a mi lado.

Ella se da vuelta, rodeándome el cuello con los brazos.

—¡Te amo!

—No tanto como yo a ti —declaro.

—Fuiste mi primer y único amor —dice, acariciando mi rostro.

—¿Y Justin? —pregunto, entrecerrando los ojos. Ella se ríe. Sabe que estoy bromeando.

—Este tiempo que pasamos separados fue esencial para madurar y vivir otras experiencias.

—¿Así que necesitabas otras experiencias?

—Creo que sí. Salíamos desde la secundaria, los dos lo necesitábamos.

—Ninguna experiencia supera lo que siento cuando estoy contigo, amor.

—Lo sé —responde, sonriendo—. Siento lo mismo.

—Perdóname por haberte engañado —pido, sincero—. Me voy a arrepentir de eso el resto de mi vida.

—Ya te perdoné, Jay. Perdónate tú también.

—Esta conversación es rara, ¿no? —digo, desviando el tema. No sé si algún día podré perdonarme.

—¿Solo porque estamos teniendo una charla seria en medio de una celebración por haber sido convocado por uno de los equipos más grandes de la NFL?

—Quisiera que Brandon estuviera aquí.

—Bran eligió lo que era mejor para él, amor. No todos están listos para ser una estrella del fútbol americano. —Sonríe, y sé que es mi momento.

—¿Ah, sí? —pregunto, alejándome solo para arrodillarme frente a Paige. Ella se cubre la boca con la mano—. ¿Estás lista para brillar conmigo entonces?

—Jamie... —dice con la voz temblorosa.

—¿Te quieres casar conmigo? —pregunto.

—¿Estás seguro? —responde, haciéndome reír.

—No hay nada en este mundo de lo que esté más seguro que de querer pasar el resto de mi vida contigo.

—¡Ahhh! —Da pequeños saltos de alegría, con lágrimas en los ojos—. ¡Sí quiero!

Me levanto, la rodeo por la cintura y la beso. Ella ríe en medio del beso, pero luego me devuelve el gesto. Nos besamos hasta que los demás nos empiezan a molestar. Luego vuelvo a beber, porque Paige dice que esta noche puedo relajarme, que ella va a manejar.

La fiesta dura hasta la madrugada. Pierdo la cuenta de cuántas cervezas tomé, cuántas veces cantamos karaoke. Cuando me doy cuenta, ya son las seis de la mañana y el dueño del bar nos está echando de no muy buena manera.

Al salir, veo que la nieve parece estar derritiéndose, pero la niebla sigue espesa.

—¿Estás segura de que no quieres que yo maneje? —pregunto por tercera vez al verla bostezar al volante.

—No —responde—, estoy bien.

—Entonces ve despacio, la niebla está muy densa. No se ve nada.

—¿Puedes alcanzarme mi inhalador? —pide.

—¿Te falta el aire? —pregunto, mientras busco su bolso en el asiento trasero.

—Creo que mi presión está baja...

—Paige, detén el coche —pido—. Si tienes la presión baja, no es solo sueño...

Toma el inhalador de mi mano, y entonces todo sucede muy rápido. En un momento vamos en línea recta, y al siguiente, pierde el control del auto y estamos girando en la pista. Me agarro como puedo, gritando su nombre.

Un golpe seco. El coche se detiene, chocamos contra algo.

Aturdido, abro los ojos y veo que chocamos contra un árbol.

—¿Paige? —la llamo, llevándome la mano a la frente y notando que está sangrando. Me giro hacia ella—. ¿Amor?

Su cabeza cuelga hacia un lado, también le sangra la cabeza.

—Paige —digo, intentando soltarme el cinturón de seguridad —. ¡Mierda!

Me lastimo el brazo en el proceso, pero logro soltarme, salir del coche y, aún mareado, corro hacia su puerta. Por suerte se abre sin dificultad.

—¿Amor? —Le tomo el pulso.

¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

—¡Paige, despierta, maldita sea!

Me llevo las manos a la cabeza, desesperado.

Vuelvo corriendo al lado del copiloto, busco mi celular y llamo a emergencias. Regreso junto a mi prometida, rogando que despierte.

¡No está muerta! ¡No puede estar muerta!

La operadora dice que la ayuda llegará en quince minutos y le grito que mi chica necesita ayuda ahora.

La ayuda realmente llega catorce eternos minutos después. Sí, conté cada uno porque no sabía qué hacer, cómo ayudarla.

Cuando llegan, todo empeora.

Accidente. Golpe en la cabeza. Traumatismo craneoencefálico.

¡Muerta!

Grito, pataleo, me sujetan... Y entonces lloro.

Lloro. Grito. Lloro. Grito.

¡Muerta!

El amor de mi vida murió.

El dolor en el pecho era real. Sentía como si me clavaran un cuchillo y luego lo sacaran, dejándome el pecho abierto.

Me costaba respirar. Sentía el corazón desgarrado. Sentía…

Despierto sentado en la cama, asustado y con el corazón acelerado. Busco la mesita de noche a tientas, encuentro el interruptor y enciendo la luz. Respiro hondo varias veces, como hacía cuando tenía ataques de ansiedad, hasta notar que mi pulso baja.

Me levanto, voy al baño y me doy una ducha rápida para quitarme el sudor. Me seco, me pongo un conjunto de buzo, zapatillas. Tomo el celular, la billetera y bajo. Como siempre, tengo dos guardias de seguridad en turno, además de los del condominio.

Hanna estará segura.

—Señor —dice uno de ellos, y ambos se ponen de pie.

—A casa de Nickolas —murmuro con la voz entrecortada, caminando hacia el garaje con ellos detrás.

Por suerte, Nicky vive en el mismo barrio, a una cuadra de distancia, así que el trayecto es rápido. Cuando llego, su personal

me deja entrar de inmediato. Entro a su casa y subo las escaleras hacia los cuartos.

—¿Noche difícil? —pregunta él, apoyado en el marco de su habitación; siempre le avisan cuando llego.

—Sí. Voy a dormir con Dylan —digo, sabiendo cuál sería su siguiente pregunta.

—¿Tomaste?

—No.

Solo asiente. Sabe que no le mentiría.

—Buenas noches, hermano —dice, volviendo a su cuarto.

Cuando llego a la puerta del cuarto de mi ahijado, la abro despacio para no despertarlo, aunque sé que en cuanto me acueste con él, se va a despertar, y así sucede.

—Padrino —dice con su vocecita de bebé, lo suficiente para calmarme.

—¡Hola, príncipe! —Levanto la manta y me acuesto a su lado.

Bosteza y se frota los ojitos, luchando contra el sueño.

—Cuando despiertes, yo seguiré aquí —le aseguro.

—Jugar...

—Mañana jugaremos a lo que tú quieras.

Empiezo a pasar el dedo desde su frente hasta la punta de la nariz, como Amber me enseñó. Desde bebé ese gesto lo ayuda a dormirse, y funciona una vez más. Suspiro, sintiéndome más tranquilo. Solo con estar cerca de este niño ya siento paz, así ha sido desde que nació.

Mi ahijado me recuerda que aún tengo razones para vivir. Razones por las que luchar. Me quedo con los ojos abiertos, mirándolo dormir, esperando que el sueño me alcance a mí también.

Capítulo 11

Hanna Watson

Jamie ogro: ¿Qué te parece si salimos a cenar hoy?

Jamie ogro: Abrieron un PUB que parece estar bastante bueno

Jamie ogro: wttp.pubmarlone.com.br

Jamie ogro: ???

Miro una vez más los mensajes, pensando que tal vez Jamie tenga serios problemas de personalidad. Está bien, hoy es miércoles y es normal que a veces quiera socializar y ser visto con su "novia" en el día mundialmente considerado como el del sofá. Pero hay algo raro. El sábado estuvo todo bien. De hecho, fue incluso divertido. O no. Cuando me desperté el domingo, tenía un mensaje suyo avisando que había tenido que salir y que me sintiera como en casa. Le respondí preguntando a qué hora volvería, porque realmente podría haber pasado algo, ¿no?

No respondió. De hecho, lo hizo recién cerca de las 22:00, diciendo "recién lo vi". Esta vez, quien no respondió fui yo. Y luego, el lunes, me mandó una foto por la tarde de Kratos en la cama de "mi cuarto", diciendo que probablemente me extrañaba. Desde ahí, empezó a mandarme varias fotos. En el gimnasio con frases tipo "quemando la cena que preparaste", tomando té y diciéndome que algún día logrará que me guste. Entre muchas otras. Y me habría

encantado, porque desde el principio eso era lo que yo quería. Quería que fuéramos amigos.

Pero él es complicado y contradictorio. Estamos bien, incluso coquetea conmigo, y al siguiente momento desaparece. Y eso me lleva a otra pregunta. Es el segundo domingo que se desaparece. Ya debería haber imaginado que no cumpliría con mis exigencias, porque obviamente está saliendo con alguien. Esa es la única explicación lógica para sus desapariciones.

Y eso me hace preguntarme: ¿por qué me importa tanto?

—¿Cuál es el mensaje esta vez? —pregunta Ale, ya adivinando que es él.

—Me está invitando a salir hoy.

—¿Y vas a ir?

—No. Quedé en encontrarme con Robert en la biblioteca esta noche. Vamos a hacer ese trabajo de oratoria.

—Entonces dile eso a Jamie.

—Lo que quiero es clavarle el "visto".

—¿Y arriesgarte a que el tipo venga y arruine tu encuentro con el otro mariscal de campo guapo?

—No es un encuentro, amiga.

—Pero podría serlo —dice, encogiéndose de hombros—. Dudo que Robert no quiera algo contigo.

—Uf, sería genial para mi reputación, ¿no? Ya me imagino los chismes: "Exporrista no se conforma con un jugador de la NFL y suma a un universitario a su lista".

—Sí —admite—, no sería bueno exponerte así. Lo digo por ti, ¡Jamie que se joda!

—Tengo un contrato, Alessandra.

—¿Y qué? Estás casi segura de que te está poniendo los cuernos, y eso claramente infringe una de las cláusulas. ¿Cuál es el problema en hacer lo mismo? ¡Viva el empoderamiento, carajo!

—¡Te amo! —le digo sonriendo.

—Yo también. —Me toma la mano sobre la mesa—. Y porque te amo, vas a hacer exactamente lo que te voy a decir...

—Uy, ya viene con algo.

Suelta mi mano y agarra su propio celular. Segundos después, el mío suena.

Ale amorcito: Hola. Tengo un compromiso hoy, no puedo cancelarlo.

—Copia y pega eso para él.

—¿Por qué no puedo decir simplemente que voy a hacer un trabajo con un compañero?

—Se lo vas a decir, pero primero vas a dejarlo con la duda.

—Ale...

—Confía en mí, amiga —me guiña el ojo.

Ni lo pienso. Solo copio el mensaje, abro el chat con él y lo pego, viendo que está en línea. Ni me da tiempo de salir de la conversación, y ya aparece como leído.

—Ya está escribiendo —le digo a mi amiga, que sonríe.

Jamie ogro: ¿Puedo saber cuál es ese compromiso?

Leo en voz alta sin dejar de mirar la pantalla.

—Ahora tienes dos opciones. Puedes decir que es un trabajo con un amigo o aprovechar para intentar averiguar dónde estuvo el domingo.

Sigo mirando el mensaje, pensando en lo que dijo. Lo malo de haber madurado temprano es que rara vez actúo por impulso. Pero tengo diecinueve años, ¿no? Los jóvenes hacen y dicen estupideces todo el tiempo.

Hanna: ¿Está en el contrato que debo darte explicaciones?

Ajá.

Tal vez fui un poco cortante, pero su respuesta me enoja más:

Jamie ogro: ¿Estás con síndrome premenstrual?

Hanna: No. Aún así, si estuvieras frente a mí ahora mismo, te daría una bofetada.

Jamie ogro: Estoy tratando de entenderte.

Hanna: Bienvenido al club. Desde que firmamos este contrato loco hace un mes, lo único que hago es tratar de entenderte.

Jamie ogro: ¿A dónde vas hoy, Hanna?

Hanna: No es asunto tuyo.

Hanna: Voy a hacer un trabajo con un compañero.

Jamie ogro: ¿Puedo saber el nombre del compañero?

Hanna: No lo conoces, así que ¿para qué quieres saberlo?

Hanna: Bueno, tal vez sí lo conozcas...

Jamie ogro: ¿Cómo que tal vez lo conozca?

Muerdo el labio. ¿De verdad estoy usando a otra persona para molestarlo? Sí. ¿Me arrepiento? Eh... en realidad, no.

Hanna: Robert. Es mariscal de campo del equipo universitario.

Él escribe, borra. Escribe, borra. Escribe, borra. Y yo no puedo evitar sonreír con satisfacción.

—¿Y bien? —pregunta Ale, sonriendo.

—Creo que no le hizo gracia.

—Perfecto.

Jamie ogro: No lo conozco.

Jamie ogro: ¿Es solo tu amigo o algo más?

Jamie ogro: Hanna, espero que recuerdes bien las reglas que tú misma exigiste.

Jamie ogro: No soy un niño, así que ni se te ocurra hacerme quedar como un idiota.

Hanna: Me acuerdo de las reglas. Mi pregunta es: ¿tú las recuerdas?

Hanna: Todos los domingos desapareces. ¿Crees que soy estúpida?

Jamie ogro: ¿Entonces por eso has estado seca conmigo toda la semana?

Jamie ogro: ¿Por qué no me preguntaste dónde estaba en lugar de sacar tus propias conclusiones?

Hanna: Porque en el fondo sé que no me debes explicaciones.

Hanna: ¡Solo somos un contrato el uno para el otro!

Apenas lee el mensaje, me llama. Abro los ojos sorprendida. Alessandra se ríe y muerde su pajilla, bebiendo su jugo. Cuelgo la llamada y mando otro mensaje.

Hanna: Estoy en la cafetería y no voy a atender aquí.

Él empieza a grabar un audio. Cuando uno termina, empieza otro. Pongo el volumen medio para que Ale escuche conmigo.

Jamie ogro (audio): *No somos solo un contrato, Hanna. Somos personas, y es imposible que dos personas*

convivan nueve meses sin generar algún tipo de vínculo. Porque si no nos importáramos al menos un poco, esta discusión de mierda no estaría ocurriendo.

Jamie ogro (audio): ***Eres una chica madura, ¿por qué no simplemente me preguntaste dónde estaba? Eso es lo que hacen los adultos, hablan. No soy un santo, pero estoy seguro de que nunca te negué una respuesta. Al contrario, siempre fui sincero.***

Jamie ogro (audio): ***Que eres insoportable ya lo sabía, pero, ¿infantil? Eso sí es nuevo. Estaba en casa de Nickolas. Fui allí de madrugada, Dylan se enfermó, y como el partido de Nicky era de local, me quedé con mi ahijado para que su mamá pudiera ir a apoyar a su esposo.***

Jamie ogro (audio): ***Si estás pensando en hacerte la loca y besarte con el proyecto de mariscal de campo, mejor mándale un mensaje a Liam para romper el contrato. Te voy a dar una oportunidad y pagar la parte proporcional de estos treinta y tantos días, aunque según el contrato no te correspondería ni un centavo.***

Mi amiga se tapa la boca riéndose.
—¡Se volvió loco! —dice mientras yo escribo una respuesta.

Hanna: ¿Te volviste loco?

Esta vez no lo lee.
—¿Será que me bloqueó? —Le muestro el celular.

—No, sigue apareciendo su foto. Creo que solo se desconectó.

—Creo que se enojó —digo, poniéndome seria, pero luego me echo a reír.

—Me siento realizada —dice Ale.

—Yo me siento fabulosa —respondo, y esta vez las dos estallamos en carcajadas.

—Ustedes dos tienen celos el uno del otro —comenta, cuando se calma.

—No son celos. Es que según el trato...

—¡Hanna Watson, a mí no! ¡Cuando tú estás yendo, yo ya fui y vine veinte veces!

Me quedo en silencio. Sí, tengo celos. Es una mierda, pero es la verdad. Y él también, por lo que veo. Pero ya entendí que Jamie es algo posesivo, así que tal vez eso no signifique nada.

No debería significar nada.

No quiero que signifique nada... *¿Verdad?*

Y esa duda me persigue el resto de la tarde.

*

Mientras camino hacia la residencia, voy pensando en las últimas dos horas. Robert es simpático, pero creo que aunque estuviera "oficialmente" soltera, no pasaría nada entre nosotros. No tenemos temas en común y él piensa de una manera totalmente diferente a la mía.

Pero hay algo en él que realmente me molestó.

¿Conoces a ese tipo de persona que solo quiere hablar, hablar y nunca escuchar? Pues así es él. No sé si se cree la última Coca-Cola del desierto o si tiene una obsesión consigo mismo… pero es pesado. Agotador. Exasperante. Solo podía mirar el reloj y contar cuánto tiempo más tendría que seguir soportando esa tortura.

Me gusta que me escuchen, y fue imposible no compararlo con Jamie.

El rubio realmente me escucha y, más que eso, se interesa. No es fingido, es genuino, y eso hace que todo sea aún peor para mí. Claro que seguiré repitiéndome que no estoy empezando a interesarme por mi novio falso.

No puedo hacerlo. Eso sería cruzar una línea que no se puede cruzar.

Ni siquiera tenemos química. Entonces, ¿por qué pienso tanto en él y me importa lo que hace? ¡Mierda! Justo lo que me faltaba.

Así que, teniendo en cuenta todos esos pensamientos locos, decidí que voy a ir a la fiesta de la fraternidad de Robert el viernes. No porque quiera estar con alguien, sino porque quiero divertirme y sacar un poco a Jamie de mi cabeza. Por supuesto que le diré a dónde voy, sabiendo que el sábado probablemente querrá que vaya a su casa.

Al menos habré recargado energías y estaré lista para enfrentarlo sin mostrar ninguna vulnerabilidad.

Capítulo 12

Jamie Donovan

Tomo el celular y vuelvo a leer los mensajes que Hanna me envió anoche.

Hanna chispita: ¿Puedes pedir que me vengan a buscar solo el sábado?

Hanna chispita: Hay una fiesta en Omega, la fraternidad de los chicos del fútbol.

Hanna chispita: Necesito aparecer y demostrar que no tengo vergüenza de todo lo que pasó.

Hanna chispita: No rompí el contrato, como ya debes saber.

Hanna chispita: Creo que necesitas terapia.

Hanna chispita: Hasta el sábado.

Solo respondí con un "ok", porque me molestó bastante que ella fuera a esa fiesta de fraternidad. Me molestó más aún que no me invitara. ¿Será que mi presencia es tan incómoda? Porque sería natural que yo fuera con ella, ya que todos realmente piensan que estamos saliendo, aunque nunca hayamos usado esa palabra.

Una risita llama mi atención y miro a Dylan acostado en el sofá. Sonríe dormido. Verlo sonreír me hace sonreír también. El mundo da muchas vueltas. Recuerdo que en la universidad ya podía

ver el potencial de Nickolas, pero cualquier sentimiento positivo hacia él se limitaba solo al deporte.

Fuera de eso, era un imbécil.

En cuanto a Amber, era la mejor amiga de Paige, así que salíamos juntos, pero tampoco era muy fan suyo. Por ironías del destino, ellos dos terminaron juntos y tuvieron a este pedacito de ángel que es mi ahijado y, definitivamente, una de las cosas más importantes de mi vida.

Haría cualquier cosa por este pequeño, sin dudarlo.

Ayer, cuando Nicky comentó que Dylan estaba algo enfermo, me ofrecí en el acto para cuidarlo. Así que hoy, antes de irse al periódico, Amber dejó al niño aquí en casa, que ahora duerme profundamente. Le acaricio el pelo corto mientras veo a Kratos acostado en la alfombra, como si también velara por el sueño del niño.

—Gracias, Marjorie —dice Amber entrando en la sala. Mira a Dylan dormido y sonríe—. Mi criatura está dormida —le dice a mi ama de llaves—, creo que aceptaré ese refrigerio.

—Siéntete como en tu casa, querida. Ya te lo traigo.

Amber murmura un "gracias", deja el bolso sobre la mesa y sin ninguna ceremonia se quita las sandalias de tacón y las deja tiradas donde sea. Es desordenada, siempre lo fue. Rebusca en su bolso, toma el celular y se sienta en el sofá frente al que estamos.

—Estoy muerta. No sé por qué elegí esta profesión, en serio. ¡Esos hijos de puta son un grano en el culo! —Alzo una ceja—. Si tuviera culo, claro —remata, haciéndome reír—. ¿Cómo estuvo él hoy?

—Está molesto, pero no tuvo fiebre. Igual que cuando me llamaste más temprano, no te preocupes.

—¿Hace cuánto se durmió?

—Unos treinta minutos.

—Está cansado, no durmió bien las dos noches anteriores —responde escribiendo algo en el celular.

—Sí —respondo, retirando la mano de su pelo—, esta vez cayó rendido.

—¿Y tú? —pregunta.

—¿Yo qué?

—¿Por qué tienes esa cara de culo?

—Es la única que tengo.

Aparta la mirada del celular y me observa.

—¿Qué pasa, Jamie?

—Nada. ¡Qué fastidiosa eres! —respondo, nervioso.

Desvío la mirada. Ella se queda en silencio. Cuando la vuelvo a mirar, sigue observándome. Está esperando que hable.

—¡Demonios, Amber, qué metida eres! ¡Puta madre!

—Habla de una vez.

—No pasó nada.

—Ajá —responde, irónica—. ¿A qué hora llega Hanna? Quiero conocerla.

—No viene hoy.

—¿Entonces tú irás donde está ella?

—Va a una fiesta de fraternidad.

—Entiendo. ¿Tú vas con ella?

—No.

—¿Ella te invitó?

—No.

—¿Por qué?

—No lo sé. Pregúntaselo a ella —respondo, encogiéndome de hombros.

—Sabes que me importa un carajo que seas grosero conmigo, ¿verdad? No me intimidas, Jamie. Si Hanna no te invitó, probablemente tiene un motivo.

—Ella cree que lo tiene.

—¿Y cuál sería?

—No es asunto tuyo.

—¡Dilo de una vez! —dice en voz alta, llevándose enseguida la mano a la boca por haber gritado con Dylan dormido.

Él se mueve, pero no se despierta.

—Se molestó porque "desaparecí" —explico, haciendo comillas con los dedos—, dos domingos seguidos. Pensó que estaba con otra. Entonces fue a hacer un trabajo con su amiguito y decidió ir a la fiesta de su fraternidad.

—Entiendo. Ella tiene celos de ti y tú tienes celos de ella.

—No son celos. Nuestro acuerdo es que...

—Que ninguno esté con otra persona, ya entendí. Lo repetiste un millón de veces. Por cierto, antes te parecía absurda esa cláusula. Ya no tanto, ¿cierto?

Me río con sarcasmo, pero pronto frunzo el ceño sintiéndome estúpidamente raro.

—Estás interesado en ella.

—¿Ya viste una foto suya? Cualquiera con ojos se interesaría.

—Está buenísima.

—¿Vas a decir que no te la tirarías?

—¡Claro que sí! Después de que terminen, ¿le gustaría un trío conmigo y con Nicky?

—¡Vete a la mierda, Amber!

—¿Cuál es el problema? —pregunta sonriendo, claramente provocándome.

—Deja a Hanna fuera de sus orgías.

—Ya ni estamos en eso. Creo que esa etapa pasó. Pensé que Nicky y yo seríamos esos viejitos cool que van a clubs swingers, ¿sabes? Pero era solo calentura. Ya no necesitamos meter a una tercera persona para una locura sexual. Solo nosotros dos ya nos damos abasto.

—Amber, sin detalles, por favor.

Se encoge de hombros como si hablara de la lista del súper.

—Volviendo a tu problema...

—No tengo ningún problema.

—Definitivamente, eres un imbécil con la chica. Seguramente la confundes con tus cambios de humor. La entiendo, eres inestable.

—No soy inestable.

—Sí lo eres. Y mucho.

—Gracias por tu sinceridad. —Ironizo.

—Sabes lo que pasa en esas fiestas.

—¡Gracias otra vez!

—Gracias, Marjorie. —Agradece, tomando la bandeja y apoyándola en su regazo—. Sabes que con una llamada a Liam puedes averiguar dónde es la fiesta. Incluso conseguir el contacto del líder de la fraternidad —dice apenas mi empleada sale del cuarto.

—¿Y por qué querría hacer eso?

—Porque puedes ser lo que sea, Jamie, pero cobarde no eres.

—Amber...

—Ya basta de hacerte el indiferente. —Corta la tarta—. Te lo diré claro: deja de usar a Paige como excusa para ser un imbécil.

—Yo...

—Sí, lo haces. ¿Crees que ella está feliz, donde sea que esté, viendo cómo te comportas como un idiota con cada persona que intenta acercarse? Déjala descansar. Haz terapia, perdónate, sea cual sea el motivo por el que crees que necesitas perdón.

—Amber...

—Era Paige quien conducía, y si Brandon no lo hubiera descubierto por el reporte policial, seguiríamos creyendo que fuiste tú. Porque tú te culpaste. No fue su culpa, no fue tu culpa. A veces la vida es así, y no siempre es justa.

Suspiro, sin ganas de seguir discutiendo.

—Sabes que creo que todo tiene un propósito, y estoy segura de que no caíste en este noviazgo falso por casualidad. Fue el destino.

—¿El destino me puso una chica con los mismos rasgos del amor de mi vida? Vaya hijo de puta de destino, ¿no crees?

—Amigo, fue tu primer amor, no el amor de tu vida. Mereces volver a amar, y eso no va a cambiar lo que sentiste por ella. Lo que tuvieron fue hermoso, pero tienes que seguir adelante.

—Estoy avanzando.

—¿En serio? Porque lo que veo es un hombre de treinta y un años con miedo de sus propios sentimientos. Es normal tener miedo, Jamie, pero dejar que eso te controle... No. Eso no es normal.

Paso la mano por mi cara y me froto la sien.

—No soy un cobarde.

—¿No?

—¡No!

—Entonces demuéstralo. No a mí, a ti mismo.

Respiro hondo.

—A veces eres una buena amiga.

—¿Cómo? —pregunta llevándose la mano a la oreja, fingiendo que no escuchó.

—¡Vete a la mierda, Amber!

—¡Yo también te amo, Jamie!

Contengo la sonrisa, tomo el celular y llamo a Liam, que contesta al tercer tono.

—¡Hola, *viejo de lancha*!

—¡Vete a la mierda, Liam! —lo insulto, y él se ríe. Amber también, sin saber lo que dijo—. Necesito tu ayuda...

*

—¡Bro, parece mentira que estés aquí! —dice el imbécil de Robert.

No lo digo solo porque es el tipo que hizo el trabajo con Hanna, sino porque tiene un complejo de estrella aunque aún esté en la liga universitaria, lo cual es una pena. Con esa forma nada sutil de manejar las cosas, nunca será respetado por sus compañeros.

Sería un pésimo capitán.

Sonrío sin mostrar los dientes, dando otro trago a mi cerveza, que por cierto, está caliente. Disimulo la mueca al sentir el líquido

bajando por mi garganta. Definitivamente, estas fiestas ya no son tan divertidas como lo eran hace años.

—Te toca, bro —me dice el *running back* del equipo.

Hoy, cuando llamé a Sam, el líder de la fraternidad, casi no creyó que era yo y al principio pensó que era una broma. Entonces colgué y le hice una videollamada, y por un momento creí que se iba a desmayar. Se recompuso y hasta pensé que era un buen tipo.

Le expliqué sobre mi novia, y claro que sabía quién era Hanna por el tema de su expulsión. Le dije que quería sorprenderla y me invitó al instante. El problema es que ya llevo una hora aquí y no ha aparecido. Hago mi jugada, pero la bola no entra, lo que hace que Sam sonría con suficiencia.

—¿Todo bien entre nosotros, no? —pregunta Robert.

—¿Qué? —pregunto.

—Ya sabes, estuve haciendo un trabajo con Hanna.

Le dedico toda mi atención al idiota.

—¿Y...? —pregunto, mirándolo serio como el imbécil pajero que es.

—No sé... No quiero que haya un ambiente raro.

—No tiene por qué haberlo, porque no existe nada aquí. —Elimino cualquier indicio de camaradería que él crea que hay—. Y que te quede claro, niño... si vuelves a intentar tocar a mi novia, te juro que te reviento.

Traga saliva. ¡Maldita sea! Le lancé el anzuelo y el hijo de puta mordió. De verdad intentó algo.

—Ni se te ocurra decir que no sabías que tenía novio, porque lo sabías. Si yo fuera tú, me andaría con cuidado, no es buena idea meterse conmigo. Algún día, planeo ser entrenador o comentarista

deportivo. —Sonrío, y él se pone pálido—. Reza para no cruzarte en mi camino.

Le doy dos palmadas en el hombro, con un poco más de fuerza de la necesaria.

—¿Jamie?

Miro a un lado y veo a Hanna. Sonrío y no puedo evitarlo, la repaso de arriba abajo. Lleva botas rosas, jeans rotos y una blusita de manga larga que deja ver su abdomen.

—¡Hola, amor!

Paso un brazo por su cintura, apoyando la mano en su culo. Sus brazos rodean mi cuello, y estuve a punto de lanzar el taco a la mierda para tener la otra mano libre y agarrar a esta mujer frente a todos estos imbéciles, marcando mi territorio.

—¿Qué haces aquí? —pregunta en voz baja.

—No me invitaste... —Pongo cara de perrito triste—. Me las arreglé para venir.

Contiene una sonrisa.

—No sabía que querrías venir.

—La próxima vez invítame y deja que yo mismo responda por mí.

—No me gustan mucho estas fiestas —dice tan bajo que tengo que esforzarme para oírla.

Ajusto mi mano en la curva de su culo y con un impulso la siento sobre la mesa de billar. Hanna disimula la sorpresa. ¡Al carajo esta mierda de juego! Que esperen.

—Necesito un minuto —le digo a Sam, que esperaba al otro lado de la mesa, dejando el taco a un lado.

Envuelvo la cintura de Hanna, posicionándome entre sus piernas.

—Quiero hacer un trato contigo —le digo.

—¿Otro? —pregunta, desconfiada.

—Sí. Tú tienes celos de mí, yo tengo celos de ti. ¿Estamos de acuerdo? —Por un momento parece que va a negarlo, pero solo asiente—. Así que mi propuesta es: ¿vivimos el momento? —No era una pregunta, pero así suena—. Disfrutemos esta etapa juntos, hagamos lo que tengamos ganas. Quiero estar contigo. Quiero que nos divirtamos. —Acerco mi rostro al suyo—. Quiero besarte.

Muerdo su labio.

—Emmm... —Se queda sin palabras, lo que me hace sonreír —. No quiero arruinar el momento, de verdad me gusta estar contigo, pero... no tenemos química.

Eso me hace sonreír.

Niñita, niñita...

Vas a tragarte esas palabras.

—¿Estás segura? —Rozo mis labios contra los suyos—. ¿Entonces esta tensión sexual entre nosotros qué es?

Ella no responde. Así que insisto:

—¡Vamos, Hanna! —Levanto una de mis manos, subo por su espalda hasta entrelazar mis dedos en su cabello. Aprieto suavemente. Ella jadea—. Siento tu corazón latiendo tan fuerte como el mío. Tu respiración tan agitada como la mía. ¿Y esos labios entreabiertos, chispita? —pregunto viéndola tragar en seco—. Están desesperados por un beso mío.

Ella ríe, siento su aliento caliente en mi boca.

—Eres muy seguro de ti mismo.

—Lo soy —admito—. ¿Hacemos una apuesta?

—¿Qué tipo de apuesta?

—Apuesto que voy a besarte... y te va a gustar. Mucho.

—¿Y qué quieres apostar?

—Aún no lo sé. Pero en algún momento me lo cobraré.

—¿Y qué te asegura que vas a ganar? Y más aún, ¿qué te asegura que voy a ser sincera?

—Estoy seguro de que voy a ganar. Y sobre ser sincera, tu boca puede mentir, tu cuerpo no.

Ella desvía la mirada, algo tímida. Mira a nuestro alrededor y luego me mira de nuevo.

—Parece que somos el centro de atención.

—Entonces vamos a dar un show —digo y ella sonríe—. Voy a besarte —declaro—, y no es solo porque tenemos audiencia. Te voy a besar porque quiero besarte.

Abre la boca para decir algo, seguramente una provocación, pero aprovecho y la beso. En cuanto mis labios tocan los suyos, me corresponde al instante. Nuestras lenguas se encuentran, moviéndose en perfecta sincronía.

Y... ¡carajo! ¿Cómo puede decir que no tenemos química?

Agarro su cabello con más fuerza mientras marco el ritmo del beso. Hanna mantiene las manos a cada lado de mi cuello y con el otro brazo la sujeto de la cintura, haciéndola quedar justo en el borde de la mesa.

Me separo solo para respirar, mordiendo y lamiendo su labio. Ella mantiene los ojos cerrados y antes de que vuelva a besarla, me jala y toma la iniciativa.

Y.

El.

Beso.

De.

Ella.

Es.

Todo.

Un.

¡Paraíso!

No sé cómo es el paraíso. No soy religioso, pero si me pidieran definirlo, no diría un lugar, diría un beso.

Normalmente mi corazón se acelera antes de hacer un touchdown, y cuando anoto siento euforia, pero nada se compara a este beso.

Siento una energía fuera de lo común. Una adrenalina desconocida hasta ahora y simplemente... inexplicable.

Su boca se separa de la mía, jadeando. Apoya la frente en la mía y bajo mi mano de su cabello a su espalda, acariciándola.

—¿Te falta el aire? —pregunto, recordando que tiene asma.

—No, solo necesito respirar.

—¿Te dejé sin aliento, pelirroja?

—En tus sueños —responde, haciéndome sonreír.

—Di que fue bueno.

Ella me jala del cuello, queriendo besarme otra vez, pero la detengo.

—Di que fue bueno —repito.

—Necesito probarte otra vez para estar segura.

Eso me hace reír.

—Fue jodidamente bueno y no voy a besarte otra vez hasta que lo admitas.

Sube las manos hasta mi cara.

—Quizá fue bueno...

—¡Fue genial! Te pasaste un mes diciendo que besaba como el culo, así que nada de modestia. Mi lengua es maravillosa y mi beso es una jodida obra de arte.

Esta vez se ríe a carcajadas, acariciando mi barba.

—Al final, voy a salir ganando —dice, levantando una ceja como si dijera algo importante—. Estaba en un noviazgo falso con un tipo que está buenísimo sin poder sacarle provecho, porque nuestro primer beso fue un desastre.

—Seguro fue por la droga que me pusieron en la bebida. Es la única explicación válida —respondo, y ni siquiera es excusa, es verdad.

—Sí, seguro fue eso.

—Ahora que sabes lo maravilloso que soy... ¿te animas a disfrutar este noviazgo de verdad? —Ella muerde su labio—. No te estoy exigiendo nada, Hanna. Harás solo lo que realmente quieras.

—¿O sea que este... acuerdo no incluye sexo?

—Si en algún momento pasa, será porque ambos queremos. Nunca voy a forzarte a nada.

—¡Está bien!

Y eso es lo que me gusta de ella. Sin dramas, directa y clara la mayoría de las veces.

—Otra cosa... Nada de mentiras, ¿de acuerdo? —le pido, y ella asiente—. Seamos 100% honestos, siempre.

—De acuerdo.

—Y eso me lleva a una pregunta. —Se queda callada, esperando—. ¿Qué pasó entre tú y el aspirante a mariscal de campo?

—Nada.

—¿Él intentó algo?

—Sí. —Fue directa, y la verdad, no quiero saber más detalles.

—Gracias por ser sincera —digo, y le doy un beso suave.

—¿Quieres saber... cómo fue? —pregunta.

—No —respondo enseguida—. Mejor no.

—Creo que debería bajarme de aquí y que me enseñes a jugar... ¿Qué opinas?

—Sin duda, prefiero besarte.

Ella ríe, me da un golpecito y se baja de la mesa.

—Vamos, mariscal de campo, muéstrame si eres tan bueno con el palo como con la pelota.

—Fresita... —La jalo de la cintura y muerdo su hombro por encima de la blusa—. Esa frase sonó rarísima, pero la ignoraré y te voy a demostrar que soy bueno en todo. Eres afortunada.

Y entonces le enseñé a jugar billar y hacía mucho, mucho tiempo, que no me sentía tan bien.

Tan vivo.

Capítulo 13

Hanna Watson

Jamie ogro: ¿Crees que puedo ir a buscarte más temprano mañana?

Hanna: ¿A qué hora es temprano para ti?

Jamie ogro: A las 2 de la tarde.

Miro el mensaje y me parece extraño. Nunca he ido tan temprano a su casa los viernes. Parece que lee mis pensamientos, porque enseguida me manda otro.

Jamie ogro: Vamos a hacer algo diferente este fin de semana.

Jamie ogro: Pero es una sorpresa.

Hanna: Ahora me dejaste con curiosidad.

Jamie ogro: Majo va a preparar tu maleta. Si quieres llevarte algo más, no dudes en hacerlo.

Hanna: ¿Nos vamos de viaje?

Mando el mensaje ansiosa, mordiéndome el dedo con expectación.

Jamie ogro: Sí. No voy a decir a dónde, así que ni lo intentes.

Hanna: ¿Y cómo voy a saber si Majo va a poner cosas útiles en la maleta?

Jamie ogro: Ella sabe a dónde vamos.

Hanna: ¡Eso no se hace! ¡Ahora estoy MUY curiosa!

Jamie ogro: Prometo que te va a gustar.

Jamie ogro: Ahora me voy a dormir, chispita. El entrenamiento estuvo duro hoy.

Hanna: Eso es la edad pasándote la factura.

Jamie ogro: Cada vez que me llames viejo, directa o indirectamente, te vas a ganar una nalgada.

Tengo ganas de escribir VIEJO, VIEJO, VIEJO, VIEJO. Pero todavía no soy tan atrevida.

Hanna: ¡Buenas noches, viejo!

Jamie ogro: ¡Buenas noches, niñita!

—¿Y esa sonrisa? —pregunta Ale—. ¿Empieza con Ja y termina en mie?

Dejo el celular sobre el colchón y me giro de lado en la cama, viendo a mi amiga también acostada.

—Dijo que vamos a viajar, pero no me dijo a dónde —respondo mordiéndome el labio, intentando ocultar la sonrisa.

—Vayas donde vayas, la vas a pasar genial. —Bosteza con sueño—. Vas a besar mucho y vas a quitarle las telarañas a tu vagina.

Me río a carcajadas. Ale nunca se mide con las palabras. Su celular suena y, como un rayo, lo agarra. Lo que sea que ve ahí, le gusta, porque sonríe también.

—¿Y esa sonrisa tuya? —le repito su propia pregunta y se ríe.

—Si te lo digo no me vas a creer.

Entorno los ojos, pero ya ni me presta atención. La dejo con su nuevo *crush* y me doy vuelta hacia la pared, subiendo la cobija hasta el cuello. Cierro los ojos y suspiro.

Ha sido así desde el viernes pasado.

Casi no voy a la fiesta de la fraternidad.

Una vez lista, me sentí insegura. Por un lado quería divertirme, pero también quería mostrarle a todos los que hablaron mal de mí a mis espaldas que estoy bien. Sin embargo, las cosas son fáciles en teoría y no siempre en la práctica.

Estaba nerviosa después de arreglarme, y Alessandra tuvo que darme un discurso sobre todo lo que ya pasé. Unos cuantos ojos juzgones no serían nada. Podía manejar la situación.

Nada fue como pensé.

Apenas llegamos, mi amiga vio a Jamie y yo... no supe qué pensar. Se sentía surreal. Me quedé mirándolo unos minutos, admirando cómo encaja en cualquier lugar donde está. Decidí hacerme notar cuando vi que su conversación con Robert se ponía tensa.

Y entonces, cuando me vio, sonrió y actuó como si yo fuera lo más importante en su vida. A veces me hace olvidar que nuestro noviazgo es de mentira. Pero cuando me pidió que viviéramos el momento y me besó, todo cambió.

Primero, me sorprendió. Su beso es... incomparable.

No entiendo cómo ese primer beso en aquella maldita fiesta fue tan malo, porque de verdad, no parecía la misma persona. La forma en que encajamos, la química, la tensión sexual, su manera de tocarme... Todo en él fue simplemente perfecto.

La noche fue muy divertida.

Aunque se quejara de la cerveza caliente, me enseñó a jugar billar y fracasé miserablemente. Nos quedamos hasta las 3 de la mañana, dejamos a Ale en la residencia y terminé yendo a la mansión, ya que de todas formas iba a ir el sábado por la mañana.

A diferencia de otros fines de semana, en este Jamie no desapareció. Almorzamos juntos el sábado, por la tarde lo hice quedarse conmigo otra vez en la zona de la piscina. Como no estoy acostumbrada a salir de noche, estaba cansada, así que rechacé su invitación al pub y solo jugamos videojuegos y empezamos a ver una serie. El domingo almorzamos afuera, y fue cuando volvimos a besarnos.

Estaba ansiosa por ese momento, pero él no tenía porqué saberlo. Y nuevamente fue bueno. Muy bueno. Cuando dejamos de

besarnos, Jamie me miró y, sea lo que sea que vio en mi cara, le sacó una sonrisa convencida. Solo puse los ojos en blanco como respuesta.

Después me llevó al campus, bajó del auto y me acompañó hasta la entrada, donde me arrinconó contra la pared y me volvió a besar. Esta vez no había muchas personas cerca y eso me emocionó más de lo que debería.

Empiezo a entender por qué los libros con trama de noviazgo falso siempre terminan con uno de los dos enamorado. Es difícil separar la realidad de la ficción. No es que esté enamorada. Pero tampoco puedo ser hipócrita y decir que no siento nada. Es imposible estar cerca de él y no sentir algo. Cierro los ojos y suspiro.

Nadie muere de amor.

Y si salgo con el corazón roto, ya me encargaré de recoger los pedazos.

*

—Hola, Carl —saludo a uno de los guardias de seguridad que me espera a la salida de la residencia.

—Señorita —dice él y asiente con la cabeza, haciéndome reír.

—Puedes llamarme Hanna —le aviso, pero no responde—. No tenías que escoltarme hasta el auto.

—Solo sigo órdenes, señori... Hanna —Se confunde, y eso me hace sonreír.

Cuando nos acercamos al auto, se apura en abrirme la puerta. Entro, dejando mi neceser y mi bolso a mi lado. No traje ropa, porque al menos el 90% de todo lo que compramos en el

centro comercial está en el vestidor de la mansión. Jamás tendría espacio para guardar todo eso.

Traje solo algunas prendas y unas zapatillas blancas que amé y combinan con casi todo. También traje el neceser, que es más grande que cualquiera que haya tenido. Ahí caben algunos maquillajes y artículos de higiene personal. Carl sube al auto y enseguida el conductor enciende el motor.

Tardamos más de veinte minutos hasta llegar al aeropuerto, y cuando finalmente lo hacemos, me quedo medio impactada con todo. Entramos por una puerta privada, el auto sigue por una pista restringida y a lo lejos veo un avión estacionado, más pequeño que los comerciales.

—¿Eso es un jet privado? —pregunto, metiendo la cabeza entre los asientos delanteros.

Los dos se quedan inmóviles.

—Sí —responde Carl sin moverse, y yo resoplo, dándole una palmada en el hombro.

—No voy a morderlos. —El que maneja casi sonríe—. ¿Pueden entrar los autos aquí?

—Es un acceso restringido con despegue y aterrizaje programados. Apenas Josh nos deje aquí, volverá.

—¿Tú vienes con nosotros? —pregunto a Carl, que asiente con la cabeza—. ¿A dónde exactamente? —pregunto apenas el auto se detiene junto al jet.

—Ya lo sabrás —dice con algo de diversión, yo solo ruedo los ojos.

Él baja y abre mi puerta, agarro mis cosas y salgo del auto.

¡Madre mía!

Si por fuera ya es hermoso, ¿cómo será por dentro?

Una escalerilla está colocada para que subamos al avión. Un hombre uniformado, con gorra de piloto, sonríe al saludarme. Carl pide permiso, toma mi equipaje de mano y señala la escalerilla.

Una azafata extremadamente guapa está parada en la entrada del jet, sonriéndome, y le devuelvo la sonrisa al entrar. No tengo mucho tiempo de observar porque enseguida veo a otra azafata que parece una modelo. Camina por el pasillo del avión, pero a diferencia de la que estaba en la puerta, esta no me sonríe.

Además de ella, veo a Jamie y lo primero que noto es una marca de lápiz labial en su cuello. Luego bajo la mirada justo a tiempo para verlo subirse el cierre del pantalón. Me detengo tan abruptamente que alguien choca conmigo por detrás y casi me caigo.

—¡Mierda! —Escucho la voz de Liam que me sujeta de los brazos. Me enderezo—. ¡Perdón, Hanna!

—Liam, Sophia ya no volará con nosotros —Jamie dice con tono autoritario, y cuando vuelvo a mirarla a ella, veo que su boca tiene lápiz labial rojo. Siento ganas de vomitar—. Es una orden permanente.

La mujer suelta una risa forzada y al pasar por mi lado, me empuja el brazo con fuerza.

—¡Cuidado! —Escucho a Liam con un tono más seco de lo normal, y luego oigo sus pasos alejándose también.

—¿Necesitan algo? —pregunta la morena, y cuando estoy por responder, Jamie se adelanta.

—Retrasa el despegue. Necesito unos minutos —le dice, y ella también se va.

—Hanna...

—Antes de inventarte una excusa, por lo menos ten la decencia de limpiarte esa marca de lápiz labial del cuello.

Él respira hondo.

—Ven conmigo —pide, extendiéndome la mano. No me muevo. Suspira—. Quiero hablar contigo en privado, amor.

Y entonces recuerdo que no puedo montar un escándalo, porque estamos en un jet privado con más personas, al menos la tripulación. Camino hacia Jamie, pero no tomo su mano. Él se da la vuelta y lo sigo.

Me impacta lo equipado que está todo. Hay un sofá y un televisor. En serio, ¡hay una sala dentro del avión! Abre una puerta y me indica que pase. Lo hago, entrando a una habitación. Lo escucho cerrar la puerta, pasa a mi lado y abre otra más pequeña. Me quedo pasmada. Es un baño. ¡Una suite dentro del avión!

Está bien, no soy ignorante. Ya he visto jets privados en la tele o en internet. Pero verlo en persona lo hace todo mucho más impresionante. Jamie toma una toalla blanca, la moja y empieza a limpiarse la marca del cuello.

—Sé que la forma en que viste las cosas...

—No me vengas con eso de "no es lo que estás pensando", porque te juro que te tiro la zapatilla por la cabeza.

Él se ríe.

¡El muy hijo de puta se ríe! Y eso me enfurece aún más.

—No iba a decir eso. Acordamos ser sinceros el uno con el otro, ¿recuerdas? —Se revisa en el espejo, deja la toalla sobre el lavamanos y se acerca—. Sophia y yo tuvimos sexo algunas veces. Llegué hace más de media hora porque el café con el patrocinador

fue más rápido de lo esperado. Me desperté de madrugada como siempre para entrenar, así que vine a acostarme un rato. Todo pasó muy rápido y no la culpo, ya ha pasado antes y no me importaba, me gustaba. —Trago saliva, molesta con toda la situación—. Estaba encima de mí, besándome el cuello y abriendo mi cinturón, entonces la aparté y le dije que estaba en una relación. Creo que ni me creyó, así que le pedí que se fuera. Tardó y fui grosero, y... mierda, llegaste justo después y...

—¿Hay alguien a quien no le hayas metido tu maldita verga? —pregunto, con unas ganas tremendas de arañarle esa cara bonita con mis uñas postizas—. ¿Cuántas veces más voy a tener que pasar por estas situaciones desagradables?

—Hanna...

—¡No digas nada! Porque no es lindo escucharte decir: "tuvimos sexo algunas veces, me gustaba". Tu sinceridad es irritante.

Jamie vuelve a sonreír. Camino hacia él y, para sorpresa de los dos, le subo el cierre del pantalón. Pero no me gusta nada el bulto que siento y entrecierro los ojos hacia él.

—Si todo pasó como dijiste, ¿por qué estás con la verga dura, Jaime?

—Porque estás terriblemente sexy cuando tienes celos —dice con voz baja—, deja la mano ahí un rato más y vas a ver lo que es estar realmente duro.

—Ahora mismo lo único que quiero es apretarte las bolas hasta que veas estrellas. Y no en el buen sentido.

Él carraspea y da un paso atrás.

—Fui sincero contigo. Ya puedes calmarte.

—¿Jay? ¿Hanna? —La voz de Liam nos llama.

—Ya vámonos, Liam.

Ni espero a que termine de hablar y abro la puerta. Liam me observa atento. Cuando lo miro, él carraspea igual que Jaime hace un rato.

—Iba a sugerir tomar una foto de ustedes... —dice el asesor.

—Ahora no quiero —lo interrumpo, yendo a una de las butacas y sentándome.

—Está muerta de celos —dice Jamie como si no le importara la vida. Liam se ríe.

—¡Cállate, Jaime!

—Ven a callarme, entonces —dice, sentándose a mi lado.

—¿Cuántos años tienes? ¿Diez? —Ironizo, muerta de vergüenza por la azafata que está viendo todo.

Se inclina y me da un beso ruidoso en la mejilla. Me alejo, dándole un manotazo en el hombro.

—Si sigues molestando, no voy a decirte a dónde vamos —retruca.

—¿A dónde vamos...? —Leo la plaquita de la azafata—. ¿April?

—Aterrizaremos en Miami —responde, aunque su expresión cambia enseguida.

—Está bien, April. Estaba bromeando con eso de no contar —Jamie responde.

—Bueno, me voy. Jay, cualquier cosa, llámame —dice Liam y me mira—. Hanna, ¿trajiste tus documentos, cierto? —Asiento con la cabeza—. La próxima semana quiero hablar contigo.

—¿No vienes con nosotros Liam?

—No, fresita. Esto es un viaje de pareja, solo nosotros.

—No te hablé a ti, Jaime —respondo, sabiendo que lo hace para irritarme.

Y lo está logrando. April se ríe.

—Colóquense los cinturones, por favor.

Ella se va con Liam.

—¿Alguna vez has volado, chispita?

—Nunca he salido de Montgomery —digo, sintiéndome nerviosa de repente—. ¿Cuántas horas hay hasta Miami?

—Entre cuatro y cinco. Cuando el avión esté a la altura adecuada, podemos ir al sofá, si tienes sueño y quieres dormir también.

—No tengo sueño, el viejo aquí eres tú.

—¡Gracias! —Su agradecimiento me hace girar el rostro hacia él y ya me está mirando divertido—. Ya llevas dos nalgadas en tu cuenta. Sigue llamándome viejo, amor. Me va a encantar cobrártelas.

Pongo los ojos en blanco, pero sonrío.

—Deja de coquetear conmigo.

—No cuentes con eso —dice, pero no tengo tiempo de procesarlo porque escucho un ruido y me pongo atenta.

La azafata da unas instrucciones, seguidas por la voz de un hombre con las coordenadas. Me inquieto, Jamie toma mi mano y eso me hace mirarlo de nuevo. El avión comienza a moverse.

—Te ves hermosa con maquillaje, pero sin él estás aún más guapa.

—Estás tratando de distraerme.

—Sí, pero eso no significa que esté mintiendo —dice, y acaricia mi mano. El avión empieza a tomar velocidad.

—Eres realmente hermosa. Si no fueras ya mi novia, te pediría que lo fueras.

—Creo que olvidas que esto no es real.

—Desde el viernes pasado, para mí sí lo es. La única diferencia es que tenemos un acuerdo aparte.

¿Cómo puede ser real algo que tiene fecha de vencimiento? Pero no comento nada, solo le doy una sonrisa débil. Él lleva mi mano a sus labios y la besa. Siento el momento exacto en que comenzamos a volar.

Siempre imaginé que mi cuerpo se inclinaría, pero seguimos sentados. Ese pensamiento me hace reír.

—¿Qué? —pregunta él. Cambio de tema.

—¿De qué quiere hablar conmigo Liam?

—Lo contactaron dos marcas con propuestas de colaboración contigo.

—¿En serio?

—Sí. Liam está con Nickolas y conmigo desde el principio de nuestras carreras, ambos son primos. Puedes confiar en él como tu representante.

—¿Representante? —pregunto, y Jamie sonríe.

—Él te explicará todo la próxima semana.

Suspiro, aún nerviosa por estar volando, pero ya acostumbrándome.

—¿Tienes hambre? —pregunta—. Cuando sea seguro, April vendrá a avisarnos y podemos comer algo.

—Ok.

—O podemos ir al cuarto y yo puedo distraerte de una forma mejor —dice, levantando las cejas de forma exagerada.

Eso me hace reír y, así de simple, logra distraerme y calmarme.

Sí. Cuando todo esto termine, probablemente tendré que recoger los pedazos de mi corazón, porque no hay forma de salir ilesa de sus encantos.

Capítulo 14

Jamie Donovan

Salgo del baño y veo a Hanna dormitando en la cama que está en el balcón. Quería haber conseguido un hotel más bonito, pero al ser todo tan a última hora, fue lo que Liam logró reservar. No es que el hotel sea feo, para nada, pero ya he venido a Miami otras veces y sé que hay mejores. Con mejores vistas.

Hanna se quedó deslumbrada desde el momento en que aterrizamos. Parecía una niña de diez años pegada al vidrio del auto, intentando ver todo, sin perderse de nada. Cuando llegamos al hotel, hace una hora, quedó aún más fascinada.

Cuando entramos a la habitación, no paraba de decir "es todo hermoso", "hay un hidromasaje", "hay una cama en el balcón", "la vista es maravillosa". Y con cada cosa que decía, me sentía más culpable por haberlo planeado tan a último momento. Por no haber hecho que Liam sobornara a alguien para conseguir una habitación en el resort donde estuve la última vez que vine.

A partir de hoy, mi asesor va a tener que moverse más. Hanna merece lo mejor, y no voy a aceptar menos que eso. Después de mirar cada rincón del cuarto y babear por la vista, se metió a bañar. Salió solo en bikini y apenas tuve tiempo de admirar su cuerpo, porque enseguida se puso la bata y dijo que estaba sexy.

Claro que me dio celos de la bata. ¡Sexy soy yo, carajo!

Me di cuenta de que este noviazgo es muy real para mí. Está bien, acordamos disfrutar el momento. Pero aprovechar el momento no debería implicar sentir este tipo de celos locos, ¿no? Porque los

siento. Parece que esta bola de imbéciles nunca ha visto a una pelirroja natural en su vida.

Me seco el pelo con la toalla y la dejo sobre el mueble del baño. También me pongo una bata, pero a diferencia de chispita, yo la dejo abierta. Sé que tengo un cuerpo atractivo y vi cómo me miraba en casa cuando estaba sin camisa. La otra vez llevaba short, ahora traje de baño. Quiero que lo vea todo con lujo de detalle.

Cruzo los brazos y me detengo a mirarla dormir.

¡Carajo, qué hermosa es!

Paso las manos por el cabello, aturdido por lo bonita que es incluso sin proponérselo. Miro hacia atrás y maldigo mentalmente haberle pedido a Liam una suite con dos camas.

Pensé que sería una buena idea. Quería que ella se sintiera cómoda, pero ahora solo puedo pensar en lo mal que estuvo. Dormir juntos en la misma cama sería la forma perfecta de acercarnos más.

Reprimo una risa.

Un hombre de mi edad, que ya ha estado con una buena cantidad de mujeres, tratando de encontrar una forma de acercarse a una chica doce años menor.

Nunca pensé que me gustaría tanto estar en público con una mujer, pero es que frente a los demás tengo una excusa para estar cerca, para besarla. No sé cómo dar el primer paso cuando estamos a solas, porque tengo miedo de invadir su espacio personal o ser inoportuno.

Entro al balcón y me siento en el sillón, observando a Hanna dormir. Parece un ángel con esas pecas perfectas que me dan ganas de seguir con los dedos para ver qué formas se pueden formar.

Reprimo otra risa, sintiéndome un cursi de mierda.

¿De verdad parezco un viejo al lado de ella? Ese asunto del "viejo de lancha" me dejó paranoico, aunque sé que lo dice en broma. Tampoco es tanta nuestra diferencia. ¿O sí? No. No lo es.

De cualquier forma, que se jodan todos si parezco un tío de ella. ¡Estoy feliz de estar con esta chica porque, carajo, es hermosa! Eso no se puede negar.

Que sea insoportable e irritante a veces lo hace más interesante. Y el hecho de que sea una chispita la hace aún más sexy. Cuando se me acercó en el avión y me subió el cierre del pantalón, me provocó un escalofrío brutal.

Reprimo otra risa, sintiéndome patético por pensar de esa manera sobre ella. Hace poco más de un mes pensaba que sería una molestia.

No podría haber estado más equivocado.

Agarro el celular, abro las redes sociales y veo la cantidad absurda de respuestas a la selfie que subí con Hanna en los stories. Pero no abro ninguna, voy directo a la bandeja principal. Lo primero que abro es un mensaje de Brandon, que está en línea.

Brandon Davis: ¿Y ese ambiente ahí, hermano? Sabía que esa chica te iba a agarrar por las pelotas.

Jamie: ¿Se nota mucho la diferencia de edad?

Brandon Davis: No. No empieces a buscarle defectos a la chica, amigo.

Jamie: ¿Defectos? Jajaja. Está buena hasta dormida. No digas "chica" que me siento un pervertido cuando la nombras así.

Brandon Davis: ¿La estás mirando mientras duerme? Sí, pasó más rápido de lo que pensé.

Brandon Davis: Justin se molestó porque no aceptaste quedarte en su casa.

Jamie: ¿Qué pasó más rápido de lo que pensaste?

Jamie: Tienen un bebé de un mes y medio. Era absurdo quedarnos allí. Además, quiero que Hanna conozca algunos lugares.

Jamie: Ya arreglé con él que mañana almorzamos juntos y por la noche vamos al show.

Brandon Davis: ¿Ya tuvieron sexo?

Brandon pregunta, ignorando todo lo demás que dije.

Jamie: Ya te dije que no.

Brandon Davis: No conozco a esa chica, pero ya soy su fan.

Eso me hace sonreír, y cuando levanto la vista, veo que Hanna está despierta, observándome en silencio.

—¡Hey! —le digo. Le doy "me gusta" al mensaje de Brandon y dejo el celular a un lado—. ¿Te acabas de despertar? —Asiente, pero no dice nada—. Estaba hablando con Brandon.

No sé por qué me justifico, ni de dónde sale esta necesidad de contarle todo para que no piense mal de mí. Hace mucho que no me importaba lo que la gente pensara. Al parecer, sí me importa lo que ella piensa.

—¿Tienes hambre? —sigo hablando al notar que está demasiado callada—. Podemos cenar junto a la piscina.

Ella muerde el labio y respira hondo.

—¿Podemos comer aquí en la habitación? —pregunta.

—Claro. ¿Te sientes bien? Estás rara.

—Sé que tú estás acostumbrado a esta vida, pero para mí es como un sueño. Me da miedo. Nunca había salido de Montgomery y de repente, ¡zas!, estoy en Miami.

—Imagino que es abrumador para ti, un día también lo fue para mí. Podemos quedarnos en la habitación hoy. Deberías ir al hidromasaje, relajarte un poco —sugiero, tratando de que se sienta cómoda, pero sigue con expresión insegura—. ¿Qué es lo que más te incomoda, Hanna?

—No sé cómo lidiar contigo. —Casi sonrío por su sinceridad. Me encanta que no haga dramas ni dé vueltas con lo que quiere decir—. Acordamos disfrutar este tiempo juntos y... El problema es cuando estamos solos. No sé cómo...

Y no termina la frase, probablemente porque no sabe cómo expresarlo.

—También es confuso para mí, pero sé exactamente lo que quiero. Estoy yendo despacio porque no quiero que parezca que me

estoy aprovechando de la situación.

—¿Qué quieres decir? —pregunta, tratando de disimular su inseguridad.

—Quiero estar contigo tanto en público como en privado. Estoy siendo sincero cuando digo que me gustas. Todo en ti me parece interesante.

Ella sigue mirándome sin apartar la vista.

—Cuando coqueteo contigo no es actuación, ni tampoco cuando te beso en público.

—Pediste una habitación con dos camas.

—Quise darte el mayor espacio posible, pero desde que llegamos no dejo de pensar en lo estúpido que fue eso. Podemos usar solo una —sugiero, porque no soy tonto.

—Vamos a usar las dos. —Se levanta—. La idea de las dos camas fue tuya, ahora aguántate.

Me guiña un ojo y pasa junto a mí, yendo a la carta de menú que está sobre la mesa con dos sillas.

—Usar las dos no es problema. Dormimos en una hoy y en la otra mañana —digo, y ella me mira por encima del hombro, riendo y negando con la cabeza—. De hecho, una cama ya está ocupada.

Miro la cama donde Hanna puso sus dos maletas y el neceser. Entonces se me ocurre una idea para aligerar el ambiente. Tomo el celular y me levanto. Abro la app y la cámara para grabar stories.

—Gente, miren esta cama —empiezo a hablar—. Estas son las maletas de Hanna. Súper organizada, ¿verdad? —Ironizo.

—¿Estás grabando eso? —pregunta, y llevo la cámara hacia ella.

—¡Claro!

—No vas a subir eso —afirma, haciéndome reír.

—¡Claro que lo voy a subir!

Ella pone los ojos en blanco y deja el menú a un lado.

—Voy a querer el número tres.

—Apuesto que viene con papas fritas —bromeo.

—¡Jamie! —me reprende, riendo.

—El paladar de ella es de una niña, gente.

Riéndose, se detiene frente al hidromasaje y abre la llave. Luego se quita la bata. Cambio la cámara a frontal, enfocándome.

—Hoy no van a ver a mi chica en bikini, gente. ¡Lo siento! —Guiño un ojo y detengo la grabación.

—Sabes que te van a llamar machista, ¿verdad? —comenta, mientras subo los videos—. Siempre demuestras celos o posesividad.

—¡Me importa un huevo!

—¿Cómo que te importa un huevo? Todo esto empezó porque necesitas mejorar tu imagen. No sirve de nada cambiar la impresión de que eras un mujeriego por la de un hombre tóxico.

—Si tener celos me hace un imbécil, pues que así sea. No voy a fingir ser alguien que no soy. Y definitivamente, soy celoso.

—A veces parece que yo soy la mayor aquí.

Dejo el celular y agarro el menú, viendo que efectivamente hay papas fritas en la opción que eligió. Una opción infantil.

—Veo lo madura que eres. —Levanto la hoja plastificada, ella levanta la nariz desafiándome a decir algo más.

Solo sonrío. Es increíble cómo ella hace que todo sea más ligero.

Entonces llamo a recepción para hacer el pedido. Pido lo mismo que ella, ignorando por completo la cantidad de calorías que

voy a tragar. Seguro que valdrá la pena, solo por la sonrisa brillante que me da a cambio.

*

—¿No les molestará que haya venido contigo? —me pregunta mientras esperamos a Justin en la sala de su casa.

—Claro que no. Ellos querían que nos quedáramos aquí.

Cuando Justin aparece arriba, veo que ella se queda perpleja.

—Jamie —dice en voz baja, mientras él baja las escaleras—. Me dijiste que era DJ, no que era Justin Davis. Creo que voy a infartarme.

Eso me hace reír, y solo no me da celos porque sé que él está completamente loco por Pri.

—Es bueno saber que aún te acuerdas de que tienes amigos —dice, acercándose para darme un abrazo contenido. Luego mira a Hanna—. ¿Qué tal? —dice, extendiéndole la mano.

Sí. Justin es realmente muy reservado cuando no hay confianza, y cuando no la hay, es peor.

—Hola —responde ella en voz baja, estrechando su mano.

—Acabo de descubrir que es tu fan.

—Gracias —dice Justin, poniendo la mano sobre su hombro. Me cuesta no soltar la risa.

Nunca fue una persona muy sociable y eso no cambió con la fama.

—Vamos arriba. Pri está amamantando a Kevin. —Va delante y nosotros lo seguimos—. ¿En qué hotel están?

—En el Cosmos. Quería el Mousquike, pero no había lugar. La próxima vez intentaré con un soborno.

—¡Jamie! —me reprende Hanna. Justin se ríe.

—Siempre funciona —dice él.

Hanna disimula la sorpresa al enterarse de que él ya lo ha hecho. Yo solo le guiño un ojo. Entramos en la sala del segundo piso. En una esquina está una de sus muchas consolas de mezcla. Pri está sentada y sonríe al vernos.

—¡Sean bienvenidos! —dice, simpática.

Me acerco a ella sin soltar la mano de Hanna y la saludo con un beso en la mejilla.

—Ella es mi novia, Hanna.

—Un placer —dice Hanna, repitiendo mi gesto.

—El placer es mío, querida. Siéntense.

Nos sentamos, y mientras Priscila comienza a conversar con Hanna, veo que Justin observa a la pelirroja. Su mirada va hacia mí, con el ceño fruncido, y sé exactamente lo que está pensando.

—¡Mira al tío Jamie, hijo! —La voz de Pri llama mi atención, y al girarme la veo con el niño sentado en su regazo, dándole palmaditas en la espalda.

—¡Hola, bebé! —digo, y él pone una carita de enojado.

Todos reímos a carcajadas.

—¡Dios, qué vergüenza! —dice ella, negando con la cabeza—. ¡Este niño es igual a Justin!

—Sí —coincido—. Heredó el humor del padre.

—Solo es selectivo —Justin sale en defensa de su hijo.

—¿Van al show esta noche? —pregunta Pri.

—Sí —respondo.

—Estoy ansiosa por conocer el *Yellow Night Club* —dice Hanna.

—Vas a tener la suerte de conocerlo durante un show de Justin. Las entradas se agotaron en menos de una hora tras el anuncio.

—Hay más artistas aparte de mí, amorcito —le recuerda él.

—Sí, pero tú eres el principal. Además, habrá una participación especial de una cantante pop brasileña. Grabaron una canción juntos y el remix quedó increíble. —El orgullo en la voz de Pri es evidente.

—Eres su productora musical, ¿cierto? —pregunta Hanna.

Sí, realmente ya los "conocía".

—Lo soy. Aunque él no necesita un productor...

—Siempre te voy a necesitar, amorcito —dice él, guiñándole un ojo—. Hermano, ven conmigo. Quiero mostrarte mi nuevo auto.

Y en ese momento supe que quería hablar de algo lejos de Hanna, ya que nunca ha tenido secretos con su esposa y jamás le interesaron los autos.

—Claro —respondo, y miro a chispita—. Ya vuelvo.

Ella sonríe, parece cómoda estando aquí, y eso me da cierto alivio.

Sigo a Justin otra vez, y cuando llegamos al área de la piscina, se sienta en una reposera. Yo hago lo mismo en otra. Como siempre, no da rodeos ni disfraza sus preguntas. Es directo y sincero.

—¿Estás con ella porque te recuerda a Paige?

—No. Mi reputación no estaba bien... Es un noviazgo falso —respondo, y él arquea una ceja—. Amigo, todo se salió de control y

necesitábamos una solución. Esta fue la más rápida.

—¡Eso es ridículo! —responde, negando con la cabeza.

—Las cosas evolucionaron y estamos involucrándonos...

—Si solo buscas sexo, búscalo en otro lado, Jamie. No le confundas la cabeza a esa chica.

—Quiero estar con ella, Justin. Pero esto... volver a querer estar cerca de alguien también es algo nuevo para mí.

—Espero que funcione, y que ninguna de las partes salga lastimada. Te mereces volver a ser feliz.

No respondo. No sé qué decir.

—Paige era increíble, y le gustaría verte seguir adelante. Tener a alguien a tu lado que realmente se preocupe por ti.

—A ella también le gustaría ver en lo que te has convertido, Justin —digo, porque es la verdad. Tuvieron algo en su momento y, aunque no me agradó en aquella época, sé que él la ayudó cuando yo era un imbécil—. Tu participación en la discográfica de tu suegro, *Yellow*, tus composiciones, tu éxito. Estaría muy feliz.

Él solo asiente, y viniendo de Justin, eso significa mucho.

—¿Cuándo vuelves a los campos?

Y así entramos en un tema cómodo para los dos, hasta que la ama de llaves nos llama para el almuerzo.

*

Siempre me deslumbra la grandeza de este lugar, pero Hanna está tan encantada que no puede dejar de sonreír. La forma en que observa todo, intentando no perderse ni un solo detalle, me fascina.

Siempre que creo que no puede estar más hermosa, me sorprende.

Se duchó antes que yo, así que cuando salí del baño, ya estaba vestida, y me quedé totalmente atontado con su belleza. Medias tipo red, falda de jean corta y una blusa transparente que dejaba ver el sujetador. Todo negro, incluso las botas.

Me quedé parado como un bobo en medio de la habitación, mirándola mientras se maquillaba frente al espejo. Vio mi reflejo, sonrió y me guiñó el ojo, dejando claro que sabía perfectamente que se veía jodidamente hermosa. Yo también sonreí, porque, ¿quién en su sano juicio la vería sonreír y no lo haría también?

Entonces caminé hasta mi maleta, elegí mi ropa y me quedé en ropa interior ahí mismo. No la miré directamente, pero sabía que me estaba observando, y claro que usé eso a mi favor. Me tomé mucho más tiempo del necesario para vestirme, porque quiero que me desee con la misma intensidad con la que yo la deseo.

Me sorprendió lo rápido que se maquilló y el talento que tiene, porque parecía que había salido de un salón de belleza. Después de eso, le tomé como mil quinientas fotos en el balcón y otras tres mil en el hotel. Solo entonces fuimos a la *Yellow*.

Fuimos recibidos por el asistente de Justin, quien nos llevó a un lugar privado con una vista maravillosa. Hoy, mientras almorzábamos, Pri nos aseguró que estaríamos donde ella suele quedarse, y me sentí feliz y un poco frustrado al mismo tiempo.

Feliz porque es un lugar cómodo y reservado, pero frustrado porque, si estuviéramos en el área VIP, estaría justificado que estuviera cerca de ella. Pero aquí, solos en un espacio pequeño, la situación cambia.

—Todo esto es tan lindo que no sé a dónde mirar —dice.

—Lo es. Tener un lugar así era uno de sus sueños, y el sitio tiene la agenda llena para los próximos dos años.

—Ellos dos lograron mucho en poco tiempo. Aunque los padres de Pri sean socios, esto es un éxito.

—Sí, además, ni Justin ni ella le temen al trabajo duro.

—Me pareció hermoso que él toque solo algunas veces al mes para poder estar con ella y con Kevin.

—Sí. —Es todo lo que respondo.

¿A ella le importaría mi ausencia? ¿Eso nos alejaría de alguna manera? No puedo controlar mi trabajo. Tengo un calendario lleno de partidos y viajo con frecuencia y...

—¡Creo que va a salir ahora! —dice, mirando el escenario y cortando mis pensamientos.

Todas las luces se apagan y el sonido cesa. El silencio se apodera del lugar. Yellow es un centro de eventos al aire libre, y cuando empieza el espectáculo de luces amarillas, el contraste con la oscuridad de la noche lo vuelve aún más impactante.

Suena una nota baja y el público grita.

Ya saben que es él.

El escenario principal es enorme y de él salen dos pasarelas que se adentran entre el público, acercando al artista a sus fans. Todos esperamos que Justin aparezca en el escenario principal, pero cuando algo comienza a emerger al final de una de esas pasarelas, todos gritan.

—¡Dios mío! ¡Eso es como un elevador! —Hanna agita las manos, tan emocionada como el resto del público.

Sonrío, porque realmente es una escena hermosa.

Cuando por fin aparece por completo en el escenario junto a su consola, lanza otra nota. Luego toma el celular y enciende la linterna; esta imagen solo la puedo ver claramente gracias a las pantallas gigantes. Todos los que están abajo también sacan sus celulares y lo imitan.

En cuestión de segundos, un mar de luces ilumina el cielo. Justin sonríe y empieza una canción lenta. Luego suelta un grave y la música explota a todo volumen. Todos saltan, sin soltar sus celulares.

—¡Esto es demasiado hermoso! —grita Hanna, saltando con la gente.

Ella es habladora. Habla cuando come, cuando ve una película, y por lo visto, también cuando está en un concierto.

Empieza un espectáculo de luces de colores justo cuando una de las primeras canciones de Justin invade el lugar.

Siento una nostalgia al recordar la época de la universidad, que fue cuando compuso esa canción. Pero el sentimiento se disipa rápido, porque en realidad me siento orgulloso de todo lo que ha logrado. Hace un año, lo vi sufrir una sobredosis y ser hospitalizado.

Al año siguiente, volvió y resistió con fuerza cualquier tentación que pudiera llevarlo de nuevo por un camino destructivo, y entonces conoció a Pri. El amor lo cambió todo en su vida y hoy es un gran hombre.

Él ganó. Lo logró.

Se quita la camisa verde fosforescente, mostrando sus tatuajes y volviendo locas a las fans. Lanza la camisa al público, haciendo a alguien muy feliz. Lleva zapatillas naranjas, pantalón

negro y un gorro rosa. Siempre tuvo ese estilo... colorido. No es lo mío, pero a él le queda perfecto.

Miro a Hanna, que lo observa atentamente.

—¡Ey! —Le toco el brazo y se gira hacia mí. Llevo el dedo a la comisura de su boca, fingiendo limpiarle algo y frunce el ceño—. Tenías baba.

Hanna se ríe fuerte, y el hecho de que no niegue que le estaba echando un buen vistazo me incomoda.

—No seas tonto, el hombre está casado. Sí, es guapo, pero está casado.

—Y tú tienes novio.

—Jamie, no hace falta que me lo recuerdes; no es que se me olvide.

—A veces lo parece.

—Puedes ser molesto hasta en medio de un show —responde, y yo me encojo de hombros, tomando un sorbo de mi trago sin alcohol.

Las luces bajan de nuevo y el ritmo se hace más lento. Justin se gira hacia el escenario principal, guiando al público para que haga lo mismo. Esa manera de comunicarse con la gente es increíble. Es como si realmente los guiara con su música. Nunca habla en los shows. Sin decir una sola palabra, logra que todos comprendan lo que siente solo con sus gestos y la melodía.

Lanza otra nota musical y aparece una mujer en el escenario. Canta en portugués mientras camina hacia la otra pasarela que se adentra en el público. Lleva un short tan corto que parece ropa interior y medias tipo red como las que Hanna lleva puestas. Un grupo de bailarinas la sigue con coreografías marcadas.

Aunque la canción esté en otro idioma, el público la acompaña. Justin hace un remix de una canción brasileña de estilo *funk*. No hablo mucho portugués, pero entiendo alguna que otra palabra. De reojo, veo que Hanna me mira.

—¿Qué pasa? —pregunto, y ella alza una ceja. Entonces la entiendo—. Es bonita, ¿no?

Señalo con la cabeza a la cantante. La pelirroja pone los ojos en blanco.

—Tranquila, chispita. No me he olvidado que tengo novia. —Imito sus propias palabras anteriores y le guiño un ojo, viéndola reír.

El dulce sabor de la venganza.

Hanna toma una botellita de agua del balde con hielo que hay sobre la mesa lateral y vuelve a enfocarse en el espectáculo. Justin toca casi dos horas, y es divertido. Realmente me divierto con ella y con esas pequeñas cosas que dice y hace.

Sus bromas tontas, sus provocaciones absurdas, sus videos y fotos. Todo en ella es tan interesante que el tiempo se me pasa volando.

Cuando termina el show de mi amigo, empieza otro, y cuando me doy cuenta, ya está amaneciendo y el DJ se está despidiendo.

¿Hace cuánto que no me divertía tanto sin una gota de alcohol ni sexo con tres mujeres y al menos una mamada en el baño? Mucho tiempo.

Salimos de Yellow y vamos directo al hotel, donde nos duchamos y, antes de dormir, tomamos un buen desayuno. Otra vez, Hanna duerme en una cama y yo en otra, y aunque no hubo ni un beso (solo algunos abrazos), me siento más cerca de ella que nunca.

Y así, feliz y satisfecho como no me sentía desde hace mucho, me duermo viéndola respirar tranquila en la cama de al lado.

Capítulo 15

Hanna Watson

Hanna: Mis padres quieren conocerte.

Envío el mensaje y vuelvo a mirar mis apuntes. Suspiro, negando con la cabeza. Si no mejoro en esta materia, voy a reprobar, y eso no puede pasar.

Si pierdo mi beca, les romperé el corazón a mis padres.

—¿Hanna? —Levanto la vista al oír la voz de mi amigo.

—Hola, Stev —lo saludo.

Él sonríe, se sienta a mi lado y me da un beso en la mejilla.

—¿Y esa carita de desánimo?

—Estoy teniendo problemas con los cálculos, como siempre.

Él se ríe y me revuelve el cabello.

—Siempre fuiste mala en Ciencias Exactas.

—Sí, soy más de Humanidades. Porque…

—¡Buenos días! —Liam llega y se sienta frente a nosotros.

—Buenos días, señorito elegante —lo saludo sonriendo—. Llegaste temprano.

—Difícilmente me verás llegar tarde. —Luego mira a Stev y le extiende la mano—. Liam, asesor del novio de Hanna.

Mi amigo parece no simpatizar con él, porque solo le estrecha la mano sin ganas y sin decir su nombre.

—¿Tu novio manda a su asesor en lugar de venir a tomar un café contigo? —Steven me mira alzando una ceja.

—Cuidado con las insinuaciones, niño. Si no respetas la relación de ellos, al menos respeta a tu amiga.

—Steven, no quiero ser grosera, pero tengo una reunión con Liam —digo, con la esperanza de que entienda y se vaya.

Gracias a Dios, eso hace. Se inclina nuevamente, me da un beso en la mejilla y se va sin despedirse. Ok, ¡eso fue extraño!

—Perdón por eso. Él…

—Es tu ex novio.

—Sí…

—No era una pregunta, Hanna. ¿Recuerdas aquella foto que se filtró, donde ustedes se abrazaban?

—Fue un abrazo completamente sacado de contexto —respondo, y Liam se ríe.

—Mira esa foto otra vez y analiza la expresión facial y corporal de tu amigo.

—¿Qué estás tratando de decir?

—Que me pareció curioso el… contexto. Conseguí el contacto del paparazzi que vendió la foto al blog y, como imaginaba, ese tal Steven sabía que estaban siendo fotografiados.

—¿Cómo? —Lanzo una risa nerviosa—. No…

—No estoy haciendo juicios, querida. Estoy seguro de lo que digo.

Miro mis manos sobre la mesa sin saber qué contestar. Steven no haría eso… ¿o sí? Pero… ¿por qué Liam inventaría algo así?

—Hanna. —Vuelvo a mirarlo—. Solo presta atención a las señales. Cambiando de tema… —Sonríe—. Vine a hablar sobre las propuestas de trabajo.

—¿Hay más de una? —pregunto, conteniendo la emoción.

—Sí. —Coloca su portafolio sobre la mesa, saca algo que parece un folleto sofisticado, toma un bolígrafo y deja su bolso en el suelo—. Vamos a hablar sobre esta primera.

Liam desliza la hoja hacia mí y abro los ojos al ver el nombre de la marca.

—Seguro la conoces, ya que el representante que habló conmigo dijo que te vio hablar sobre sus productos en tus videos.

—¡Amo la prebase y la base de ellos! Las compré en una liquidación y ya se me están acabando.

—Bueno, la propuesta es que pruebes toda su línea de maquillaje. Ellos te darán los productos y te pagarán una cantidad preestablecida en contrato mientras dure la colaboración. Además de algunas exigencias de publicidad que deben cumplirse.

—¿Y de cuánto sería esa cantidad? —pregunto.

Él revisa la hoja, localiza el monto y lo marca antes de devolvérmela.

¡Guau!

—¿Esto…? —Niego con la cabeza, carraspeando—. ¿Esto es en serio?

—Sí. No es una cifra alta, pero debemos tener en cuenta que estás comenzando.

—No me estoy quejando —respondo en voz baja.

De verdad que no.

—Vista esta propuesta, voy a mostrarte otra que fácilmente puedes combinar. Luego lo piensas y volvemos a hablar sobre el contrato y cláusulas adicionales. —Asiento, todavía impactada.

—Estos son productos de cuidado facial. Investigué la marca y es de un grupo farmacéutico japonés y…

Sigue hablando y hago todo lo posible por prestar atención a cada palabra, tratando de absorber lo máximo que pueda. Liam me explica que necesitaríamos un espacio adecuado para grabar los videos, y Jamie ya había sugerido una de las salas de su casa.

Aunque estoy aturdida por la cantidad de información, me siento inmensamente feliz. Está bien que solo supieran de mi existencia por estar con el mariscal de campo, pero yo sabré aprovechar estas oportunidades y demostrar mi potencial.

Siempre estaré agradecida con Jay por haberme dado esa visibilidad inicial, pero mis próximos logros serán el reflejo de mi esfuerzo.

No necesito pensarlo.

Voy a aferrarme a estas oportunidades con uñas y dientes.

*

—Hija, ¿tú crees que todo esto es seguro? —me pregunta mi mamá.

—Sí, mamá. Como ya te dije, habrá contratos que asegurarán a ambas partes.

—Me da miedo que se aprovechen de ti —suspira—, es una lástima que seamos tan ignorantes con estas cosas. Me gustaría poder ayudarte.

—No eres ignorante —afirmo—. Y nadie en la vida hará más por mí de lo que tú y papá hicieron.

Vuelvo a escuchar sus suspiros. Después de unos segundos en silencio, con la voz entrecortada, vuelve a hablar.

—Me hace feliz que estés empezando a volar, hija. Pero… no estoy lista para soltarte.

—Mamá, nunca vas a tener que soltarme. —Trato de contener la emoción, pero fallo miserablemente—. Ustedes son lo más importante que tengo en la vida.

—Perdón —dice y se ríe—. Me estoy volviendo una vieja sentimental.

—¡Tú eres una señora muuuuy guapa! Nada de vieja. —Ella vuelve a reír—. Mamá, estoy muy, muy feliz. Con este dinero podríamos remodelar la casa y…

—¡Nada de eso! Vas a guardar ese dinero para tu futuro.

—Pero…

—¡Ni pero ni nada, Hanna! Tu papá y yo solo necesitamos saber que estás bien y sana. Lo demás lo resolvemos nosotros.

—Mamá, no tiene sentido…

—Hanna —me dice en tono de advertencia, y sé que por ahora, es mejor quedarme callada.

—Está bien —respondo, aunque me quede con ganas de seguir con el tema.

—Tu papá dijo que tu novio volverá a jugar el miércoles que viene —comenta, y ni me sorprendo. Mi papá es fan del equipo de Jaime, así que es normal que lo sepa—. Entonces, significa que este fin de semana todavía estará libre. ¿Hablaron de venir a almorzar el domingo?

—Se me olvidó, mamá —respondo, aunque no es del todo verdad—. Mañana voy a su casa, luego te doy una respuesta.

—Espero que sea positiva, Hanna. Estás yendo todos los fines de semana a su casa, y ya hasta te llevó de viaje. Quiero conocerlo.

—Está bien. Te llamo el sábado, ¿de acuerdo? Todavía tengo que estudiar para un examen.

—De acuerdo, querida. ¡Te amo!

—¡Yo también te amo, mamá! —digo, y cuelgo.

¡Mierda!

Me paso la mano por la cara. Ayer, antes de hablar con Liam, le había mandado un mensaje a Jamie, porque a principios de semana mis padres ya me habían dicho que querían conocerlo. Al parecer, no les gustó mucho que me fuera de viaje sin avisar.

El tema es que después empecé a hablar con tanta emoción sobre las campañas publicitarias que ese asunto quedó de lado. En fin, mejor lo hablo con él mañana, en persona.

—¿Ahora sí me puedes prestar atención? —dice Alessandra, entrecerrando los ojos.

Me levanto de un salto, voy hasta ella y la abrazo.

—¡Celosa! —digo, y ella me abraza también.

—¿Qué te parece si pedimos comida? —sugiere.

—¿Otra vez?

—¡Claro! ¡Mantener este cuerpazo requiere esfuerzo diario!

Vuelvo a reír, accediendo a su antojo. Entonces pedimos papas con queso cheddar y tocino, y comemos mientras vemos una película en la laptop, en alguna plataforma.

*

—¿Jamie? —grito apenas entro a la mansión—. ¡Hola, Kratos! —digo, cuando el perro viene hacia mí—. ¡Tranquilo, grandulón!

Estiro ambas manos agachándome. Si me salta encima, el daño está asegurado.

—¡Lindo! —digo cuando frota el hocico en mí—. Yo también te extrañé.

Hablo un rato más con él y luego me levanto, agarro mi bolso que había dejado en el piso, pero cuando miro hacia el sofá, me detengo. Un hombre me está observando y me pongo automáticamente incómoda.

—¡Hola, Hanna! —dice, poniéndose de pie—. Soy Brandon.

—¡Hola! —Camino hacia él y le estrecho la mano sintiéndome una enana; y eso que soy alta—. ¿Y Jamie?

—Subió a ducharse —responde, y vuelve a sentarse.

Kratos salta al sofá y se echa con la cabeza sobre su pierna. Al parecer, este tal Brandon viene seguido por aquí.

—Entonces... iré al cuarto de... a nuestro cuarto.

¡Dios mío!

Soy una pésima mentirosa. Él solo asiente con la cabeza y vuelve su atención a la televisión. Camino hacia la escalera. *¿Todos los amigos de Jamie son excesivamente guapos?* No es que esté deseando al marido ajeno, pero cuando eres una simple mortal y de repente empiezas a rodearte de los dioses del Olimpo, es difícil no notar la belleza.

—¿Jamie? —lo llamo en voz baja, pero no responde.

¡Maldición!

Pruebo la cerradura y está abierta. Entro, escucho el sonido de la ducha y camino hacia el baño que, para mi desesperación, está abierto.

—¡Jamie! —lo llamo de nuevo y no me oye. Respiro hondo, me cubro los ojos con las manos y me acerco a la puerta—. ¡Jamie!

—¡Mierda! —grita, asustado.

—¡Cállate! Disimula, ¡Brandon va a oír! —Él se ríe, yo me giro media vuelta—. ¡Podrías haberme avisado que tenías visita!

Cierra la ducha y escucho que abre la mampara.

—Deberías haber llegado tres minutos antes. —Eso es lo que dice.

—¿Qué? No entendí —respondo, frunciendo el ceño.

Lo oigo secarse y luego sus pasos, pero ni siquiera tengo tiempo de girarme cuando siento su respiración en mi cuello.

—¿Qué crees que estaba haciendo en la ducha? —Su voz me eriza la piel.

—¿Bañándote? —respondo bajito. Él ríe y suspira, alejándose de mí.

Me doy la vuelta para seguirlo, lo cual es un error, porque entra al vestidor y se quita la toalla. Me giro de nuevo, alcanzando a ver su culo.

—¡Jamie!

—Vamos, Hanna. Tarde o temprano me vas a ver desnudo.

—Se nota que estás ansioso, porque en cada oportunidad sacás ese tema.

—Siempre lo digo y tú nunca te opones. ¿Por qué será? —replica, y yo me muerdo el labio para no sonreír.

Jamás le daré el gusto.

—Puedes girarte —dice y cuando lo hago, lo veo en calzoncillos blancos.

Blancos. Ok. Bien.

—Mis ojos están aquí arriba, amor —dice, mientras se pone el pantalón deportivo.

—¿Por qué no me dijiste que él estaría aquí? —Cambio de tema.

—No iba a quedarse, pero surgió un problema en la filial y tuvo que extender el viaje hasta mañana. Tranquila, Brandon es buena onda.

—Tendremos que dormir en la misma cama.

—¿Cómo? —pregunta, frunciendo el ceño.

—Tu amigo. ¿Cómo le vas a explicar que tu novia no duerme contigo?

—¡Ah! —Se pasa la mano por el cabello—. Sobre eso...

—¡Está bien! No me molesta dormir contigo.

—Es que...

—Tenemos que hablar de mis papás. Quieren conocerte. El domingo. —Él solo me mira—. ¿De verdad tenemos que mentirles?

Suspira hondo.

—No pueden saber del contrato, chispita.

—Va a ser horrible mentirles. —Me llevo las manos a la cabeza—. Yo... Ok, sí, ya mentí diciendo que teníamos una relación, pero llevarte a casa...

—¡Hanna, tranquila!

—Yo no tenía a nadie, no era nadie, y me eligieron, y ahora voy a pagarles así...

Se acerca y me abraza por la cintura.

—Tú siempre fuiste alguien, y los que no supieron ver la joya que eres, se fueron porque no te merecían. —Apoyo la cabeza en su

pecho, pero él me toma del mentón y me separa para poder mirarme a los ojos—. No vuelvas a rebajarte así nunca más.

—Yo... —No tengo tiempo de terminar la frase, porque me besa.

Jamie me besa.

En su cuarto, sin que nadie nos vea.

Me sujeta de la cintura y me besa con una delicadeza... distinta. No tardo en corresponder y llevo mi mano a su rostro; cuando siente mi caricia, suspira.

De verdad no sé cómo alguna vez pensé que no teníamos química.

Desliza los dedos por debajo de mi blusa y acaricia mi piel. Un contacto inocente, pero que logra provocarme un escalofrío por todo el cuerpo. Esta vez, soy yo quien suspira. Me chupa el labio inferior y luego lo muerde, no muy suavemente. Abro los ojos y lo veo con los suyos aún cerrados, respirando hondo. Cuando finalmente los abre, sus pupilas están dilatadas.

—Ahora tienes un problema.

—¿Cuál? —pregunto, todavía embobada.

—Voy a querer besarte todo el tiempo —dice, haciéndome reír —. Yo, en tu lugar, no me reiría.

Jamie aprieta aún más mi cintura contra él. Y sin el menor pudor, baja las manos y aprieta mi culo.

—¡Ya basta! —Le doy un manotazo en el hombro y me alejo —. Tu amigo está abajo solo. ¡Compórtate!

—Brandon es de la casa. Podemos olvidarnos de él y pasar la noche aquí arriba.

—¡Ni loca! ¡Vamos, bajemos!

—Apenas empezamos a besarnos y ya estás huyendo —dice, chasqueando la lengua—. Después el viejo soy yo.

—Eres encantador un minuto e insoportable al siguiente —digo, mientras bajo las escaleras.

—Porque tú me irritas primero. ¿Tan difícil era darme otro beso? —Se queja ya en la sala, y Brandon ni se molesta en disimular, nos mira y sonríe.

—Jay es algo dramático. Ya sabes cómo es —digo.

—En realidad, no —responde el moreno guapo—. Creo que tú despiertas nuevas facetas en él.

—¡Vete a la mierda, Bran! "Nuevas facetas"... ¡Me lo merezco! —refunfuña el mariscal de campo.

—Voy a preparar algo para comer.

—Ya pedí pizza —dice Brandon.

Está bien. Realmente es de la casa.

—¿Ves? —Jamie me da un leve codazo en la cintura—. Podríamos habernos quedado arriba disfrutando. Él se sabe manejar solo.

—¡Qué grosero! Ve con tu amigo —digo, ya molesta.

—Amor, como sabes, él está aquí desde el miércoles. Jugamos videojuegos, charlamos bastante estos días. Hoy prefiero besarte a ti.

—No se preocupen por mí —dice el moreno—, estoy bien aquí.

Está tirado en el sofá como si fuera suyo.

—Ya quisiera estar en Boston, dándole unos besos a mi rubia —suspira—. Pero solo tengo gerentes incompetentes en esta mierda.

—¿Ves? —dice el rubio, dejándose caer en otro sofá—. No quiso ser atleta…

—¡Qué barbaridad! —responde Brandon y empiezo a reír por lo espontáneo—. Te hiciste atleta y no paras de comértela.

Esta vez suelto una carcajada. Jay me jala para acomodarme entre sus piernas.

—¡Ay! —me quejo cuando el muy cabrón me muerde el hombro. Me doy vuelta y le jalo el pelo, haciéndolo reír. Brandon nos observa.

—He visto esa dinámica de besos y peleas antes —comenta, mientras acaricia a Kratos, que está a su lado en el sofá—. Hablando de mi esposa, ¿ya le hablaste a Hanna sobre la boda? Eso si no te manda a la mierda antes.

—Gracias por confiar tanto en mí, amigo —responde Jamie.

—¿Qué boda? —pregunto.

—Él y su esposa van a hacer una ceremonia. Soy padrino, y tú estás invitada a ser una de las damas de honor.

—Eso si no te manda a la mierda, aún faltan dos meses —repite, y Jay le lanza un cojín.

Hasta pienso en lo raro que es ser dama de honor de la boda de una mujer que ni conozco, pero no me detengo en eso porque me quedo encantada con la interacción y complicidad que Jamie y Brandon parecen tener. Claro que las caricias del rubio en mi pierna también me mantienen bastante atenta.

De pronto, siento ganas de conocer más a mi falso novio. Ahora que está más cercano y receptivo, puedo ver que la primera impresión que tuve de él estaba completamente equivocada.

Eso es bueno… hasta que deje de serlo. Al final de todo, solo siento pena por mi corazón y cómo va a quedar cuando esto termine.

Capítulo 16

Jamie Donovan

Abro los ojos sintiendo un calor cerca de mi cuerpo. Al principio pienso que es Kratos, ya que algunas mañanas, al despertar, ese descarado está acostado sobre la cama. Sin embargo, el inconfundible aroma a fresa deja claro quién es, incluso antes de abrir los ojos.

Hanna durmió en mi cuarto anoche.

Nos quedamos hablando hasta tarde y, en cierto momento, ella estaba cabeceando en el sofá, así que vino a dormir. Yo me quedé un rato conversando con Brandon, y cuando subí, ya estaba dormida. Y ahora, al abrir los ojos, hago lo mismo que ayer.

La observo dormir. ¡Maldita sea! ¡Es hermosa!

Su cabello rojo está desparramado por todos lados y su boca está entreabierta mientras respira suave. Lleva una camiseta enorme que le llega casi hasta las rodillas y que, seguramente, se le subió mientras dormía, pero no puedo verla, ya que la colcha le cubre hasta el pecho.

Brandon tiene razón, estoy realmente complicado. Ni siquiera tuve sexo con la chica y ya me la quedo mirando como idiota mientras duerme. Parezco un mojigato de mierda, y al mismo tiempo me siento un pervertido. Su padre ni me conoce y ya debe odiarme. Yo, en su lugar, me odiaría. ¿Cómo alguien podría simpatizar con un tipo mayor que está teniendo sexo con su hija? Aunque, en este caso...

Todavía no.

Me obligo a levantarme sintiendo que la vejiga me va a explotar. Voy al baño, hago lo que tengo que hacer y, al regresar, veo a Hanna desperezándose en la cama.

Me acuerdo de sus padres y de lo mal que se siente por tener que mentirles. Estuve a punto de contarle que mis amigos más cercanos saben que el noviazgo es falso, pero al verla tan afectada por no poder decirle la verdad a sus padres, decidí callar.

Solo me queda esperar que me entienda cuando descubra la verdad, y que no se ponga furiosa.

—Sé que me estás mirando —dice con voz ronca por el sueño —. Esta niñita te gusta mucho —remata, haciéndome reír fuerte.

—Sería raro si no me sintiera atraído por ti.

Elijo bien las palabras. No admito que me gusta, pero tampoco cierro la puerta. Aprendí con los años que las mujeres pueden usar cualquier cosa que digas en tu contra. Ella no responde, solo se sienta en la cama y se queda mirando al vacío, y yo empiezo a reír. Hizo eso la semana pasada, en el hotel. Ya noté que es algo que hace siempre, como si esperara a que el alma le regresara al cuerpo.

—Deja de reírte de mí —reclama, y se levanta dando traspiés.

Va hacia el baño, y como yo todavía estoy parado en la puerta, me da un manotazo en el abdomen, haciéndome apartar riendo. Mientras está en el baño, agarro el celular para ver si tengo algo y veo un mensaje de Sam, el capitán del equipo de fútbol de la universidad de Hanna. Nos invita al partido de hoy, que será en casa, y dice que tiene cuatro lugares reservados.

—Si hubiera sabido que tenías una bañera así en tu cuarto, ya te habría convencido de dejarme dormir aquí.

—Siéntete libre de mudarte —bromeo. *O no tanto*—. ¿Vamos hoy o mañana a casa de tus papás?

—Mañana, para el almuerzo.

—Sam me mandó un mensaje.

—¿Quién es Sam?

—El capitán del equipo de fútbol de tu facultad —respondo, y ella frunce el ceño.

—¿No es Robert el capitán?

—Él es el mariscal de campo. No siempre el mariscal de campo es el capitán, no es una regla. Y sinceramente, por lo que leí entre líneas, no tiene pasta de líder.

—Sí... es un poco autosuficiente.

—Ese es un adjetivo bastante generoso. Sam dijo que tiene cuatro lugares reservados. Pensaba en invitar a Liam y, quizás, a tu compañera de cuarto —sugiero—. Eso, si quieres ir.

—Me gustan los partidos —responde, mordiéndose el labio—. ¿Quieres ir a la fiesta también?

Quiero decir que no. Ya no me van estas fiestas, y menos la cerveza caliente.

—Si tú quieres, vamos.

—No quiero.

Aunque me gusta su respuesta, siento que tengo que decir algo.

—¿Estás segura? Esta etapa de la vida no vuelve más.

—No soy mucho de las fiestas...

—Aunque no lo recuerdes, me conociste en una.

—En una fiesta a la que Ale ganó entradas y, por si te interesa, fui por presión, no por gusto —admite, haciéndome reír.

—¿A ella le gustan las fiestas?

—No. Pero se obliga a vivir experiencias.

—Bueno, si lo que quieren son experiencias, podríamos ir a ese pub del que te hablé hace unas semanas. Al que no quisiste ir conmigo porque fuiste a "encontrarte" con el proyecto de mariscal de campo.

—No fui a "encontrarme" con él —dice, haciendo comillas con los dedos—. Fui a hacer un trabajo. Es diferente.

—Ajam. —Eso me recuerda algo—. Liam me comentó que te vio con tu ex en la cafetería.

Ella estaba subiendo de nuevo a la cama, pero se queda de pie y me mira.

—Hablas como si hubiera hecho algo malo. Solo tengo un ex, es mi amigo, y voy a seguir saludándolo y hablándole con normalidad. ¿Y tú? Seguro hasta perdiste la cuenta.

—Estamos hablando de un ex, no de sexo casual. Y sobre mi ex, tranquila. Nunca será un problema —digo, sintiendo algo feo al referirme a Paige como "mi ex".

—¿Y qué te garantiza que nunca será un problema? Las personas son impredecibles y...

—Está muerta.

Ella me mira por un momento, probablemente procesando si escuchó bien.

—Ah —dice al final.

—¿Bajamos a desayunar? —pregunto, cambiando de tema—. Seguro que Majo ya tiene todo listo.

Hanna solo asiente, entonces me doy la vuelta y empiezo a bajar. Al escuchar sus pasos detrás de mí, me doy cuenta de que no

pensaba en Paige desde aquella fiesta de la fraternidad, y eso me deja... con una sensación extraña.

*

—¿Era necesario tantos guardias de seguridad? —pregunta Hanna mientras caminamos hacia nuestros asientos en una zona reservada.

—Espero que no. Es una medida preventiva.

—Creo que los guardias llaman demasiado la atención. Todos nos están mirando.

—Amor, estás saliendo con un mariscal de campo famoso. —Ella pone los ojos en blanco—. Te lo recuerdo porque a veces parece que lo olvidas.

Finalmente nos sentamos y sonrío al ver la euforia de los fanáticos. Realmente extraño los campos. No puedo esperar a volver el miércoles. ¡Amo mi trabajo!

Ignoro las miradas a nuestro alrededor. Me gusta la atención, el contacto con los fans, pero para poder hacer algo tan simple como ver un partido, tuve que aprender a ignorar a la gente a mi alrededor.

Las porristas están en el campo, bailando una de sus coreografías y es imposible no recordar a Paige. Otra vez me siento raro. Me siento dividido. Cuando me pierdo en Hanna y olvido a Paige me siento culpable, y cuando recuerdo a Paige siento que estoy traicionando a Hanna.

Miro a la pelirroja a mi lado, viendo que también observa a las chicas y solo entonces me doy cuenta de lo egoísta que fui. Por un

tiempo corto, ella fue parte del equipo y la echaron por mi culpa. Apoyo una mano en su muslo y me inclino hacia ella; Hanna me mira.

—¿Extrañas estar con ellas? —pregunto en voz baja.

—No. Traté de entrar al equipo solo por los beneficios. Hice ballet por años y eso me ayudó a conseguir el lugar.

—Todo tiene su lado bueno y malo. Ser expulsada no debe haber sido fácil, pero piensa que ahora tienes contratos con dos marcas que te pagarán mucho mejor.

—Todavía no firmé.

—Pero vas a firmar el lunes.

—Sí. —Ella sonríe y le acaricio el rostro, trazando con el dedo sus pecas.

—¿Te gustaría modelar?

—No.

—¿Por qué no, Hanna? ¡Eres hermosa! Sería sexy verte en una pasarela.

Ella se ríe y niega con la cabeza.

—Si sale algo como modelo fotográfica, podría pensarlo. No quiero desaprovechar oportunidades. Pero ¿desfilar? No. Definitivamente no. —Se ríe nerviosa, luego abre un poco los ojos y se acerca metiendo la cara en mi cuello—. Estamos en la pantalla gigante.

—Seguro los comentaristas me vieron aquí. —Doy la explicación más lógica—. Antes del partido, ya empiezan a...

—¡Jamie! —Hanna me mira levantando una ceja—. Ya lo sé, ¿ok?

Empiezo a reír por su indignación y no puedo resistirme a tomar su rostro y besarle la boca, tirando suavemente de su labio con una mordidita.

Escuchamos algunos silbidos que confirman que seguimos saliendo en la pantalla. Hanna murmura una grosería mientras Ale se ríe a carcajadas al lado.

—Ahora seguro la mitad de la población femenina de este estadio me odia.

—Yo no te odio, y eso es lo que importa. —Le guiño un ojo—. Por cierto, estás tan sexy con esa ropa —digo sin dejar de mirarla; ella intenta contener una sonrisa—. Cada vez se me hace más difícil no querer meterte la verga.

—¿Y quién te dijo que no lo intentaras? —responde con una sonrisa jodidamente hermosa.

—¡Ey! —nos llama Alessandra—. Estoy aquí, ¿sabían? —Se gira hacia mi asesor—. ¿Quieres sentarte aquí en mi lugar, corbatita? Estos dos están hablando guarradas a mi lado.

—¡Qué suerte la de ellos! —dice Liam haciéndonos reír—. Podríamos estar haciendo lo mismo.

Eso hasta a mí me sorprende. Liam es súper discreto y aunque tiene sus líos, nunca lo vi coquetear con nadie. Espero a que cruce la mirada conmigo, y en una conversación muda me deja claro que le gusta Ale. Y por la manera en que ella reprime una sonrisa, puedo ver que el interés es mutuo.

—¿De verdad hay onda entre ellos? —me pregunta Hanna.

—Te estoy escuchando, amiga —dice Alessandra, y volvemos a reírnos.

—¡Ya van a entrar! —dice la pelirroja, así que me enderezo, pero mantengo la mano sobre su muslo.

El partido comienza y me sumerjo con los chicos en el campo. Son buenos, pero su desempeño se ve afectado por una mala distribución de posiciones. Robert tiene técnica, pero Sam es más agresivo, y en el deporte universitario eso es algo que hay que explotar.

Cuando estaba en la universidad, renuncié a mi posición para dársela a Brandon, porque tenía ese fuego en los ojos, y fue la mejor decisión que tomé. Ganamos el campeonato y, aunque yo tenía más experiencia, aprendí mucho de él.

Brandon habría sido un jugador increíble. Estoy seguro de que si hubiera seguido carrera y llegado a la liga profesional, sería, sin duda, uno de los mejores.

Tengo que contener las ganas de bajar y hablar con el técnico. Pero sería una falta de respeto al otro equipo, donde probablemente también tengo fans. Aun así, encontraré la forma de hablar con él y sugerir algunos cambios.

Lamentablemente pierden el partido, pero así es el deporte: uno acepta la derrota de hoy para ir tras la victoria de mañana.

Capítulo 17

Hanna Watson

—Creo que deberíamos dejar a los dos solos —Jamie susurra en mi oído.

—¿Y tu plan cuál es? ¿Subir a tu habitación? —Ironizo.

—Exactamente ese. —Levanto una ceja—. Solo quiero estar contigo, no es una invitación al sexo.

—¿En serio? —Chasqueo la lengua—. ¡Qué pena!

—No juegues con eso. Soy un tipo de 31 años que no tiene sexo hace como dos meses. —Hace cara de mártir.

Se aleja, se levanta y hace una seña con la cabeza. Yo también me pongo de pie.

—Vamos a subir —dice Jamie.

Liam y Ale simplemente asienten y siguen conversando.

Cuando salimos del partido la idea era ir al Pub del que Jay venía hablando. Terminamos desistiendo porque estaba lleno y sería difícil conseguir una buena mesa, tranquila. Así que vinimos a la mansión y Liam pidió algo para comer. Él y Ale están en pleno ambiente romántico, y sé que no necesito preocuparme por mi amiga, es más tranquila que yo, pero aun así, me siento culpable.

—¿Crees que llevará a Ale al campus?

—No. Probablemente se quedarán aquí. No te preocupes, Liam va a cuidarla.

Su comentario me hace reír.

—O ella a él —respondo, y apenas entramos al pasillo, por costumbre me dirijo a mi habitación, pero él me agarra de la cintura,

pegando su cuerpo al mío.

—Pensé que había dejado claro que dormiríamos en mi cuarto —dice bajito en mi oído, mientras camina pegado a mi espalda.

—¿Y qué te hace pensar que quiero?

—Si no quisieras ya me habrías mandado al diablo —murmura, y esta vez no puedo evitar reír—. Además, no volviste a quejarte de mis besos.

—Descubrí que besas bien.

—Muy bien, de hecho.

—No exageres.

—Soy realista.

Apenas entramos a su cuarto, va directo al vestidor y yo me quedo sin saber qué hacer. Al principio él no me gustaba, era como una piedra en el zapato, pero ahora las cosas cambiaron. En realidad, vienen cambiando desde hace semanas.

Es irritante, sí, pero también divertido y besa muy bien. Hay algo entre nosotros, una tensión sexual que no sé explicar. Lo veo diferente. Tomo el control y enciendo la TV, que muestra algo de fútbol. Escucho pasos y al voltear veo a Jamie solo con un pantalón de buzo gris.

Los chicos musculosos nunca me llamaron la atención, pero Jamie… Está buenísimo. No sé cómo lo logra, pero se ve aún más sexy con esos pantalones sueltos. El abdomen marcado, esa "V" desapareciendo bajo la cintura del bóxer Calvin Klein... ¡Dios mío!

—Te traje una camiseta —dice, acercándose y entregándomela—. Pensé que querrías dormir cómoda.

Tomo la camiseta, que tiene su nombre y número, y me muerdo el labio para no reír.

—Mucho mejor que usar algo con el logo de Guns N' Roses.

—¿Es algún tipo de fetiche?

—¿Una chica joven usando mi camiseta? —Chasquea la lengua y sonríe con picardía—. ¡Claro que no! No soy pervertido.

Camino al baño para cambiarme, y al abrir la puerta me acuerdo de algo.

—¿No habías dicho que podía usar la bañera?

—Vamos a dejar la bañera para la etapa en la que estemos teniendo sexo como conejos, ¿sí? —Suelto una carcajada—. Ya fue una tortura estar contigo en el jacuzzi la semana pasada sin poder hacer nada.

—Hablas mucho y haces poco —respondo, y cuando se gira a mirarme, cierro la puerta del baño.

Miro mi reflejo en el espejo y respiro hondo. Que me provoque y no haga nada me irrita un poco. Tal vez esté siendo inmadura, pero ¡por Dios! *¿Qué está esperando? ¿Que le frote el culo en la cara?* Bueno, si eso pasara literalmente, tampoco sería una mala idea.

A veces creo que me desea, pero luego no hace nada y me siento insegura. Buscando en Google vi a las mujeres con las que salía y, por Dios, no me parezco en nada a ellas. Yo tengo esta onda más de niña, mientras ellas son como mujeres fatales. A veces creo que no le atraigo lo suficiente y eso me frustra.

Me echo agua en la cara y la seco, tratando de alejar esos pensamientos. Saco el celular del bolsillo y me quito la ropa, quedando solo con la camiseta y ropa interior, y salgo de nuevo.

Jamie ya está acostado, así que hago lo mismo, metiéndome bajo las cobijas con el celular en la mano. Abro las redes y veo que

gané más de dos mil seguidores en menos de tres horas. Ese es el efecto Jamie. Es una locura pensar que hace dos meses tenía cinco mil seguidores y hoy supero los cien mil.

—No compartiste la foto donde te etiqueté —dice, y yo me encojo de hombros.

Toma el celular de mi mano, abre la cámara de Instagram, se acerca y toma una foto de los dos. Me etiqueta y la publica.

—¡Genial! ¿Quieres también subir una foto a mi perfil? —Ironizo y él se ríe, dejando mi celular en su mesita de noche junto al suyo.

—Te ves hermosa con mi camiseta —dice, recostado de lado con la cabeza apoyada en una mano, mirándome—. ¿Qué te pasa?

—Nada.

—Cuando una mujer dice "nada", quiere decir que hay mucho que decir.

Sigo callada, mirando la TV. Siento su mano en mi mentón, girándome hasta que lo miro a la cara.

—Tú siempre dices lo que sientes, Hanna.

Respiro hondo y me levanto, demasiado irritada para seguir sentada mirándolo tan de cerca.

—¡Estoy molesta contigo! —Él se sienta, apoyado en el cabecero acolchado—. ¡Me confundes! Primero dejas claro que no me soportas. Bueno, hasta ahí, todo bien, porque yo tampoco te soportaba. Pero a diferencia tuya, yo quería ser tu amiga y hacer que esto funcionara para que estos nueve meses no fueran un infierno. Te acercaste, luego me alejaste y de repente te acercaste otra vez. Fuiste a una fiesta de fraternidad y dijiste que aprovecháramos el momento. Pero...

Pierdo el hilo cuando se levanta, serio.

—Es como un tira y afloja. Está bien si no quieres que pase nada "fuera de cámaras" —digo, haciendo comillas en el aire, mientras él se acerca más y más—, pero deja las cosas claras porque...

Dejo de hablar cuando toma mi cintura y me alza, caminando conmigo en brazos.

Me presiona contra la pared sin delicadeza. Sube una de mis piernas y, entendiendo lo que quiere, hago lo mismo con la otra. Su cuerpo presiona el mío mientras sus manos aprietan con fuerza mi culo.

—Eres hermosa, pero cuando te pones así de brava te vuelves una maldita diosa. —Clava los dedos en mi culo y se mueve, haciendo que su erección roce justo entre mis piernas—. Estoy intentando ir despacio, porque contigo no es como con cualquiera, Hanna. No quiero que te asustes, no quiero que me alejes.

Hundiendo su cara en mi cuello, me muerde y luego lame el lugar.

—Hace tiempo que tengo sexo solo por placer. Contigo quiero sentir la anticipación, la tensión, el deseo. No tengo dudas de que metértela va a ser mi oasis. Pero quiero jugar... Me despiertas cosas que no sentía hace mucho.

Trato de controlar mi respiración, completamente alterada por sus palabras y el calor de su cuerpo.

—¿Sabes qué quiero ahora? —Muevo la cabeza en señal de que no—. Hacerte acabar.

Y Jamie me besa. Me besa con una hambre y desesperación que nunca había sentido. Le agarro el rostro y le devuelvo el beso al

instante, chupándole la lengua.

Sube mi camiseta hasta la cintura, se aleja apenas y sonríe al ver mi tanga.

Es de algodón, gris claro, simple, pero la expresión en su rostro la hace parecer la pieza más sexy del mundo. Me vuelve a mirar. Sus pupilas dilatadas, su respiración entrecortada y los labios entreabiertos lo hacen ver aún más guapo.

Sin dejar de mirarme, mueve la cadera frotándose contra mí. El movimiento hace que ambos gimamos. Apoyo la cabeza en la pared, cerrando los ojos.

—¡Ojos abiertos, Hanna! —Los vuelvo a abrir, mirándolo fijo —. No vas a cerrarlos ni cuando acabes. Quiero ver tu cara cuando llegues al orgasmo.

Gimo bajito y muerdo mi labio, totalmente hechizada por el momento. Sus movimientos pasan de ondulaciones a un ir y venir constante. Se mueve contra mí a través de la ropa y yo me acomodo como puedo buscando más contacto.

—Voy a ponerte en cuatro, amor —dice con la voz ronca—. Te voy a penetrar bien y te voy a dar tantas nalgadas en ese culo blanco que vas a quedar toda dolorida y marcada.

Sonrío en medio de los gemidos porque... ¡Wow! Este hombre sabe lo que hace.

—¿Querías algo atrevido, pelirroja? Solo hace falta un poco de picardía para que tu humor cambie en segundos.

—Parcialmente. Tal vez si logras hacerme llegar al cielo, mi humor realmente mejore.

Esta vez es él quien sonríe, volviendo a alternar los movimientos, y yo solo puedo pensar en lo mucho que quisiera que

estuviésemos sin ropa. Su nariz rozando la mía, nuestras respiraciones entrelazadas.

—¿Sabes qué más quiero hacer contigo? —Niego con la cabeza, conteniendo otra sonrisa—. Quiero tomarte del cabello y jalarte con fuerza mientras tú te mueves en mi verga. Quiero ver cómo esa cadera tuya se agita contra la mía.

—¿Tienes alguna obsesión con mi culo?

—Sí. Esa parte tuya, natural y llena de pecas, se convirtió en una debilidad mía.

—Algunas fantasías deberían quedarse solo en la imaginación.

Él intensifica los movimientos, haciéndome gemir más alto.

—Voy a lamerte el culo hasta que cambies de opinión, amor. —Sus palabras sucias, combinadas con lo que hace, me dejan mareada de deseo—. Voy a comerte todo tu hermoso culo y te va a gustar.

—Jamie…

—Me aseguraré de que haya un espejo cerca para que puedas ver mi verga penetrándote.

—Maldición

—Sí, maldición. Va a ser un puto espectáculo ver mi semen goteando en tu culo.

Mi cuerpo tiembla, mi vientre se contrae y llego al orgasmo, sujetando su cabello como si eso pudiera extender el momento.

—Eres increíble —gruñe, y ya no estoy contra la pared.

Jamie me lleva hasta la cama y me acuesta. Todavía estoy flotando en el efecto del orgasmo, pero lo que veo a continuación es tan erótico que casi me hace acabar otra vez.

Él abre mis piernas y gime. Aún medio aturdida, me apoyo en los codos y comprendo el motivo de su gemido. Tengo la tanga toda mojada y, aunque suene raro, hasta a mí me parece sexy.

Me pone el dedo en el clítoris a través de la tela húmeda y lo frota. Mi cuerpo se estremece ante la sensibilidad del punto. Jamie se baja el pantalón y la ropa interior hasta la mitad de los muslos, y me cautiva la belleza de su verga.

Sí. Es hermosa.

Está completamente afeitado, pero no me sorprende, ni siquiera tiene vello en las axilas, y debe ser por su profesión. Algunos deportistas prefieren depilarse.

Su miembro es grueso, con venas prominentes y una cabeza rosada y húmeda. *Maldita sea. Está tan húmeda.*

—¿Ves cuánto babea mi verga por ti, amor? —dice, iniciando una rápida masturbación.

Con la mano que todavía está entre mis piernas busca mi entrada y mete un dedo sobre la tela, empujándola dentro de mí.

—¡Mierda! —maldice, mientras se retira, dándome una palmadita en la vulva—. Cuando ponga mi boca en esa vulva, te voy a chupar tanto que vas a perder las fuerzas. —Pone una rodilla en la cama—. Abre bien las piernas, pelirroja.

Doblo las rodillas y me abro cuando me lo pide. Jamie se coloca entre mis piernas e intensifica la masturbación con su verga casi rozando mi tanga.

Es una escena preciosa. Y cuando acaba... ¡Guau!

¡Increíble!

Eyacula en mi tanga y sigue frotando su miembro, esparciendo todo ahí. Se apoya con las manos en el colchón sin

apartar la vista de su semen. Se ríe y se muerde el labio.

—Espera un segundo más —pide, sin levantar la vista—. Estoy grabando esta imagen en mi memoria. Es una obra de arte.

Cuando por fin se sienta de rodillas, me mira. Observa mi rostro con atención. Su mirada es tan intensa que me da vergüenza, lo que le hace sonreír.

—Nunca más pienses que no me atraes, Hanna. Últimamente, paso mucho tiempo fantaseando con todas las formas en que quiero meterte mi verga.

—Espero que cumplas la mayoría —provoco, y ahora él sonríe ampliamente.

—Cuenta con eso. —Guiña un ojo, levantándose—. ¿Te bañas?

—¿Eso fue una invitación? —pregunto, sin estar segura.

—No. —Ríe—. Lo que acabamos de hacer fue increíble y creo que esto será aún más interesante si lo llevamos paso a paso. Así que por ahora, mejor nos bañamos separados. No confío en mí, seguro que intentaría ir más allá. Y cuando quiero algo, soy muy convincente.

Ahora soy yo la que se ríe. Como si necesitara convencerme demasiado...

—Ve primero. Te voy a traer ropa interior limpia. Ponte esa camiseta otra vez, por favor. Es muy sexy verte con mi uniforme.

Me levanto y voy al baño, dejando la puerta entreabierta. Jamie entra cuando ya estoy bajo el agua y deja la ropa sobre la encimera, manteniéndose firme en su decisión de no unirse. Sale y no tarda demasiado en bañarse luego de mí.

Me pregunta si quiero ver una película, pero le propongo ver la repetición del partido de su equipo. Él se perdió el juego por acompañarme a ver a los chicos de la universidad. Jamie sonríe y me da un beso suave, entusiasmado con la idea. Sé que como capitán necesita estar al tanto de todo lo que ocurre. Más que eso, necesita saber exactamente qué debe corregir cuando vuelva a jugar el próximo miércoles.

*

—Tranquila —Jamie me toma de la mano—. Todo va a salir bien.

—Me siento mal por mentirles.

—Estamos juntos, Hanna. La diferencia es que hay un contrato entre nosotros.

Respiro hondo y él me da un beso corto.

—Vamos —me anima, mientras abre la puerta y baja del auto, extendiéndome la mano—. Estoy contigo.

Tomo su mano y bajo del coche, encontrándome otra vez con los guardias de seguridad que vinieron con nosotros. Apenas el auto se detuvo, bajaron para darnos privacidad.

—Mi papá es tu fan —le recuerdo, ya que él sabe que mi padre sigue a su equipo.

—Hoy no soy el jugador, amor. Soy el tipo que tiene más de diez años que tú y está saliendo con su hija. No espero que me reciba con fuegos artificiales.

Su comentario me hace reír por lo bajo. Sí, creo que mi papá realmente no está muy feliz con esta situación.

En silencio, agradezco a Dios por haberme dado la oportunidad de tener una familia. De tener a alguien a quien presentar a mi supuesto novio. De tener personas que me aman como si llevara su misma sangre.

Mientras seguimos caminando por el patio hacia la puerta, esta se abre. Mi mamá aparece, sonriente, con su delantal de lunares azules sobre fondo blanco y un paño de cocina en la mano.

—¡Querida, qué ganas de verte! —Me abraza fuerte, besando mi cabeza y luego mi rostro—. Si vuelves a desaparecer por más de dos semanas, voy a buscarte de las orejas.

—¡Mamá! —la reprendo, oyendo la risa de Jamie detrás de mí. Carraspeo—. Él es Jamie.

—Eres aún más guapo que en la televisión, muchacho.

—Scar, no lo elogies tanto. Primero vamos a ver si se lo merece…

—¡Henry! —lo interrumpe, y yo respiro hondo. Bien, esto va a ser incómodo.

Mi papá me abraza fuerte, también besa mi cabello y luego se gira hacia Jay.

—Buenos días —dice, extendiéndole la mano—. Bienvenido a nuestra casa.

—Buenos días, señor. Es un placer conocerlos por fin.

¿"Por fin"? Sí… Jamie es buen mentiroso, y eso me incomoda un poco.

—¿Nos van a dejar en la puerta? —bromeo para aliviar la tensión.

—¡Pasen! —Mi mamá abre la puerta del todo, empujando a mi papá disimuladamente.

Lo noto, y sé que el mariscal de campo también. Apenas nos sentamos en el sofá, mi padre pregunta:

—¿Cuántos años tienes, entonces?

—¡Papá!

—¡Está bien, Hanna! —El rubio me guiña un ojo—. Tengo 31 años, señor.

—Prefiero que me llames Henry.

—De acuerdo, Henry. —Jamie mira más allá de mi padre. Un cuadro de su equipo celebrando una victoria. En la foto, el mariscal de campo sostiene un trofeo—. Me encanta esa foto —dice con una sonrisa sincera, y en ese momento veo que mi padre suaviza su expresión.

—Lo hicieron muy bien en ese campeonato. Aunque, habrían estado mejor si el entrenador fuera un poco más inteligente.

El rubio vuelve a mirarlo, interesado.

—¿Cree que podríamos haber mejorado en algo? —pregunta, sincero. Mi padre entrecierra los ojos hacia él—. Señor… Henry —se corrige—, no lo sé todo, y nunca lo sabré. Su opinión, desde fuera, puede aportar a nuestras estrategias. Me sentiría honrado de escuchar sus observaciones.

Y entonces mi papá empezó a hablar, y mi mamá me llevó a la cocina.

—¿Crees que está bien dejarlos solos?

—Sí. No hay nada en el mundo que tu padre admire más que la humildad. Y ese guapo acaba de dar una clase magistral de eso…

Sonrío por lo que dice.

—¿Así que te pareció guapo? —pregunto, aún sonriendo.

—Como te dije, más que en la tele. —Me abraza y apoyo la cabeza en su hombro—. Te ves feliz, querida.

—Lo estoy.

Y, bueno, eso no es mentira.

Realmente estoy feliz. Las cosas finalmente parecen estar saliendo bien para mí. Tengo una familia, una beca, una amiga. Tengo dos contratos por firmar y, aunque sea de una forma un poco distorsionada, tengo a Jamie.

Así que sí, soy feliz y voy a aprovechar cada instante de esta felicidad.

Capítulo 18

Jamie Donovan

Salgo de la ducha con todo el cuerpo adolorido, pero inmensamente feliz. Volver al campo me dio una satisfacción personal que ni siquiera puedo explicar. El deporte ha estado conmigo desde que tengo memoria. Ser jugador profesional de la NFL siempre fue mi sueño. Así que cuando me suspendieron sentí que mi mundo se salía de control.

Fue increíble escuchar a la gente gritar mi nombre, dándome la bienvenida. La adrenalina post-partido, la euforia del momento, nuestros fans gritando, apoyándonos. Nuestra victoria. Después de eso, di una entrevista rápida en la que el reportero se apresuró a preguntar: "¿Y la nueva novia, mariscal de campo?", a lo que respondí con otra pregunta: "¿Ya viste lo hermosa que es?". Luego sonreí y me retiré, cerrando el momento.

Después de pasar por el vestuario, vinimos al hotel y lo primero que hice fue tomar el celular para enviarle un mensaje a Hanna, y fue imposible no sonreír al ver que ya me había felicitado por la victoria del equipo. Dijo que iba a ducharse y comer algo antes de llamarme.

Ahora que salí de la ducha, ni siquiera me importa tanto comer, sino escuchar su voz y ver su rostro hermoso. Me gusta esta chica, no lo puedo negar. Me habría encantado que estuviera en el estadio hoy, apoyándome de cerca. Últimamente, siempre quiero tenerla cerca, y eso es algo completamente nuevo. Siento un deseo brutal por ella, pero no me refiero solo a lo físico.

Quiero a Hanna cerca para ver partidos conmigo, aunque me irrite cuando dice que tal o cual jugador está bueno. Quiero a Hanna a mi lado riéndose de películas malas. Quiero ver a Hanna acostada en mi sofá con Kratos a su lado como si fuera su guardián.

Quiero ver a Hanna cocinando en mi cocina, hermosa, vestida solo con mi camiseta del uniforme. Quiero viajar con ella, mostrarle los lugares geniales a los que he ido y conocer nuevos a su lado. Quiero verla brillar profesionalmente y estar a su lado celebrando cada logro y...

Me detengo, frunciendo el ceño y respirando profundo.

—¿No estás deseando demasiadas cosas, Jamie? —me digo a mí mismo.

Después de secarme, dejo la toalla sobre el lavabo y voy hasta mi maleta, saco una ropa interior y me la pongo. Tomo el celular de la mesa de noche, paso los dedos por el cabello frente al espejo y abro la aplicación para llamar a Hanna, quien contesta al tercer tono. Cuando su rostro sonriente aparece en la pantalla, es imposible no sonreír también.

—¡Hola, mariscal de campo! —dice—. Estuviste genial hoy.

—Gracias. Seguro habría jugado mejor si tú hubieras estado ahí —digo, y ella vuelve a sonreír.

—Estás coqueteando otra vez.

—Ya pasamos la fase del coqueteo. Estoy siendo directo.

—Tu hombro derecho está rojo —dice, observándolo.

—Me empujaron. —Me encojo de hombros y bajo la cámara para mostrarle las costillas.

—¡Dios mío, Jamie! —exclama, sentándose en la cama—. No estás en condiciones de jugar el sábado.

—Ya tomé analgésicos, voy a ponerme una compresa de hielo. En dos días estaré bien.

—Pero hoy ya es miércoles y...

—Fresita, los atletas se recuperan rápido.

—Ajá. ¿Estás en una habitación solo? —pregunta.

—Depende —respondo, yendo al minibar a buscar la compresa—. A veces estoy con Nicky. A veces con Nicky y alguien más.

—Entonces Nicky siempre está contigo —dice, sentándose. La cobija le cubre hasta la cintura, dándome una vista privilegiada de sus pechos sin sostén, ocultos bajo una camiseta de tirantes. Ella se ríe—. Mis ojos están aquí arriba.

Sonrío sin la menor vergüenza mientras me subo a la cama y me acomodo recostado en el respaldo acolchado.

—No voy a fingir que no muero por ver tus tetas y tenerlas en mi boca hasta que me duela.

—¡Dios! —Suelta una risa tímida—. Dices cada cosa...

—Solo digo verdades, amor.

—¿Sabes que Ale podría estar aquí escuchando todo eso, verdad?

—Sé que Ale está en una cita con Liam. Le tengo un poquito de envidia a él por poder estar con su chica y yo no.

Hanna guarda silencio. Cada vez que me refiero a ella como "mi chica" se queda sin palabras.

Nuestra situación es confusa.

—¿Vuelven a Alabama mañana? —pregunta.

—Sí, pero el viernes viajamos otra vez. Lamentablemente estaré fuera este fin de semana. Lo siento, chispita.

—Está bien —responde con comprensión—. Es tu trabajo. Pareces realmente feliz por haber vuelto a jugar.

—Y lo estoy. Pero no quiero que eso interfiera entre nosotros.

—Jamie... —Ella aparta la mirada de la cámara, se muerde los labios y vuelve a mirarme—. A veces no sé diferenciar lo que es real y lo que es actuación entre nosotros. No sé cómo comportarme.

Tomo la compresa de hielo y la pongo en mis costillas, aguantando la mueca de dolor.

—Fresita, esto ha evolucionado. Siento que realmente estamos juntos. Nos estamos conociendo y, de alguna forma, compartimos nuestras vidas. Hacía mucho que no me involucraba así con alguien.

—Tenemos un contrato. —Vuelve a sacar el tema.

—Sí, estamos juntos por un contrato, pero esto dejó de ser actuación hace rato, ¿no lo crees? —Ella solo suspira, y sé que por ahora es la única respuesta que obtendré—. Vi tu última publicación, sobre la colaboración con la marca de maquillaje. Tu engagement está por las nubes, ¿eh? —elogio, y ella abre una sonrisa enorme.

—Quiero tanto que funcione. Estoy tan feliz que hasta tengo miedo de decirlo y que todo se arruine.

—Nada va a salir mal. Eres muy buena en esto de ser influencer. ¿Cuándo vas a hablar de la colaboración con la empresa de cosméticos?

—El post está programado para el viernes. El primer video sale el sábado.

—Voy a compartirlo, aunque sé que un montón de tipos van a hacer clic solo para ver esa carita linda.

—Lo bonito está para mostrarse, ¿no?

Levanto una ceja.

—¿No estás muy atrevida últimamente?

—Un poco. Y ya noté que eso te gusta.

—Chica inteligente.

—Pervertido.

—No lo niego —asiento, y ella ríe.

—¿Quieres que Carl te pase a buscar el viernes o el sábado? —Ella frunce el ceño—. Quiero que pases el fin de semana en la mansión. Ahí tienes más espacio y privacidad. Puedes cocinar, disfrutar de la piscina. Así Kratos no se sentirá solo.

—¿Estás usando a Kratos para convencerme?

—Cada quien pelea con las armas que tiene. —Me encojo de hombros—. Además, tengo una sorpresa para ti.

—¿Qué sorpresa?

—Si te la cuento, deja de ser sorpresa.

—¡Jamie, hoy es miércoles! Me vas a dejar con la intriga y...

—Un motivo más para venir el viernes.

Ella resopla. La verdad es que sé que en la residencia no tiene el confort que merece, mientras que en mi casa tiene todo lo que necesita. Quiero que se sienta a gusto ahí, y no solo por mi presencia.

¡Mierda! Tiene razón. Cada día las cosas se vuelven más confusas y extrañas. *¿Por qué quiero que se sienta como en su casa, en mi casa?*

—Probablemente tu compañera de cuarto también venga —concluyo, ya que Liam vive en lo que llamamos el segundo nivel.

—Hablando de eso… ¿Por qué no me dijiste que Liam vivía contigo?

—No es como si realmente viviéramos juntos —aclaro.

—Claro, porque tu casa parece un conjunto de tres mansiones, pero por lo que he notado, solo usas la "última" —dice, haciendo comillas con los dedos— y más pequeña.

—Me siento más cómodo así.

—¿Y para qué un lugar tan grande si no usas ni la mitad?

—Porque al principio todo es muy ilusorio y uno siente la necesidad de estar en la cima del mundo. Me gusta la seguridad que da ese barrio, pero tienes razón. No es necesario vivir en una casa de ese tamaño.

Con la cabeza que tengo hoy, probablemente habría comprado un penthouse espacioso, no una mansión tan enorme.

—Puedes pedir que me pasen a buscar el viernes —dice, haciéndome sonreír—. Me gusta estar con Kratos y tengo cierta debilidad por tu cocina y tu piscina.

—Espero llegar a tiempo para verte el domingo —le digo, y ella asiente.

Carajo, ¡qué linda es esta chica! Tan linda que tengo que contener un suspiro cada vez que la veo así, tan a gusto conmigo, aunque sea por videollamada. Tocan la puerta de la habitación y frunzo el ceño.

—¿Esperas a alguien? —pregunta, y no puedo evitar sonreír por ese tonito de celos que noto en su voz.

—No. Vamos a descubrir juntos quién es —respondo, levantándome para ir hacia la puerta, ya imaginando quién podría ser.

—¿Vas a abrir la puerta en ropa interior, Jamie?

—Tranquila, amor. Voy a mirar por la mirilla primero.

Miro, y como sospechaba, veo a Nicky del otro lado. Abro la puerta y él entra sin siquiera dudar. Vuelvo a cerrarla con llave mientras él pasa sin mirarme siquiera.

—Los chicos se fueron a celebrar. Ya ni intentan invitarme porque saben que no voy. Hasta prefiero así, ¿sabes? Al fin no tengo que seguir explicando que no salgo de fiesta porque estoy casado. Y me alegra que la pelirroja te haya puesto en tu lugar —dice, se quita las sandalias y se deja caer en la cama, tomando el menú de la mesita de noche—. ¿Qué vamos a cenar?

Miro a Hanna, que sonríe al vernos interactuar.

—¿Entonces después de los partidos solías salir? —pregunta ella, y eso por fin hace que él me mire.

—Eh… —respondo sin saber muy bien qué decir.

No quiero mentir, ya hay demasiadas mentiras entre nosotros. Pero tampoco quiero que empiece a imaginar cosas que no van a pasar.

Miro a Nickolas con cara de "gracias por eso".

—Eso era cuando él estaba soltero —dice Nicky—. Un gusto conocerte finalmente, Hanna. Ya conoces a Brandon y a Justin, ¿no? Mientras que mi esposa y yo, que vivimos a menos de cinco minutos de la casa de este ingrato, no te conocemos —refunfuña, y yo resoplo—. ¿Sabías que este desconsiderado es el padrino de mi hijo? Pues sí. Pero al parecer, no somos tan importantes para él como él lo es para nosotros.

—Menos drama, Nickolas. Mucho menos —murmuro, tomando la bata y poniéndomela. No es que nunca me haya visto en ropa interior, eso pasa seguido ya que solemos compartir habitación

en la mayoría de los viajes—. Ni estando en habitaciones separadas me libro de ti.

—¿Ah, ahora quieres librarte de mí? —pregunta haciendo una mueca—. Debería haberlo imaginado. Volaste a Miami, pero no fuiste capaz de dedicar media hora para llevar a Hanna a nuestra casa.

—Pelirroja, voy a colgar, ¿sí? —le digo, viendo que sigue sonriendo al escuchar nuestra conversación—. Nicky está carente de afecto. —Ella ríe—. Te llamo mañana, ¿de acuerdo?

Ella asiente.

—Un beso, hasta mañana.

—Besito, chispita.

Cuelgo y Nicky hace un gesto raro con las manos.

—¿Qué es eso, hermano? —pregunto.

—¿Ya cortaste? —pregunta, y yo asiento—. Ustedes se ven bastante cercanos.

—Ya te dije que realmente estamos disfrutando este tiempo juntos —le digo, tomando el menú que él tenía—. Voy a pedir el número 26.

Le muestro el pedido, él asiente y entiendo que quiere lo mismo. Llamo a recepción para hacer el pedido y luego me siento en el sillón.

—Ese hematoma se ve feo —dice, entregándome la bolsa de hielo que había quedado olvidada.

La tomo, la pongo sobre el área afectada y gimo por el dolor.

—Para el viernes ya estaré mejor.

Nicky asiente. Cierro los ojos y respiro profundo. Al igual que yo, ha jugado muchas veces al límite, así que sabe que un

hematoma en las costillas no va a sacarme del campo. No ahora que recién volví.

—Volviendo al tema Hanna —dice, y solo murmuro como respuesta—. La llamaste pelirroja.

Eso me hace abrir los ojos y mirarlo.

—Porque es pelirroja —digo, como si fuera obvio, y solo entonces caigo en cuenta de que alguna vez también solía llamar así a Paige.

Frunzo el ceño. Otra vez, ni siquiera pensé en ella.

—No pongas esa cara, bro. No te traumes —dice, y vuelvo a respirar hondo—. Esa chica realmente te movió el piso. Y de verdad, Jamie. Solo espero que estés viendo a Hanna, no proyectando a alguien que ya no está.

—No —respondo—. A veces tengo la impresión de que Paige se va quedando cada vez más lejos.

—Eso fue hace años, Jamie. Tienes que superarlo.

—No quiero olvidarla. Fue el amor de mi vida.

—Nunca la vas a olvidar, porque fue importante para ti. Fue tu primer amor. Pero puedes volver a amar.

—¿Tú, Amber y Bran se pusieron de acuerdo para decirme lo mismo? —Levanto una ceja.

—No. Pero todos queremos lo mejor para ti, así que tal vez por eso escuchas lo mismo de los tres.

Solo asiento. No quiero pensar en eso ahora.

—La próxima vez voy a pedir que reserven nuestra habitación juntos de una vez —dice.

—¡Claro! Como si no conocieras el significado de privacidad —respondo.

—No me gusta estar solo. —Se encoge de hombros.

La verdad es que a mí tampoco me gusta, pero no digo nada. Nicky me conoce y sabe que me gusta su compañía. Cierro los ojos otra vez, mientras él busca algo en la televisión. Nos quedamos en un silencio cómodo mientras esperamos el servicio de habitación. Y yo vuelvo a pensar en Hanna, tratando de no asustarme al darme cuenta de que quizás estoy mucho más involucrado de lo que pensaba.

Capítulo 19

Jamie Donovan

Estoy definitivamente ansioso.

No veo a Hanna desde el domingo en que visitamos a sus padres. Hablamos todos los días, pero eso no es suficiente. El domingo, cuando llegué a Montgomery eran más de las 11 de la noche y obviamente ella ya se había ido a su alojamiento. El lunes y martes el entrenamiento fue intenso, así que apenas tenemos tiempo de hablar por videollamada, pero hoy decido venir a buscarla para llevarla a cenar.

La verdad es que la extraño mucho.

Así que, tan pronto como termina el entrenamiento, me doy una ducha y le pido a Carl que me lleve directo al campus. El problema es que Hanna no contesta mis llamadas y no está en su cuarto. Hace casi media hora que estoy parado en el estacionamiento frente a su edificio, esperando a que aparezca.

Ya estoy impaciente y preocupado, pero en cuanto la veo acercarse con un tipo al lado, lo único que siento es irritación. Es el imbécil del ex. Otra vez. En serio, ¿qué demonios quiere ese tipo? Cada oportunidad que tiene, está cerca de ella, y eso me fastidia muchísimo.

—Carl, solo bájate del auto si es necesario. Y cuando digo necesario, me refiero a extremadamente necesario.

—Señor...

—Quédense aquí adentro —dejo claro, ya abriendo la puerta y bajando.

Camino por el césped hasta la acera, dirigiéndome de frente hacia ellos. El idiota no para de hablar, todo entusiasmado con algo. Hanna tiene la cabeza baja y parece no prestarle mucha atención. Se acomoda el cabello detrás de la oreja y alza el rostro, viéndome.

La sonrisa que suelta casi me hace olvidar los celos. Casi. Él sigue su mirada y veo cómo su expresión se vuelve tensa, y juro que estoy a punto de gritarle un "¡vete a la mierda!" bien fuerte.

Le sonrío a mi novia de la mejor manera posible y, al acercarme, la tomo por la cintura con un gesto posesivo y uno mis labios a los suyos. Hanna se sorprende, pero no tarda más de unos segundos en corresponder. Suspiro en su boca, realmente la he extrañado. El beso no dura mucho, porque ella sostiene mi rostro y baja el ritmo hasta dejar solo un roce suave.

—Eh... —Carraspea al notar que su voz sale ronca—. Este es Steven.

Sin soltar su cintura, le ofrezco la otra mano a él.

—El ex novio —dice el idiota, y le respondo con una de mis mejores sonrisas.

—El actual. —Le guiño el ojo—. Pero eso ya lo sabes.

Ella me da un codazo y finjo no darme cuenta. Sostengo su mirada, dejándole claro que está tratando con un hombre, no con un niño. Como espero, es él quien desvía la mirada primero.

—¡Me voy, Han!

Intenta inclinarse para besarle la mejilla, pero vuelvo a acercar su cuerpo al mío, limitando el contacto. Steven apenas asiente y se marcha, ignorándome por completo.

—¿Era necesario eso? —pregunta ella.

—¿Qué cosa? —Me hago el desentendido.

—En serio, Jamie… —Frunce el ceño.

—Te extrañé —digo con sinceridad, apretando aún más su cintura entre mis brazos y enterrando mi cara en su cuello.

Respiro hondo, aspirando su dulce aroma a fresa. Paso mi nariz por la zona, haciéndola estremecer y reír.

—Vamos arriba —dice—, estamos dando un buen espectáculo aquí.

—Vine a invitarte a cenar —le digo.

Ella sonríe con cierta timidez.

—¿En serio? Es que estoy cansada y sin ánimos para arreglarme.

—¿Y quién dijo que tienes que arreglarte? Eres hermosa incluso cuando acabas de despertar esperando que tu alma vuelva al cuerpo. —Ella ríe y me da un golpecito suave—. Iremos a un lugar sencillo. Yo también estoy cansado y muriéndome de hambre, pero quiero pasar tiempo contigo.

—Yo también te extrañé —responde, dándome otro beso suave en los labios—. Está bien, iré contigo.

Beso su frente y tomo su mano, guiándola hasta el auto. En cuanto subimos, veo que ella le manda un mensaje a Alessandra avisándole que está conmigo. Luego guarda el celular en el bolso y se acurruca a mi lado. Pongo el brazo alrededor de sus hombros y ella se acomoda contra mí, y ese simple contacto me hace sentir tan bien que cierro los ojos. Solo quiero disfrutar del calor de su cuerpo junto al mío.

*

—¿Esa es tu definición de sencillez? —pregunta, y yo contengo una sonrisa.

—Este restaurante es acogedor.

—Sí, eso es cierto —responde, mirando hacia un costado, admirando el enorme acuario que separa nuestra mesa del resto del lugar—. Además de acogedor, conseguiste el mejor lugar.

—Tú mereces lo mejor —digo, y solo proceso mis palabras después de que ya salieron de mi boca.

Hanna me observa por un segundo, pero es la primera en desviar la mirada hacia sus manos sobre la mesa.

—Gracias otra vez por el estudio. No tenías que haber hecho eso, Jamie.

Ya perdí la cuenta de cuántas veces me lo agradeció. Nunca voy a olvidar el viernes pasado, cuando llegó a mi casa y vio el estudio que preparamos para que pudiera grabar sus videos. Estaba llorando y sonriendo al mismo tiempo, y no puedo ni explicar lo diferente que sentí latir mi corazón.

—Sé que no tenía que hacerlo. La verdad es que muchas de las cosas que están pasando no tendrían por qué pasar, pero quiero que pasen. ¿Me entiendes?

—No sé qué decir. Es que… todo esto es muy confuso.

—Para mí también es algo nuevo involucrarme de esta manera. Hace mucho tiempo que no me pasaba, así que…

—Es la segunda vez que dices "hace mucho que no pasaba". ¿Te refieres a tu ex, la que mencionaste una vez que había fallecido?

Me acomodo en la silla, incómodo por su pregunta. Aun así, sé que se merece una respuesta.

—Sí. Estuve con ella bastante tiempo. Murió en un accidente el día del *draft*[2].

—Lo siento mucho.

Sé que lo dice de forma sincera, pero también noto inseguridad en su mirada.

—Eso fue hace algunos años.

—Si prefieres, no tenemos que hablar de eso.

En este momento debería hablar.

Debería contarle que Paige y yo estábamos juntos desde el colegio. Que la popularidad en la universidad se me subió a la cabeza y la engañé. Que me hundí en la miseria cuando nos separamos, aunque aun así me acosté con buena parte de las chicas del campus.

Debería decirle que la amé y que todavía la amo. Que cuando volvimos, soñábamos con un futuro juntos. Que la mansión en la que vivo era un sueño de los dos, que Kratos también era un sueño de los dos.

Debería contarle lo mucho que se parecen.

Debería decirle que aunque esto que tenemos llegue a algo serio, nunca podrá tenerme del todo, porque el amor de mi vida fue Paige.

Debería decírselo… Pero no lo haré.

Soy un hipócrita egoísta que no quiere perder su compañía. Hablar de esto haría que todo se volviera real, y prefiero seguir fingiendo.

Fingiendo que todo está bien. Que va a estar bien. Y evitando.

Evitando conversaciones necesarias y ocultando información importante.

—Sí, prefiero no hablar de eso —respondo, y sé que al decirlo estoy firmando algún tipo de sentencia contra mí mismo.

El camarero llega en el momento justo, dejando nuestros jugos en la mesa junto con la entrada, que es una crema de champiñones. Hanna es la primera en probarla y hace una expresión de aprobación.

—¡Está buenísima!

Sonrío. Sonrío porque nunca me presiona ni me exige nada. No sé si es por ser tan comprensiva o porque tampoco le gusta hablar de su pasado. Esta chica es tan fuerte y ha pasado por tanto. Debería avergonzarme por mentirle. Mis amigos cercanos saben que el noviazgo es falso, mientras ella cree que no y…

—¿Vuelves el sábado? —pregunta, y por un momento me pierdo.

—¿Cómo?

—Juegas el viernes y después no hay partido hasta el miércoles siguiente. ¿Entonces el sábado vuelves?

—Sí, debería llegar a primeras horas de la tarde. ¿Querías hacer algo en especial? —pregunto, después de tragar otra cucharada de la crema.

—En realidad… —Muerde su labio inferior—. Me llegó un kit de cuidado facial y quería grabar un video probando los productos contigo.

Entorno los ojos y sonrío.

—Estoy decepcionado. Por un momento pensé que ibas a proponer algo más subido de tono —bromeo, pero una vez más, ella

me sorprende.

—Eso puede venir después.

—Ok. Grabaré todos los videos que quieras —acepto, y ella suelta una carcajada.

¡Hermosa como el infierno!

El plato principal es agnolotti de mozzarella de búfala con escalopes, y de postre, mousse de chocolate. Como siempre, estar con Hanna es agradable y revitalizante. Hablamos de varios temas y en ningún momento hubo esos silencios incómodos en los que no sabes si cavar un agujero y esconderte o salir corriendo.

Estar con ella está bueno. Muy bueno.

Mientras regresamos al campus, noto que no soy el único encantado con la pelirroja. Hanna no solo conversa conmigo, también incluye a mis guardaespaldas en la charla. Claramente se lleva muy bien con Carl, en quien confío más que en nadie y por eso es él quien siempre la acompaña cuando es necesario.

Cuando estacionamos frente a su edificio, les pido a los dos un momento de privacidad. Ellos bajan, cuidando de quedarse lo suficientemente lejos como para no escuchar lo que decimos o lo que vaya a pasar aquí dentro.

—Seguro que creen que vamos a tener sexo —dice ella.

—¿Y no vamos? —pregunto, fingiendo decepción. O no—. Siempre dices que soy atractivo, pero nunca aprovechas eso.

—Cierto —responde con una sonrisita ladeada—. Nunca es tarde para cambiar eso.

Hanna se arrodilla sobre el asiento y pasa una pierna sobre las mías, quedando montada sobre mí.

—Creo que necesito sacarle más provecho a mi juguetito.

—¿Acabas de llamar "juguetito" a mi amigo de abajo? —Pongo las manos sobre sus muslos.

—Me refería a ti en conjunto. Y qué buena suerte la mía que tu amigo no tiene nada de "ito".

—Y qué mala suerte la mía que no estés usando vestido —murmuro, y ella ríe.

—Tienes un buen miembro...

—Lo sé, hermosa. Es muy envidiable.

—Aunque no sirve de nada si no sabes usarlo. Aunque bueno, eres viejo, ¿no? —Chasquea la lengua—. La práctica hace al maestro.

—Mereces un castigo por decir tantas tonterías. Y por eso, cuando te tenga, Hanna, vas a quedar tan adolorida y marcada que vas a recordar que estuve dentro de ti por lo menos tres días.

—Estoy ansiosa por eso, viejo de lancha.

Entorno los ojos hacia ella.

—¿Qué te dije que pasaría si me volvías a llamar viejo? —pregunto, apretando sus muslos.

Ella sonríe. Una sonrisa enorme y preciosa.

—Viejo. Viejo, viejo, viejo, viejo…

Levanto las cejas, disfrutando el jueguito.

—¿Te gusta que te dominen, Hanna?

—No lo sé, pero estoy muriendo por descubrirlo.

—Vamos a ponerlo a prueba pronto —digo, y le guiño.

Deslizo una mano desde sus muslos por su cintura, rozando el costado de sus pechos, su rostro, y meto los dedos entre su cabello, acercando su rostro al mío. Hanna se apoya en mis hombros y une nuestras bocas.

Sus manos suben por mi cuello, y la forma en que se mueve indica que quiere tener el control, y la dejo guiar el beso. Sigo el ritmo de su boca, aumentando la intensidad conforme lo hace ella. Gime cuando le agarro la cadera y la aprieto.

Se aleja un poco y pasa la lengua por mis labios en un gesto tan erótico que me recorre un escalofrío de arriba abajo. Baja las manos entre nuestros cuerpos hasta mi abdomen, sobre el buzo. Juega con el elástico de mi pantalón, metiendo los dedos entre la cintura de mi ropa interior y mi piel.

Otra vez siento que se me eriza la piel por completo.

—¿Sabes qué me dieron ganas de hacer mientras te tocabas mirándome?

—¿Te refieres a cuando miraba tu entrepierna? ¿Esa tanguita empapada y toda húmeda? ¿Es de eso que hablas?

Ella sonríe y asiente con la cabeza.

—No podía dejar de pensar en cuánto quería tenerte en mi boca —dice con su aliento chocando contra mis labios.

La miro, totalmente encendido por la imagen que mi mente acaba de crear.

—Definitivamente me encantaría ver esa boquita envolviendo lo que tengo para ti.

—Pero hay un problema…

¿Un problema? Su comentario me hace reír. Nada que involucre su boca y mi verga me parece un problema. Aun así, pregunto:

—¿Cuál?

—Vas a tener que enseñarme. Nunca lo he hecho.

Mi cerebro se bloquea. La miro, desconcertado. Tardo algunos segundos en procesar lo que acaba de decir.

—Me dijiste que no eras virgen.

—Y no lo soy. Pero nunca se la chupé a nadie.

—¿Nunca?

—No.

—¿Y quieres hacerlo conmigo?

Ella sonríe y vuelve a asentir.

—Carajo… —Respiro profundo—. No voy a tener paz hasta que eso pase. ¿Tienes idea de cuántas veces voy a tener que masturbarme solo para no volverme loco esperando?

—Tal vez no tengas que esperar mucho… —Empieza a bajarse de mi regazo y la observo colocarse entre el asiento del conductor y mis piernas, que inconscientemente se separan. Aunque sea una camioneta espaciosa, el sitio donde se ubica es bastante reducido.

—Hanna…

—Traba las puertas —me pide, justo en el momento en que baja mi pantalón y mi ropa interior de una sola vez.

—Carajo —murmuro, haciendo lo que me pide.

Levanto la cadera para ayudarla, dejando la ropa hasta los tobillos.

—Tienes unas piernas increíbles...

Trago saliva ante el cumplido, intentando recordar si alguien me había dicho eso antes. Creo que nunca.

Ella sostiene la base de mi verga, acariciándola lentamente y, sin darme tiempo para prepararme, se inclina y pasa su lengua por la punta, saboreando la pequeña gota que hay allí.

—¡Maldita sea, amor! —Llevo la mano a su mentón—. Esto es tan sexy que probablemente sea la vez más rápida que eyacule en la vida.

Oímos una risa fuerte de unos chicos que pasan cerca del auto. Los vidrios polarizados no permiten que se vea nada, pero la sensación de estar haciendo algo prohibido mientras otros caminan justo al lado lo vuelve aún más excitante.

Vuelve con la lengua sobre mí, esta vez sobre mis bolas. Me las lame y las chupa todas en la boca.

—Dios santo… —susurro.

Ella sonríe y me siento como un pervertido por querer ver mi semen esparcirse por sus labios como si fuera su labial favorito. Agarro mi verga y la esparzo por sus labios, sintiendo cómo aumenta la tensión entre mis piernas.

—Traga.

Y como la buena chica que es, obedece.

Casi acabo solo por el calor de su boca húmeda y la visión de sus labios rojos alrededor de mi verga. Nada contribuye a que esta sea la mejor mamada, porque ella está apretada y torcida entre los asientos, pero aun así da lo mejor de sí.

Me levanto del asiento del coche, me acerco al borde y la ayudo a ponerse en posición. Me chupa, incluso raspándose los dientes de vez en cuando. Me siento en el paraíso. Siento esa sensación, mi cuerpo me advierte que está a punto de acabar y me hace sonreír entre gemidos contenidos.

Me ha tenido en su boca durante... ¿Cuánto? ¿Dos, tres minutos? Probablemente, y ya me siento al límite.

—Hanna… —Ella levanta la vista—. Para, o voy a terminar.

Ella me ignora y redobla el ritmo. Yo gimo, perdiendo el control.

—Voy a acabar...

Y cuando intenta sonreír sin dejar de hacerlo, es mi final. Sostengo su cabeza y llego al orgasmo.

Dios…

Eyaculo mucho en esa linda boquita.

Extiendo las manos, apoyándome en el asiento delantero sin apartar la vista de la pelirroja que, al sacarme la verga de su boca, la vuelve a lamer, mirándome. Y luego se lame los labios, haciéndome sonreír en pleno éxtasis.

Me obligo a acomodarme en el asiento, subiendo los pantalones y la ropa interior para tapar a mi verga, que está medio relajada, pero todavía semierecta. Deja el espacio entre los asientos donde estaba, limpiándose las rodillas.

—¿Te dolió? —pregunto con la voz ronca.

—No, solo la posición me dejó dolorida.

Cuando intenta volver a su asiento, la jalo hacia mi regazo, sentándola de lado, y la tomo por la nuca para besarla de nuevo.

Me saboreo en tu boca y no me incomoda. Al contrario, es emocionante saber que se tragó mi semen. El beso es tranquilo, lento, pero intenso. Termino con un pequeño mordisco en su boca.

—¡Qué terrible eres, pelirroja! ¡Qué ganas de devolverte el favor! —digo, frustrado por no poder hacer lo mismo por ella ahora.

Ya es demasiado con que mis guardias de seguridad huelan mi semen y su excitación en el aire. No voy a dejar que huelan sus fluidos, de ninguna manera. Su orgasmo es solo mío.

—Para mí también fue muy bueno —dice, y me da un beso corto—. Ahora tengo que irme.

—Está bien! —La rodeo con los brazos, apoyando mi cabeza en su cuello—. Te voy a extrañar.

Ella ríe.

—Nos vemos el sábado. —Acaricia mi cabello y besa mi frente.

Inclino el rostro y le doy otro beso, más largo, más sentido.

—Carl te va a acompañar hasta la puerta.

—No hace falta —dice, pero solo le sonrío, dejándole claro que sí, que es necesario.

Toma su bolso y se lo cuelga del hombro.

—¡Hasta el sábado! —Me da un último beso y baja del auto.

La miro mientras camina hacia el edificio, seguida por mi guardaespaldas que se adelanta sin necesidad de que yo diga nada. Carl me conoce lo suficiente para saber cuándo actuar.

Cuando desaparecen de mi vista al entrar en el edificio, me recuesto contra el asiento y cierro los ojos.

Suspiro profundamente y la extraño en el acto.

Todo sigue siendo confuso, pero, aun así, me siento completo.

Me siento feliz.

Capítulo 20

Hanna Watson

Posiciono la cámara en el trípode, revisando la iluminación. Este espacio quedó simplemente perfecto. Cuando entré por primera vez, la semana pasada, lloré. Estaba tan emocionada que Majo tuvo que calmarme.

Sé que para Jamie esto no fue más que un regalo, pero para mí tuvo un significado enorme. Un espacio completamente decorado y equipado para grabar videos, ¿qué más podía pedir? Al llegar hoy, hace una hora, lo primero que hice fue venir aquí, con Kratos a mi lado.

Estaba emocionada y llena de ideas para grabar un video de maquillaje, además de algunos *reels*, cuando el celular sonó con una notificación de mensaje. Por supuesto, solté todo para ver qué era. Últimamente me siento como la adolescente ilusionada que nunca fui, esperando con ansias el mensaje de mi "novio".

Jamie ogro: ¿Te gusta la playa?

Hanna: ¿Por qué?

Jamie ogro: Habrá un cambio de planes para nuestro fin de semana.

Hanna: ¿Qué quieres decir?

Hanna: ¿No deberías estar concentrado para el partido?

Jamie ogro: Vamos a la playa.

Jamie ogro: Estamos camino al estadio.

Hanna: ¿A qué playa?

Jamie ogro: Prepara tu maleta con bikinis, ropa ligera y cómoda. No olvides llevar abrigo, a veces hace frío en alta mar.

Hanna: ¿Cómo que alta mar?

Lo más cerca que estuve del mar fue cuando fuimos a Miami, pero ni siquiera pisamos la arena. Así que, teniendo eso en cuenta, técnicamente nunca fui a la playa.

Jamie ogro: Te prometo que va a valer la pena, pelirroja.

Jamie ogro: Voy a coordinar todo con Carl para que salgan a más tardar a las 7 a. m., ¿ok? Si no me equivoco, son tres horas en auto.

Jamie ogro: ¿Estás bien viajando con Carl y otro guardaespaldas? Carl lleva más de cuatro años conmigo. Jamás pondría tu seguridad en riesgo.

Hanna: Todo bien, me cae bien Carl.

Jamie ogro: ¿Te cae bien, eh?

Hanna: No empieces.

Jamie ogro: Solo puedes tenerme cariño a mí, pelirroja. Lo demás es pura cortesía.

Hanna: ¿Siempre fuiste tan celoso?

Jamie ogro: No. Tú despertaste ese lado en mí.

Jamie ogro: Tengo que guardar el celular, ya llegamos. ¡Hasta mañana, pelirroja!

Hanna: ¡Suerte en el partido!

Pero seguramente ya apagó el teléfono y lo guardó, porque el mensaje no se entrega. Así que eso es: nos vamos a la playa. Sonrío como tonta, sin poder esconder la emoción.

—¡Kratos, voy a ver el mar de cerca! —le digo al perro, que me mira sin mucho interés.

Parece que ya se imagina que se quedará solo. Le acaricio la cabeza, sintiéndome mal por dejarlo aquí. Vuelvo a acomodar la cámara, reorganizando mis pensamientos para los videos que tengo que grabar. Hago algunas anotaciones para optimizar mi tiempo, porque ahora estoy aún más ansiosa por terminar y preparar mi maleta. Aun así, antes de empezar a grabar, envío un mensaje al grupo que tengo con mis papás.

Hanna: ¡Hola, amores de mi vida!
Hanna: Mañana me voy de viaje con Jamie.
Hanna: ¡Voy a conocer el mar, ahora sí de cerquita!

Y dejo el celular a un lado, concentrándome en grabar contenido para la próxima semana.

*

Yo estaba realmente feliz.

Cuando Majo me mostró la bolsa de Kratos y notó que estaba confundida, sonrió y me dijo que a él le encantaba la playa y que vendría con nosotros. Me puse tan contenta que me agaché y le di un beso al perro, que se había vuelto tan especial para mí como su dueño.

Ahora, Carl nos avisa que estamos cerca, y es entonces cuando llegamos a un muelle donde están anclados varios barcos y lanchas. Me acuerdo de cómo termina siendo su apodo y suelto una carcajada sola dentro del auto.

¿El viejo de la lancha realmente va a hacer esto realidad?

Carl pone la direccional y estaciona el auto. Ni siquiera espero a que me abran la puerta, me bajo. Engancho la correa al collar del perro y lo llamo. Ruego para que no se suelte corriendo por ahí, porque con esos quince kilos más que yo, sería imposible detenerlo.

Toman mi maleta y la bolsa con las cosas de Kratos, y Carl me indica el camino. Caminamos por el muelle y ni siquiera sé hacia dónde mirar, porque todo es increíblemente hermoso. Barcos,

lanchas, yates... No es que sepa diferenciar uno del otro, pero hay de todos los tamaños.

Cuando voy a preguntarle a Carl exactamente a dónde vamos, veo el motivo de mi colapso emocional. Está con gafas de sol, una camisa blanca con los tres primeros botones abiertos y un short verde militar, descalzo sobre… ¿una lancha?

Sonríe, mirando de mí a Kratos. Al acercarme, suelto la correa del perro y lo veo subir a la lancha… ¿barco? ¡No sé! Carl también sube, saluda al jefe y le dice que va a dejar nuestras cosas en la habitación. Jamie me ofrece la mano, la tomo y subo también.

Apenas tengo tiempo de ponerme de pie cuando ya me está atrayendo a sus brazos. Me da un beso rápido y se aleja lo justo para mirar mi cuerpo.

—Te ves tan sexy con ese vestidito playero. Pero estoy seguro de que te verás aún mejor sin él. —Me guiña un ojo.

—Puras promesas —provoco, y para mi sorpresa, me da una palmada en el culo.

Miro alrededor, pero nadie parece haber visto nada.

—Ellos están pagados para no ver ni oír nada, amor.

—Estás bastante atrevido, y...

—Este soy yo, siendo yo mismo con mi novia. Acostúmbrate.

Solo sonrío. Nunca sé cómo responder a esas cosas.

—¿Esto es una lancha? —pregunto.

—Es una Azimut 70. —Levanto una ceja, dejando claro que no entendí—. Una lancha, casi un yate por el tamaño. El diseño es italiano, y está considerada como un hotel cinco estrellas sobre el agua —explica, orgulloso.

—¡Wow! Debe ser aún más hermosa de noche —digo, mirando los puntos de luz.

—Por lo que vi en las fotos, sí lo es.

—¿Fotos? ¿Nunca la usaste?

—La compré esta semana —dice, sonriendo.

—¿Tú... —empiezo a decir sin saber cómo terminar la frase.

—¿Ves ese yate ahí al lado? —Me señala con la cabeza hacia un lado, y me doy vuelta—. Es mío.

¡Es precioso! Y grande. Ridículamente grande.

—Pero… ¿el viejo de lancha necesita una lancha, no? —pregunta.

Vuelvo a mirar a Jamie, aturdida.

—¿Compraste esta lancha por el apodo? —Mi voz sale apenas como un susurro.

—Cuando la vi en las fotos, me recordó a ti. Delicada y atrevida.

—Jamie… —empiezo a hablar, sin saber qué decir.

—Quería pasar un fin de semana diferente contigo. Pero esta vez, solos.

—No sé ni qué decir —confieso, demasiado emocionada.

¿Tendrá idea este hombre de lo que está provocando en mí? ¿Tendrá la más mínima noción de los sentimientos que está despertando?

—No tienes que decir nada. Solo vamos a disfrutar estos dos días juntos.

—Con permiso —dice un hombre—, está todo cargado como solicitó. Puede llamarme por radio en cualquier momento y vendré.

—Gracias, Barthy. Pero creo que no necesitaremos nada.

Me quedo confundida cuando el tal Barthy se va, pero no tengo tiempo de preguntar porque Carl aparece e inicia una conversación rápida con el rubio.

Camino hacia el interior de la lancha viendo que realmente parece un departamento de lujo. Hace justicia al apodo de hotel sobre el agua. Es hermosa, moderna, sofisticada y acogedora al mismo tiempo.

Kratos está acostado en uno de los sofás, pareciendo un perro de película, y eso me hace reír sola porque solo le falta el par de gafas de sol. Así que agarro las mías, con forma de corazón, y se las pongo. El perro es tan bueno que apenas se mueve.

Saco el celular del bolsillo del vestido y le tomo una foto, la subo a mis *stories* y etiqueto a Jamie. Me acerco, le quito las gafas y le acaricio el hocico.

—A veces me pongo celoso de él, ¿sabías? —Levanto el rostro y veo a Jay con los brazos cruzados y una expresión divertida—. Recibe más atención que yo.

Pongo los ojos en blanco por su drama.

—¿Y si cuando el piloto arranque el motor, él se asusta y se tira al mar?

Jamie se ríe.

—No. Navega conmigo desde que era cachorro. Y, para que sepas, el piloto soy yo. —Guiña un ojo.

—¿En serio? —pregunto, emocionada.

—Sí. —Sonríe—. Tengo licencia desde hace años. Realmente seremos solo nosotros dos y Kratos.

No sé por qué, pero eso me hace correr hacia él y lanzarme en sus brazos, abrazándolo fuerte.

¡Mierda!

Suspiro en su cuello mientras él se ríe con mi arrebato, sosteniéndome con firmeza. Y es en ese momento, después de una reacción tan inesperada, que me doy cuenta de lo que pasó.

Pasó lo de Jamie.

Las definiciones de cliché dejaron de ser posibilidades para volverse mi realidad.

Estoy enamorada de Jamie Donovan.

Un jugador millonario que, por casualidad, es mi novio falso.

—Si hubiera sabido que te pondrías tan feliz, habría comprado una lancha antes. Fueron los millones mejor gastados de los últimos tiempos.

Alejo mi rostro de su cuello y lo miro.

—¿Dijiste millones? —pregunto, alucinada.

Él sonríe con cierta timidez y besa mi frente.

—¡Olvida eso, chispita! —dice mientras aprieta mi culo y me baja de sus brazos—. Ven, vamos a poner esta belleza en movimiento.

Y me dejo llevar por su mano cuando toma la mía, aún aterrada por estar enamorada y por estar en una lancha que vale mucho más de lo que podría contar.

*

¡El día fue perfecto!

Paramos en un lugar bien apartado. Almorzamos una ensalada con salmón que preparé yo, y pasamos la tarde tomando

sol y disfrutando de la tranquilidad. En un momento, Kratos se cansó de estar con nosotros y se fue al sofá.

Ya era de noche, pero yo todavía llevaba puesto el bikini verde que me regaló una marca con la que Jamie ha hecho algunas campañas. Él también llevaba un short en un tono verde. Y cuando el sol empezaba a desaparecer entre las nubes, apoyó el celular y puso una cuenta regresiva para tomarnos una foto. Abrazados, de lado, en la punta de la lancha, y besándonos.

¡La foto quedó hermosa!

Jamie la subió, como una publicación compartida conmigo, y el pie de foto me hizo suspirar: "Nunca vi tanta belleza. Y no, no hablo del paisaje".

Alguien tiene que frenar a este hombre o mi pobre corazón va a sufrir daños colaterales irreversibles.

—¿En qué piensas? —pregunta, acostado de lado, haciéndome una caricia inocente en la clavícula.

—En lo perfecto que es todo esto. Nunca había visto el mar, y en un mes ya lo vi dos veces. En realidad, ni siquiera había viajado antes.

Él me sigue observando.

—Llegaste a mi vida arrasando con todo y dejándome sin nada, solo para después darme todo. —Le soy sincera—. Es una locura, tan intensa y me tiene confundida, pero al mismo tiempo muy feliz.

—Tú también me haces feliz, Hanna. De verdad me siento feliz. —Esa segunda frase la dijo más para sí mismo que para mí.

—Yo… ¡Olvídalo!

—Puedes hablar conmigo de lo que sea.

—Es una tontería. —Me encojo de hombros.

—A veces, las tonterías son importantes. Si lo es para ti, también lo es para mí.

—Es que… —Respiro hondo—. Es la primera vez que esto… —Hago un gesto entre él y yo—. Que esto se siente real, genuino. No quería que este fin de semana se resumiera solo a sexo, así que…

—Entiendo —dice, con una sonrisa ladeada.

—Quiero tener sexo contigo —digo, y él se ríe—. ¡Es en serio! De verdad quiero. Mucho. Pero…

—Entiendo lo que quieres decir. —Acaricia mi cintura—. Quieres que este momento tenga que ver con lo que sentimos, no con lo que necesitamos. Y, sinceramente, creo que yo también necesito eso.

—¿Tú también sientes esta… —busco la palabra más suave— conexión entre nosotros?

—Sí —Jamie sonríe, con ternura—. No es solo química sexual lo que hay.

—Eso mismo.

—Sí.

Suspiro.

Él suspira.

—Sigo pensando que estás loco por haber comprado una lancha tan cara solo para justificar un apodo.

—No fue solo por el apodo, también fue para impresionarte.

—Puedo ver cuánto te esfuerzas en darme experiencias…

No termino la frase. No hace falta. Jamie sabe a lo que me refiero. Él quiere que yo viva. Que viva todo lo que no he vivido hasta ahora.

—Quiero que llenes tu vida de recuerdos, Hanna. Ya es hora de que tus sueños se hagan realidad.

Y con esas palabras, acaba de nacer un nuevo sueño. Tal vez el más grande y atrevido de todos: su amor.

¿Será demasiado pedir que me ame?

¿Será demasiado pedir que nunca se vaya?

Trago esa avalancha de emociones y respiro hondo, mezclando su olor con el aroma del mar.

—¡Gracias! —Es lo único que soy capaz de decir.

Jamie me atrae hacia sus brazos y yo me acurruco en su pecho. Besa mi cabello y suspiro mientras volvemos a quedarnos en ese silencio cómodo, mirando las estrellas.

Capítulo 21

Jamie Donovan

—¡Majo! —saludo en cuanto entro al vestíbulo, dejando mi mochila ahí mismo—. ¿Hanna...?

—¡Aquí estoy! —Sonríe mostrándome el celular, y veo a Hanna haciendo un live con una de las marcas con las que firmó contrato. Majo la elogia—. Tiene muchísimo talento, Jay.

—Lo sé.

—¿Será mucho pedir que ese noviazgo falso se vuelva real? —pregunta mi ama de llaves, y no me molesta en lo más mínimo. Tenemos confianza para ese tipo de comentarios.

—Esa niñita me tiene en sus manos, Marjorie.

Majo se ríe.

—¿Ella te dice "daddy"? —bromea.

—¡Vete a la mierda! —respondo entre risas mientras camino hacia la sala—. ¿Y tú, campeón? —le digo a Kratos mientras acaricio su cabeza.

Me siento a su lado en el sofá y saco el celular del bolsillo, entrando al live. Hanna tiene carisma de sobra. Sé que aún es insegura y entra en pánico cada vez que se enfrenta a estas marcas que admira, pero lo que transmite en cámara es pura naturalidad. Nadie diría que está nerviosa, aunque la pequeña mordida en el interior de su mejilla la delata.

—¿Y el kit que enviamos para el mariscal de campo? —pregunta la moderadora de la marca—. ¿Ya lo probó?

—Viajamos la semana pasada y durante esos días es complicado. Yo tengo la universidad y Jay está a full con los entrenamientos y los partidos, así que no hemos podido grabar juntos. Pero este fin de semana lo haremos, porque él tiene tres días libres —responde Hanna sonriendo, y aprovecho que me mencionaron para hacerme presente.

Soy todo tuyo, pelirroja, jaja.

Y apenas la gente ve mi comentario, empiezan a alborotarse avisando que estoy viendo la transmisión.

—Parece que Jamie nos está viendo —dice la moderadora, y eso hace que Hanna lea los comentarios.

—Debe haber llegado recién del entrenamiento —responde mi novia.

—¿No querría decir unas palabras con nosotras? —pregunta la mujer, y Hanna se ríe.

—Seguro que sí. Le encanta llamar la atención.

No puedo evitar reírme y toco la pantalla para solicitar unirme al live.

—Va a entrar —anuncia la mujer con entusiasmo, y Hanna sonríe como si fuera la cosa más hermosa del mundo.

¡Puta madre!

Ella acepta la solicitud y enseguida mi cara aparece.

—¿Qué tal? —saludo, y ni siquiera tengo que forzar una sonrisa. Con solo verla, la sonrisa se me sale sola.

—¡Jamie, un placer tenerte con nosotras!

—El placer es mío —respondo, notando que no tengo ni idea de cómo se llama la mujer—. Mi novia es adicta al trabajo, así que meterme en un live suyo es una forma de conseguir un poco de atención.

Hanna se ríe a carcajadas.

—¡Qué dramático! —responde, y yo le guiño un ojo.

—Después de ese comentario directo, yo le haría el skincare hoy mismo —dice la mujer—. El cuidado de la piel tiene un efecto relajante en cualquiera.

—Estoy necesitando un poco de cuidado, la verdad —digo.

—Y no soy la única que piensa así —agrega, leyendo los comentarios. Yo también los reviso.

La gente empieza a pedir un live en el que Hanna me aplique los productos en la cara. La verdad, no tengo ni la menor paciencia para estas cosas, pero el video había que grabarlo sí o sí, ¿no? Y si el *live* se hace por esta red, sé que va a ayudarle mucho con el engagement.

—¿Qué dices, pelirroja? ¿Lo hacemos en vivo? ¡Uy! Esa frase sonó rara... —comento, haciéndolas reír.

—¡Claro que sí! —responde mi novia finalmente.

—Entonces me voy a dar una ducha y a ponerme ropa cómoda. En quince minutos nos vemos, ¿sí?

Ella sonríe y me despido también de la moderadora.

No puedo evitar reírme al pensar en lo irónico que es todo esto.

Las únicas entrevistas que suelo dar son las de después de los partidos, y al resto siempre digo que no. Y aquí estoy, a punto de

salir en un *live* para ser la víctima de una *influencer* de *skincare*. Mis compañeros me van a joder con esto hasta el 2030.

Pero la *influencer* está buenísima y se merece todo el reconocimiento.

Así que sí, un poco más y termino dándole la patita a la pelirroja que no sale de mi cabeza.

Subo las escaleras, paso de largo por la puerta del estudio y voy directo a mi habitación. En serio quiero darme una ducha y ponerme cómodo. Nunca estuve tan ansioso por tener unos días libres.

Desde que pasamos aquel fin de semana en la lancha, hace quince días, todo ha estado tan a mil que apenas vi a Hanna. Almorzamos juntos, cenamos juntos y hablamos por videollamada todos los días, pero no es lo mismo.

No es lo mismo que tener tiempo de verdad.

Es increíble cómo, además de la química y las ganas que nos tenemos, nos hicimos amigos. Compartimos todo de nuestros días y, cuando llega la noche, lo único que quiero es poder verla sonreír y escuchar su voz.

Entro al baño, me desvisto, tiro la ropa en el cesto y me meto bajo la ducha. Apenas empiezo a enjabonarme, escucho su voz llamándome. Me río, porque la puerta del baño está abierta y tampoco es como si nunca hubiera visto mi verga.

—¡Ven, amor! —le grito.

Ella aparece en la puerta, medio tímida, pero lo disimula y entra.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo en vivo? Podemos grabarlo y listo. En vivo no se puede editar.

—Quiero hacerlo. ¿No te sientes cómoda hablando de los productos?

—Me siento bien, soy fan. Sé todas las composiciones. ¿Parecía nerviosa? —pregunta, y veo cómo se muerde el interior de la mejilla.

—No te muerdas —le digo, y ella pone los ojos en blanco—. Estuviste perfecta. Nadie notó nada.

—Pero tú lo notaste.

—Porque te conozco —respondo, y en cuanto digo eso, me asusto.

La conozco. ¡Carajo, de verdad la conozco!

—Bueno —dice distraída, sin notar mi pequeño colapso—. Voy a dejar todo listo. Te espero abajo.

—Hanna —la llamo, cuando se da vuelta—, dejá un trípode también para mi celular. Voy a entrar con mi cuenta, así llegamos a más gente.

—¿No va a ser raro los dos juntos con dos perfiles en el live?

—¡Me importa un huevo! —Me encojo de hombros.

Ella baja la mirada por mi cuerpo y sonríe.

—Puedes tocar, no solo mirar —bromeo.

—Voy a hacerlo.

—¿Ah, sí?

—Sin duda.

—Ok. Tal vez el *live* ya no me entusiasma tanto... —digo, y ella se ríe fuerte.

—¡No tardes! —pide, saliendo del baño.

—¡Mierda! —murmuro, sintiendo que empieza una erección que no puedo atender ni con una paja, porque no tengo tiempo que

perder.

*

—Ya acomodaste esa cámara como cinco veces —digo, y ella suspira—. Solo respira y disfruta, amor. Estoy aquí contigo.

Ella toma una respiración profunda.

—¡Ok! —responde y, sin pensarlo demasiado, inicia la transmisión en vivo—. ¡Buenas noches otra vez, gente! Esperen un minutito mientras encuentro el ángulo perfecto.

Cuando entré al estudio, Hanna me dijo que prefería que el en vivo fuera solo desde su perfil. Dijo que sabía que su alcance aún era pequeño, pero prefería mantenerlo así, y por supuesto que entendí su punto. Claro que eso no me impidió avisar en mis historias que estaría en vivo en su IG en unos minutos.

—Jamie está aquí y, créanlo o no, ni siquiera tuve que atarlo.

—Aunque si quieres atarme, no me voy a quejar —Hanna ríe y me da una palmada suave mientras se sienta a mi lado—. Si te gustan las cuerdas, ¿quién soy yo para arruinarte la diversión?

—Él siempre es así de payasito, ¿ok, gente? No se asusten.

—Y ella siempre es hermosa y deseable. Obsérvenla con moderación, porque soy celoso.

—¡Jamie! —me reprende, escandalizada, y yo solo me encojo de hombros—. Entonces...

Ella carraspea y se ríe, perdiendo la línea de pensamiento por un momento.

—Hoy quiero presentarles *Healthy Skin*, una línea de productos para el cuidado de la piel de *Glam*. Como ya saben, *Glam*

es conocida por dedicarse realmente a las necesidades de sus clientes, y esta vez creó una línea enfocada en pieles mixtas.

Respira y toma uno de los productos mientras yo lo único que hago es quedarme mirándola de perfil, aún más encantado con su inteligencia.

—Generalmente nos topamos con productos para pieles secas o grasas, y ahí es donde *Glam* sintió la necesidad de cubrir esa falta para este público que suele ser un poco olvidado.

Se detiene para ver los comentarios y gira hacia mí.

—Dicen que esa mirada tuya, tan enamorada, los está distrayendo.

—El distraído soy yo. ¿Cómo tuve tanta suerte? —pregunto, sin pensar mucho en que esta mierda está en vivo.

Ella ríe y con la mano libre sostiene mi rostro para darme un beso tierno en los labios.

—¡Qué piel tiene este hombre, gente! —Chasquea la lengua —. Ya no le bastaba con ser lindo, también tenía que tener esa piel, ¿no? —Ríe—. Jamie tiene la piel normal, con muy poca grasitud en esta zona de la frente y la nariz. —Muestra, tocando—. Esa grasitud acumulada en sus poros es por falta de hidratación.

Y entonces explica que no es dermatóloga y solo está compartiendo todo lo que ha aprendido con los años. También recomienda consultar a un especialista para un diagnóstico preciso.

—Puedes descansar la cabeza aquí, hermoso.

Hermoso.

Sí. Me gusta.

—Como ya dije antes... Soy todo tuyo, fresita —respondo, recostando la cabeza en el respaldo de la silla.

Ella rocía agua sobre mi rostro, luego habla de un gel limpiador. Y así comienza el proceso de *skincare*. Explica pacientemente cada producto que usa en mí. En otro momento podría dormirme fácilmente, pero no hoy.

Sé que no lo hace con intención, pero la forma en que me roza y me toca poco a poco me va excitando. A cada minuto que pasa, me siento más ansioso por que termine de aplicar todos esos productos y cierre la transmisión.

Y cuando finalmente Hanna empieza a despedirse, yo también sonrío, feliz de poder por fin tocarla como quiero. Se acerca al celular y termina el *live*, apagando también el reflector con mucho cuidado y desenchufándolo.

—¿Crees que salió bien? Yo creo que... ¡Ahhh! —grita cuando le rodeo la cintura y la coloco sentada sobre la encimera, empujando los cosméticos con la mano y despejando el espacio.

—¡Estuviste perfecta! ¡Eres perfecta! —Tomo su celular, ingreso su contraseña solo para asegurarme de que la transmisión terminó de verdad.

—Aún me parece raro que sepas mi contraseña.

—Tú también sabés la mía —respondo, dejando el teléfono a un lado.

—¿Qué es esto? —pregunta, refiriéndose a mi erección, tan pronto como me froto contra ella.

—Esto es por culpa tuya. Como siempre.

Lleva las manos a mi cuello, arañando levemente con sus uñas. Uñas cortas, pero perfectas, como todo su cuerpo.

—¿Creés que no noté tus caricias en mis piernas? —Alza una ceja.

—Lo único que quería era meter la mano por debajo de tu vestido y acariciarte más arriba.

—Puedes hacerlo ahora. —Jala mi rostro, rozando sus labios con los míos.

—Lo voy a hacer.

Entonces la beso.

Hundiendo mis dedos en su cabello, tirando de ellos con suavidad y guiando el beso justo como a ella le gusta. Hanna suspira en mis brazos, rindiéndose de inmediato.

Ella responde al beso con la misma intensidad, dejándose guiar y disfrutando de ser conducida. Succiono su labio inferior y lo muerdo suavemente entre mis dientes. Beso la comisura de su boca, su mentón, y paso al cuello.

Recorro la curva con la lengua, justo donde hay una vena palpitante y fuerte. Le doy pequeños mordiscos y besos, recibiendo a cambio sus suaves gemidos. Muevo una mano hacia su talón, subo por su rodilla, su muslo, hasta llegar a la mitad de sus piernas y froto su clítoris a través de su tanga húmeda.

—Eres tan receptiva, amor —murmuro contra su cuello, erizándola.

Me alejo, confundiéndola, pero entiende cuando subo su vestido hasta la cintura y lo saco por completo. Imaginaba que no llevaba sostén, considerando el tipo de tela, pero confirmarlo es una delicia.

—Estas tetas fueron hechas a medida para mi boca.

Ella se ríe.

—Qué posesivo.

—Eres mía.

—¿Sí?

Tan desafiante...

Y le demuestro que sí lo es, tomando uno de sus senos con la boca y succionándolo como si fuera el manjar más exquisito del mundo. Podría jugar y lamer primero, provocarla, pero estoy al límite desde hace más de una hora, así que sumergirme y chupar con deseo es la única opción disponible en este momento.

—Jamie... Qué delicioso —murmura bajito.

Delicioso será cuando acabes en mi boca... Lo pienso, pero no lo digo. Estoy demasiado ocupado dándole amor a esas deliciosas tetas. Dejo una, para dedicarle la misma atención a la otra.

Repito todos los movimientos, dedicándome al máximo para que esté húmeda, deseosa, con su excitación tan extrema como la mía. Beso el hueco entre sus pechos y bajo, recorriendo con la lengua todas las pecas de su abdomen.

Cuando llego al borde de su tanga, la tiro entre mis dientes, liberándolas sobre su piel con un fuerte chasquido. Paso mi lengua por el encaje, gimiendo al saborearla.

Ni siquiera necesito pedirle que abra más las piernas; lo hace ella misma, dándome acceso total a su vulva. Sin perder tiempo, aparto la tela. Su vulva es tan delicada como ella. Es delgada y tiene un clítoris que sobresale de sus labios vaginales.

—¡Qué vulvita tan hermosa, Hanna! —Le doy un golpecito entre las piernas, sobresaltándola—. Me imagino lo delicioso que será tener mi verga aquí dentro... —digo, sin poder contener un gemido.

—Diablos, Jamie —murmura—, haz algo.

—¿Quieres acabar, amor? —pregunto, pero ella solo se muerde el labio y no responde.

Arqueo mi ceja en señal de desafío, dejando en claro que mi boca solo estará entre sus piernas cuando responda.

—Sí quiero. ¡Chúpame ya! —pide con picardía, y yo detengo la tortura dándole lo que tanto desea.

Paso la lengua por la punta y oigo un gemido más fuerte que me complace muchísimo. No es forzado, ni un grito. Es una muestra de lujuria y me vuelve loco.

—No reprimas tus gemidos, pelirroja. Si supieras el daño que me hacen esos sonidos... —digo, y sigo chupando.

La lamo como si fuera un helado, alternando con pequeños mordiscos, intentando controlar la llegada de su orgasmo y mi propia excitación. Pero cuando me suelta y me sujeta la cabeza, obligándome a entrar entre sus piernas y frotándome la boca, pierdo el control.

Me saco la camiseta y mi ropa interior, y empiezo a masturbarme con movimientos rápidos y desesperados. Hanna no es muy diferente a mí: se mueve con locura, buscando su propio placer.

Beso su vulva.

Beso su vulva con la lengua como si fuera su boca. Ansiosa, hambrienta, desesperada por verla derramarse en mis labios, lista para recibir todo lo que esté dispuesta a darme.

Los sonidos de sus gemidos, mezclados con los sonidos húmedos de mi boca contra tu clítoris y mis propios murmullos apagados hacen que todo sea aún más erótico.

Hanna me agarra el pelo con fuerza, le tiemblan las piernas y luego llega a su orgasmo.

La. Cosa. Más. Hermosa. Y. Deliciosa. Del. Mundo.

Me pierdo en su placer, encontrando mi propia liberación, cuando siento mis chorros de semen salpicar en algún lugar debajo de la mesa, y algo corre entre mis dedos.

Suspiro, respirando hondo, con la cabeza apoyada en su vientre mientras recupero el aliento. Siento que Hanna también respira con dificultad, acariciando mi cabello con cariño.

Al recuperarme, me levanto y la encuentro con las mejillas sonrosadas y, si es posible, aún más guapa que de costumbre. Me subo los pantalones de nuevo, sin importarme que me caiga el semen de la punta de la verga. Ella ve mi mano pegajosa y se inclina, toma la toalla que usó para secarme la cara durante el *live* y me la entrega.

La toalla está húmeda, así que con un extremo limpio mi mano, y con el otro extremo limpio su vulva.

—Creo que necesito una ducha —dice, y le dejo un casto beso en la boca.

—Yo también —digo, acercándome y sujetándola por la cintura.

Cuando se da cuenta de lo que quiero hacer, sus piernas se envuelven alrededor de mis caderas, y la levanto y camino hacia la puerta.

—¿Y si Margo o Liam están aquí? —pregunta, mientras camino con ella desnuda en mi regazo. O medio desnuda, ya que aún lleva su tanga.

—Margo se va tan pronto como llegó y Liam nunca aparecería inesperadamente sabiendo que estás aquí.

—Pero él vive aquí.

—Técnicamente vive al lado.

Ella asiente y apoya su cabeza en el hueco de mi cuello mientras la llevo a mi habitación para que podamos tomar una ducha y tal vez incluso disfrutar de la bañera que no se ha usado durante mucho tiempo.

Esta chica me hace querer cosas en las que ni siquiera pensaba o me importaban hasta ahora.

Da miedo.

Aterrador y vigorizante.

Capítulo 22

Jamie Donovan

Estos eventos de gala generalmente eran un fastidio, pero hoy estoy entusiasmado.

Ayer, después de eyacular chupándole la vulva a Hanna, nos duchamos y bajamos. Una vez más, ella prefirió cocinar en lugar de calentar algo ya hecho.

Verla cocinar, usando solo mi camiseta del uniforme del equipo, solo sirvió para mostrarme aún más cuánto nos hemos vuelto íntimos. Estos últimos cuatro meses han sido realmente un giro total en mi vida personal.

Hace nada estaba aprovechando las noches de Alabama y otros países. Bebiendo sin parar, saliendo con una o más mujeres cada fin de semana que podía irme de fiesta.

Una foto lo cambió todo. ¡Bendita sea esa foto!

De repente, me vi en una relación falsa con una mujer doce años menor. Nuestra relación evolucionó de antipatía a curiosidad. Luego nos hicimos amigos y después nos involucramos.

Fue imposible no ver a la mujer maravillosa que tenía al lado. Llena de cicatrices y carencias, pero que en ningún momento usa eso como excusa para victimizarse.

Es una maldita sobreviviente de esta sociedad hipócrita e injusta.

Nunca había ido a un baile. Cada vez que hacemos algo, es su primera vez, y estoy más que feliz y dispuesto a darle todas las

primeras veces que pueda. Así que, cuando me enteré de este baile idiota lleno de gente insoportable, decidí que iría y haría que la noche valiera la pena.

No por mí, sino por ella.

Le pedí a Liam que contratara a una diseñadora famosa, porque quería ver a Hanna dentro de un vestido hecho exclusivamente para ella. Cuando la diseñadora supo que era para mi novia, ofreció la prenda como regalo. Obviamente buscando visibilidad y repercusión en redes sociales. Nada en este medio se da gratis.

Durante la semana, ella tomó las medidas de la pelirroja y produjo la pieza. Un tiempo récord para una prenda exclusiva, pero sabía que si no lo hacía ella, lo haría otra. Fue atenta y supo aprovechar la oportunidad. Obviamente me acordaré de eso en el futuro.

—Están tardando, ¿no crees? —le pregunto a mi asistente.

—No —responde después de darle un sorbo al whisky que tiene en la mano—. Las mujeres siempre tardan en arreglarse.

Suspiro. Es verdad, tardan. Soy yo quien se desacostumbró a esperar. Hasta vinieron profesionales de un salón a atenderlas, para hacerles las uñas, el cabello y esas cosas de mujeres, pero Hanna me dijo por mensaje que ella misma haría su maquillaje y aprovecharía para generar contenido.

No tenía dudas de que se vería preciosa. No es que necesite mucho para eso.

Saco el celular del bolsillo y reviso los mensajes. Hay uno del papá de Hanna. Sí, Henry exigió tener mi contacto en cuanto supo

del viaje a la playa. Dijo que lo necesitaba por si no podía comunicarse con su hija. Cuestión de seguridad.

Pero desde entonces, creamos una rutina de compartir información sobre deportes. Es tan fanático del fútbol como yo y siempre está al tanto de las noticias. Es muy bueno poder compartir con alguien que ve las cosas desde otra perspectiva.

Le respondo el mensaje, pero no se entrega. No está siempre conectado, de hecho, creo que solo usa la app en momentos específicos, y me alegra ser parte ahora de ese grupo selecto.

—¡Vaya, valió la espera!

Escucho decir a Liam y levanto la vista hacia las escaleras, viendo a Alessandra bajar. Está guapa, con un vestido azul y… Me falta el aire.

Juro que en ese momento todo a mi alrededor se desvanece y mi cerebro entra en cortocircuito.

Tum.

Mi corazón late con fuerza.

Tum.

Tum.

Tum.

Lo siento casi salirse por mi boca mientras observo, atónito y sin palabras, a Hanna.

Tum.

Tum.

Tum.

Está... ¡deslumbrante!

Tum.

Tum.

Tum.

Lleva un vestido verde, justo del tono de sus ojos.

¡Perfecta! ¡Maravillosa! Y... no existen palabras suficientes para describirla.

Mi corazón late aún más descontrolado.

Tum. Tum. Tum.

Respiro hondo y trago saliva, sintiendo la garganta seca.

Tum. Tum. Tum.

Baja el último escalón y camina hacia mí.

Me siento aturdido, siguiendo sus pasos con la mirada. La abertura en una de sus piernas es tan atrevida que juraría que con un paso en falso va a mostrar de más.

Pero eso no importa.

Mis celos son insignificantes ante tanta belleza que merece ser celebrada. Hanna merece ser vista, admirada, recordada.

Todos merecen verla así, deslumbrante.

No me importa. Nada importa… siempre y cuando esté a mi lado.

Y es en ese momento que me doy cuenta.

Estoy enamorado de ella.

Enamorado.

Enamorado.

Enamorado.

—¿Jamie? —dice, parándose frente a mí, y abro la boca, pero la vuelvo a cerrar, sintiéndome desorientado—. ¿Estás bien? ¡Dios mío, estás pálido!

Mis manos están heladas y me siento tembloroso, mareado.

Una silla es arrastrada detrás de mí y Hanna me ayuda a sentarme. Mierda… Estoy realmente mareado, con la vista nublada. Apoyo los codos en las rodillas y sostengo la cabeza entre las manos.

A lo lejos escucho a Liam decir que irá a buscar el tensiómetro. Llevo los dedos a mis ojos y los siento húmedos…

¿Me emocioné?

Trago el nudo en mi garganta, pero es inútil, porque las lágrimas empiezan a rodar por mis mejillas.

¡Maldita sea!

Trato de controlarme, entonces recuerdo las palabras de Brandon: "Paige no fue el amor de tu vida, fue tu primer amor".

Ella siempre será mi primer amor. Eso no va a cambiar. Pero ahora, aquí frente a mí, está el amor de mi vida.

Y ella representa esperanza.

Me trae esperanza.

Esperanza de un futuro, de construir una vida juntos, de tener una familia.

Dicen que el verde significa esperanza, y ahí estaba, en sus ojos, mostrándome ese futuro desde el principio. Yo simplemente estaba demasiado ciego para verlo.

—Amor… —Hanna sostiene mi mentón, levantando mi rostro, y abre los ojos al verme empapado—. ¡Liam, creo que deberíamos llamar a un médico!

—No… —Carraspeo, sorprendido por lo afectada que está mi voz—. No hace falta. Solo fue un malestar.

Alessandra me observa, pensativa, Liam llega y me toma el pulso, mientras Hanna limpia mi rostro con las palmas de sus

manos. Está aún más hermosa así, de cerca. El maquillaje marcado resalta aún más sus ojos.

—Estás deslumbrante, fresita —digo.

—¡Gracias! —Sonríe, aún preocupada—. Tú también estás... lindo —dice, encogiéndose de hombros con fingida indiferencia, haciéndome reír.

—Tu presión está más baja de lo habitual —dice Liam—, pero nada fuera de lo normal.

—Fue solo un malestar —respondo—, ya estoy mejor.

—¿Estás seguro? —vuelve a preguntar mi novia—. Podemos ir al hospital y...

Tomo sus manos, capturando su atención mientras me levanto. Respiro profundamente, sintiéndome mejor.

—Ya pasó, amor. Estoy bien, de verdad.

Hanna me analiza, y luego me acerco para besar su cuello. No quiero arruinarle el maquillaje.

¡Mierda! Nunca me había importado algo así.

—Vamos a ese evento —digo—, quiero presumirte.

Liam carraspea y de reojo lo veo tomar la mano de su chica.

—¿Presumirme, eh? —Hanna ríe y arquea una ceja—. Tienes celos hasta de tu perro, ¿y ahora quieres presumirme?

—No importa cuánto te miren o te admiren. Estás a mi lado. Conmigo.

Ella me observa un instante y luego sonríe.

—Sí —asiente—, estoy contigo.

Ninguno de los dos necesita decir más. La forma en que nos miramos dice más que cualquier palabra.

Igual que yo, ella simplemente lo sabe. Ambos lo sabemos.

Lo que hay aquí es mucho más que un contrato o un juego.

Es verdadero. Es real.

Es único y, sin duda, incomparable.

*

—Todos nos están mirando —murmura ella muy bajito.

—Todos te están mirando a ti —respondo sonriendo—. Estoy seguro de que eres la mujer más hermosa que todos aquí hayan visto jamás.

—Aunque a mi ego le agrade eso, tienes que dejar de ilusionarme así.

—Hanna... —Aprieto su cintura, acercándola aún más a mí—. No estoy exagerando ni intentando halagarte a lo tonto, sabes que no soy así. —Ironizo, y ella ríe—. Realmente estás preciosa, y esa abertura... —Llevo mi boca hasta su oído—. No veo la hora de besar cada centímetro de esa piel expuesta y marcarla como mía. Te prometo que la mejor parte de la noche será cuando volvamos a casa. Voy a venerar cada parte de tu cuerpo con el mío.

Ella se muerde el labio inferior, conteniendo una sonrisa.

—Siempre eres directo, pero hoy estás diferente.

—La verdad que sí, amor. —Le guiño un ojo, y justo cuando voy a responder, somos interrumpidos.

—¡Jamie! —dice Nicky, acercándose junto a Amber—. Por fin vamos a conocer a la joven que te tiene desvelado.

Si hay algo que Nick nunca ha dejado ni va a dejar de ser, es inoportuno.

—Cariño —Amber corta a su esposo—, ¡siempre tan discreto! —Ironiza mientras se acerca a Hanna y le da un beso en la mejilla—. ¡Es un placer conocerte, querida! Soy Amber, y a Nicky seguramente lo has visto en los partidos.

—¡Un placer, Amber! —responde Hanna con una sonrisa hermosa—. Hola, Nickolas.

Ella le extiende la mano a Nick, pero se sorprende cuando él la ignora y le da un beso en la mejilla. Mi novia se queda incómoda, Amber se aguanta la risa.

—¡Hanna y yo ya somos amigos, amor! —le dice a su esposa —. ¿Recuerdas que te conté que hablé con ella por teléfono?

—En realidad, te entrometiste en mi llamada.

—Es lo mismo —replica.

—No, no lo es —respondo.

—Hanna... —Amber le toca el brazo—. ¿Me acompañas al baño? Dos copas de champán y ya necesito ir al baño.

Hanna ríe y me mira; asiento con la cabeza y ellas se van. Nicky las sigue con la mirada, frunciendo el ceño.

—Amigo, espero que no estés mirando el culo de mi chica.

Nick no responde a mi ironía con una broma como siempre hace. Me mira, todavía pensativo.

—Las caderas de Amber están más anchas. Sus tetas y su culo más grandes, y siempre quiere ir al baño —dice, distraído.

—¿Crees que está enferma? —pregunto, y esta vez él ríe.

—No —niega con una sonrisa—, creo que está embarazada.

—¿En serio? —pregunto, abriendo una sonrisa; me encantan los niños.

Él suspira.

—Otro bebé —murmura para sí mismo con una sonrisa genuina en el rostro.

—¡Ojalá tengas razón, hermano! Dylan se va a volver loco si realmente viene un hermanito en camino.

Un camarero pasa ofreciéndonos bebidas y aceptamos. Nickolas enseguida cambia de tema, porque es el tipo de persona que no puede estar un minuto en silencio.

Cuando Hanna y Amber regresan, caminamos hasta las mesas reservadas y, ya con todos acomodados, me alegra ver lo cómoda que se siente Hanna conversando con Amber.

Me siento feliz de verla feliz.

Y durante el resto del evento, cuento los minutos y las horas hasta llegar a casa y finalmente estar a solas con ella.

Capítulo 23

Hanna Watson

Jamie estaba diferente.

Siempre ha sido atento y cariñoso, pero hoy está más allá de lo normal. La forma en que me miró toda la noche... No sé, realmente se siente distinto. Yo me siento distinta.

La noche fue mucho más divertida de lo que imaginé que sería. Nos sentamos con Liam, Ale, Nickolas y Amber. Fue genial ver que tenemos temas en común y que el running back y su esposa son tan accesibles como el mariscal de campo.

El mariscal de campo. Perdí la cuenta de cuántas personas lo llamaron así, lo cual fue algo nuevo para mí ya que nunca antes había asistido a un evento donde realmente lo trataran como mariscal de campo, como lo hicieron hoy.

A pesar de estar siendo requerido todo el tiempo, no permitió que me sintiera fuera de lugar. En todo momento me incluía en las presentaciones y se pasó la noche entera buscando alguna forma de provocarme con toques atrevidos.

—Carl, ¿viste si salió algo del partido de los Pations hoy? — pregunta Jamie.

Vamos camino a casa. No veo la hora de quitarme estos tacones imposibles. Carl le responde y ellos entran en una conversación sobre deportes. Es justo en ese momento cuando siento la palma de Jamie sobre mi pierna.

Miro su mano, que se mueve lentamente, haciendo imposible que los guardaespaldas en los asientos delanteros noten algún

movimiento. Observo el perfil de ese descarado, que sigue hablando como si no estuviera haciendo absolutamente nada.

Por un momento creo que va a detenerse, pero no, sigue subiendo la mano. Mete los dedos por la abertura de mi vestido y por un instante me paralizo. Luego, sus dedos rozan mi ropa interior, su mano queda allí. Me muevo en el asiento como un reflejo y eso le da aún más acceso.

—¿Tienes frío, amor? —pregunta, y apenas tengo tiempo de responder cuando toma su saco que estaba sobre sus piernas y me lo entrega.

Baja los ojos hacia donde está su mano, y entiendo su petición silenciosa. Coloco el saco sobre la parte delantera de mi cuerpo, y por supuesto, también cubre parte de mis piernas.

Veo una leve sonrisa en los labios de Jamie, que enseguida vuelve a conversar con Carl. Empieza a frotar con un dedo de arriba hacia abajo. Me muerdo el labio y miro por la ventana, intentando concentrarme en el paisaje, pero claramente él nota eso.

Sus movimientos se vuelven más intensos, su toque impone más presión. Cuando coloca el dedo justo sobre mi clítoris y comienza a frotar, suspiro y abro más las piernas, sin importarme si hay más personas en el auto.

Pero en cuanto hago eso, se detiene y retira la mano.

¡Él quita la maldita mano de entre mis piernas!

Vuelvo a mirar su perfil, sintiéndome jodidamente frustrada. Él siente mi mirada y se gira, encontrándose con mis ojos.

—Sé que estás cansada, pelirrojita —dice el hijo de puta—. Aguanta un poquito, ¿sí?

Veo la ironía de ese doble sentido y me dan ganas de mandarlo a la mierda.

—Llegamos en cinco minutos como mucho.

Se acomoda y, al bajar la vista, noto el bulto marcado en su pantalón. Pero, como siempre, se muestra discreto y vuelve a conversar con Carl mientras deja su mano reposar nuevamente sobre mi rodilla.

Los siguientes cinco minutos pasan rápido y, cuando bajamos al garaje, sigo sintiéndome frustrada por el orgasmo que no llegó, al mismo tiempo que ansiosa por lo que está por venir.

Jamie toma mi mano y me ayuda a bajar. Se despide de los guardaespaldas y caminamos hacia el interior de la mansión. Pasamos por los dos primeros pisos y, al entrar en el tercero (que es donde él vive), Jamie abre la puerta, pero apenas doy tres pasos y siento cómo me jala contra su cuerpo, cerrando la puerta de una patada. Mi espalda queda pegada a su pecho.

Tira de mi cabello hacia un lado y muerde mi hombro, provocándome ese tipo de dolor que se siente rico.

—¿Tienes idea de todas las formas en que imaginé meterte la verga hoy mientras te veía con ese vestido que claramente fue hecho para ser mi infierno personal? —Lame mi cuello—. Me dijiste que hiciste ballet durante años... —Pone ambas manos en mis muslos, subiendo lentamente por mi cuerpo—. Eso es bueno, Hanna. Vas a necesitar flexibilidad y equilibrio para lo que tengo en mente.

No tengo tiempo de decir nada, porque me gira y toma mi boca con un beso desesperado. Es sexy, salvaje, intenso. Sus manos están por todo mi cuerpo y, aunque sigo vestida, siento su tacto como si quemara, dejándome a punto de explotar.

Tan pronto como empieza, el beso termina. Sin ninguna delicadeza, Jamie me empuja de espaldas hasta la pared junto a las escaleras. Vuelve a mirar mi cuerpo y respira hondo, apretándose entre las piernas por encima del pantalón.

—Estás terriblemente sexy... —Se muerde el labio con tanta fuerza que me sorprende que no se sangre—. Te ves increíble, pero aún te prefiero sin nada.

Y entonces, vuelve a sorprenderme.

Coloca las manos en la abertura de mi vestido y lo rasga.

Un vestido exclusivo que costó una barbaridad. Miro hacia abajo y veo que ahora parece más un chaleco abierto. Mis pezones endurecidos dejan claro que me encantó lo que acaba de pasar.

—Eso fue sexy —murmuro, y él sonríe.

—¡Quítatelo! —pide, frotándose el miembro por encima del pantalón sin apartar la vista de mí. Me quito lo que me queda del vestido mientras él sigue mirándome—. También la tanga y las sandalias.

Vuelvo a hacer lo que me pide, agradeciendo internamente que no me pidiera que me quedara con las sandalias. Eso sí lo habría negado sin dudar.

Se lanza de nuevo hacia mí con esa mirada de depredador que me hace sentir feliz de ser la presa, lista para ser cazada. Me sujeta fuerte de la cintura y, sin avisar, me impulsa hacia arriba. Cuando creo que voy a rodearle la cintura con las piernas, da otro impulso y me sube más.

Abro los ojos de par en par y siento un miedo momentáneo.

—¡Jamie! —lo reprendo cuando me alza aún más y me obliga a pasar las piernas por encima de sus hombros, dejando mi vulva

frente a su cara—. ¡Me voy a caer! —protesto, y él se ríe.

Su risa me recorre entera, igual que su respiración.

—No voy a dejarte caer —dice, y yo gimo al sentir su aliento caliente—. Voy a chuparte ahora, en esta posición.

Me lame apenas y no puedo evitar gemir. Entonces mete la lengua y entiendo por qué me tiene en esa posición. Puede penetrarme con su lengua con facilidad, mientras frota el resto de su rostro contra mis labios vaginales y mi clítoris.

Mierda.

La forma en la que me la chupa hoy es completamente distinta a como lo hizo ayer, y eso me enciende. Si maneja así de bien la lengua, debe usar aún mejor su enorme verga. Me sigue sujetando con fuerza por la cintura, apenas puedo moverme.

La posición es intensa. Su lengua se mueve con fuerza. Me siento desesperada, excitada, deseosa.

Repite los movimientos. Una y otra vez. Y otra más.

¡Dios!

—Jamie —musito, y apenas tengo tiempo de decir algo más cuando empiezo a acabar.

No suelo ser escandalosa, pero esta vez, tal vez, hice un pequeño espectáculo. Jamie no me da tiempo de recuperarme.

—Abre los ojos, niñita —dice con voz divertida, su aliento vuelve a causarme escalofríos—. No tienes mucha resistencia, ¿verdad?

—¡Cállate! —le suelto, y él se ríe.

Pone una de sus manos bajo mi axila y mantiene la otra en mi cintura.

—Baja tu pierna derecha de mi hombro.

—Jamie…

—No voy a dejar que te caigas —asegura.

Entonces bajo una pierna y, siguiendo sus instrucciones, bajo la otra. En cuanto tengo ambos pies en el suelo, sus manos van directo a mi culo y me besa otra vez.

Jamie no me besa, me devora. Y me encanta. Me encanta muchísimo. Sus labios bajan por mi cuello, dejando besos por toda esa zona, y cuando llega a mis pechos, los chupa. Los mama con ganas, y aunque sigo sensible por el orgasmo, el deseo me arde en la piel.

Jamie rodea mi cintura con ambos brazos y me hace caminar. Cuando estamos frente al primer escalón, se aparta.

—Sube —pide. Ordena… Bueno, ¡da igual!

Me doy la vuelta, y aunque me muero de vergüenza sabiendo que sus ojos están clavados en mí, empiezo a subir las escaleras. Cuando voy más o menos a la mitad, vuelvo a escuchar su voz.

—¡Detente!

Me detengo y miro hacia atrás, viéndolo subir aún con toda la ropa puesta. La poca piel que se ve está entre los primeros tres botones abiertos de su camisa. Cuando se coloca justo detrás de mí, se inclina y besa una de mis nalgas.

—Arrodíllate —pide, y yo frunzo el ceño, confundida—. Arrodíllate —repite, poniendo una mano en mi espalda hasta hacerme bajar—. Agárrate bien, ¿ok?

Con ambas manos me sujeto de los escalones.

¿En serio vamos a tener sexo en la escalera? La pregunta se me queda en la punta de la lengua, pero me callo cuando, sin previo aviso, abre mis nalgas y lame mi culo.

Jadeo, sorprendida. Y luego lo vuelve a lamer, mientras masajea mis nalgas.

No debería gustarme esto, ¿cierto? Es tan pervertido y tan... ¿sexy?

Soy incapaz de contener los gemidos. Otra vez estoy borracha de sensaciones, pero ahora todo parece más intenso. Me siento una puta cuando muevo la cadera contra su cara, pero amo la sensación, porque eso también genera un roce delicioso en mi clítoris.

Entonces vuelvo a moverme, y pronto soy una mezcla de gemidos, perdida en un torbellino de placer.

—Jamie… —digo casi llorando.

Lo juro, estoy a punto de llorar de verdad. Siento el vientre contraerse, todo mi cuerpo sensible, y un placer brutal en cada parte.

—Me voy a desmayar —me quejo, mareada de tanto deseo.

Él se ríe.

—No vas a desmayarte —dice, muerde mi nalga y vuelve a lamer mi culo.

Siempre tuve mis dudas con respecto a explorar la puerta trasera, pero si esto es lo que se siente... Jamie puede explorar todas las puertas que quiera y todas las veces que quiera.

—Dios mío, no puedo —gimo, sintiendo el orgasmo venir y, aun así, parecer tan lejano.

Jamie mete una de sus manos entre mis piernas y empieza a frotar mi clítoris, ya sensible, haciéndome gemir. La combinación de su lengua succionándome y sus dedos masturbándome me enloquece, y finalmente vuelvo a tener otro orgasmo.

Wow.

¡Wow!

Me siento muerta. Rendida. Entonces me da una nalgada fuerte y casi protesto.

—¡Qué culo tan hermoso, amor! No veo la hora de metértela ahí.

—Estoy muerta —declaro, y él se ríe otra vez.

—Estás bien viva, pelirrojita. Y aún no hemos terminado.

—No puedo más —susurro. *¿O sí puedo?*

—Claro que puedes.

Jamie me ayuda a ponerme de pie, y apoyada en él subo el resto de las escaleras.

Cuando llegamos al pasillo, Jay me toma en brazos, y se lo agradezco con todo mi corazón. Abre la puerta del cuarto, enciende la luz y me coloca en la cama. Luego, empieza a desvestirse.

Busco la poca fuerza que me queda para apoyarme en los codos y mirar. Muy lentamente se quita prenda por prenda, dejando su cuerpo delicioso completamente expuesto.

—¡Eres hermoso de pies a cabeza! —digo, bajando la mirada hasta su verga, que está mil veces más babeante que ayer.

Hay algo muy erótico en saber que está, y ha estado, tan excitado como para estar completamente mojado. Sube a la cama y yo abro las piernas para recibirlo, aunque ya estoy satisfecha. Él sonríe.

—¿Estás preguntándote si podrás acabar otra vez? —dice, pasando la cabeza de su miembro entre mis labios, rozando el clítoris.

Se inclina y chupa mi vientre con fuerza.

—Eso va a dejar marca —me quejo, y él sonríe.

—Te dije que te dejaría toda marcada.

Y entonces, lentamente, me penetra. Ambos gemimos y se detiene, dándome tiempo para acostumbrarme. Sin romper el contacto visual, vuelve a moverse. Jamie repite movimientos lentos de vaivén, intercalando con embestidas onduladas. Eso me va calentando otra vez.

Me besa la boca, muerde mi mentón, chupa mi cuello. Muerde y chupa mi hombro, el centro de mis pechos. Todo es sexy. Sexy y demasiado sensual. Y me doy cuenta de que el sexo nunca había sido tan bueno como lo es ahora.

Cuando nota que estoy excitada otra vez, sale de mí y me coloca en cuatro. Me siento cansada, y sé que mañana voy a estar hecha polvo, pero no me importa. Solo quiero que me meta la verga ahora.

—¿Todavía piensas que parezco viejo? —pregunta, enrollando mi cabello en su puño y penetrándome de una sola estocada. Mantiene su verga dentro de mí y tira de mi cabello, haciéndome arquear—. ¡Responde, Hanna!

—No —susurro casi sin voz.

—Mañana vas a recordar que estuve dentro de ti con cada paso que des. Y durante los próximos dos días, cada vez que te mires desnuda al espejo, vas a ver las marcas que este viejo te dejó —dice, y me da una fuerte nalgada con su mano libre, volviendo a embestirme. Gimo, excitada—. Vamos a dejar algo muy claro, mi amor. Desde hoy, voy a ser el único que te va a penetrar. Nadie más va a venir después de mí.

Me da otra nalgada. Y otra. Y otra. Y otra.

Todo eso sin dejar de metérmela ni de tirar de mi cabello, cada vez con más fuerza. Y entonces, la obscenidad se desata, y cada frase que sale de su boca me calienta más:

Putita, estás terriblemente sexy.

Mira cómo tu vaginita se traga mi verga durísima.

No veo la hora de metértela por el culo.

Voy a enseñarte a chuparla como una puta.

Quiero ver mi leche chorreando de tu vagina.

Yo solo sé gemir. Perdida entre el placer y el orgasmo.

—¿Te cuidas solo con pastillas anticonceptivas? —pregunta.

—Sí —respondo con la voz temblorosa.

—¡Mierda! —maldice—. Olvídalo. Voy por un condón —dice, y hace el intento de salir, pero no lo dejo.

—Quédate —le digo, casi al borde del clímax—. Solo métemela, Jamie. Ya casi acabo.

—Estoy sanito, amor. Lo juro... ¡Carajo! —murmura, rebotando dentro de mí—. Esta vaginita está apretando mi verga como nunca.

Y entonces se mueve más rápido. Siento cuando se hincha dentro de mí y, mezclado con todo lo demás, eso me hace acabar. Pronto lo oigo gemir más alto, y lo siento eyacularme. Me embiste unas tres veces más, luego sale y yo me desplomo en la cama.

—¡Qué cosa más hermosa! —dice, tocando mi vulva y frotando su dedo allí, hasta que lo vuelve a subir hasta mi ano.

Siento como si estuviera hecha un desastre, pero de verdad no tengo fuerzas para decir nada. Mi alma ya se fue al cielo. Lo escucho levantarse, abrir la puerta del baño, encender la ducha y

regresar, abriendo mis piernas para limpiarme con una toalla húmeda, teniendo el cuidado de secarme después.

Jamie vuelve al baño y, cuando sale, apaga las luces y se acuesta a mi lado. Me doy la vuelta, de espaldas a él, que se acurruca contra mi cuerpo, abrazándome. Me besa el hombro.

—¿Sueles hacer acrobacias durante el sexo? —pregunto, y Jamie ríe.

—No. La verdad es que quería impresionarte.

Esta vez, la que ríe soy yo.

—¿Ya habías hecho eso antes?

—No, lo vi en una película porno hace mucho tiempo, pero siempre supe que eso era algo que solo haría con alguien con quien tuviera verdadera confianza.

Sonrío, pero no digo nada.

—Buenas noches, amor —susurra en mi oído.

Cansada y totalmente satisfecha, me hundo en un sueño profundo.

Capítulo 24

Hanna Watson

—Juega muy bien, ¿verdad, hija? —dice mi mamá, sentada a mi lado, mientras mi papá sigue concentrado en el partido.

—¡Es increíble, mamá! —afirmo con una enorme sonrisa.

Hoy el equipo de Jamie juega de local y estoy más que feliz con la invitación para que mis padres y yo viniéramos a ver el partido en persona. Desde el baile del mes pasado nuestra relación no ha hecho más que mejorar. Ya fui a otros dos partidos fuera de Alabama, pero estar aquí, en su estadio y con toda su afición, es algo especial y contagioso. Además, hoy también están aquí sus padres. Nos conocimos en persona ayer y no podría estar más encantada.

—¡Dios mío! ¡Nunca voy a acostumbrarme a esto! —exclama mi suegra.

La defensa del equipo contrario le da un empujón a Jamie en el hombro, y por poco no cae. El partido está tenso y mucho más agresivo de lo normal. Probablemente hoy sea uno de esos días en que Jay volverá lleno de moretones y necesite un baño largo para relajarse.

¡Otro empujón más y tengo ganas de entrar al campo y darle una bofetada al gigantón que no se separa de mi novio!

Novio.

Eso se vuelve cada vez más real. Todo se volvió real.

Desde hace días vengo pensando en abrirme con él. Quiero poder decirle que me enamoré. Sí, me enamoré, y no sé decir exactamente cuándo ocurrió. Me gusta cómo se preocupa por mí, cómo me incluye en todo y nunca me deja de lado. Me gusta cómo demuestra que le importo incluso cuando sale agotado del entrenamiento y aun así me lleva a cenar.

Me gusta cómo me hace sentir que quiere tenerme cerca, y no solo para tener sexo, aunque también lo hagamos bastante. Me puso feliz que hiciera una videollamada con sus padres para presentarme. Parecían sorprendidos, aunque seguramente ya habían visto fotos y videos nuestros en redes sociales. Tal vez sus reacciones se debieron al hecho de que su hijo no tenía una relación seria desde hacía mucho.

Jamie anota un *touchdown* y todos nos levantamos, gritando y celebrando. Falta poco para que el partido termine, y los hinchas empiezan a cantar el grito de guerra; mis suegros, mis padres y yo nos unimos a ellos.

—¡Mejor cada temporada! —dice Donald, mi suegro, lleno de orgullo.

Cuando por fin el partido termina, ellos celebran en el campo y nosotros festejamos desde el área VIP. Estamos sentados en una sección destinada a los familiares de los jugadores, que por suerte está bastante cerca del campo.

Veo a Jay celebrar con sus compañeros y saludar a los adversarios. Siempre es muy educado con todos, sin importar la rivalidad, y eso lo hace aún más admirable. Cuando se gira hacia nuestra dirección, siento que mi sonrisa me va a partir la cara, y entonces camina hacia nosotros.

Como en una película, se quita el casco y pasa los dedos por el cabello, en un intento fallido por acomodárselo, pero eso solo lo hace ver más sexy. Contengo un suspiro, porque es casi ridículo cómo el simple hecho de verlo caminar hacia mí me hace suspirar.

Llega hasta la valla de protección y me llama. Me siento un poco insegura, pero tanto mi mamá como la suya me animan a ir. Bajo un escalón y camino hacia él. Me mira de arriba abajo. Llevo puesta su camiseta y un short que casi no se nota porque la camiseta es bastante larga. Uso las zapatillas que recibí de una colaboración.

—Ponte de puntitas —pide apenas me detengo frente a la reja.

Por supuesto que hago lo que pide. Jamie me toma por debajo de los brazos y me levanta. Yo lo ayudo pasando las piernas. Cuando me deja en el suelo frente a él, me besa, y obviamente yo le devuelvo el beso como una tonta enamorada.

Se oye una ola de silbidos desde las gradas y sé que probablemente estemos siendo proyectados en la pantalla gigante, pero sinceramente no me importa.

Nuestros gestos de cariño ya no son para las cámaras.

No me importa que graben, que tomen fotos. Lo único que me importa es que estos momentos son nuestros, sin importar cómo se compartan, sin importar lo que digan, piensen o supongan.

Lo que ocurre entre nosotros es real, y nada más importa.

Él deja un pequeño beso en mis labios, terminando el beso, pero no suelta mi cintura.

—¿Qué te pareció el partido? —pregunta.

—¡Estuviste perfecto! —lo elogio, y él se ríe.

—Seguro que tu papá debe tener algunas observaciones.

—¿Y su opinión vale más que la mía?

—Depende del punto de vista —responde, haciéndome reír.

—¿Estás muy dolorido?

—Todavía tengo la adrenalina a tope, pero cuando baje la euforia tal vez necesite algunos cuidados —dice, haciendo un puchero adorable.

—Puedo ser una buena enfermera. —Le guiño un ojo.

—Lo eres, y voy a aprovecharme mucho de eso.

Eso me hace soltar una carcajada.

—Si no quieres salir a cenar, mis papás y los tuyos lo van a entender.

—Hice una reserva, amor. No me voy a echar para atrás. Solo me daré una ducha rápida, ¿ok? —dice, y luego me mira como si dudara en decir algo.

—Ah, sí, voy a ir vestida así —afirmo, ya sabiendo lo que iba a preguntar—. Son solo piernas. Guarda tus celos para ti y ni se te ocurra empezar con comentarios sobre lo que uso o dejo de usar.

—¡Tranquila! —pide, riendo—. No iba a pedirte que te cambiaras, si es lo que estás pensando. Solo diría que un día de estos me vas a dar un infarto con tus atuendos.

—¡Aprende a vivir con eso! —Vuelvo a guiñarle un ojo.

—Voy a aprender de una manera muy divertida más tarde —responde, devolviendo el guiño—. Carl los va a llevar a una zona restringida para que me esperen.

Jamie me besa en los labios y le hace una seña al guardia para que me acompañe de nuevo con nuestros familiares.

*

—Jefe, alguien filtró a la prensa que ustedes vendrían aquí. ¿Qué quiere hacer? —pregunta Carl.

Ya podemos ver el tumulto desde lejos.

—¿Nuestros padres ya entraron? —pregunta él.

Carl habla con alguien por el auricular y luego responde:

—Sí, hace unos cinco minutos.

—¿Pelirroja, hay algún problema para ti si entramos? Harán una barrera, nadie va a tocarnos.

—Por mí está bien —respondo, aunque estoy algo asustada por la cantidad de personas frente al lugar.

—Vamos a bajar, Carl.

El conductor da la vuelta, rodeando la manzana nuevamente. Rápidamente se organiza un esquema de seguridad y los demás guardias son informados, incluso los del establecimiento. Cuando el auto se detiene frente al local, los guardias se posicionan y Carl baja.

—Tranquila, ¿sí? —dice Jay, tomando mi mano y besando el dorso.

Solo le sonrío en respuesta.

Carl se coloca al lado de la puerta y la abre, y cuando Jamie baja, una lluvia de flashes lo recibe. Extiende la mano hacia mí, la tomo y bajo del auto.

La aglomeración es aún mayor de lo que imaginaba, y algunos reporteros parecen intentar sobrepasar a los guardias. El rubio pega mi espalda contra su abdomen y camina conmigo lentamente, sujetándome por la cintura mientras llueven preguntas.

—¿La cena en familia tiene algún motivo especial?

—¿Están comprometidos?

—Jamie, ¿vas a ser papá?

—¿Piensan casarse?

—Mariscal de campo, ¿vas a aceptar la oferta de los Patriots?

—Hanna, ¿estás embarazada?

—Mariscal de campo, ¿es cierto que planeas retirarte?

Preguntas absurdas, pero lamentablemente comunes, nacidas de suposiciones. Nos detenemos un momento mientras los guardias intentan abrir paso.

—Jamie, ¿superaste la pérdida de tu prometida?

Oigo esa pregunta con claridad y miro al hombre que sostiene una grabadora apuntando en nuestra dirección.

—Carl —llama Jamie al guardia, en una clara señal de que se apuren.

El tipo es empujado por una mujer que también intenta acercarse, y lo único que puedo hacer es seguirlo con la mirada.

¿Prometida?

Jamie aprieta mi cintura, instándome a avanzar. Cuando llegamos al vestíbulo del restaurante, me siento aturdida.

—Por favor, encuentra una salida alternativa. Estoy cansado y pasar por esto es agotador —le pide a Carl.

—¡Entendido, jefe!

—¿Estás bien? —pregunta Jamie al mirarme, y solo asiento con la cabeza.

Vuelve a besar mi frente y seguimos a la recepcionista que nos lleva hasta donde están nuestros padres. Pero siento la pregunta atorada en mi garganta, tanto que no logro contenerla.

—¿Ya habías estado comprometido?

Se pone tenso de inmediato y respira hondo.

—Prefiero no hablar de eso —responde, con un tono de voz que nunca antes había usado conmigo.

Alzo una ceja, perpleja por su brusquedad. Apenas me mira a los ojos. Al llegar a la mesa, me jala la silla y me siento al lado de mi madre.

—Perdón por la demora —dice con naturalidad, como si segundos antes no hubiera sido un ogro conmigo—. Tuvimos un contratiempo.

—Vimos el alboroto frente al restaurante... —empieza a decir su padre.

—Hija —mi mamá toca mi brazo y habla en voz baja—, ¿qué pasó? ¿Estás bien?

De reojo veo a Jamie mirando a su padre, pero sé que su atención está puesta en mí y en mi madre. Trago el nudo en la garganta y fuerzo una sonrisa.

—Sí, solo me asusté con la recepción que tuvimos.

—Amor, aquí tienen ese risotto de puerro con salsa blanca que te encanta —comenta Jamie, otra vez como si nada hubiese pasado.

Inhalo profundo en silencio, fingiendo que todo está bien.

—Lo pediré. —Sonrío.

Se inclina y me da un beso corto en los labios, y por primera vez en mucho tiempo, su beso es indeseado. Él lo nota. La conversación en la mesa fluye naturalmente. Nuestras madres se caen muy bien, y mi padre y Donald comparten su amor por el deporte. En cierto momento, miro hacia mi padre y lo noto

observándome. Le sonrío, pero él no lo hace, y entiendo que ya se dio cuenta que algo anda mal.

Llegan los platos, cenamos, y aunque me siento mal, trato de disimular. La charla sigue fluyendo en la mesa y todos (menos yo) parecen divertirse. Uno de los choferes de Jamie lleva a mis padres a casa, mientras sus padres van en otro auto, y Jamie y yo en un tercero.

El ambiente dentro del coche es horrible, tanto que hasta Carl y el otro guardia lo notan, así que ponen música ambiental. Llegamos al mismo tiempo que sus padres, y me alivia ver que se quedarán en el primer piso de la mansión. Me despido de ellos sin esperar a Jamie y entro primero. Abro la puerta y mientras camino hacia la sala, Kratos me recibe a mitad de camino.

Me agacho, acariciándolo mientras él frota el hocico contra mi mano, pero al escuchar entrar a su dueño corre hacia el rubio. Me levanto sin mirar atrás y subo las escaleras, yendo hacia el cuarto donde aún están mis cosas, donde solía dormir antes de que nos involucráramos.

Entro al vestidor buscando un pijama. Hace tiempo que no los uso, pues suelo dormir con alguna camiseta del mariscal de campo. Oigo sus pasos entrando al cuarto y entonces lo veo apoyado en el marco de la puerta.

—¿En serio vas a dormir aquí? —pregunta.

—¿En serio crees que después de tratarme como una mierda voy a meterme en tu cama y acostarme contigo?

—Hanna...

—¡Hanna un carajo, Jamie! ¿Viste el tono con el que me hablaste? Y además, ¿cuál es el problema de que yo sepa si

estuviste comprometido o no?

—¡Eso no le importa a nadie! —explota.

—¿Soy nadie para ti, Jamie? —pregunto, herida.

—No quise decir eso —responde, pasándose las manos por el cabello.

—Dijiste exactamente eso.

—Es un asunto viejo, muy personal y...

Muerdo el labio, conteniendo el llanto.

—¿Demasiado personal para alguien que solo está a tu lado por un contrato?

—¡No! ¡Claro que no! Ni siquiera me acuerdo de esa mierda y... —Respira hondo—. Es un asunto complicado.

—¿Esa ex prometida... es la que falleció? —Asiente—. Entonces, ¿cuál es el problema en hablar de eso?

—Tuve una historia con ella y eso no le concierne a nadie —dice, tan alterado como nunca antes.

—¿Qué más no quieres que sepa, Jamie? Porque es obvio que estás ocultando algo y...

—¡Maldita sea, Hanna! —grita, luego respira hondo.

—Sal de mi cuarto —pido en voz baja.

—Tu lugar es conmigo, en mi cuarto.

—Si no quieres que me vaya ahora mismo, será mejor que salgas tú, Jamie.

—Hanna, no es buen momento para discutir. Mis padres están aquí y esperan desayunar con nosotros antes de que viaje, y...

—Y voy a fingir que todo está bien y trataré a tus padres como se merecen, porque ellos no tienen la culpa de tu inmadurez.

Él cierra los ojos y vuelve a respirar hondo.

—No quiero irme peleado contigo, pelirroja. —Da un paso hacia mí, pero levanto la mano para detenerlo—. Sabes que estaré fuera toda la semana. Solo nos veremos en la playa, en la boda de Brandon, y...

—Y yo soy dama de honor y voy a cumplir con ese rol, no te preocupes. Yo entré en esto fingiendo, ¿recuerdas?

—Amor, no minimices lo que tenemos por...

—No me llames "amor". Yo te abrí mi vida, Jamie. Tú sabes todo sobre mí, y en la primera vez que te pregunto algo, me dejas claro cuál es mi lugar.

—Hanna...

—Sal de mi cuarto o empiezo a gritar, y eso va a llamar la atención de tus padres.

—Pero...

—¡SAL YA MISMO DE AQUÍ, MALDITA SEA!

Tomo uno de mis zapatos carísimos del estante y se lo lanzo. Él salta hacia un lado, haciendo que el tacón se estrelle contra la pared.

—Hablamos mañana. No me gusta dejar temas sin cerrar y...

Juro que cuando habla como si todo dependiera de lo que él quiera, me siento no solo herida, ¡sino muy furiosa!

—Escucha bien lo que te voy a decir. —Camino hasta él, mirándolo directo a los ojos—. Vamos a despertarnos, tomaremos ese maldito desayuno todos juntos y después, sin molestarme, te irás de viaje con tus padres. —Agradezco mentalmente que el próximo partido sea en Boston, justamente en la ciudad donde viven sus padres—. No intentes ningún contacto privado conmigo. Si lo haces, te juro que haré una escena, Jamie. ¡Te lo juro!

—Hanna...

—Voy a llamar a Carl y pedirle que prepare el auto para llevarme... —Amenazo, haciendo ademán de tomar el celular.

—¡Está bien! —responde de inmediato—. ¡Está bien! —Suspira—. Ya me voy.

Camina hacia la puerta y yo lo acompaño. Al abrirla, se detiene y me mira. Yo lo encaro, dejándole claro que no voy a retractarme. Apenas sale del cuarto, cierro la puerta con llave y al oír sus pasos alejarse por el pasillo, me dejo caer contra la madera hasta quedar sentada en el piso.

¿Por qué siento que algo no está bien?

Las lágrimas comienzan a rodar por mi rostro al recordar la discusión y la manera en que se posicionó. Desde el principio supe que involucrarme con él sería una caída fuerte. Entonces, ¿por qué me decepciona tanto su actitud fría?

Al final, solo soy un contrato.

Siempre lo fui.

Capítulo 25

Hanna Watson

Las cosas estaban raras desde el viernes pasado.

Cuando me desperté el sábado por la mañana, bajé a desayunar con los padres de Jamie y con él, como habíamos acordado. Actué tan bien que, sinceramente, Netflix está perdiendo a una gran actriz, porque hasta Jamie creyó que las cosas estaban mejor. Pero bastó con que estuviéramos a solas un momento para que él se diera cuenta de que yo seguía completamente firme.

Estaba realmente dolida.

Él me redujo a una "nadie", y yo de verdad pensé que estábamos en la misma página. Por lo visto, solo para mí las cosas habían evolucionado, cambiado de nivel. Estoy enamorada de él, y ruego con todas mis fuerzas que esto solo sea una pasión.

Una pasión, por más dolorosa que sea, sana. Pero un amor perdido... creo que es irreparable. Algunas cosas, una vez rotas, ya no tienen arreglo. Y le suplico al destino que mi corazón no entre en esa estadística.

Durante toda la semana, Jamie intentó llamarme. Yo no atendí. Respondí sus mensajes, pero siempre de forma breve. Tuvo varios cambios de humor. A veces él parecía molesto y llegó a llamarme infantil. Otras veces, se mostraba inconforme porque yo era tan indiferente con lo que habíamos construido. En otras, se notaba profundamente triste.

Mientras tanto, yo solo podía sentirme herida.

Recordaba el tono cortante con el que me respondió en el restaurante, las cosas que dijo dejando claro que ese tema no me concernía. Pero eso no es cierto, no si lo que teníamos era real.

Bueno, si no merezco saber nada, si claramente me oculta cosas, entonces él tampoco merece nada más allá de lo acordado desde el principio. Y eso es lo que he estado haciendo durante esta semana. Volviendo todo impersonal.

Esto no me está haciendo nada bien.

Claramente estoy sufriendo. No duermo bien, no tengo hambre y, para empeorar, he estado teniendo migrañas. Ale y Liam han sido mi compañía, ya que tuve que evitar a mis padres por miedo a que notaran que estoy diferente.

Hoy, cuando Carl vino a buscarme, incluso él me preguntó si me sentía bien. Debo estar hecha mierda, porque hasta el guardaespaldas se dio cuenta.

Es una mierda que justo ahora me toque hacer su maleta. Pero estar enojada con Jamie no significa que voy a ser una mala persona con Majo. Ella está llena de trabajo, porque tres empleadas faltaron esta semana y le tocó encargarse sol*a de tres pisos.*

*Así que, cl*aro, me ofrecí para preparar su equipaje. A pesar de todo, lo conozco y sé lo que va a necesitar para el fin de semana. Ya separé toda su ropa, solo faltan los cosméticos y el maldito corbatín con la flor que va a usar con el esmoquin. Ya busqué por todas partes y no los encuentro. Salgo del clóset y del cuarto rumbo a las escaleras, pero termino cruzándome con Marjorie en el pasillo.

—Hanna, creo que ya terminé —murmura, suspirando—. ¿Quieres ayuda?

—No, Majo. Ve a descansar, yo me las arreglo aquí. Solo quería preguntarte si recuerdas dónde está el corbatín y la flor para la boda.

—Brandon trajo una cajita, debe estar en los últimos cajones. Yo la busco por ti...

—No. —Le tomo la mano y le sonrío—. De verdad, yo me las arreglo. No te preocupes.

—¿Estás segura? —pregunta—. No me cuesta nada...

Le sonrío e insisto en que se dé la vuelta, empujándola suavemente por el pasillo.

—¡Ve a descansar! Esta semana debió ser pesadísima.

—Gracias, querida —dice, dándome un beso en la frente—. Si necesitas algo, llámame. Mañana en la mañana vengo para llevarme a Kratos a casa.

—¿Quieres llevártelo hoy? —pregunto, esperando que diga que no.

—Él no va a querer dejarte sola —dice, mirando por encima del hombro y guiñándome el ojo, haciéndome sonreír—. ¡Buenas noches, Hanna!

—¡Buenas noches, Majo! —respondo y vuelvo al cuarto, entrando al clóset de Jamie.

Observo la inmensidad innecesaria del clóset y empiezo a buscar. Reviso todo, cada maldito rincón y simplemente no lo encuentro. Entonces me detengo a pensar. ¿Dónde lo guardaría él? Miro hacia arriba y veo en el altillo un bolso deportivo, y pienso que el destino es una mierda si están allí.

Empujo el banco al centro del espacio hasta que queda junto al mueble. Me pongo en puntas de pie, dando pequeños saltos hasta

lograr agarrar el bolso por el asa. Se sacude, y descubro que no está vacío.

Me siento en el banco y lo abro. Saco la cajita azul y suspiro aliviada al ver que el corbatín y la flor están allí, pero justo cuando voy a cerrarla, noto otra cajita dentro. La miro durante algunos segundos, pero, ¿a quién quiero engañar? Claro que quiero ver qué hay adentro.

Tomo la cajita, que está desgastada en los bordes, y desato el lazo para ver qué contiene. Lo primero que veo es un llavero en forma de balón de fútbol, y en el centro está escrito "te amo". Una sensación horrible me invade, y sé que no debería abrir la hoja blanca, algo amarillenta, que hay dentro.

Pero lo hago.

Jamie

Escribí esta carta cuando te inscribiste al draft. Sé que puede parecer algo infantil, y de cierta forma lo es. Pero la verdad es que quiero recordar la época en la que éramos niños. Aun siendo pequeño, ya eras hermoso. Ya suspiraba por ti, incluso cuando para ti era más interesante jugar canicas en el recreo.

Éramos vecinos, así que no me bastaba con mirarte en clase, también lo hacía desde la ventana de mi habitación. Vivía para verte, suspirando en secreto. Recuerdo que cuando cumpliste trece y te quitaste la camiseta para jugar fútbol con tus amigos, creo que me quedé como media hora en estado de shock al notar cuánto habías crecido.

Ese día supe que me gustabas, así que, aunque no lo supieras, fuiste dueño de mi primer suspiro de niña enamorada.

Desde entonces empecé a arreglarme más, y poco tiempo después me preguntaste por qué estaba vistiéndome diferente. Tuve que morderme la lengua para no soltar un "es por ti", y menos mal que no lo hice, porque poco después descubrí que también lo hacía por mí.

Cosas de niña que, en su inocencia, pensaba que estaba empezando a convertirse en mujer.

A los catorce fuimos a nuestra primera fiestita, ¿recuerdas? Fue en el garaje de Zac, que era un idiota, pero yo no iba por él. Iba por ti.

Cuando propusieron el juego de "verdad o reto", fui de las primeras en aceptar, porque tenía un objetivo. Mi primer beso. Tenía que ser contigo, y lo logré. Fue el mejor "reto" de mi vida.

Un beso torpe y demasiado rápido, pero que me hizo suspirar por mucho tiempo, incluso pensando que lo habías olvidado. Entonces me invitaste a tomar un helado y, antes de irnos, volviste a besarme. Esta vez, un beso en los labios un poco más largo. Pasaron tres meses hasta que tuvimos nuestro primer beso de verdad, en mi fiesta de quince.

Otra vez, no fue el mejor, ¿cierto?

Pero seguimos juntos, y de repente besarte se volvió la mejor parte de mis días...

Limpio mis ojos después de que una lágrima cae sobre el papel arrugado y manchado con varias lágrimas más. Lágrimas que

seguramente él derramó en las cientos de veces que leyó esta carta. Respiro hondo, tratando de calmarme, y vuelvo a leer.

...tu boca sabía a caramelo de menta. Hasta hoy, ese es mi dulce favorito.

Empezamos a descubrirnos juntos, y cuando finalmente tuvimos relaciones, fuiste tan cariñoso, tan atento, tan perfecto, que me dio pena por todas mis amigas que decían que perder la virginidad había sido horrible.

Todas mis primeras veces fueron maravillosas.

Tú hiciste que cada una fuera especial.

Juntos, fuimos rey y reina del baile, y además, quedamos en la misma universidad.

Entonces las cosas empezaron a complicarse un poco, ¿no?

Tú estabas ocupado intentando destacar en el deporte, mientras yo hacía todo para entrar al equipo de porristas. Otra vez, los dos lo conseguimos. Muy pronto, tú eras el mariscal de campo y yo la capitana del equipo. Y fue ahí cuando perdimos el rumbo.

Admito que cambié, realmente cambié, y eso no justifica lo que hiciste, pero también tuve mi parte de culpa cuando me engañaste. Los dos veníamos de una cadena de errores, gatito.

Tú me engañaste, yo te engañé y terminamos.

Me sentí muy mal, y sé que tú también, porque nos amábamos. Pero hoy creo que fue un mal necesario. Necesitábamos vivir experiencias, y las vivimos. Cuando volvimos, estábamos completos. Uno para el otro. Uno por el otro.

Sé que vamos a cumplir todos nuestros sueños juntos.

Yo voy a ser una modelo exitosa.

Tú, una estrella del fútbol.

Nuestra casa será enorme, toda blanca... Tendremos una piscina techada y climatizada para usarla todo el año. Ah, y un perro. Vamos a tener un perro hermoso. Y sí, está bien, podemos llamarlo Kratos. Como ese personaje del videojuego que tanto te gusta.

Eres el amor de mi vida, Jamie.
Tuya (y siempre tuya), Paige.

Dejo la hoja sobre el banco y me levanto, respirando hondo, buscando aire. Me siento mareada, así que me sostengo de un armario y me dejo caer al suelo.

Lejos del banco elegante y lejos de esa carta.

Apoyo la cabeza en el mueble de los zapatos y lloro, recordando la última parte.

"Sé que vamos a cumplir todos nuestros sueños juntos.

Yo voy a ser una modelo exitosa.

Tú, una estrella del fútbol.

Nuestra casa será enorme, toda blanca... Tendremos una piscina techada y climatizada para usarla todo el año. Ah, y un perro. Vamos a tener un perro hermoso. Y sí, está bien, podemos llamarlo Kratos. Como ese personaje del videojuego que tanto te gusta".

Sollozo fuerte, sintiéndome atrapada. Kratos parece notar que necesito ayuda, porque se sienta frente a mí y me observa.

Kratos.

El nombre del perro que eligieron juntos.

En realidad, todo lo eligieron juntos.

Paige ya no está, pero Jamie cumplió todos sus sueños. Todos sus sueños en común.

Él los vive por ella.

Por ella. Por los dos.

Por su amor.

Todo sigue siendo por ella, y yo... yo me siento una intrusa en esta casa.

Doblo las rodillas y apoyo los brazos sobre ellas, sosteniendo mi cabeza entre las manos.

¿Cuánto hacía que no lloraba así?

Agradezco todo lo que Dios me dio, pero en este momento solo puedo sentir dolor. Siento tanto dolor en el pecho que temo estar teniendo un infarto.

Es como si alguien me clavara un cuchillo en el corazón. Lo juro, el dolor es real. Me llevo la mano al pecho, frotándolo, intentando calmar la angustia. Kratos se mete entre mis piernas y apoya la cabeza en mi hombro, y eso me hace llorar aún más, porque es como si me abrazara.

Incluso Kratos... incluso este perro que llegué a amar... Jamie lo tiene por ella.

Lo abrazo, buscando consuelo en él. Al menos sé que su amor es genuino.

Me derrumbo.

Lloro por todo lo bueno y lo malo que viví con Jamie.

Lloro por la felicidad de saber que fue real para mí y por la tristeza de saber que no lo fue para él. Y hasta puedo creer que él siente algo por mí, pero nunca va a ser más que eso, porque sigue teniendo a Paige en su vida de mil maneras distintas.

Él vive por ella, a través de lo que podrían haber vivido juntos, y está bien.

Jamás podría competir con lo que tuvieron.

Así que acepto que esto es el final, al mismo tiempo que me doy cuenta de que lo amo.

Lo amo con todo lo que soy, pero merezco más. Merezco a alguien que esté conmigo por completo, y él nunca podrá darme lo que ya no tiene.

Su corazón se quedó con ella. Siempre será de ella.

Sufro y lloro por lo que parecen horas, y solo cuando siento que los ojos ya no me dan más, me levanto.

Termino de hacer la maleta de Jamie, voy a lo que fue mi cuarto por un tiempo y empiezo a hacer la mía. Me doy una ducha larga y me acuesto, poniendo la alarma en el celular.

Voy a ir a esa boda, voy a cumplir con mi parte y, cuando regresemos, voy a romper este contrato.

No hay futuro para algo que desde el principio estaba destinado al fracaso.

Capítulo 26

Hanna Watson

Cuando el jet privado comienza a aterrizar, respiro repetidamente... Y no por estar nerviosa por el aterrizaje, sino porque sé que en cuanto baje, él va a estar esperándome.

Lamentablemente, sucede demasiado rápido y enseguida Carl me guía hacia la salida. Apenas empiezo a bajar las escaleras, veo a Jamie parado junto a uno de los muchos autos negros que tiene. Está hablando con un guardia, pero pronto gira la cabeza hacia el jet y me ve bajando.

Sonríe, y sé que es una de sus sonrisas nerviosas.

Mi pobre corazón late acelerado, pero a diferencia de ayer, hoy no tengo ganas de llorar. Lloré tanto ayer que terminé pareciendo un panda, con el rostro hinchado. Tal vez, cuando hablemos sobre la ruptura, vuelva a llorar, pero le pido a todas las fuerzas del universo que me ayuden a ser fuerte una vez más.

Ya me he sentido rechazada otras veces y he sido fuerte. Esta vez también puedo serlo.

Camino hacia el auto, hacia su encuentro.

—Amor —dice y me abraza.

Le devuelvo el abrazo, aspirando el aroma amaderado de su perfume. Intentando grabar esa fragancia en mi memoria. Tal vez algún día, recuerde esto como un buen sueño. Como una parte feliz de mi vida. Jay se aparta y me observa, y sin pedirme permiso, levanta mis lentes de sol.

—¿Qué pasó? —Sujeta mis brazos, como si se asegurara de que estoy entera, y eso me hace sonreír, aunque sea una sonrisa triste.

La parte que está sangrando no se puede ver a simple vista.

—Estoy bien físicamente —respondo, sincera. *Sincera, como siempre he sido.*

—¿Por qué lloraste? —pregunta en voz baja.

—Prefiero no hablar del tema.

Uso las mismas palabras que él usó cuando le pregunté si alguna vez había estado comprometido. Tal vez lo hago porque estoy herida, o porque quiero herirlo. Mantengo la mirada, viendo cómo recuerda que él me dijo eso antes. Espero que lo confronte, pero no lo hace. Solo baja la cabeza y asiente.

—Con permiso —le digo, y entiende que está frente a la puerta del auto.

Se aparta, desconcertado, y soy yo quien abre y sube. Todo el trayecto hasta el resort se hace en silencio. Cuando llegamos, nos recibe Brandon, que nota que algo anda mal, pero no pregunta nada. Explica que todas las chicas ya están en el spa, esperándome.

Le pregunto si, antes de unirme a ellas, puedo ir a nuestra habitación, dejar mi maleta y acomodarme. Pero en realidad, lo único que quiero es entrar al baño y lavarme la cara, recomponerme por estar tan cerca de él.

Uno de los empleados del hotel nos guía hasta la habitación y, en otro momento, estaría feliz de estar ahí. Pero no hoy.

—¡Gracias, yo me encargo desde aquí! —dice Jamie al empleado, y en lugar de ir al baño como deseaba, camino hacia el balcón para mirar el paisaje.

Segundos después, siento su presencia detrás de mí y por un momento, ninguno de los dos dice nada. Es como si el aire a nuestro alrededor estuviera cargado. Al final, Jamie suspira y se acerca, quedándose a mi lado.

—Deberíamos hablar —dice.

—Intenté hablar, Jamie. Sabes que lo intenté.

—Me evitaste toda la semana.

—Fui práctica, como tú.

—Hanna, siento que te estoy perdiendo. Eso está pasando, ¿verdad?

Respondo su pregunta con otra:

—¿Tienes algo que decirme?

Giro el rostro, viendo que ya me estaba observando. Ninguno de los dos desvía la mirada.

Di algo. Por favor, salva lo que tenemos.

Le imploro con la mirada, pero como imaginaba, no dice nada. Suspiro y doy un paso, intentando volver al cuarto.

—¡Hanna! —Me toma de la cintura, acercándome a él—. Me gustas.

Eso me hace sonreír. Al menos, hay una verdad entre nosotros.

—Lamentablemente, gustar no lo es todo —respondo e intento apartarme, pero mi blusa tejida se engancha con el botón de su pantalón—. ¡Mierda!

Jamie se inclina, lleva las manos entre nosotros y trata de desenganchar el botón. Oigo un ruido y levanto la mirada justo para ver a Amber en el balcón de al lado. Sonríe con incomodidad y pide "perdón" en silencio, luego desaparece dentro del cuarto.

Me desconcierta su reacción, pero Jamie logra liberar mi blusa y no pierdo tiempo: voy hasta mi maleta a buscar una ropa cómoda.

Entro al baño, me doy una ducha rápida y me pongo el vestidito y las sandalias del hotel. Al salir, veo a Jamie sentado en la cama, y finjo no notar lo ansioso que está. Necesito pensar en mí. Tomo mi bolso y agarro el celular y el cargador para llevarlos conmigo al spa.

—¡Hanna! —dice él, y me detengo, sin decir nada.

Llaman a la puerta y camino hacia ella.

—¡Niña! ¡Llegas tarde! —me dice una mujer con una carpeta, una radio y un auricular en la oreja—. Encontré a la última dama de honor —dice por el radio, que me recuerda a los monitores que había en los cuartos del orfanato mientras dormíamos.

—Hanna... —Jamie se levanta y camina hacia mí.

—¡Ni lo intentes, hombre! —Ella me agarra de la mano—. Igual que los novios, ustedes solo pueden verse en la ceremonia.

Y entonces me jala, y me alejo sin mirar atrás.

*

De todas las chicas, solo no conocía a la novia, Taylor, y a otra dama de honor, Hope. A Priscila y Amber las había visto brevemente, y eso me dio más tranquilidad cuando entré aquí hace una hora.

Hace poco llegó Andrew, que prefiere que lo llamen Andy. Los cinco son tan agradables que siento como si los conociera desde hace tiempo, y me sentí feliz por la manera en que me recibieron. Estamos todas haciéndonos las uñas y hablando sobre la época en que ellos iban a la universidad.

—Creo que ahora es momento de mostrarles lo que traje —dice Andy.

—¿Qué trajiste? —pregunta Hope, acariciando su barriga, apenas perceptible.

Amber observa el gesto y se queda pensativa.

—Antes, yo también necesito contar algo.

—¿Qué cosa? —pregunta Taylor.

—Estoy embarazada —dice Amber, con timidez.

Todas dan pequeños gritos de emoción y la felicitan, incluso yo. Siempre me vuelvo un poco tonta cuando veo a alguien embarazada. Creo que, por haber crecido en un orfanato, uno de mis sueños más grandes es ser mamá, formar mi propia familia.

Después de tanta charla, y de que Amber contara cómo se enteraron, Andrew sale del spa y vuelve con una bolsa en la mano.

—¿Qué es eso, amigo? —pregunta Pri, comiendo unas uvas, mientras Kevin duerme en su cochecito.

—¡Son álbumes de fotos!

—¿Álbumes? —pregunta Hope, entusiasmada.

—¡Sí! Sé que ya ni se acostumbra a revelar fotos, pero yo quería guardar lo que vivimos en la universidad.

Todas se emocionan otra vez. Él se sienta, Taylor y Amber a cada lado, y yo, Hope y Pri nos colocamos de pie detrás del sofá para poder ver las fotos. Mi corazón tonto y yo, esperanzados por ver un poco de Jamie en su época universitaria.

—Kane, Jamie y Thiago ya parecen borrachos… —dice Hope riendo, mostrando a Andy y a mí un video.

—Si Brandon entra borracho a la iglesia, se queda sin luna de miel —dice Taylor, seria.

—Amiga, él no es tonto —responde Andrew—. Por mí, Thiago puede beber lo que quiera. Yo voy a hacer lo mismo en la fiesta.

Abre el álbum y empezamos a mirar. Sonrío al ver a los tres en las primeras fotos, en un cuarto de residencia estudiantil mil veces más equipada que la mía. Luego aparecen Justin, Kane y Thiago. El grupo de la banda *Radioactive*. Amber y una pelirroja vestidas de porristas.

—En esa época todavía eras una perra, Amber —dice Andy, dándole un codazo.

Amber se ríe, y ante mi expresión confundida, Taylor me explica:

—Es una historia larga, pero en resumen, Amber y yo salimos un tiempo.

Las miro a las dos, sorprendida.

—Ella terminó conmigo —concluye Taylor— para estar con Brandon.

—¿Tu esposo? —pregunto, impactada, y ella asiente riendo.

—También tuvo algunas aventuras con Nickolas antes de empezar a salir con Bran —dice Amber, y me quedo aún más impactada.

—Y eso no es todo —agrega Andy—. Priscila salía con Jamie.

—Ay, por Dios —murmura Pri, y empiezo a reír.

—¿En serio? —pregunto, riendo todavía.

—Sí, pero fue algo rápido. Pronto empecé a salir con Justin y él volvió con Paige —responde, pero enseguida se nota más incómoda.

—Está bien —Intento sonreír.

El ambiente se pone un poco tenso por un instante, pero Andrew sigue pasando las fotos, y cuando llega a una, se me va el aire. Jamie y la pelirroja (creo que la misma que estaba con Amber antes) abrazados. Andy pasa rápido la imagen, pero le pongo la mano en el hombro.

—¿Puedes volver, por favor?

A pesar de estar dudoso, vuelve.

No puede ser. ¿Ella es…?

—¿Esa es Paige? —pregunto con un hilo de voz.

—¿Nunca habías visto una foto de ella? —pregunta Hope.

—Él no habla de ella —respondo en automático.

Soy pelirroja como ella y el parecido es un poco perturbador. Respiro hondo, como ayer, sintiéndome claustrofóbica.

—¿Estás bien? —pregunta Pri—. Estás muy pálida. ¡Ven, siéntate!

Me toma del brazo y me hace sentar. Me siento mareada otra vez.

—Yo… —intento hablar.

—¡Tranquila! —pide Andy, abanicándome—. Respira, cariño.

—Voy a buscar agua fría —dice Hope, alejándose.

Taylor me toma la mano y la acaricia, claramente intentando calmarme. Luego de un rato respirando como ella me indica, me calmo y abro los ojos. Amber se acerca con una silla y está sentada frente a mí.

—¿Te impactó el parecido? —pregunta, y solo asiento con la cabeza, sin querer mencionar la carta, empezar a llorar y darle más trabajo al pobre maquillador—. Sé que ustedes empezaron una relación falsa, pero de verdad le haces muy bien.

Frunzo el ceño… *¿Cómo…?*

—¡A él le gustas, Hanna! —asegura Amber.

—Sí, le gustas de verdad. Bran me dijo que nunca lo vio tan involucrado y… —Ahora miro a Taylor, perpleja.

Y luego miro a Pri, Hope y Andy.

—¿Todos ustedes lo sabían? —pregunto, con la voz quebrada.

—¿Sobre la relación falsa? —dice Andy, y él mismo responde —: Sí. Somos muy cercanos desde la universidad y…

Se calla, con los ojos muy abiertos, justo cuando la primera lágrima cae por mi rostro. Y cae otra. Y otra. ¡Al parecer me convertí en una fuente de emociones, y siento una rabia tan grande hacia Jamie por eso! Sí. Lo odio, porque si algo he sido toda mi vida, es dueña de mis emociones, ¡y ahora estoy aquí, llorando por un hombre al que nunca le importé!

—Me hizo mentirle a mis padres —cuento—. Dijo que nadie más que Liam, una amiga mía y su ama de llaves lo sabían. —Suelto una risa amarga entre lágrimas—. Me mintió. Jamie me engañó.

—No tenía idea de que no sabías que lo sabíamos —dice Amber, triste, intentando justificarse.

—Me enamoré de él —confieso, sin saber por qué—, pero ya no lo quiero. No quiero seguir cerca de él.

Y entonces me quiebro.

Menos de veinticuatro horas después del primer colapso, estoy llorando otra vez. No entiendo por qué, quizás por fragilidad, quizás por desesperación, pero cuento lo de la carta.

Más que nunca, me siento como una impostora. Un reemplazo. Una suplente. Es irónico que él viva los sueños que tenía

con ella y, aunque sea por casualidad, se involucre con alguien que físicamente se parece tanto. Y peor aún, que oculte todo eso.

¿Será que pensaba en ella cuando teníamos relaciones? Pensarlo me da asco.

Cuando ya estoy más tranquila, Andrew se pone de pie y da unas palmadas, llamando nuestra atención.

—A ver, Hanna… Te vas a dar una ducha aquí en el spa para no tener que volver al cuarto. La maquilladora y el estilista te van a dejar más hermosa de lo que ya eres, y vas a estar tan increíble que el mariscal de campo se va a quedar sin aire. Vas a mostrar tu mejor cara y vas a disfrutar esta fiesta con nosotros. Vamos a bailar y vas a divertirte mucho. No va a ser difícil dejar a Jamie temblando al final de la noche. Ya deben estar bebiendo, probablemente cuando llegue a la cama va a hibernar.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunta Amber.

—Que cuando él despierte, ella ya no va a estar aquí.

—Andrew…

—Sé que es tu mejor amigo, pero no lo vas a justificar esta vez, Amber. No vuelvas a ser una perra, ¿eh? ¿Dónde quedó tu espíritu de sororidad? —La mira serio, y ella traga saliva y asiente en silencio.

—Estoy de acuerdo con Andy —dice la novia—. Sé que te gusta y de verdad creo que él también siente algo por ti. Pero Jamie necesita un golpe de realidad.

Asiento con la cabeza.

—Pri, muéstrale la ducha, por favor. Yo voy a conseguir un vuelo para mañana a primera hora.

—Tiene que ser privado, Andrew —dice Amber, aunque parece contrariada—. Yo te ayudo con eso.

Y fue así como me sentí tan bienvenida por cada una de ellas que me di una ducha y me vi realmente hermosa. Me obligué a tener una sonrisa en el rostro y caminé con las otras damas de honor hasta el altar. Bailé, disfruté muchísimo, y cuando subimos al cuarto, pasadas las 4 de la madrugada, con la ayuda de Justin que cargaba a un Jamie borracho que se tiró en la cama y se durmió en el acto, hice mi maleta.

Cuando salió el sol, ya estaba despegando de regreso a Alabama, y recién entonces volví a sentir el peso de haber sido usada.

Yo lo amaba, pero no lo iba a poner por encima de mi amor propio. Si Jamie de verdad quería estar conmigo, tendría que ganárselo.

Capítulo 27

Jamie Donovan

Abro los ojos, pero los vuelvo a cerrar enseguida al sentir la luz irritarme. Siento un sabor amargo en la boca y bostezo. Los abro de nuevo, viendo el lado de la cama vacío; ella ya debe haberse levantado. Parpadeo, ajustando la vista a la claridad de la habitación. Tengo la cabeza algo aturdida, pero no me duele. *Benditos tragos que Brandon nos obligó a tomar.*

Me estiro, bostezando otra vez, y entonces me doy vuelta.

—¡Mierda! —grito del susto al ver a Liam sentado en el sillón.

Parece cansado. Lleva puesta una camisa de vestir con las mangas arremangadas, además de estar toda arrugada. Tiene el celular en la mano mientras me observa. No parece enojado, pero de algún modo, sí se lo nota triste.

—¿Qué haces aquí? ¿Estuviste en la boda? —pregunto sin recordarlo de anoche. Aunque estaba invitado, recuerdo que tenía una reunión con patrocinadores de Nick y…—. ¿Dónde está Hanna?

Me siento en la cama. Miro alrededor y siento cómo se me hiela la sangre.

—¿Dónde está ella?

Me levanto sin importarme estar en ropa interior. Él ya me ha visto así muchas veces en estos últimos años. Me vuelvo a sentar, sintiendo las piernas débiles. Liam se pone de pie y va hasta el frigobar, saca una bebida isotónica y me la alcanza. La tomo y bebo casi toda de un solo trago.

—¿Ella pidió cambiar de habitación? —pregunto, dejando la botella de lado y tomando el celular de la mesita de noche.

—Se fue.

—¿Cómo? —pregunto, sintiendo el aire ponerse espeso.

—Se fue apenas te dormiste.

Lo miro, con mil preguntas en la cabeza, pero parece que perdí la capacidad de hablar.

—Recibí un mensaje de Amber avisándome, cerca de las 4 de la mañana. Se fue en el jet privado de Nicky. De hecho, voy a avisarle que despertaste. —Agarra el celular y escribe algo—. Amber se sintió mal por traicionar tu confianza, pero dijo que tenía que ser justa y no podía volver a ser una perra. O algo así.

—¿Hanna terminó conmigo? —pregunto, tanto a él como a mí mismo.

—No lo sé, hermano. Eso es algo que solo tú puedes resolver. Sabía que iban a involucrarse al pasar tanto tiempo juntos. Cuando vi que de verdad te estabas interesando, mi error fue pensar que dejarías el pasado atrás. —Vuelve a suspirar—. Sobre el contrato… Me mandó un audio hace poco, pidiendo rescindirlo.

—No me importa el contrato. No le cobres ninguna multa y págale el monto completo.

Él niega con la cabeza.

—Ella ya dijo que no quiere nada.

Me levanto y voy hasta mi maleta. Saco una bermuda y ropa interior.

—Necesito un minuto —le digo, y entro al baño.

Automáticamente hago todo lo que tengo que hacer. Aun quedándome un buen rato bajo la ducha, parado, dejando que el

agua me caiga encima, no me ayuda a aclarar las ideas. Mucho menos a quitarme esta sensación de ahogo.

Me seco y me visto. Luego me cepillo los dientes y salgo del baño.

Por supuesto que ya están en la habitación: Amber, Nickolas y Bran.

—Estás en tu luna de miel, hermano —le digo a Brandon—. Ve a pasar el día con tu esposa.

—Estoy casado hace rato, Jay. A mi esposa no le va a molestar estar unos minutos sin mí.

—Amber… —empiezo a decir, ignorando el comentario de Brandon, pero Nicky me interrumpe.

—Cuidado con lo que le vas a decir o el tono que vas a usar, Jamie —advierte, y así de simple, ella empieza a llorar.

Suspiro, y Nicky pone cara de pocos amigos, señalando a su esposa. Me acerco a ella y la abrazo.

—Tranquila, querida. —Ella solloza y le doy unas palmaditas en la espalda—. En serio, solo quiero saber cómo pasó todo.

Cuando se calma, me alejo y vuelvo a sentarme en la cama. Amber se sienta al lado de Liam, en un sillón.

—Ella contó algunas cosas… Y entonces empezó a llorar, y mientras la consolábamos, sin querer dijimos que aunque su relación empezó siendo falsa, tú sentías algo por ella.

—¡Carajo! —murmuro, apretando los ojos con fuerza.

—¿En serio no les dijiste que sabíamos? ¿No se te ocurrió que ella iba a estar con las chicas y con Andy en el spa? —Ironiza Bran —. ¡De verdad, eres un completo imbécil!

—Brandon —lo reprende Nickolas.

—¿Qué te pasa, Nickolas? —le responde—. ¡Jamie necesita abrir los ojos!

—¿Qué cosas contó ella, Amber? —pregunto, ignorando a los dos.

—No puedo contar eso —dice, suspirando—. No puedo ser una perra.

—No eres una perra, amor. —La tranquiliza su marido.

—¿Contó que habíamos discutido? —insisto, a pesar de la mirada reprobatoria de Nicky.

—Vio una foto de Paige. —Respiro hondo—. Y entonces habló de algunas cosas. Cosas que ustedes deben conversar y tratar de resolver. Jay, a Hanna le gustas, pero la estás perdiendo.

Bajo la cabeza, sin querer mirar a ninguno de los cuatro.

—Desafortunadamente, la vida te quitó a Paige —continúa—, pero Hanna está viva. Si la pierdes, va a ser porque la dejaste ir.

—Estás siendo un cobarde —dice Brandon, y esta vez Nickolas no lo contradice.

Nos quedamos en silencio un momento y todavía me siento como en piloto automático, como si esto no fuera real. Pero en el fondo sé exactamente qué tengo que hacer.

—Liam, pide que preparen el avión, por favor.

—Ya lo hice. Está todo listo para salir —responde.

—Sé racional, Jay. No vayas tras ella hoy, dale su tiempo… —empieza Brandon, pero esta vez lo interrumpo.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Esperar una semana? No, hermano. No voy a hacer eso.

—Ve a casa, baja la resaca y mañana la buscas. Ella seguramente no quiere verte hoy y tú aún estás algo borracho.

Cuando hablen, necesitas estar completamente lúcido.

—Tiene razón —lo apoya Nickolas.

—A pesar de los años que pasaron desde la universidad, sigue siendo raro verlos tan amigables —comento.

—Nunca voy a olvidar que intentó acostarse con mi mujer —responde Bran.

—¿En serio, Brandon? —protesta Nicky—. ¡Tú te acostaste con la mía por más de un año!

—¡Ay, por el amor de Dios! —grita Amber—. No me gusta recordar que me acosté con Brandon tanto como a Taylor le gusta recordar que estuvo contigo, Nickolas.

—¿Y ustedes tampoco se la pasan recordando que estuvieron juntas, verdad? —dice Brandon, y Liam se ríe.

Yo soy celoso, pero Brandon… Él les gana a todos. Nickolas se queda callado, también esperando la respuesta.

—No, Brandon. Ella y yo no estamos recordando que nos besamos ni que nos besamos con ustedes. ¡Den vuelta esa maldita página de una vez! Y Nicky… —Se pone de pie mirando a su esposo —. Vas a quedarte en abstinencia por no haber hecho callar a Brandon.

Abre la puerta y, al salir de la habitación, la cierra de un portazo.

—Gracias por eso, Brandon —dice Nicky y sale tras su esposa.

Bran se ríe.

—¿De qué te ríes, hermano? —pregunta Liam—. Probablemente ella se lo cuente a tu esposa, y sabes que a Tay no le va a gustar.

—Deja de llamar a mi mujer por su apodo. —Bromea Bran, dándole una patada suave en el pie a mi asesor—. Antes de que se vayan, bajen a almorzar con nosotros.

Asentimos con la cabeza, y entonces Brandon también sale de la habitación. Yo empiezo a hacer mi maleta.

*

Estoy sentado en la cama del dormitorio de Hanna y juro que hacía mucho tiempo que no me sentía tan nervioso. Ayer, cuando llegué a mi casa, entendí cómo empezaron a desmoronarse las cosas.

La carta.

Hanna había leído la carta de Paige y no sé exactamente cómo la afectó el contenido. Claro, no fue solo la carta. Fue la forma en la que manejé el asunto la semana anterior. Eso, sumado a la carta, a la foto de Paige y a descubrir que, de alguna manera, le estaba mintiendo, probablemente fue demasiado para asimilar.

¡Carajo, fui un imbécil! Un idiota. Un ogro. Pero, mierda, no quiero perder a esta mujer. No quiero.

Así que esta mañana le mandé un mensaje preguntando si podíamos hablar, y sinceramente pensé que sería difícil convencerla de verme, pero una vez más me demostró cuán madura es y me dijo que sí. Me pidió que fuera a su residencia, pero avisó que solo podría a última hora de la tarde, porque tenía clase de refuerzo de cálculo.

Llegué casi una hora antes, porque estaba demasiado ansioso como para quedarme un minuto más en casa. Apenas llegué, Ale me

dejó subir, pero apenas me miró al entrar al cuarto y dijo que no se quedaría porque hoy no quería verme la cara.

Alessandra tiene una personalidad fuerte y en este caso, ni siquiera puedo culparla.

Cuando la puerta comienza a destrabarse y Hanna entra, se me va el aliento al verla. Solo ha pasado un día, pero se siente como si lleváramos años sin vernos.

—¡Hola! —Esboza una débil sonrisa y deja su mochila sobre la cama.

Me levanto, un poco inseguro sobre qué hacer, así que decido seguir mi instinto.

La abrazo, ella me devuelve el abrazo. La beso, pero ella no me besa.

Entonces me alejo, sintiendo como si hubiese perdido lo más importante del mundo, y tristemente, tal vez sí lo haya perdido.

—Siéntate —me pide, y vuelvo a sentarme en el mismo lugar de segundos atrás.

Ella arrastra una silla y la coloca frente a mí, pero marcando distancia. No sé cómo empezar esta conversación, así que nuevamente me dejo guiar por mi instinto.

—Te fuiste sin despedirte.

—Todos sabían del contrato.

—Sí.

—¿Tienes idea de lo difícil que fue para mí mentirle a mis padres después de que me adoptaran a los dieciséis años? No, Jamie, no la tienes. Puedes imaginarlo, pero no lo sabes.

—Tienes razón.

—Por supuesto que la tengo. Acordamos confiar el uno en el otro y tú no confiaste en mí. Eso no fue una omisión, Jamie, fue una mentira. —Suspiro, sin saber qué decir—. No quiero nada del dinero del contrato, solo quiero olvidar que un día firmé esa mierda.

—Hanna, tienes derecho a ese dinero, lo acordamos...

—Tú no cumpliste el acuerdo, así que yo tampoco tengo por qué hacerlo. Me enamoré de ti y...

—Yo también me enamoré. —Me apresuro a decir.

—No terminé de hablar.

—Perdón —digo en voz baja.

—Me enamoré de ti, pero lamentablemente, en algún momento eso se convirtió en amor —dice mirándome a los ojos, y juro que me dan ganas de llorar, porque aunque no sea el mejor momento, me conmueve—. El día del partido, después de cenar con nuestros padres, iba a pedir romper el contrato porque ya no tenía sentido para mí desde hacía tiempo. Entonces me trataste mal y no quisiste hablar del supuesto compromiso, y me di cuenta de que había algo más entre nosotros. Solo que no sabía qué.

—Entonces leíste la carta —concluyo.

—La leí y no me avergüenzo de eso, porque no fue intencional. Estaba buscando el corbatín y la flor que ibas a usar como padrino. Hice tu maleta porque Majo estaba llena de trabajo, así que créeme, no la busqué.

—Está bien, no me molesta que la hayas leído. —Soy sincero.

—¿Cómo que no te molesta? —pregunta irónica—. Una semana antes ni siquiera querías hablar del tema.

—Te fuiste ayer y me dejaste sin rumbo. —Me río nervioso—. Me di cuenta de que nada tiene sentido si no estás a mi lado.

—Yo no soy ella, Jamie —dice por primera vez, visiblemente dolida y con la voz quebrada.

—Yo nunca...

—No, no vas a decir nada. Tuviste cinco meses y medio para hablar, ahora me vas a escuchar. —Me callo al instante—. Antes de que me escuches, solo respóndeme una cosa... ¿La llamabas "mi solcito"?

¡Mierda! No puede ser...

—Respóndeme.

Como un cobarde, solo asiento con la cabeza.

Ella mira sus propias manos, y cuando una lágrima cae, la seca como si no quisiera que yo la viera llorar, y eso me parte al medio. ¡Mierda!

Pienso en levantarme y acercarme a ella, pero entonces respira hondo y vuelve a mirarme.

—Cuando me besaste en aquella discoteca, me llamaste así, y ahora entiendo por qué. Viste a alguien que te la recordaba y por eso te acercaste a mí.

—Hanna, yo estaba borracho, drogado y...

—¡Cállate! —pide en voz baja, y vuelvo a quedarme en silencio—. Al principio, parecía que no te gustaba estar cerca de mí, y ahora entiendo que era por nuestro parecido físico. Entonces casi te obligué a que fueras mi amigo y terminamos involucrándonos. ¿Pensabas en ella cuando tenías sexo conmigo?

Abro los ojos, horrorizado de que piense eso.

—¡No lo respondas! —pide con la voz quebrada—. Leí esa carta y entendí la importancia y el significado de lo que ustedes sentían, de lo que tú sientes por ella. Pero yo no merezco vivir a la

sombra de nadie, Jamie. Durante dieciséis años fui una más, ¿sabes? Durante todo ese tiempo intenté mantenerme entera. Rechazo tras rechazo. Cuando por fin fui aceptada, decidí que no aceptaría ser el segundo plato en la vida de nadie. No voy a ser tu plan B.

—Hanna...

—Tú vives por ella. Cumples sus sueños. Los sueños de ustedes dos. Esa casa es exactamente igual a la que menciona en la carta. Hasta Kratos... Estás viviendo para ella.

Me quedo en silencio, porque fue así durante mucho tiempo.

—Me sentí usada. Como si fuera una pieza de repuesto, sustituyendo a la principal.

Las lágrimas caen por su rostro, pero su voz ni siquiera tiembla, y es recién en ese momento que me doy cuenta de que también estoy llorando.

—Me dejaste vivir la vida que creaste para ella.

—¡Mierda, no es así...!

—Yo merezco ser la prioridad de alguien. Merezco a alguien que esté conmigo por completo y tú no puedes darme eso, y está bien. —Muerde su labio inferior—. Sé que una parte de tu corazón murió con ella.

Niego con la cabeza, sin saber exactamente qué decir, porque sus palabras me dejan aún más confundido. Pero lo que realmente me destruye es saber que le rompí el corazón. Que no le mostré que sí era importante y que ella entendió todo como el carajo.

—Hanna, sí te comparé, pero no te conocía, y en menos de un mes ya sabía que lo único que tenían en común era lo físico. Aquel segundo domingo que desaparecí, al principio, fue porque

estaba asustado. Era demasiado pronto y me di cuenta de que ya no la recordaba, que solo te veía a ti.

Ella niega con la cabeza.

—¡Por favor! —le ruego, desesperado—. Te veía a ti. Te besaba a ti. Me acostaba contigo. —Me levanto, voy hacia ella y me arrodillo frente a ella—. Mírame, Hanna. Lo que viví con Paige fue intenso y fui el amor de su vida, pero ella no fue el de la mía —digo, recordando lo que tantas veces me dijo Brandon—. Fue mi primer amor, pero tú eres...

—¡Basta! ¡En serio, Jamie, basta! —Me quita las manos de sus rodillas y se levanta—. Te prohíbo que me digas eso mientras sigues viviendo la vida que soñaste con ella.

—Entonces, tú sabes que...

—¡Vete!

—No puedo irme dejándote así, ni viéndome así —afirmo, señalándonos a ambos—. ¿Cómo estamos? ¿Estás dejándome?

—Ya no quiero hablar más —dice, llorando aún más, y trato de calmarme.

¡Mierda!

"No quiero hablar más" es mejor que un "no quiero estar más contigo", ¿no?

—Dime qué tengo que hacer para arreglar esto, Hanna. Haré lo que sea.

No me responde nada. Ni siquiera me mira. Aun así me acerco y la abrazo. Ella no me corresponde, pero siento su cabeza apoyarse en mi pecho.

—Me equivoqué y desde el fondo de mi corazón te pido perdón, pero entiendo que no es suficiente. Aunque no quieras

escucharme, tú sabes lo que siento, Hanna. Pero te prometo que te lo voy a demostrar con hechos, porque me niego a perderte.

Ella se separa de mis brazos, imponiendo otra vez una distancia entre nosotros. Y sé que en este momento quiere estar sola, porque la conozco. La conozco tan bien como ella me conoce a mí.

—¡Hasta pronto! —digo, y destrabo la puerta, saliendo y cerrándola detrás de mí.

Carl, que me esperaba en el pasillo, abre los ojos de par en par al verme.

—Jefe, su cara... —dice, y me apresuro a pasarme las manos por los ojos, pero es inútil.

—¿Nunca me has visto llorar, Carl? —le pregunto mientras me acompaña en el camino.

—No —responde, sincero, y eso me hace sonreír.

Esta mujer... Ella realmente lo cambió todo.

No la voy a perder.

No la voy a perder.

Y mientras vamos en el auto, camino a casa, aunque me sienta hecho mierda, ya empiezo a pensar en las primeras cosas que tengo que hacer.

Capítulo 28

Hanna Watson

Ale abre la puerta del dormitorio y entra un Liam con cara de cansado. Le da un beso y entra al cuarto, bostezando.

—Estoy muerta de hambre —dice mi amiga, tomando la caja de pizza de sus manos y abriéndola para ver los sabores.

—¡Hola, Hanna! —Se acerca a mí y me da un beso en la frente.

—¡Hola! —respondo, dejando mi celular a un lado—. Pareces cansado.

—Cansado y desaparecido —dice Alessandra, entregándome una servilleta y otra a él.

—Estás loquita por mí, ¿verdad? —responde él con una sonrisa convencida, haciendo que ella ponga los ojos en blanco y yo me ría.

—¡Sigue soñando, cariño! —responde ella, con ese tonito coqueto.

Pasa con la pizza y tomamos una porción cada una. Después de unos cuantos bocados, de quitarnos los zapatos y ponernos cómodos en su cama, él empieza a hablar:

—Estaba cerrando la negociación de un penthouse.

—¿Pero si ya tienes un departamento que ni usas? —ella le cuestiona.

—No era para mí, era para Jamie. —Me mira mientras dice la segunda parte—. Quería que estuviera por la zona, además de cerca de mi departamento, ya que yo también voy a tener que mudarme.

—¿Cómo es eso? —pregunto solo para asegurarme de que entendí bien.

—Puso la mansión en venta. Como es un inmueble de alto valor, no será fácil encontrar comprador.

—Entonces compró un penthouse —Ale indaga, echándome una mirada disimulada, y yo vuelvo a comer la pizza.

—Sí. Está cerca de mi departamento, y voy a aprovechar esta nueva etapa suya para mudarme también. Solo vivía ahí porque tenía a mis dos representados cerca.

—¿Y cuándo se va a mudar? —pregunta.

—Voy a intentar encontrar una empresa de mudanzas que pueda hacerlo antes del viernes.

—Pero hoy ya es miércoles —dice ella, y yo me incorporo, atenta a la conversación.

Voy al frigobar y saco una lata de refresco para cada uno. Se las entrego y vuelvo a sentarme.

—El penthouse está completamente amueblado y nunca fue habitado. Es una propiedad de lujo que ha estado en subasta desde que se terminó hace unos meses.

—¿Y cómo lo consiguió?

—Jamie superó la última oferta. Es más... tal vez haya prometido algunos boletos para la final del campeonato en un espacio VIP. Eso, además de una sesión de autógrafos con los del equipo. —Agarro el celular y hago como si no escuchara nada—. Solo se mudará con pertenencias personales. Es un lugar muy bonito, con piscina y un área al aire libre para Kratos.

—Entiendo —responde ella.

La última vez que hablamos fue hace diez días. Desde entonces, él me manda mensajes que difícilmente respondo. Creo que ya es suficiente con dejarle un "me gusta" y no dejarlo en visto, como Andy y las chicas sugirieron.

Ellos son un amor.

Me agregaron a un grupo y hablamos todos los días. También han sido esenciales en esta etapa que estoy atravesando. Quería mantener nuestra vida privada lejos de los medios, pero lamentablemente no fue así como ocurrieron las cosas.

Fotos de Jamie se filtraron en internet, se lo veía cabizbajo y le agradecí a Dios que no lo hayan captado llorando. Ni siquiera me gusta recordar la imagen de verlo salir de aquí así.

El corazón es un órgano verdaderamente idiota.

—¿Te había contado que se iba a mudar, Hanna? —pregunta Liam.

—No —respondo enseguida, y él se ríe.

Seguro me puse roja como un tomate.

—Lo sé. Solo quería confirmar que realmente estabas enfocada en el celular —responde, y Alessandra se ríe.

—¡Esa estuvo buena, guapito! —Ella lo elogia, y él se inclina para besarla—. Ahora deja de hacerte el misterioso y cuenta el resto del chisme.

Liam suelta una carcajada y ella le guiña un ojo.

—¡Ustedes son tan lindos juntos! —digo.

—¿Te imaginas cómo serían nuestros hijos? —Liam dice aún riendo, y ella levanta una ceja—. ¿Qué? —pregunta él—. Tengo treinta y tres años, princesa. Nos vamos a casar pronto. Quiero ser papá, no abuelo.

—A mis papás les va a encantar la idea —dice ella, irónica.

—En las vacaciones me voy contigo a Brasil. Me van a amar.

—Ok, Liam, ok. Ahora sigue con el chisme.

—No es un chisme. Se lo estoy contando a mi novia, mientras su amiga juega con el celular y ni se entera de la conversación.

Esta vez nos reímos las dos.

—Pidió que le agendara una entrevista con un presentador con buen alcance.

—Él odia las entrevistas —comento, porque ya no voy a fingir que no estoy escuchando.

—También aceptó la invitación del entrenador de la universidad y va a dar una charla la próxima semana, aquí. Los anuncios deberían comenzar mañana.

—¿Y para qué todo eso, Liam?

—Eso ya no me corresponde a mí decirlo.

Entonces no pregunto más. Es verdad, no le corresponde a él decirlo. No pregunto por mi ropa ni por las otras cosas de mi estudio. Liam solo trajo lo esencial para que pudiera seguir grabando los videos, y no hablamos de los próximos pasos.

Para mí, aceptar que las cosas no se van a arreglar es difícil, porque realmente quiero que se arreglen. Sigo esperando que Jamie lo demuestre con hechos, como me prometió.

*

El plan era sentarme con mis padres y contarles todo desde que llegué aquí. Entonces, mi mamá abrió la puerta con una sonrisa

hermosa en el rostro y me dio un abrazo apretado diciendo que me había extrañado. Lo mismo hizo mi papá.

Subí las escaleras, dejé mi mochila en la habitación y, cuando bajé, empecé a ayudarla con las cosas del almuerzo mientras mi papá terminaba de limpiar el patio. Por la tarde dormimos una siesta, luego ella hizo un pastel de chocolate delicioso para la merienda. Vimos la televisión, luego vino la cena. Y todavía no lo conté. Me siento angustiada, porque quería que mañana fuera un domingo tranquilo, pero no lo será mientras siga sintiéndome una traidora.

—Hija, ¿no te gustó la pasta? —me pregunta mi mamá.

—Sí le gustó, pero parece que quiere contarnos algo —responde mi papá.

Ella me mira a mí y luego a él, y suspira.

—Hanna, sea lo que sea, puedes contárnoslo.

—No quería decepcionarlos —digo con la voz temblorosa, y eso los asusta.

—Nunca vamos a dejar de amarte. No importa lo que sea —dice Henry con firmeza.

Me muerdo el labio con fuerza y Scar toma mi mano sobre la mesa.

—Eres nuestra hija, Han. Eso no tiene fecha de vencimiento, es para siempre.

—Los amo. Les estaré eternamente agradecida y…

—Han, no tienes que agradecernos nada. No hicimos un favor contigo. Tú fuiste un regalo. Por favor, ya te pedí que no nos agradezcas, cuando en realidad somos nosotros los agradecidos —dice Henry, y mi mamá sonríe, emocionada.

—Jamie y yo tuvimos una pelea —comento, antes de perder el valor—. No sé cómo van a quedar las cosas, pero lo amo. Sé que él también siente algo por mí, pero no siempre eso es suficiente —digo por arriba, sin querer entrar en detalles sobre su ex—. Necesito contarles cómo fue que nos acercamos.

—¿Qué quieres decir? —pregunta mi mamá, y mi papá también me observa con atención.

Respiro hondo, y entonces empiezo a contar toda la historia.

*

Cuando por fin me acuesto en la cama, estoy físicamente cansada, pero emocionalmente aliviada. Mis padres me acogieron, lo cual no significa que no me hayan reprendido. No les gustó nada la historia, se enojaron con Jamie y me prohibieron aceptar un solo dólar de ese acuerdo. No es que tuviera la intención de hacerlo, eso dejó de ser una opción hace tiempo.

Tomo mi celular para revisar las notificaciones. Hoy realmente dejé el aparato fuera de mi alcance, porque quería aprovechar al máximo la compañía de mis padres. Hay mensajes de Ale, Liam, del grupo en el que Andy me incluyó y de Jamie.

Lógicamente, la primera conversación que abro es la del mariscal de campo. Hoy entiendo realmente lo que es amar a un hombre y querer tenerlo cerca, aunque esté dolida.

Jamie ogro: Hola, amor. ¿Cómo estás?

Jamie ogro: Seguramente ya sabes lo del penthouse que compré...

Jamie ogro: Liam no perdería la oportunidad de contártelo

Jamie ogro: Bueno, tal vez yo le pedí que te lo dijera

Mi corazón idiota se alegra, y aunque no quiera, no puedo evitar sonreír.

Jamie ogro: Me mudo la semana que viene.

Jamie ogro: Solo he visto el lugar por fotos, pero parece realmente bonito.

Jamie ogro: No es pequeño, pero ni se compara con la mansión…

Jamie ogro: Seguro estás ocupada, perdón por molestarte.

Jamie ogro: Te extraño. Mucho.

Jamie ogro: Solo una cosa más

Jamie ogro: Me alegra que estés hablando con las chicas y con Andy.

Jamie ogro: Bran vio el grupo en el celular de Taylor…

Jamie ogro: Una cosa más, otra vez

Jamie ogro: Sé que Kratos entra… en ese tema. Pero de verdad creo que no puedo deshacerme de él.

Jamie ogro: Por favor, piensa mejor esa parte… Amo a ese perro. Y él te ama a ti.

¿Él consideró realmente deshacerse de Kratos? El solo hecho de que haya pensado en eso me pone feliz, porque muestra que

entendió el punto de vista de las cosas que le dije. De cómo me sentía. Pero en ningún momento le habría pedido algo así.

Hanna: Felicidades por el penthouse.

Hanna: Ni se te ocurra deshacerte de Kratos. Yo también lo amo.

Cuando veo que está en línea y visualiza el mensaje, salgo del chat. Abro el de Ale y respondo su pregunta sobre cómo fue la conversación con mis padres. Luego abro el grupo.

Grupo – ¡LA CAGAMOS, NOS DESCUBRIERON!

Taylor: GENTEEEE

Taylor: ¡BRANDON AGARRÓ MI CELULAR Y LEYÓ TODOOO!

Taylor: Seguro se lo va a contar a Jay

Amber: ¡QUÉ BUENO!

Amber: Un motivo más para que me odie

Amber: Gracias por ser tan brillante @taylor

Hope: Ya puedo escuchar a Kane quejándose por haberlo dejado fuera del chisme

Andy: ¡Tranquilas con el mariscal!

Andy: Hasta es bueno que lo sepa

Andy: Así se pone las pilas y no mete más la pata

Amber: Él no metió la pata
Amber: Con cómo hablas parece que engañó a Hanna

Hope: Santo no fue, ¿verdad @amber?

Taylor: Amber volviendo a ser una perra en 3, 2, 1…
Taylor: Jajajajaja

Amber: Vete a la mierda @taylor
Amber: Estoy embarazada. ¡Tenme respeto!

Taylor: ¡El embarazo no es una enfermedad!

Hope: Voy por las palomitas

Andy: ¡Qué infantiles!

Hope: Huuum, el maduro jajajaja

Amber: Jajajaja

Taylor: Jajajajajajajaja

Andy: Jajajajajajajajajajajaja

Hope: @hanna????
Hope: ¿Dónde estás, cariño?

Riéndome, veo que las demás chicas y Andy también me mencionan. Respondo que estoy en la casa de mis padres y que recién me voy mañana, así que probablemente seguiré desconectada. Salgo del grupo y vuelvo a abrir el chat con Jamie, que me respondió.

Jamie ogro: Gracias por aceptar a Kratos

Jamie ogro: Te extraño tanto

Jamie ogro: Me la paso viendo tus fotos, escuchando tus audios viejos

Jamie ogro: Sé que fui un imbécil, pero por favor, necesito verte

Suspiro y escribo la respuesta:

Hanna: Nos veremos esta semana, el día de la conferencia

El mensaje es leído al instante.

Jamie ogro: ¿Tomamos un café después?

Jamie ogro: Por favor

Jamie ogro: Solo un café

Hanna: Jamie…

Jamie ogro: Estoy cambiando todo

Jamie ogro: Entendí que necesito cambiar

Jamie ogro: Pero no sé ser paciente

Jamie ogro: Ya van casi dos semanas, pero para mí parecen meses

Jamie ogro: Me estoy volviendo medio loco...

Jamie ogro: Nicky dice que estoy tan insoportable que ni quiso compartir cuarto conmigo

Hanna: Está bien. Un café.

Jamie ogro: ¡GRACIAS, AMOR!

Jamie ogro: Que duermas bien, estaré pensando en ti

Solo reacciono con un "me gusta" a sus mensajes, intentando no alargar más la conversación. Dejo el celular de nuevo en la mesa de noche y apago la lámpara, mirando las estrellas que brillan pegadas en el techo de mi habitación, en casa de mis padres.

Aunque esté exhausta y con dolor de cabeza, hago una oración en silencio, como todos los días. Agradezco por todo, especialmente por Scar y Henry estar en mi vida y, por último, pido que Jamie realmente esté cambiando de adentro hacia afuera, porque lo extraño tanto como él me extraña a mí. La opresión en mi pecho se intensifica y cierro los ojos, conteniendo la confusión de sentimientos que llevo sintiendo estas últimas semanas.

Capítulo 29

Jamie Donovan

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto? —pregunta Liam —. Estás cansado. Además, no estás acostumbrado a participar en entrevistas, mucho menos en vivo.

Estaba exhausto.

Las últimas dos semanas fueron una locura, pero al fin estaba instalado en mi nuevo penthouse. Siempre supe que Liam era competente, pero lo que hizo en estos días… va más allá de lo profesional. Fue mi amigo.

La gran verdad es que estoy hecho mierda. Dos semanas hecho mierda.

Creo que nunca estuve tan afectado. Cuando salí del departamento de Hanna, lloré todo el camino hasta la mansión. No un llanto ruidoso, pero las lágrimas caían sin control mientras sentía que el corazón se me partía en pedazos.

Como si me clavaran puñales y los arrastraran de un extremo al otro, dejándome con el pecho abierto. La gente que trabaja para mí jamás me había visto así hasta ese momento. Recuerdo que subí a mi cuarto, fui al vestidor, tomé la carta y regresé para sentarme en el sillón.

Volví a leer la carta. Por primera vez la leí sintiendo dolor, pero no por mí, ni por Paige, sino por Hanna. Me la imaginé leyéndola y sintiéndose disminuida, con el corazón roto. Aun así, fue

lo suficientemente noble como para viajar y ser dama de honor en la boda de mi mejor amigo, fingiendo ser mi novia.

Dejé la carta a un lado y pasé unas dos horas ahí sentado. Kratos yacía a mis pies, sabiendo que necesitaba consuelo. Me sentía un hijo de puta por hacerla sufrir, por mentirle, por existir.

Ya sabía que estaba enamorado, pero venía esperando el mejor momento para decírselo. Esa idea de esperar el momento ideal es una reverenda mierda.

El momento ideal es ahora.

Hanna nunca fue un reemplazo, y creo que desde el principio lo supe. Por eso me irritaba tanto. Siempre imaginé que si algún día me enamoraba de otra persona, habría un gran ritual para "despedirme" de Paige y de lo que tuvimos.

Ella nunca dejaría de ser importante. Lo que vivimos siempre tendrá un lugar especial en mi corazón. Siempre será mi primer amor. Pero no hubo ritual. No hubo lágrimas, ni palabras en una oración, ni una visita al sitio donde se esparcieron sus cenizas. Lloré durante cinco años, y eso fue suficiente.

Entonces me di cuenta de que, al pensar en Paige, lo único que sentía era… paz. Finalmente estaba en paz, y creo que ella también. Quedaron los recuerdos, pero el dolor se fue. Por fin podía descansar, porque las cadenas que nos unían se habían roto. En ese momento, suspiré y sonreí. Bajé a la cocina y quemé la carta.

Y por primera vez en casi cinco años, caminé por los tres pisos de la mansión notando cuán innecesario era todo eso.

No se parecía a mí. No era acogedora. Ni siquiera parecía un hogar. Volví a sonreír, y en ese mismo instante fui al cuarto de Liam

solo para descubrir que no estaba. Volví al mío y lo llamé, pidiéndole que pusiera la casa a la venta y buscara algo más pequeño.

Se quedó en silencio un momento, y luego me preguntó qué tenía en mente para el nuevo inmueble. Salí al balcón y, al mirar el vecindario tranquilo donde vivía, me di cuenta de que quería justamente lo contrario.

Necesitaba mucha vida alrededor.

Cafés, restaurantes, tiendas. Un penthouse. Un lugar desde donde pudiera ver a la gente allá abajo y, aun así, fuese tranquilo y acogedor. Eso fue exactamente lo que Liam encontró, y cuando vi las fotos, realmente me encantó. De inmediato supe que ese lugar era perfecto para mí y para Hanna. Ella es hogareña, pero ama salir a comer y es una apasionada de las cafeterías. Sí. Sería perfecto para nosotros dos.

Liam lo hizo realidad y hoy, cuando regresé del viaje, fui directamente a el penthouse.

Todos estaban felices.

El penthouse está mucho más cerca de la casa de Marjorie que la mansión, además de que ahora ella tendría que administrar menos personal. Liam también estaba feliz, ya que al fin viviría en el apartamento que él compró hace algunos años. Al parecer, nunca tuvo el valor de dejarme solo en la mansión.

Cuando llegué, Kratos estaba acostado frente a la pared de espejos, mirando a las personas allá abajo. También parecía feliz. Y por si fuera poco, el penthouse queda a veinte minutos caminando de la universidad donde estudia Hanna.

Ella aún no lo sabe, pero pronto vendrá a vivir conmigo. No existe la menor posibilidad de perderla. Por lo que supe, Liam piensa

algo parecido respecto a Alessandra.

—¿Jamie? —Mi asesor vuelve a llamarme, y solo entonces me doy cuenta de que no le respondí.

—No voy a rendirme —respondo, y saco el celular del bolsillo del saco, comenzando a escribir un mensaje para Hanna.

Jamie: Amor, no olvides ver la entrevista. Por favor. Empieza a las 8 de la noche.

Como no está en línea, vuelvo a guardar el celular.

—No necesitas exponerte para impresionarla, Jay. No es eso lo que ella espera de ti.

—Créeme, todo lo que he estado haciendo estas dos últimas semanas no es por ella, es por mí. Claro que la amo y, en consecuencia, pienso en ella antes de tomar decisiones. Pero las tomo porque yo quiero, no porque debo.

—Me alegra mucho por ti, *brother* —dice, sonriendo.

Solo asiento con la cabeza, agradecido de tener gente que sigue trabajando conmigo porque construimos lazos verdaderos.

*

—Jamie, hacía mucho tiempo que intentábamos conseguir una entrevista exclusiva contigo. Tengo que agradecerte por esta oportunidad.

Le sonrío a Janyce, ya imaginando que después de varias preguntas sobre mi vida profesional, seguidas de un agradecimiento, vendrían las cuestiones personales. Y eso no me intimida ni me asusta. Para eso vine.

—Queremos saber cómo está tu corazón.

—Bueno, según mis últimos exámenes, está en perfecto estado. ¡Gracias! —bromeo, y ella, junto con todos los presentes, se ríen.

—Queremos saber sobre tu vida amorosa —aclara, al ver que fui receptivo—. ¿Cuál es el estado sentimental de uno de los solteros más codiciados de Alabama?

—Lamentablemente, mi estado está indefinido en este momento, pero mi corazón sí está comprometido.

—¡Ay, por Dios! —Aplaude emocionada. Los pocos espectadores en el estudio hacen lo mismo—. ¡Esa respuesta fue encantadora, querido!

—Encantadora es Hanna. ¿Viste esas pecas? —bromeo, sí, buscando mencionar el nombre de mi pelirroja impulsiva.

—Entonces, ¿realmente es Hanna? Vi que cerró contratos importantes. Es hermoso ver a mujeres tan jóvenes conquistando su espacio.

—Ah, ¡no hablemos de edad, por favor! —Vuelvo a bromear, y todos se ríen otra vez.

Me pasa por la cabeza que estoy acá haciendo el papel de payaso, y me uno a las risas.

—¡Por favor, muchacho! Estás en forma plena —Me elogia la presentadora.

—¡Gracias por lo de muchacho! —Todos se ríen otra vez. Hasta yo.

—Entonces, ¿tú y Hanna están juntos? Me quedé un poco confundida.

—Estamos atravesando una fase complicada. Las fotos filtradas, donde aparezco saliendo del alojamiento completamente desorientado, son reales. No me da vergüenza hablar de eso, porque hay que romper el estereotipo de que los hombres no sufren. Yo sufrí y estoy sufriendo. Nosotros estamos sufriendo. Obviamente, tanto ella como yo hubiéramos preferido que esto no se hiciera público, pero lamentablemente las malas noticias generan audiencia. No voy a entrar en detalles sobre los motivos, pero dejo muy claro que no hubo traición, como se anda diciendo por ahí. Ni de mi parte ni de la de ella. Estamos, sí, pasando por problemas, y voy a hacer todo lo que esté a mi alcance para que podamos superarlos, porque lo que sentimos los dos es real.

—¿Entonces confías en una reconciliación?

—Sería una reconciliación si estuviéramos peleados, pero no lo estamos. Me refiero a temas emocionales que requieren perdón. Hanna es tan madura y resiliente que este momento turbulento solo ha servido para reafirmar lo que ya sabía: ella es la mujer de mi vida y no existe la menor posibilidad de perderla. Ni aunque me muera intentándolo.

—Hanna —dice Janyce mirando a la cámara—, en este momento miles de mujeres están suspirando. —Luego se gira hacia mí—. Admiro tu valentía para salir en televisión nacional y hablar con tanta sinceridad. Creo que una persona con la visibilidad que tú tienes, cada vez que se expone, enseña algo positivo. Y hoy enseñaste sobre humildad. Tenemos que normalizar el hecho de que *está bien no estar bien*. Somos humanos, y nuestras vidas también tienen etapas.

Después de agradecerle, ella cambió de tema con sabiduría, notando que ya había dicho todo lo necesario. Otra vez me sentí aliviado. Todo comenzaba a encaminarse y me sentía ansioso porque llegara el viernes. Daría una conferencia en la universidad, pero lo que realmente anhelaba era encontrarme con Hanna después.

*

Estoy nervioso.

En cuanto subí al escenario, la vi. Antes siquiera de que me presentaran como el orador principal de la noche, ya la había visto. Con una blusa roja y un cárdigan negro. No la vi de pie, pero puedo imaginar que lleva jeans y zapatillas. Ropa que ella considera cómoda para ir a la universidad.

Aunque esté sentada en la quinta fila, puedo ver que no lleva maquillaje. Hermosa como una diosa del Olimpo. Como siempre. Mi corazón late a la velocidad de un tren sin frenos y tengo que contenerme para no mandar al carajo esta conferencia e ir hacia ella.

Completamente enamorado.

Rendido.

Derrumbado.

Por ella.

¡La amo!

La amo de una forma imposible de explicar y demasiado intensa de sentir.

Y por amarla tanto, estoy preocupado. ¿Es impresión mía o su rostro está más delgado? Parece más flaca, y conociéndola como la

conozco, sé que no es de hacer dietas. Liam, sentado a mi lado, me da un golpecito con la rodilla y vuelvo a prestar atención al rector.

Pero entonces me vuelvo a preocupar, porque por el rabillo del ojo veo que Hanna se recoge el cabello y se pasa la mano por la nuca. Enseguida le dice algo a Ale y se levanta, seguida por su amiga. Las sigo con la mirada y, cuando por fin llegan al pasillo, Hanna se apoya en una silla y al segundo siguiente cae al suelo.

—Mierda —murmuro, levantándome de golpe y obviamente llamando la atención de todos.

Corro hasta el borde del escenario y salto, yendo directo hacia mi pelirroja. Liam le indica a los guardias que me sigan, pero ni los miro, empujando a distintas personas hasta llegar a mi chica.

—¿No se sentía bien? —pregunto agachándome junto a Ale, que parecía perdida, sin saber qué hacer.

—Dijo que necesitaba aire —responde.

Tomo a Hanna en mis brazos.

—¡Busca su inhalador! —le ordeno a Alessandra, que abre la bolsa de su amiga con las manos temblorosas.

Hanna parece mareada, pero no está desmayada.

—¡Toma, cariño! —Le pongo el inhalador en la boca, dándole dos aplicaciones—. ¿Estás mejorando? —le pregunto, apartando los cabellos sudados de su frente.

Eso me preocupa aún más, ya que el clima está agradable.

—Mareada... —dice bajito.

—Cierra los ojos —le pido—. Te voy a levantar.

Hanna hace lo que le pido y acomodo su cuerpo en mis brazos, poniéndome de pie.

Mis guardias abren camino entre los estudiantes. A esta altura, seguro algún hijo de puta ya está tomando fotos del momento. Mientras me siento en una banca con ella en brazos, le ordeno a Carl que traiga el auto hasta donde estamos, porque vamos directo al hospital.

Aunque se siente mal, mi pelirroja se queja, dice que ya se va a mejorar, pero la ignoro. Está pálida, sigue mareada y no para de sudar. Le pido a Ale que avise a sus padres antes de que se enteren por algún medio.

Hanna apoya la cabeza contra mi pecho y yo beso su frente, murmurándole que todo va a estar bien.

Capítulo 30

Jamie Donovan

Llevábamos unos cuarenta minutos en el hospital. En cuanto llegamos, pedí que trasladaran a Hanna a una habitación privada para que toda la atención fuese más cómoda y discreta. Tenía la presión baja, le tomaron muestras de orina y sangre para una batería de exámenes, además de hacerle una tomografía.

El doctor Peters le aplicó una medicación intravenosa para el malestar, y ahora ella dormía profundamente, acostada en la cama. Mientras la miro, aunque está cubierta, puedo notar que realmente ha adelgazado.

No sé... Me siento un hijo de puta por no haber notado nada antes. ¿Habrá empezado esto antes de nuestra pelea? Suspiro, cierro los ojos con fuerza y me siento una basura. A partir de ahora voy a estar más atento.

De pie, con los brazos cruzados junto a la cama, miro el suero goteando lentamente, bajando la vista hasta el catéter en su mano pálida y llena de pecas. Luego vuelvo a mirarla al rostro. Su boca está entreabierta y la forma en que respira me deja hipnotizado.

Carajo, ¡amo a esta mujer! La amo a un nivel absurdo y... La puerta se abre y desvío la mirada, viendo entrar a Scar y luego a Henry. La madre de Hanna incluso me sonríe débilmente, pero su padre... Él no esconde en lo más mínimo su disgusto con la forma en que me acerqué a su hija.

A principios de semana, Hanna me dijo que les contó toda la verdad, y como imaginé, los mensajes que su padre solía mandarme con estrategias, observaciones y enlaces con información de nuestros rivales simplemente dejaron de llegar.

Ya me lo esperaba, pero eso no significa que no los haya extrañado.

—¿Se siente mejor? —pregunta Scar en voz baja, pero aun así Hanna se despierta del sueño.

—Mamá —dice, y aún medio dormida, sonríe—. No tenían que haber venido. —Bosteza después.

—¿Te sientes mejor? —le pregunto.

—Esa molestia pasó, ahora solo estoy cansada.

Asiento con la cabeza. Tomo su mano libre y la beso. Henry carraspea.

—¿Volvieron? —pregunta sin rodeos.

—Papá...

La puerta se vuelve a abrir y esta vez entran Ale y Liam. Habían bajado a la cafetería a comer algo. Ale saluda a los padres de Hanna. Liam se presenta.

—¿Puedo hablar un momento con ustedes allá afuera?

Henry claramente me diría que no sin remordimiento alguno. Y no lo culpo. Pero Scar toma la mano de su esposo, y aprovecho ese gesto para ir a abrirles la puerta. Siento la mirada de Hanna, pero esta vez la ignoro. En cuanto pasan, cierro la puerta y entramos en una pequeña sala que forma parte de la habitación privada que pedí para mi pelirroja.

—Hanna dijo que les contó cómo sucedieron las cosas. —Henry sigue con el ceño fruncido, Scar asiente—. Antes que nada,

quiero que sepan que amo a su hija más que a nada. No me enorgullezco de cómo nos involucramos, pero aún así estoy agradecido, porque fue la forma que el universo encontró para juntarnos. Sé que no será fácil recuperar su confianza, pero voy a dar lo mejor de mí.

—Jamie, ella es lo más precioso que tenemos en esta vida —dice Scar.

—Les garantizo que la haré feliz.

—Espero que sepas que eso no será más que tu obligación —retruca Henry.

—Sé que estás molesto, pero nada de lo que haga por su hija será por obligación. Será por amor. Siempre.

—Ella también te ama, Jamie. Espero que logren superar lo que pasó. Hanna ya ha pasado por muchas cosas...

Cuando voy a responder, una enfermera abre la puerta empujando un carrito con algunos aparatos encima. Otra enfermera la ayuda y el médico entra leyendo una carpeta.

—Doctor... —le digo, y él me sonríe—. ¿Ya salieron los resultados?

Antes de que pueda responderme, Hanna llama:

—¿Jamie?

Probablemente oyó mi pregunta, ya que las enfermeras dejaron la puerta abierta.

El médico se ríe, yo también. Le hago un gesto para que entre, igual que a los padres de Hanna, que se posicionan a su lado. Alessandra permanece junto a la amiga, tomándole la mano, así que me coloco en la punta de la cama.

—¿Cómo te sientes, Hanna? —pregunta el médico.

—Mejor.

—¡Perfecto! En la tomografía vimos un poco de secreción en tus pulmones. No es grave, pero requiere cuidados. Vamos a administrarte un medicamento adecuado para tu caso.

—¿Se refiere al asma? —pregunto, confundido por su elección de palabras.

—No —responde, y vuelve a mirarla—. Hicimos una prueba beta HCG y dio positiva —Hanna frunce el ceño, yo me siento más perdido aún—. Tu resultado cuantitativo indica que estás de entre ocho a nueve semanas de embarazo. Sin embargo, necesitamos confirmar con una ecografía transvaginal.

Embarazo.

—Amiga, ¡estás embarazada! —dice Ale, emocionada.

Scar se tapa la boca, Henry se pasa la mano por el cabello, Liam sonríe.

Embarazada.

Embarazada.

Embarazada.

—Yo... —Mi pelirroja balbucea, perdida—. ¿Podemos verlo?

—Sí —responde el doctor Peters—. Es un examen íntimo, así que...

—Nosotros salimos —dice mi suegro.

Liam asiente, pero antes de irse se detiene a mi lado.

—¿Todo bien? —pregunta, y yo solo asiento con la cabeza.

Alessandra me mira y se mueve a un lado, dándome espacio. Me obligo a reaccionar y camino hacia Hanna, que me observa de manera cuestionadora. Le guiño. Tomo su mano y beso sus dedos.

Ella suspira, aliviada, y otra vez quiero darme un puñetazo por haberle transmitido la impresión equivocada.

Miro a la enfermera que tiene un aparato largo en las manos. Le pone un condón al aparato y yo abro los ojos como platos. ¿Será que…?

—¿Qué es eso? —pregunto, y todas las mujeres presentes disimulan una sonrisa.

—Es el aparato que se inserta para el examen.

Miro a Hanna, en shock. Ella tiene una expresión tranquila y divertida.

—¿Ya te has hecho esto? —le pregunto.

—¿Esto qué? —responde, sonriendo.

—Este examen —insisto, y ella solo asiente—. ¿No es incómodo? —pregunto más bajo, y ella se ríe en silencio.

—Cariño, voy a destaparte, ¿de acuerdo? —dice una enfermera, quitando la sábana. El médico permanece de espaldas—. Ahora dobla las piernas —le pide, y mi pelirroja obedece—. Un poquito más abiertas... ¡Eso!

La otra enfermera ya tiene el aparato donde estaba Scar hace minutos. Le pone gel y yo me doy cuenta, algo incómodo, de que es lubricante.

No tenía idea de que este tipo de examen existía.

—Voy a introducir el aparato, ¿sí? —le dice a Hanna, que vuelve a asentir.

Luego mira entre sus piernas e introduce el aparato.

—¿Eso no va a doler? —pregunto, aunque ya lo insertó.

—No. Es indoloro y seguro —responde, luego llama al doctor.

Él se sienta frente al monitor y la imagen aparece en la pantalla de la pared. Toma el aparato y con la otra mano manipula lo que parece una computadora. No entiendo nada, pero parece que está tomando medidas y capturas de pantalla.

—Aquí —dice, y ajusta algo. Entonces, un sonido fuerte llena la habitación.

Tu, TU, tu, TU, tu, TU, Tu, TU, Tu.

Miro a Hanna, que parece tan sorprendida como yo. No sé ni qué estoy sintiendo.

—Estás entrando en la novena semana, Hanna. Es decir, el inicio del tercer mes de embarazo. El feto…

—Bebé —lo corrijo.

Ni loco voy a dejar que le diga "feto" a mi hijo.

—Oh... —dice el médico, aclarándose la garganta—. El bebé mide 2.8 centímetros. Es más o menos el tamaño de una aceituna. Está sano. En general, ambos están bien. Hanna, si me aseguras que vas a cuidarte, te voy a dar el alta. Puedes hacer el tratamiento en casa, pero quiero que regreses en cinco días para repetir los exámenes y revisar tus pulmones. Sobre el control prenatal, te voy a indicar una obstetra. Deberás hacer reposo hasta entonces. El sexo solo se anunciará después del cuarto mes. Aunque si quieren saber el sexo antes, existen algunos métodos. ¿Alguna duda?

Nos mira a los dos y negamos con la cabeza.

—Jamie... —Ella aprieta mi mano y la miro—. Estás llorando —dice. No es una pregunta.

La enfermera vuelve a cubrirla y escucho al médico decir que va a preparar el alta. Todos salen y nos dejan solos.

—Hanna —digo con la voz quebrada—, yo...

¡Carajo! Nunca he llorado tanto como últimamente.

—Lo sé —responde en voz baja, como si supiera cómo me siento—. Yo también estoy sorprendida.

—Vamos a ser papás —digo, realmente emocionado.

—Vamos a ser papás —repite, y la ayudo a sentarse con cuidado para abrazarla.

Ella también me abraza, y por un momento lo único que se escucha es mi llanto.

Padre.

Siempre amé a los niños, pero nunca lo había soñado de verdad. Y ahora está pasando. Aunque sea una sorpresa, y esté medio asustado, me siento feliz.

—Amor... —Me alejo un poco y tomo su rostro entre mis manos, sonriendo al ver sus ojos brillando—. Ven a vivir conmigo. No te estoy pidiendo que olvides lo que pasó, tómate el tiempo que necesites. Pero ven a mi apartamento. Lo compré pensando en nosotros... Pasa esta semana de reposo conmigo y si no logras adaptarte a estar tan cerca, voy a entender.

Ella se muerde el labio rojo y yo literalmente suspiro.

—No me dejes, Hanna —le ruego, dispuesto a humillarme si hace falta.

—Jamie, no quiero dejarte —dice bajito—, pero necesito volver a confiar en ti.

—Tendrás todo el tiempo que necesites. No te tocaré sin tu consentimiento y...

—Está bien.

Me detengo, mirándola fijo.

—¿Está bien? —pregunto para asegurarme.

—Sí.

—De acuerdo... —digo más para mí que para ella—. ¡De acuerdo! —Le beso la frente—. ¡De acuerdo! —repito y ella se ríe.

—¿Puedes llamar a mis padres ahora? Deben estar ansiosos.

—Claro —Le doy otro beso en la frente—. ¡Ok! —Me alejo, tratando de ponerme en orden—. Voy a hablar con el doctor sobre el alta y...

—Jamie, respira —me pide, y lo hago.

Respiro hondo. Varias veces, hasta calmarme.

—Voy a llamar a tus papás. —Señalo la puerta y ella asiente.

Después de llamar a Henry y Scar, entro al baño y me echo agua en la cara varias veces. Me siento ansioso por todo lo que está pasando. Ansioso por demostrarle que merezco estar a su lado. Que merezco tenerlos a los dos conmigo.

Me miro en el espejo y sonrío, luego empiezo a reír.

Voy a ser papá.

¡Voy a ser papá, carajo!

Y feliz, salgo del baño rumbo a la recepción para ver qué trámites hay que hacer.

Capítulo 31

Hanna Watson

Acostado a mi lado en el sofá, Kratos se acurruca contra mí y me hace reír. Pongo la mano en su cabeza para acariciarlo y él suspira, todo mimoso.

—Eres un aprovechador —bromeo, y él finge no escuchar mi voz, pero en cuanto dejo de acariciarlo, mueve la cabeza pidiendo más.

—No lo culpo —dice Jamie, sentado en el otro sofá.

Lleva un pantalón de buzo gris y está sin camiseta, lo cual es todo un espectáculo. Ese abdomen marcado a la vista es una tentación para la libido de cualquiera. En mi caso, puedo culpar a las hormonas, y lo haré. Sin duda.

—Deberías ponerte una camiseta —le digo, y él arquea una ceja.

—¿Y perderme la oportunidad de verte mirándome así? ¡Ni loco!

—Te crees mucho.

—Es que soy guapo, no finjamos lo contrario.

Esta vez soy yo quien arquea una ceja.

Hace dos semanas que estoy aquí, en el penthouse.

La verdad es que cuando me invitó a venir a vivir aquí, no lo pensé demasiado. Todavía estaba sorprendida por la noticia del embarazo y no estaba asimilando bien las cosas. Tomé la decisión que en ese momento me pareció más sensata.

¿Cómo iba a seguir en el alojamiento, subiendo ese montón de escaleras con el pulmón dañado?

Sabía que aquí tendría comodidad y sería muy bien cuidada.

Ok. ¡Está bien! Tal vez también extrañaba estar cerca del mariscal de campo y de Kratos. Cuando salimos del hospital, vinimos directo aquí. Todavía estaba cansada, así que me fui al cuarto y ni siquiera exploré el departamento.

Lógicamente, Jamie me llevó a su habitación, pero cuando se fue a dormir, me sorprendió llevando un colchón individual al suelo, junto a la cama donde yo estaba acostada.

Eso ocurrió también las dos noches siguientes. En la cuarta noche, le dije que podía dormir conmigo, y al principio fue raro. Jamie estaba incómodo y parecía no saber qué hacer.

Yo seguía siendo un torbellino de emociones y me sentía extremadamente sensible, así que seguí lo que mi corazón quería y lo abracé. Jamie besó mi frente y dormí acurrucada contra su cuerpo.

Al quinto día, que era cuando tenía que volver al hospital, por fin hablamos abiertamente por primera vez sobre el embarazo. No es que no hubiera preguntas como "¿cómo te sientes?" y cosas así. Sí las había, con frecuencia, pero creo que tanto él como yo necesitábamos procesar la idea de que íbamos a ser padres.

Estaba por cumplir veinte años, era bastante joven y tenía mucho por vivir, pero la idea de ser madre no me aterraba. Seguiría viviendo y luchando por ganarme mi espacio. La diferencia era que ahora habría alguien, una vida que dependería de mí, y yo no lo iba a ver como un obstáculo.

En el control del hospital, el doctor me pidió que siguiera en reposo por siete días más. Mis pulmones necesitaban más tiempo para recuperarse. Así que sigo descansando y... ¿hace cuánto que no hacía esto? Disfrutar un tiempo solo para mí, sin preocupaciones, sin rutina. Nunca. Nunca lo había hecho antes.

Hoy, por la tarde, tengo una nueva consulta y como ayer me hice los análisis en una clínica, la cita será *online*.

El hecho de haberme enamorado de este penthouse también influye en que mi reposo sea feliz. Las ventanas de vidrio que permiten ver todo desde arriba, la sala amplia, el área exterior, la biblioteca, mi estudio... Todo parece perfecto. Todo parece diferente.

Sin embargo, la sombra de su pasado todavía me incomoda.

Me pregunto todos los días si, cuando mi barriga crezca, cuando él me mire, verá a otra persona. Lo sé, suena absurdo, pero no puedo fingir que no tengo ese miedo. No quiero ser la sombra de nadie, eso me pone nerviosa e insegura.

—Hanna —Jamie me llama y vuelvo a mirarlo—, sea a donde sea que te está llevando tu mente... solo detente.

Solo lo observo. Kratos se estira en el sofá y yo me encojo, porque aunque sé que no me va a hacer daño, es pesado y enorme.

—Kratos —le ordena Jay—, ¡al suelo!

Muy lentamente, el perro baja del sofá solo para sentarse recto a mi lado. Yo sonrío, Jamie se ríe. Se levanta y se sienta en la alfombra junto a Kratos, quedando su rostro muy cerca del mío, que aún estoy acostada.

—¿En qué pensabas? —pregunta y yo suspiro—. Está bien si no quieres hablar, pero tengo la impresión de que no era algo bueno

y que probablemente fue culpa mía. Así que, si puedes compartirlo conmigo, solo conversando vamos a superar esta... etapa.

—Probablemente no te va a gustar lo que quiero preguntar.

—Hanna, no necesito que me guste. Solo quiero que estemos bien el uno con el otro. Quiero que esto funcione. Quiero esta familia.

Muerdo mi labio inferior, pero él lleva su dedo a mi boca y lo suelta, sonriendo. Miro a sus ojos claros, queriendo captar cada emoción en su rostro.

—¿Tú y Paige soñaban con tener hijos?

Él sonríe sin mostrar los dientes y niega con la cabeza.

—Paige no quería ser madre. Soñaba con ser modelo y tener su propia marca. Lo más parecido a un hijo que habríamos tenido sería un perro. Además, siempre quiso un San Bernardo, no un Mastín Napolitano.

—Ah... —es lo único que digo y él vuelve a sonreír.

—Pregunta lo que quieras, amor. No hace falta rodeos conmigo.

—¿Le fuiste infiel? —pregunto, otra duda que me había estado angustiando.

—Sí. Estábamos ocupados con nuestros trabajos: yo como mariscal de campo, ella como porrista. Las cosas se habían enfriado, estábamos distantes, y después de una pelea fui a una fiesta y me acosté con una chica. Ella se enteró y no terminó conmigo, pero también fue a una fiesta y me engañó. Estuvo un tiempo con Justin.

—¿El Justin de Pri?

—Ese mismo. No llegaron a ser novios, pero tuvieron algo estable. Él fue a rehabilitación y lo dejaron. Cuando salió, volvió a

estar con ella y yo con Pri. Al final, Priscila fue quien nos volvió a juntar, a Paige y a mí.

—Entiendo —respondo.

—No hay justificación para la traición. Lo único que puedo decir con certeza es que era joven y estaba deslumbrado con la popularidad. Ya no soy ese mismo. Sé que las palabras no bastan, pero mis actos hablarán por mí. No voy a traicionarte. Nunca. No voy a arriesgarme a perderte.

Sonrío por dentro con sus palabras, pero no lo demuestro.

—¿Nunca quisiste tener hijos? —pregunto.

—Siempre me gustaron los niños, pero siendo honesto, nunca me lo planteé seriamente. Tú lo cambiaste todo. Quiero todo contigo.

—Mi cuerpo va a cambiar, Jamie. El sexo probablemente no será igual durante este tiempo y... —Cuando veo su sonrisa, me callo.

—Amor, vas a seguir hermosa. Tus tetas están deliciosas y creo que solo van a mejorar. Yo... —Hace una risita pícara y niega con la cabeza—. Puedo ser muy creativo. Además, el sexo no lo es todo.

Esta vez me río fuerte.

—Hace poco te parecía absurda la idea de pasar nueve meses sin sexo.

—Definitivamente ya no soy el mismo. Te lo dije, tú lo cambiaste todo. Estás llevando un hijo mío. También creo que ya podrías cambiar mi nombre en tu celular, ¿no? Ya sabes que no soy un ogro.

Eso me hace reír, y probablemente me sonrojo. Me salvo de responder cuando Majo llega diciendo que el almuerzo está listo, así que nos levantamos y vamos juntos al comedor a almorzar.

*

—¿Entonces ya puedo volver a la universidad, doctor Peters? —pregunto durante la consulta.

—Sí. No hay ningún problema con tu embarazo. Pero claro, todo embarazo requiere cuidados. Tu obstetra hablará mejor con ustedes sobre eso.

—Tengo cita con ella en dos días —informo, y el doctor Peters asiente.

—Cualquier cosa, tienen mi contacto. En veinte días nos volvemos a ver, ¿de acuerdo?

Nos despedimos de él, pero no salimos del lugar, que parece una mezcla de oficina y biblioteca. Me encantó este sitio y la cantidad de libros que van a caber aquí. Ya compramos algunos en la librería de la calle y ya me leí dos.

Novelas eróticas.

¿Cómo es que nunca supe de ellos antes?

—Pelirroja, hablé con Carl y decidimos que él y otro guardia te van a acompañar de cerca a partir de ahora. Con estos rumores sobre que te descompusiste y las especulaciones sobre un posible embarazo, creo que hay que tener todas las precauciones.

—Está bien. ¿Pero quién va a ser tu guardia personal? —pregunto, porque sé que Jamie y Carl tienen mucha afinidad, y él era quien lo acompañaba a todos lados.

—Johnny. Entró poco después que Carl y también somos cercanos.

Solo asiento con la cabeza. Johnny es buena onda, Jamie estará en buenas manos. Él viajaría mañana por la mañana por trabajo y solo volvería en tres días, justo en la víspera de mi cumpleaños. Por primera vez, no se lo ve entusiasmado con el partido, y sé que es porque se perderá la consulta con la obstetra.

—Jay, sabes que mi mamá va a estar conmigo en la próxima consulta, ¿verdad?

Él suspira, mirando hacia la nada.

—No me voy a perder solo esa. Me voy a perder muchas.

—Podemos intentar coordinar con tus viajes. Cuando no estés en la ciudad, puedo hacer videollamada. Si ajustamos bien los horarios, no tendrías por qué perderte nada.

Desvía la mirada hacia mí. Me analiza el rostro y sonríe.

—Tengo mucha suerte. Nunca voy a dejar de agradecer, a quien sea, por tenerte conmigo.

Le devuelvo la sonrisa, una vez más sin saber bien qué decir. Cuando dice cosas así, no sé cómo responder, especialmente ahora que estamos cerca físicamente, pero al mismo tiempo, emocionalmente seguimos algo distantes. Es difícil de explicar. Nuestro contacto físico se limita a besos en la frente, abrazos, caminar de la mano. Nada sexual.

Realmente necesitaba este... tiempo.

—Hanna —dice y respira hondo—. Cuando regrese, ¿vas a seguir aquí?

Por fin pregunta lo que sé que lleva días inquietándolo. Cuando dice "aquí", se refiere al penthouse, a si esto es algo permanente.

—Sí, voy a estar —respondo, y lo veo soltar el aire lentamente. El ambiente cambia y la forma en que me mira... Carraspeo.

—¿Qué te parece si bajamos? Un café frío me vendría bien ahora.

—Me parece una excelente idea.

Me besa en la mejilla y se levanta, extendiéndome la mano, que acepto.

Jamie agarra su billetera, pero no nos molestamos en cambiarnos para salir. Bajamos a la cafetería con la ropa que teníamos puesta y nuestras sandalias cómodas. Mientras tomamos los cafés (el mío especial, el suyo sencillo), miro alrededor y luego vuelvo a mirarlo a él, analizándolo mientras habla con Liam por teléfono.

¡Guapísimo!

Sonrío para mí misma y pongo la mano sobre mi vientre, suspirando y sintiéndome ligera. Finalmente me siento completa, plena.

Me siento feliz

Capítulo 32

Jamie Donovan

Miro hacia el área exterior del apartamento y sonrío. Todo el lugar está decorado con los colores blanco y rosa dorado. Hay una mesa central donde están los dulces y pronto estará el pastel. Otras pocas mesas están distribuidas para nuestros amigos más cercanos. Hoy es el cumpleaños de Hanna y quiero que todo sea perfecto, exactamente como ella se lo merece. Desde que el médico la autorizó a volver a clases, comenzamos con los preparativos. Mi pelirroja no es de tener muchos amigos, así que obviamente sería una celebración íntima. Lo que ella no esperaba era que algo íntimo también podía ser grandioso.

Lamentablemente tuve que viajar por trabajo, así que no estaba cuando llegó la organizadora del evento, pero Liam me dijo que la expresión de Hanna fue impagable. Sí, seríamos menos de veinticinco personas, pero yo quería que tuviera todo lo que merece. Todo lo que nunca tuvo.

Miro los dos globos: 20 años. Tiene apenas veinte, pero carga con una historia emocional que parece de alguien de cincuenta. Tiene una madurez y sabiduría mayores que yo, que tengo treinta y uno. Es perfecta. Perfecta en tantos sentidos que sería imposible enumerarlos.

Siento una presencia acercarse, y por el rabillo del ojo veo que Henry se detiene a mi lado. Desde que se enteró del contrato,

solo ha hablado conmigo lo justo y necesario. Echo de menos nuestra interacción, pero lo entiendo y sé que merezco ese trato.

—Está todo muy bonito —dice.

—Sí. Hanna tiene muy buen gusto —respondo, todavía encantado con lo delicado de cada detalle—. Me pregunto si hay algo en lo que no sea buena.

—Aparentemente, no es muy buena eligiendo hombres.

Giro la cabeza para mirarlo y me alivia ver que reprime una sonrisa. Decido seguirle el juego.

—Sí. Algún defecto tenía que tener Hanna —digo, y él se ríe.

Nos quedamos en silencio un momento, observando cómo la pastelera acomoda los dulces uno por uno con precisión milimétrica.

—Vas a hacerla feliz —afirma, y aunque no fue una pregunta, le respondo:

—Lo haré. A ella y a este bebé.

—Espero que no tardes en ponerle un anillo en el dedo a mi hija.

—Mi intención es hacerlo pronto.

Volvemos a quedar en silencio, todavía observando el trabajo de la pastelera. Los dulces son preciosos. Algunos tienen decoraciones tan detalladas que me pregunto cuánto tiempo les tomó hacer cada uno.

—En el último partido no estuviste bien. Tu cabeza no estaba en el campo.

Y no lo estaba.

—Me perdí la consulta con la obstetra por una conferencia de prensa —comento con pesar. Cuando me di cuenta de que no llegaría a tiempo para la videollamada y acompañarla en la cita, me

sentí culpable. Porque quiero estar con ella en cada momento. Ser su apoyo, su refugio. Fallé. Me pregunté cuántas veces más fallaría con ella, con nuestro bebé.

—Te sentiste culpable —comenta Henry, y no respondo—. Ser padre es sentirse culpable todo el tiempo, Jamie. Quieres ser el mejor para tu mujer, el mejor padre del mundo, pero no siempre las cosas salen como uno quiere. De hecho, casi nunca salen como se planean. Aun así, hay que seguir. Lo que nadie te cuenta es que siempre habrá obstáculos. Y lo que marca la diferencia es cómo los enfrentas.

—¿Me estás dando consejos porque ya me perdonaste? —pregunto.

—Significa que, si mi hija te eligió, eres bienvenido en mi familia.

—¡Gracias! —agradezco, sintiendo un peso menos sobre mis hombros.

—Querido, ¡está todo tan lindo! —Mi mamá se acerca abrazándome por la cintura. Mi papá también se acerca, saluda a Henry, que dice que irá a buscar a su esposa.

—Parece mentira que por fin seas feliz, hijo.

Miro a mi padre y sonrío, rodeando a mi madre con un brazo por encima de sus hombros, mientras ella me sigue abrazando por la cintura.

—Soy feliz —admito, suspirando al pensar que para que la felicidad sea completa solo falta que mi pelirroja vuelva a confiar en mí.

—Y vas a ser padre. Parece mentira que por fin voy a ser abuela. Es una pena que vivan tan lejos.

Le beso la cabeza a mi madre.

—Siempre van a tener un jet disponible —digo, y por primera vez no discuten el tema—. ¿Hizo falta un nieto para que empezaran a aceptar viajar con más frecuencia?

Los dos se miran como los compañeros de vida que son y no dicen nada. Me río de su descaro, pero me alegra saber que los veré más seguido por aquí.

—Con permiso —dice la organizadora al acercarse—, ¿sabe si Hanna ya está lista? El fotógrafo ya llegó y creo que sería bueno tomar algunas fotos de ella antes de que lleguen los invitados.

—Voy a subir a avisarle —le respondo, y ella asiente antes de irse—. Ya vuelvo —les digo a mis padres.

Vuelvo a besar la frente de mi madre y le doy una palmada en el hombro a mi padre antes de alejarme.

Entro a la sala y camino por el pasillo hasta llegar a nuestro cuarto, el último y el más grande, con una vista hermosa al parque. Me detengo en la puerta y me apoyo en el marco, contemplando la escena frente a mí.

Hanna está preciosa.

Lleva un vestido blanco largo con sandalias rosa de tacón medio. El cabello suelto, con ondas suaves en las puntas. Puedo ver por su perfil que no lleva maquillaje, salvo un gloss en los labios, y me hace feliz. Hanna se ve deslumbrante con maquillaje, pero nada se compara a su belleza al natural.

Se acaricia la pequeña curva que empieza a formarse en su vientre, como encantada con el milagro de estar dando vida. Suspiro, tan fascinado como ella, y ese sonido llama su atención.

Gira el rostro y sonríe levemente. Entro, cierro la puerta para darnos privacidad y me acerco.

Me posiciono detrás de su cuerpo, apoyo la cabeza en su cuello y cubro sus manos con las mías. Ella vuelve a mirar su vientre, nuestras manos están unidas. Yo sigo mirando su rostro, analizándolo, contemplando sus expresiones mientras me inunda el aroma de su nuevo perfume.

Hace un mes que no tenemos contacto íntimo. Treinta y un días, para ser exacto. Tal vez estoy contando.

Dos semanas separados, luego algo más de dos semanas viviendo juntos. Dormimos juntos. Nos abrazamos. Le beso el rostro, la frente, el cabello. Nada más. Sin besos en los labios, sin caricias sensuales. Sigo coqueteando y provocándola, pero respetando su espacio.

—Estás maravillosa hoy —digo, rompiendo el silencio.

—Lo único diferente es la ropa y el pelo. No me maquillé porque tengo miedo de llorar cuando canten el cumpleaños.

—Me dijiste que te gustaban los cumpleaños —comento, confundido.

—Me gustan. Al menos desde que tengo a Scar y Henry. Pero siempre me emociono porque…

No termina la frase, y no hace falta. Sé por qué.

Hanna se emociona porque de niña no tenía a nadie que celebrara su cumpleaños, y el momento de cantar es un recordatorio de eso.

—Podemos saltarnos la parte de cantar y pasar directo a los tres deseos y soplar la vela.

—¡No! —Ríe—. A Scar le encanta ese momento. Siempre quiso ser madre y adora celebrar mi cumpleaños.

Y entonces, entiendo que esto es mucho más significativo de lo que parece. Es la historia de una mujer que soñaba con ser madre y no lo logró por medios naturales. Luego encontró a una chica de dieciséis años que solo quería ser amada, y juntas se dieron esa oportunidad.

Amor.

¿Existe algo más hermoso que el amor?

Scarlet y Henry se vuelven aún más nobles ante mis ojos. Amaron a una adolescente que ya había perdido la esperanza de tener una familia. Compartieron lo poco que tenían para hacerse cargo de criarla. No les importó la edad, la falta de parecido físico, ni su condición asmática. La amaron por quien es.

Dicen que no hay lazo más fuerte que el de sangre. En este momento, no estoy de acuerdo.

—Menos mal que hasta llorando te ves hermosa —digo al final, y ella sonríe.

—¿Será niño o niña? —susurra.

—No me importa —respondo—. Sea lo que sea, va a ser amado con todo el corazón.

—Estás muy tierno últimamente.

—Podría decir que es por la paternidad, pero ya estaba hecho un cursi desde que me di cuenta de que estaba enamorado de ti.

Vuelve a mirarme por el espejo.

—¿Cuándo fue? —pregunta.

—No sé cuándo me enamoré, simplemente pasó. Pero me di cuenta la noche del baile de gala. Cuando bajaste las escaleras, algo

se activó en mí. Me emocioné tanto que hasta me bajó la presión.

Ella sonríe, mordiéndose el labio. Le tomo la cintura y la animo a girarse hacia mí. Tomo una de sus manos y la coloco sobre mi pecho.

—¿Sientes esto? —Ella no entiende, frunce el ceño—. Mi corazón late por ti, Hanna. Por ti y por este bebé que estás esperando. Te amo tanto, que duele.

Ella respira hondo, con los ojos llenos de lágrimas.

—Tengo un pasado, tuve una historia, pero eso no disminuye en nada lo que estamos viviendo. No hay comparaciones, no hay tristeza, solo recuerdos de algo que fue bonito pero ya pasó. Es mi pasado, no lo puedo borrar, pero tú… —Sonrío—. Tú eres mi presente y mi futuro. Eres el amor de mi vida, y pienso en ti todo el tiempo. No hay nada más. Nadie más. Bueno... —bromeo, limpiando una lágrima de su rostro para aligerar— tú y este bebé.

—Jamie...

Le sostengo el rostro con la mano libre, manteniendo la otra firme sobre mi corazón.

—Quedaste embarazada porque alguien allá arriba vio que nuestro amor era tan grande que merecía multiplicarse. Porque vio que yo también necesitaba, como tú, formar una familia.

Ella muerde el labio, conteniendo un sollozo, y gracias a Dios no se maquilló, porque ahora las lágrimas le caen sin control.

—¿Me perdonas? —pregunto.

—Sí.

Y al oír su respuesta, respiro hondo, aliviado.

—Voy a ganarme tu perdón todos los días de mi vida.

—Lo sé, Jay —responde con una sonrisa sincera, llevando su otra mano a mi cuello.

La ayudo a acercarse y nuestros labios se tocan. El beso sabe a nostalgia. Suspiro, fascinado de volver a sentir su boca en la mía. Es un beso lento, de esos donde intentas expresar todo lo que sientes con un solo roce.

Es un beso de amor.

Finalmente, siento que mi mundo vuelve a su lugar. Todo está exactamente donde y como debe estar.

—Jamie —dice al separarse y acariciarme la cara—, otra vez estás llorando.

—Esta vez es de felicidad —respondo, aclarando la garganta —. Y de alivio. Y de felicidad otra vez.

—Que nuestras lágrimas sean solo de alegría de ahora en adelante.

—Si hay algún ángel cerca —pido—, por favor, digan amén ahora mismo.

Ella empieza a reír, y eso me hace sonreír. El gesto más genuino, sincero y hermoso del mundo.

Mi Hanna.

El amor de mi vida.

Capítulo 33

Jamie Donovan

—¿Crees que este vestido me queda bien? —Aparto los ojos del libro que tengo en las manos y miro a Hanna, que lleva un vestido negro con florecitas blancas—. ¡Y no vale decir que me veo linda de cualquier forma! —advierte, alzando una ceja.

—Pero es la verdad. Aunque hoy... hoy estás maravillosa.

Ella pone los ojos en blanco, pero termina sonriendo.

—¿Crees que ya podemos irnos? —pregunta. Tomo el celular de la mesita de noche y al ver la hora, asiento con la cabeza.

—Perfecto, ¡muero de hambre!

Cierro el libro y me levanto, calzando mis sandalias mientras camino hacia ella. Le doy un beso en la boca y tomo su mano.

—Últimamente, tienes hambre todo el tiempo —comento, y recibo un golpecito como respuesta.

—Es que Ricky es exigente.

—¿Estás segura de que lo que llevas dentro es un bebé y no un mini dragón? —bromeo, ganándome otro golpecito.

—¿Ves, hijo? —dice pasándose la mano por la barriga—. Tu papá es un exagerado.

—Papá es un amor, bebé —digo, acariciando también su vientre, pero apenas salimos al pasillo, enfoco toda mi atención en los escalones irregulares, asegurándome de que Hanna baje lo más despacio posible.

Ella vuelve a quejarse de que exagero, pero no me importa. Estamos en Grecia. En cuanto supe que tendríamos una semana libre, comenzamos a planear el viaje. Solo pasaríamos cuatro días, pero era suficiente para lo que tenía en mente.

Cuando llegamos a la terraza, somos recibidos por el chef, que nos explica rápidamente los platos y luego se retira, dándonos la privacidad que pedí.

—Todo esto… ¡es hermoso! —dice ella, mirando a su alrededor, una vez que estamos solos.

Estamos en la casa más alta de Grecia. En la cima de una montaña, una ubicación muy codiciada. Brandon y Taylor habían hecho esta reserva hace más de dos años. Cuando les conté que necesitaba algo discreto pero impactante, nos cedieron su lugar. Esta es la terraza de la casa, y a nuestro alrededor no hay nada más, solo la penumbra de la noche, el mar y las casas lejanas allá abajo.

Ella se acerca a la cama, ubicada en una esquina estratégica que elegí solo por precaución.

—Sabes que ellos imaginan lo que vamos a hacer aquí, ¿verdad? —pregunta, negando con la cabeza con incredulidad.

—No me importa lo que imaginen. ¿Y a ti?

Ella solo se encoge de hombros, luego deja sus sandalias a un lado y camina descalza hasta la mesa con dos sillas. Comienza a destapar las bandejas.

—*Papoutsakia* —lee y suelta un gritito emocionado—. ¡Es uno de esos platos que investigamos!

—Todos los platos son de los que querías probar.

—Jay, ¡muchas gracias por esto! Está todo tan lindo... —Mira a su alrededor y suspira—. Me hace aún más feliz saber que tú

tampoco habías estado aquí antes, ni probado estas comidas. La experiencia va a ser única para los dos.

Sonrío y me acerco, asegurándome de que se siente de espaldas al mar.

—Todo lo que vivo contigo es único, amor —digo, besando su cuello mientras voy hacia la silla frente a ella.

Nos servimos y probamos un poco de todo mientras conversamos. Hanna está entusiasmada con un contrato que cerró con una marca de productos infantiles. Su perfil crece cada día más y ha comenzado a aceptar propuestas fuera del mundo de los cosméticos y la perfumería. Con cada nuevo artículo que llega para Ricky, se emociona más.

—¿Crees que los padres de ella lo van a aceptar? —pregunta Hanna.

—Es difícil no querer a Liam, ¿no? Hasta clases de portugués está tomando. Creo que los padres de Alessandra van a valorar eso.

—Ojalá. —Suspira—. Es horrible ver a Ale compartiendo cuarto con una chica con la que no se lleva bien.

—Seamos sinceros… —comento, y Hanna entrecierra los ojos —. Tu amiga da un poco de miedo. Tal vez la otra chica solo le tenga terror.

—Ya te expliqué, amor. Ale fue reasignada a un cuarto con la vecina que teníamos, esa que gemía escandalosamente.

—¿Y? —pregunto riendo, ganándome una mirada de advertencia—. Deja que la pobre sea feliz.

—Jamie, ¡se está besuqueando con el novio en el mismo cuarto que Ale!

—Bueno, eso sí es un problema —admito. A Liam no le hizo ninguna gracia saber que su novia vio la verga del otro tipo porque salió desnudo del baño. Sin noción alguna.

—Pero Ale prácticamente vive en el departamento de Liam.

El beeper vibra y la luz blanca parpadea, indicando que todo está listo.

—¿Qué es eso? —pregunta ella.

Bebo un sorbo de jugo y me levanto, colocando mis manos en su cintura e impidiendo que se dé la vuelta. Hanna me mira con desconfianza.

—Sabes cuánto te amo —digo.

—Lo sé, pero igual siempre es bueno escucharlo —responde, haciéndome reír.

—Te amo más de lo que cualquier palabra puede expresar, y mi amor es tan grande que ninguna sería suficiente para describirlo.

—Hmm —responde con una sonrisa hermosa, y como un tonto enamorado, beso las pecas en la punta de su nariz.

—Quiero tenerte a mi lado hoy y siempre. Quiero que Ricky crezca viendo cuánto se aman sus padres.

—¿Y…? —me anima.

—Cierra los ojos —le pido.

—¡Ay, Jamie! —resopla—. ¿Podemos ir a la cama primero? Cada vez que dices eso terminamos teniendo sexo y...

Contengo la risa.

—Cierra los ojos, por favor —insisto, y esta vez, tras un suspiro, lo hace. La sujeto de la cintura para mantenerla firme, sin que tropiece—. Vas a dar pasos hacia atrás mientras yo te guío, y cuando te gire, no abras los ojos, ¿ok?

Ella muerde su labio, y paso mi lengua por su boca, haciéndola reír.

—Solo ábrelos cuando yo te lo diga.

—De acuerdo —responde, curiosa.

Ella camina despacio según le voy indicando y, cuando llegamos cerca del borde, la giro y me coloco a su lado.

—Puedes abrirlos —indico.

Ella los abre, ríe y luego se cubre la boca con la mano, con los ojos bien abiertos.

¿T E Q U I E R E S C A S A R C O N M I G O?

Está escrito allá abajo, en la arena de la playa, con velas. Una infinidad de velas.

—¡Ay, Dios mío! —grita, riendo—. ¡Estás loco!

Saco la cajita del anillo de mi bolsillo y la abro. Hanna se gira y sonríe al ver la joya, que no es tan grande como me habría gustado. Pero, como imaginé, es del tamaño ideal para que se sienta cómoda usándola.

Por mí le habría dado un diamante enorme, para que todo el mundo sepa que esta pelirroja ya tiene a alguien. Pero no todo es como uno quiere.

—Hanna Watson Donovan. —Prueba mi apellido—. ¿Crees que me queda bien?

—Te queda perfecto —respondo, completamente perdido en la inmensidad de sus ojos verdes.

—Sí, también creo que me queda bien —dice, extendiendo su mano.

Tomo el anillo con la pequeña esmeralda y lo coloco en su anular, besando luego su mano. Entonces nos abrazamos.

Hace un tiempo, cuando ya tenía claro que sus inseguridades con Paige habían quedado atrás, le conté cómo le había pedido matrimonio. Quería que supiera por qué no me arrodillé.

Mi relación con Hanna nunca tendrá duplicados.

Todo será inédito y único, porque eso es lo que ella merece. Así que nada de arrodillarse esta vez.

—Sé que hicieron un gran esfuerzo para traer esta cama hasta aquí —murmura—, pero ¿podemos ir a la habitación? —pregunta, haciéndome sonreír—. Eso de tener sexo al aire libre me resulta raro.

Me alejo y le doy un beso sonoro en los labios.

—Por supuesto, amor. Yo también prefiero ir al cuarto.

Le beso la frente.

—Tus deseos son órdenes.

*

—Oh —gime ella—. ¡Qué bien se siente!

—Soy muy bueno con mis manos. —Le guiño un ojo y ella se ríe.

Aprieto un poco más su talón y Hanna gime de nuevo.

Descubrí en uno de los libros que leí sobre el embarazo que, a medida que avanza, el dolor en los pies empeora. Así que, siempre que puedo, le doy estos masajes a mi pequeña pelirroja.

—¿En serio? —responde ella—. No recuerdo tu habilidad con las manos.

Arqueo mi ceja.

—¿En serio? —Le llevo las manos al tobillo—. ¡Qué curioso! En el avión, hace dos días, acabaste bien fuerte en mis dedos.

Ella chasquea la lengua.

—Hace dos días son cuarenta y ocho horas. Es mucho tiempo. ¿Olvidaste que, además de joven, tengo las hormonas alborotadas?

—¡Qué cosita tan indignante! —le regaño—. Vas a tener a nuestro bebé, se acabará el confinamiento y luego estarás chorreando en mis manos.

—¿Se supone que es una amenaza? —bromea.

—Ya lo verás... Sé paciente.

—No tengo tanta paciencia. ¡Así que, por favor, cariño! ¡A trabajar esos dedos!

Entrecierro los ojos.

—Creo que olvidaste que en la cama yo soy el jefe.

—Sí, quizá deberías refrescarme la memoria.

—Sí. —Me pongo serio, justo como a ella le gusta—. Entonces mejor cállate. —Se muerde el labio—. De ahora en adelante, solo abrirás esa linda boquita para gemir por mí.

Le quito las manos del tobillo y me inclino, reemplazando mi tacto con mis labios. La beso, la lamo. La oigo suspirar mientras se mueve con impaciencia.

—Quédate quieta. —Levanto la vista y la miro fijamente—. No quiero que te muevas.

Subo besándola por la pantorrilla, dedicándome a una pierna y a la otra, luego subo a sus muslos... la parte interna de los muslos. Las piernas de mi pequeña pelirroja se abren automáticamente para

mí y sonrío, satisfecho. Miro su sencilla tanga azul y veo la humedad.

—Te excitaste en cuanto empecé a masajearte los pies, ¿verdad, niñita traviesa?

Le paso la lengua por la entrepierna y ella gime suavemente. Llevo los dedos al borde de su tanga, deslizándola por sus piernas. La ayudo a quitársela. Luego, vuelvo mi cara a su vulva, que sin duda es mi paraíso privado. Uso mis dedos para abrir sus labios vaginales y ese simple contacto la hace jadear.

—¡Me encanta cómo tu cuerpo responde al mío! —Me acerco más, inhalando su aroma. Le paso la lengua dos veces por el clítoris y mi pequeña pelirroja ahoga un gritito—. Eres tan receptiva, cariño.

Y entonces, satisfaciendo mi deseo, recorro mi lengua de abajo hacia arriba. La forma en que su cuerpo se contorsiona es tan sensual que siento mi verga vibrar en mi ropa interior. Con delicadeza, observando su lenguaje corporal, muevo mi lengua.

Uso mis labios para lamer y chupar, dejando un montón de baba. ¡Mierda! Chupar esa vulva es tremendo. Como siempre, aprovecho sus reacciones para acelerar y ralentizar el ritmo. Al principio, dejo su clítoris a un lado, queriendo excitarla.

Finalmente, meto mis manos entre el colchón y su cuerpo, apretando ambos lados de su culo. Hanna gime de nuevo; le encantan los toqueteos fuertes, las bofetadas, que ahora mismo están suspendidas debido al embarazo. Ah, después de que dé a luz... me aseguraré de dejarla marcada unos días.

Continúo con movimientos suaves, pero cuando ella pone sus manos en mi cabello, presionando mi cara contra su vulva, sé que es hora de ir por el clítoris.

Empiezo a chupar y mordisquear su punto de placer. Todo despacio, porque desde que Hanna se embarazó está aún más sensible, así que me encargo de que el sexo oral sea placentero en lugar de doloroso. Su excitación aumenta y sé que es hora de parar. Sería genial ver a Hanna acabar en mi boca, pero poco a poco.

—¡Jamie! —se queja.

—Tranquilízate, chispita.

Me levanto, me quito la ropa interior y vuelvo a la cama. Me acuesto junto a Hanna y, apoyándome en un brazo, la beso en la boca. Sus manos vuelan a mi cuello, diciéndole que me dé un beso rápido y sensual.

Llevo mi mano libre a sus pechos, apretándolos lentamente, sintiendo lo suaves que están y lo pesados y voluminosos que se han vuelto en el último mes. Solo recordar que logró acabar con solo chuparlos me excita aún más.

Aparta su boca de la mía para respirar y aprovecho para besarle y mordisquearle el mentón, la oreja y el cuello. Una de sus manos baja hasta mi verga y su dedo me frota el glande, extendiendo la lubricación. Ella gime y sé lo que quiere.

—Ahora no, amor —le susurro al oído, viendo como su cuerpo se estremece—. Sé que te encanta ver mi verga babeando por ti... —Froto mi nariz contra su cuello, lamiéndola y volviendo a mover la mano sobre mi verga—. Pero hoy no vas a chuparme.

—Jamie...

—Gírate a un lado para mí —le pido, pero ella comienza a murmurar nuevamente.

Reprimo una sonrisa de satisfacción. ¿A qué hombre no le gustaría ver cuánto disfruta su mujer chupándola? Me encanta ver

mi semen goteando por la comisura de su boca. Pero bueno, una cosa a la vez.

—Ponte de lado para mí. Quiero llegar a lo más profundo de ti hoy.

Hanna hace lo que le pido y cuando se da la espalda, vuelvo a manosearle el culo.

¡Tremendamente caliente!

—No puedo esperar a penetrarte el culo, amor... —le susurro de nuevo al oído, apretando mi cuerpo contra el tuyo—. Te gustará tanto que querrás darme tu culo todos los días.

—¡Por Dios, Jamie...!

—Todavía no puedes hablar, pelirroja. —Le muerdo el hombro y ella suspira.

Tiré con cuidado de una de sus piernas, dejándola ligeramente doblada sobre la mía.

—Voy a sujetarte la pierna así —le advierto—. Déjame sujetarla. Relájate, y cuando te penetre, quiero que te toques para mí.

Hanna simplemente asiente. Entonces deslizo mi verga entre sus labios vaginales, provocándola. Pronto encuentra su camino hacia su entrada y la penetro lentamente.

Ambos gemimos y respiro hondo, parando un rato y esperando a que se acostumbre. Cuando eso sucede, vuelvo a entrar y, aunque va despacio, meto mi verga hasta el fondo.

Mueve la mano entre sus piernas, acompasando su tacto al ritmo de sus embestidas. Lo peor es que empieza con esa sucesión de deliciosos gemidos que me quitan la cordura y, sin darme cuenta, ya estoy embistiendo más fuerte y rápido. De vez en cuando me

contengo, porque es imposible ignorar que está embarazada. Aunque estoy loco de lujuria, me preocupa.

Respiro profundamente, intentando controlar los temblores que siento en mi ingle, anunciando que estoy a punto de acabar.

—¡Qué vulva más hermosa, la puta madre! —digo seguido de un gemido—. Di que eres mía.

—Soy tuya —murmura con voz temblorosa.

—Solo mía —digo con voz ronca—. Yo también soy solo tuyo, amor. Mi semen, mi corazón... —gimo de nuevo—. Soy todo tuyo.

—Jamie...

—Acaba para mí, hermosa —digo y le paso la lengua por el cuello—. Vamos, pelirroja. Quiero sentir cómo me tragas la verga y...

—Oooh...

Se retuerce, estrangulando mi verga, llevándome al borde de la excitación. Ambos gemimos, sin importarnos si alguien nos oye, perdidos en nuestro propio placer.

Cuando se me pasa el éxtasis, bajo lentamente su pierna, sintiendo el brazo temblar por el esfuerzo. Me acurruco contra el suyo, manteniendo la posición de cucharita, sin importarme que ambos estemos manchados de semen.

—¡Te amo! —declaro y beso su hombro, justo encima de donde hay una ligera marca de mordedura.

Una mordedura mía.

—¡Yo también te amo, guapo!

—Eres mía.

—Soy tuya. —Asiente.

—Voy a buscar una toalla para...

—No —me interrumpe—. Quédate aquí.

Luego, nos cubrimos con la sábana. Cierro los ojos y rezo en silencio por la mujer que amo entre mis brazos. Suspiro, satisfecho sexual y emocionalmente.

Feliz.

Completamente feliz.

Hoy… y siempre.

Epílogo

Hanna Watson

Tres años después

—Gracias, Carl —agradezco al bajar del auto.

Saludo al portero en el vestíbulo y me dirijo a nuestro elevador privado. Una vez dentro, me apoyo contra la pared de acero y me quito una de las sandalias, seguida de la otra.

—Uff —murmuro para mí misma, satisfecha de liberar por fin mis pies de estos tacones asesinos.

Hasta hoy no entiendo la fascinación que tienen estas marcas de lujo por los tacones absurdamente altos. Con las sandalias y el bolso en las manos, me miro en el espejo y veo que mi maquillaje aún está intacto después del evento del que acabo de llegar.

Las cosas han cambiado en los últimos años.

Nos casamos en Grecia, en el mismo pueblito donde Jamie me propuso matrimonio. La boda fue poco más de un mes después. Fue una ceremonia íntima, en una iglesia pequeña de la que me enamoré la primera vez que la vimos. Solo fueron invitados nuestras familias y amigos más cercanos.

La fiesta fue increíble.

Estaba embarazada de siete meses y medio, pero aun así la disfruté muchísimo. Fue un luau en la playa, con comida típica del país. La música fue una playlist que hizo Justin, además de algunos

solos que cantaron Kane y Hope. Todos se divirtieron tanto que la fiesta siguió hasta el amanecer.

Lamentablemente, ambos teníamos compromisos y, dos días después, tuvimos que volver. Desde entonces, nunca más tuve una vida solitaria.

Los amigos de Jamie, que también se volvieron míos, siempre nos visitaban. Me hice muy cercana a las chicas y también a Andy. Incluso Alessandra se integró al grupo. Formamos una gran familia.

Una gran familia, como siempre soñé.

Amber y Nicky tuvieron una niña, Chloe. Nació poco después de nuestra boda y al verla me dieron aún más ganas de tener a mi hijo en brazos.

Ricky nació un sábado soleado, por cesárea. Quería tener un parto humanizado, pero algunas condiciones médicas no lo permitieron. Aun así, fue un momento mágico. Inolvidable.

Jamás olvidaré cuando la obstetra puso a mi hijo sobre mi pecho. Era tan pequeñito, rubio y frágil. Lloré. Jamie también. Fue una emoción indescriptible, algo que se experimenta solo una vez en la vida.

Cuando nos dieron el alta y llegamos al penthouse, Kratos ya nos esperaba, impaciente. Me senté con Ricky en brazos y lo llamé. Con cautela, se acercó, y al ver al bebé, sentí que también había ganado su corazón.

No hubo celos. Solo aceptación.

Durante los meses siguientes, Kratos fue la sombra de Ricky y así sigue siendo hasta hoy.

Mis suegros se jubilaron, vendieron la cafetería a una prima de Jamie y se mudaron a Alabama para estar cerca de nosotros.

Tener a mis padres y a los suyos cerca fue muy importante para Jamie y para mí.

Adoptamos la costumbre de almorzar todos los domingos juntos: a veces en el penthouse, otras en casa de mis padres, otras en la nueva casa de mis suegros.

Siempre juntos. Y eso era lo único que importaba.

Yo era joven, pero tenía claro lo que quería en la vida. Sin importar mi carrera, mi familia era lo primero. Rechacé ofertas para modelar en pasarelas, aceptando solo algunas campañas para fotos.

Lo que realmente me gustaba era recibir productos, hablar de ellos, crear contenido.

No fue fácil consolidar una audiencia, pero con ayuda del increíble equipo que Liam me ayudó a reunir, las cosas fueron saliendo bien.

Hace poco menos de un año, mi esposo anunció su retiro. A punto de cumplir 35 años, decidió que era hora de disfrutar más de la vida. Pero eso no significó alejarse del deporte.

Jamie se convirtió en comentarista de una columna deportiva en una reconocida emisora, aportando una visión técnica y dinámica.

Nosotros dos… simplemente estábamos destinados a pasar por todo eso.

Hoy creo que todo en la vida tiene un motivo y agradezco al destino por haber puesto a ese jugador arrogante en mi camino, para transformarlo en el esposo y padre increíble que es.

El elevador se abre y doy un paso dentro de nuestro penthouse.

—¿Así, papi? —Escucho a Nicky decir.

—¡Eso es, hijo! Eres el niño más inteligente del mundo —responde Jay, y nuestro bebé se ríe a carcajadas.

Sigo la dirección de sus voces, dejando mis sandalias y mi bolso sobre el sofá.

—¡Lo estoy logrando, papi! —dice nuestro pequeño.

—¡Claro que sí! Eres muy listo, campeón.

—Entonces merezco un chocolate —responde el loquito.

—Lo mereces. ¿Qué te parece si hacemos una pausa y te comes ese chocolate antes de que llegue mamá?

Frunzo el ceño, consciente de que aún no se han dado cuenta de que estoy allí. Ricky levanta los brazos y mi esposo lo carga, besándole la carita y haciéndolo reír.

Cuando se giran y Jamie me ve, sonríe. Claramente lo he descubierto con las manos en la masa.

—¿Chocolate? —Ironizo.

Ricky, el pillo, se ríe. Sabe perfectamente que no se debe comer dulces antes de cenar.

—Mira lo hermosa que está mamá, hijo —dice mi esposo con una sonrisa pícara.

Se acercan y nuestro hijo se lanza a mis brazos.

—¡Mami, anduve en bicicleta! —cuenta emocionado.

—Lo vi, mi príncipe. ¡Felicidades! —Beso su carita y pongo mi dedo para que él me dé uno también.

El beso llega, baboso y desesperado. Al instante empieza a moverse, emocionado, diciendo que quiere contarle a Majo que anduvo en la bicicleta. Lo dejo en el suelo y sale corriendo a buscarla.

—Eres preciosa, amor. Pero con ese vestido… —Silba y rodea mi cintura con sus brazos, acercando su cuerpo al mío y susurrándome al oído—. Estás demasiado sexy.

Le aparto la cara, sujetándole el mentón con mis dedos.

—¿Chocolate antes de la cena, Jay?

—¡Culpable! —admite riéndose—. En mi defensa, no lo hago a menudo.

—Eso espero —lo reprendo, y él sabe que hablo en serio. Le doy un beso suave en los labios—. Y sobre lo de que estoy sexy, creo que puedes recordármelo más tarde.

—Lo haré —dice con esos ojos intensos que me derriten—. Claro que lo haré.

Eso me hace sonreír y recordar cómo empezó todo.

—Y pensar que fuimos solo un plan imperfecto.

—El plan imperfecto más perfecto de nuestras vidas —responde, besándome.

—Te amo —susurro, apoyando mi frente en la suya.

—Te amo —repite, rozando sus labios con los míos.

—¡Ay, mami! —Sonreímos al oír la voz de nuestro hijo, y de la mano, vamos a buscarlo.

Juntos. Hoy, siempre y para siempre.

Por favor no olvides calificar el libro.
Tu evaluación es muy importante
para el trabajo del autor independiente..

Puedes encontrar al autor en
https://www.instagram.com/autorajessicaluiz/

---

[1] En Brasil, la expresión "velho da lancha" (literalmente “viejo de lancha”) es un término coloquial que se usa, muchas veces en tono humorístico o sarcástico, para referirse a un hombre mayor con dinero que suele atraer a mujeres jóvenes, generalmente mostrando signos de riqueza como una lancha, coche de lujo, joyas, etc. La figura del "velho da lancha" es vista como el típico "sugar daddy" brasileño, alguien que usa su poder adquisitivo para conquistar o mantener relaciones con mujeres mucho más jóvenes, normalmente en un contexto superficial o materialista.

[2] El draft es un evento muy importante en deportes como el fútbol americano, especialmente en la NFL (National Football League). El draft es el proceso mediante el cual los equipos profesionales seleccionan a los jugadores universitarios que van a incorporarse a sus plantillas.